

# La Arqueología Urbana de Buenos Aires

Excavando una ciudad imaginada

Daniel Schávelzon



Access Archaeology



# About Access Archaeology

*Access Archaeology* offers a different publishing model for specialist academic material that might traditionally prove commercially unviable, perhaps due to its sheer extent or volume of colour content, or simply due to its relatively niche field of interest. This could apply, for example, to a PhD dissertation or a catalogue of archaeological data.

All *Access Archaeology* publications are available as a free-to-download pdf eBook and in print format. The free pdf download model supports dissemination in areas of the world where budgets are more severely limited, and also allows individual academics from all over the world the opportunity to access the material privately, rather than relying solely on their university or public library. Print copies, nevertheless, remain available to individuals and institutions who need or prefer them.

The material is refereed and/or peer reviewed. Copy-editing takes place prior to submission of the work for publication and is the responsibility of the author. Academics who are able to supply print-ready material are not charged any fee to publish (including making the material available as a free-to-download pdf). In some instances the material is type-set in-house and in these cases a small charge is passed on for layout work.

Our principal effort goes into promoting the material, both the free-to-download pdf and print edition, where *Access Archaeology* books get the same level of attention as all of our publications which are marketed through e-alerts, print catalogues, displays at academic conferences, and are supported by professional distribution worldwide.

The free pdf download allows for greater dissemination of academic work than traditional print models could ever hope to support. It is common for a free-to-download pdf to be downloaded hundreds or sometimes thousands of times when it first appears on our website. Print sales of such specialist material would take years to match this figure, if indeed they ever would.

This model may well evolve over time, but its ambition will always remain to publish archaeological material that would prove commercially unviable in traditional publishing models, without passing the expense on to the academic (author or reader).



# La Arqueología Urbana de Buenos Aires

Excavando una ciudad imaginada

Daniel Schávelzon

Access Archaeology





ARCHAEOPRESS PUBLISHING LTD  
Summertown Pavilion  
18-24 Middle Way  
Summertown  
Oxford OX2 7LG  
[www.archaeopress.com](http://www.archaeopress.com)

ISBN 978-1-80327-555-0  
ISBN 978-1-80327-556-7 (e-Pdf)

© Daniel Schávelzon and Archaeopress 2023

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying or otherwise, without the prior written permission of the copyright owners.

This book is available direct from Archaeopress or from our website [www.archaeopress.com](http://www.archaeopress.com)

‘Me puse a pensar y pensé, pensé y luego pensé otro poco; y por fin llegué a una conclusión: que en cuanto a saber qué hacer, no sé más que cualquier otro piojoso ser humano’.

Jim Thompson, 1964



# Índice

Listado de Figuras.....	iii
Prólogo: <i>La Arqueología Urbana de Buenos Aires</i> , by Alasdair Brooks .....	xii
Agradecimientos.....	xiv
Resumen.....	xv
Abstract.....	xix
I. Arqueología urbana en América Latina.....	1
- La arqueología histórica en América Latina.....	7
- La arqueología de la ciudad moderna .....	14
- Definiciones básicas para la Arqueología Urbana .....	18
- La arqueología urbana como arqueología de la ciudad moderna.....	21
- El <i>sitio</i> en la ciudad y el lote urbano.....	22
- El universo de la arqueología de la sociedad industrial es infinito .....	22
II. <i>Mens agitat molem</i> : El subsuelo de la ciudad como hecho antrópico .....	25
- Entender Buenos Aires: el imaginario de una ciudad plana .....	25
- La historia de la negación del tratamiento de la basura .....	49
- Sobre el método de excavar basurales de la sociedad industrial.....	51
- Mercado y consumo .....	54
- La selección, quema y descarte de basura urbana.....	61
- Los basurales y sus construcciones.....	71
- El loteo de los terrenos rellenados.....	79
- El manejo de la basura .....	83
- Acerca de los rellenos y la arqueología en Buenos Aires .....	90
- La escala de la investigación .....	97
- Los nuevos rellenos .....	99
III. Los paradigmas de la arqueología urbana: Buenos Aires antes de ser Buenos Aires .....	103
- La primera Buenos Aires (1536-1541).....	108
- Hallazgos en la ciudad.....	114
- ¿Dónde estuvo la primera aldea española? .....	115

- La Noria como asentamiento indígena .....	119
- Los estudios en las orillas del Riachuelo.....	122
- La Noria y las evidencias de construcciones .....	125
- Repensando el pasado indígena de Buenos Aires .....	128
IV. Arqueología en las <i>Tierras altas</i> .....	130
V. Arqueología de las <i>Tierras bajas</i> .....	143
- La <i>pampa artificial</i> y el Bajo Belgrano .....	146
- La arqueología del Bajo Belgrano.....	154
- Comparando con otros basurales.....	162
- Repensando Belgrano desde el Bajo Belgrano .....	164
VI. Excavación de rellenos de estructuras.....	165
VII. Mirando el futuro desde el pasado .....	178
VIII. Referencias.....	192

## Listado de Figuras

Figura 1.	El modelo ideal de Buenos Aires concretado, tal como era visto en la década de 1980: una ciudad plana, infinita, sobre una topografía artificial imaginada como natural (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).....	5
Figura 2.	Plano topográfico de la ciudad. Las zonas bajas, en color claro, son las que fueron rellenadas para concretar la idea de la ciudad plana. El frente al río ha sido ganado con dos siglos de rellenos. Podría leerse como un plano del potencial arqueológico de la ciudad (Plano cortesía PUA/USIG).....	6
Figura 3.	Los grandes rellenos de nivelación urbana: excavación en el estrato natural con ocupación humana previa al siglo XIX ubicado debajo de los niveles de arena de río llevados en 1896. Excavación en Plaza Colón, parte de la Casa de Gobierno. ....	7
Figura 4.	La topografía original de la ciudad, leve pero destacada: las Cinco Esquinas a inicios del siglo XIX (Grabado de M. Brocos, Archivo del Centro de Arqueología Urbana). ....	24
Figura 5.	Cinco Esquinas urbanizado, sin relieve ni árboles, cerca de 1890: ejemplo del rápido triunfo del modelo de ciudad ideal horizontal e infinita (Archivo General de la Nación). ....	24
Figura 6.	Dos alternativas para las inundaciones: hacer grandes rellenos como la parte posterior de la Casa de Gobierno en 1895, con seis metros de altura que dejó enterradas la orilla del río, la barranca y las arquitecturas preexistentes, y la solución opuesta y casi no experimentada de levantar las casas sobre las orillas del Riachuelo. Quizás no casualmente se trataba de un prostíbulo llamado ‘Boite de Francesca da Rímini’, nótese la solución para el baño colgante en la parte posterior (Archivo General de la Nación).....	26
Figura 7.	Plano de Buenos Aires en 1889: la ciudad con su trazado reticular se expandió siguiendo los niveles de mayor de altura. Al sur se comenzaba a construir debajo de la barranca al Riachuelo y un rectángulo de color muestra el primer terreno rellenado con basura desde 1861 (Cortesía Biblioteca Nacional). ....	28
Figura 8.	La ciudad en 1916 y la irresistible forma de su crecimiento reticular expansivo a medida que las tierras iban tomando su nuevo nivel, estaba determinado el futuro de la ciudad aun inexistente en su mayor parte (Cortesía Biblioteca Nacional).....	29
Figura 9.	Primer relleno ganando terrenos sobre el río: la Alameda hecha con escombros, basura y tierra, con su muralla de ladrillos. Fue iniciada por el virrey Vértiz en 1780 y se completó en 1865 tal como se ve en la fotografía (Archivo General de la Nación).....	31

Figura 10.	Nivelaciones hacia el oeste a medida en que avanzaba la ciudad. Todo se aplanaba, se rellenaba o se rebajaba para que el barrio se extendiese en forma horizontal (Archivo General de la Nación). .....	32
Figura 11.	La costa de la ciudad entre 1850 y 1900 vista desde la Casa de Gobierno hacia el sur. Habían casas sobre la orilla y al centro se ve el Mercado de Esclavos, luego se construyó el Viaducto a Ensenada. Hacia 1895 ya se estaba enterrando el viaducto debajo de una gran avenida y se comenzaba a rellenar hacia el ya alejado río: la nueva fachada urbana hacia el mundo (Archivo General de la Nación). .....	33
Figura 12.	Línea de construcciones frente al Río de la Plata en un plano de 1889 aun coincidente con la barranca al río. En blanco se ve el proyecto de urbanizar avanzando sobre el agua (Colección privada, Buenos Aires). .....	34
Figura 13.	Escuela en la calle Lafuente 2391: nótese el nivel del piso interior, resultado de una construcción no adecuada para una calle que se inundaba (Archivo del Centro de Arqueología Urbana). .....	35
Figura 14.	Calle Blanco Encalada bajando el nivel en 1908 para entubar el arroyo Vega manteniendo los niveles urbanizados (Archivo del Centro de Arqueología Urbana). .....	36
Figura 15.	Descarga de residuos sobre capas preexistentes para concretar los rellenos: a medida en que se selecciona lo que se va a retirar, se va formando un nuevo estrato que luego será compactado (Biblioteca Manuel Gálvez). .....	38
Figura 16.	Plano de 1913: el basural desapareció, la ciudad ha avanzado, la cuadrícula virtual se sigue extendiendo sobre un terreno sin topografía. El Riachuelo estaba perdiendo sus meandros: la ciudad plana había triunfado en la zona sur (Archivo General de la Nación). .....	39
Figura 17.	La costa del Río de la Plata en 1920 mientras avanzan los rellenos, crecían nuevos barrios y construcciones (Archivo General de la Nación). .....	40
Figura 18.	Inspección de los terraplenes del Ferrocarril del Oeste, a la derecha se ven los montículos de basura a dispersar, al frente el relleno compactado. Este fue el mecanismo que tomó el crecimiento del suelo de la ciudad (Foto cortesía de A. Prignano 1998). .....	43
Figura 19.	Huesos descartados en la orilla del Riachuelo en 1901 (Archivo General de la Nación). .....	47
Figura 20.	Porcelana y pertenencia social: taza de la fábrica Rosenthal de Bavaria con la decoración María, basada en la novela de Jorge Isaacs. ....	57
Figura 21.	Trabajo de selección de la basura a reciclar: pisoteo, dispersión, selección arbitraria y reordenamiento: el proceso de formación del subsuelo de la ciudad (Archivo General de la Nación). .....	58
Figura 22.	Fotografía de 1913 de la fábrica Rigolleau en Quilmes: miles de botellas y fragmentos de vidrio listos para ser vueltos a fundir, provenientes de los basurales de toda la ciudad (Colección privada). .....	63

Figura 23.	Carro descargando y el proceso de extensión de la basura de manera concéntrica; nótese la acción de los once perros y cuatro caballos. Sitio en el oeste, aun sin quema, donde se van formando montículos circulares apisonados (Biblioteca Manual Gálvez).....	64
Figura 24.	Proceso de extracción de tierra para la construcción del Puerto Madero hacia 1895. El sedimento era trasladado mediante trenes (Archivo General de la Nación).....	69
Figura 25.	Grandes rellenos sobre el Río de la Plata para la construcción de aeropuerto en 1938, hecho con sedimento del limo del Río de la Plata y su continuidad con escombros de demoliciones.....	70
Figura 26.	Casa de latas de base cuadrada, apiladas, en una casilla en La Quema, ubicada en el borde del basural relleno (Archivo General de la Nación; fotografía de Harry Olds 1902).....	72
Figura 27.	Casa hecha con las mismas latas que en la fotografía anterior, en este caso desplegadas, aún en pie en Puerto Santa Cruz.....	72
Figura 28.	Casa de lonas y madera en La Quema y su uso cotidiano naturalizado. A la izquierda se asoma el amontonamiento de basura (Archivo General de la Nación).....	74
Figura 29.	La primera ecología de la salida del arroyo Maldonado con restos del antiguo bosque costero (Archivo General de la Nación).....	76
Figura 30.	Destrucción ecológica en el arroyo Maldonado en su sección superior: la tosca natural ha quedado desnuda, ya hay inundaciones y el terreno es un páramo (Archivo General de la Nación).....	77
Figura 31.	Sector del Riachuelo al ser rectificado hacia 1935: se observa a su izquierda que quedaron meandros con agua y los restos de otros más antiguos, alterados y secos, mientras la urbanización avanza (Gentileza DGPat).....	79
Figura 32.	Loteos sobre rellenos: división perfecta y organizada en terrenos horizontales para la ciudad ideal en los nuevos barrios de Flores y Caballito (Colección del Centro de Arqueología Urbana).....	81
Figura 33.	Conformación del suelo urbano en los espacios vacantes, luego plazas y parques, como áreas de descanso de carretas y reunión de las clases bajas (Archivo General de la Nación).....	84
Figura 34.	Pozos en forma de cubeta para desperdicios urbanos usado en el siglo XVII; excavación en la calle Bolívar 375.....	85
Figura 35.	Pozo de basura excavado en la tierra en Bolívar 238 y ubicado en la sección delantera de la vivienda construida hacia 1895. El dibujo muestra la intensidad de las etapas de construcción y demolición que llevaron a que el pozo llegara al presente.....	86
Figura 36.	Pozo de basura en la casa de la familia Alfaro durante la excavación, ejemplo del sistema domiciliario de descarte orgánico e inorgánico.....	89

Figura 37.	Sistema de canales y zanjas utilizado por Juan Manuel de Rosas para desecar las zonas de plantación de árboles frutales en Palermo; detalle de un plano de 1859 (Biblioteca Gálvez).....	90
Figura 38.	Dársena Norte, proceso de relleno con sedimento del río sacado con dragas, se lo colocaba formando estratos desde afuera hacia adentro, acarreados por las grúas (Archivo General de la Nación).....	91
Figura 39.	La ciudad desbastada para la arqueología: excavación durante la apertura de la avenida 9 de Julio a finales de 1936: camiones de escombros y tierra parten con destino desconocido, para ser relleno después de construir estacionamientos subterráneos (Archivo General de la Nación).....	93
Figura 40.	Excavación para llegar al nivel de piso de las construcciones demolidas en Plaza San Martín. Los restos materiales estaban en el nivel del terreno original, por encima la historia de los rellenos hechos para hacer la plaza y darle un nivel artificial. Desde la demolición de las construcciones hasta la superficie, todo fue una sola operación. ....	94
Figura 41.	Sector excavado en el patio de la Casa del Virrey Liniers en la calle Venezuela 365, recuperando el trazado de las habitaciones que rodeaban al patio central en los siglos XVII y XVIII. El piso antiguo desapareció por el rebaje del nivel de la zona.....	95
Figura 42.	El barrio de Núñez, último en mantener la topografía original, ahora en destrucción niveladora. ....	96
Figura 43.	Terreno demolido en Núñez para bajar la construcción al nivel de la calle. ....	96
Figura 44.	Limpieza de los pisos de los Talleres Vasena. El pasto de la plaza apenas cubría los niveles antiguos, buen ejemplo de las Tierras Altas sin sedimento. ....	98
Figura 45.	Ubicación de basurales y rellenos al aire libre en la ciudad y en su entorno, y su relación con la ubicación de villas miseria. No todas están sobre basurales pero su relación es determinante en la expansión de la zona urbana (de: Igarzabal 2012: 23). ....	100
Figura 46.	Barrio San Blas sobre el Riachuelo con un sector de la Villa 21 construida sobre rellenos de basura incluyendo un puente de ferrocarril ahora anulado (de: Igarzabal 2007: 46).....	101
Figura 47.	Etapas del proceso de asentamiento: los rellenos comienzan a presionar para que las construcciones existentes modifiquen su altura, permitiendo la entrada de mayor volumen de desechos, Barrio Miró en Lomas de Zamora (de: Igarzabal 2012: 46).....	102
Figura 48.	Construcciones sobre el Riachuelo hechas sobre un estrato de basura ubicado sobre la tierra original. ....	102
Figura 49.	Plano de ubicación de los sitios prehispánicos identificados alrededor de Buenos Aires. Puede notarse que su hallazgo se da en los lugares aun no cubiertos por la edificación aunque peligran por eso mismo (de: Bonomo 2012: fig. 3; gentileza Fundación Azara). ....	104

Figura 50.	Plano sin fecha, redibujado en 1862 por Bartolomé Mitre, que muestra el trazado de Juan de Garay sobre la meseta en 1580 (A), el de Hernandarias en 1608 (B), el punto de inicio (C), la Guardia del Riachuelo, pequeña y aislada ubicada en la zona pantanosa (D), la entrada al Riachuelo abierta en el siglo XVIII (E), y el arroyo Maciel exagerado (F). Se observa el relicto del antiguo cauce de entrada del Riachuelo pasando frente a la ciudad (Plano en: Cardoso 1911: 317).....	105
Figura 51.	Plano de la ciudad de Buenos Aires hacia 1860 en que se destaca la concentración urbana sobre la meseta fundacional; al sur se encuentra el Riachuelo, la expansión está determinada aun por la topografía. El plano, como es tradicional en la ciudad desde el siglo XVII, el norte se ubica a la izquierda y no en la parte superior, cosa realmente inédita. (Biblioteca Nacional). .....	106
Figura 52.	Plano del centro de Buenos Aires con la ubicación de los sitios que poseen evidencias indígenas; en verde el trazado de 1580 de Juan de Garay. Los puntos hacia el sur coinciden con el camino al Riachuelo (Dibujo F. Chechi, mapa elaborado con Software QGIS 3.22.6; mapas Quick Map Service ESRI Satellite y ESRI Gray light).....	107
Figura 53.	Grabado imaginario del enfrentamiento de las tropas de Pedro de Mendoza con los indígenas Querandíes, hecho en 1599. Aunque no realista, el autor les dibujó a los indígenas una aldea fortificada con postes y destaca la superioridad numérica y organizativa (Schmidl 1948).....	110
Figura 54.	Vista de la isla Maciel hacia 1880 en la entrada al Riachuelo, cuando aun tenía vegetación y era lugar de esparcimiento. Posible imagen de la ecología encontrada por los conquistadores en el delta ya desaparecido (Foto de colección privada, Buenos Aires). .....	118
Figura 55.	Inicio del proceso de regulación de las orillas del Riachuelo en 1880 construyendo bordes artificiales de madera que iniciaron la rectificación. La vegetación desapareció al igual que la topografía y con ello, probablemente, el sitio del primer asentamiento de Pedro de Mendoza (Foto Biblioteca Manuel Gálvez).....	119
Figura 56.	Ubicación del sitio La Noria a orillas del antiguo cauce del Riachuelo. Se observa el trazado del río ya rectificado alterando la topografía y desagües de la zona además de meandros originales que seguían existiendo en la década de 1940 (Cortesía U. Camino). .....	121
Figura 57.	Vista aérea y curvas de nivel mostrando la topografía existente en La Noria. Las letras ubican los lugares en que Carlos Rusconi encontró restos de ocupación en la década de 1920; en azul el antiguo Riachuelo (de Google Earth Pro, detalle; cortesía U. Camino). .....	123
Figura 58.	Evidencia de postes en el estrato inferior de uno de los sectores excavados (Cortesía U. Camino).....	127

Figura 59. Diversos conjuntos cerámicos precolombinos provenientes del área central de la ciudad de Buenos Aires, coincidente con la zona de ocupación por Juan de Garay sobre la meseta frente al Río de la Plata en 1580 (Foto: F. Zorzi).....	129
Figura 60. La calle Rincón antes de ser rectificada a mitad del siglo XIX, con casas en el recorrido, por lo que se recortaron y completaron los lotes para lograr una calle recta, perfecta en su trazado. Nótese la modesta casa colonial señalada para ser derruida (Archivo DGPat).....	131
Figura 61. Casa en la calle San Lorenzo 345: la fachada y la puerta fueron bajadas para adaptarse al nivel de la calle en 1884, modificada para los tranvías y desagües. Lo que se ve debajo de la línea blanca son los cimientos que quedaron expuestos.....	132
Figura 62. Parque San Martín de Tours en Recoleta: el árbol y la lluvia dejaron a la vista un camino empedrado hecho hacia 1860, ejemplo de la falta de sedimentos y rellenos de los sectores de topografía elevada.....	133
Figura 63. Restos expuestos de los cimientos del antiguo Cabildo de Buenos Aires, que habiéndose construido en el nivel original de la terraza fundacional, hoy en lugar de estar bajo sedimentos han desaparecido hasta los pisos de las diferentes épocas poniendo en evidencia el rebaje las zonas elevadas, aunque sea en pocos centímetros.....	134
Figura 64. Inicio de la excavación de la casa Ezcurra en la calle Moreno 550. Un simple cepillo comienza a dejar expuestos los pisos, restos de paredes, cimientos y pozos, buen ejemplo de la falta de sedimentos en la zona central de la ciudad en que los terrenos eran rebajados borrando la estratigrafía de la superposición constructiva (foto: A. Igareta).....	135
Figura 65. Habitaciones del personal de servicio y cocinas del Palacio Miró-Dorrego, demolido en 1937, encontrados por hundimiento. Como mantenía el nivel deseado no habían sido rellenadas, su terreno es la actual plaza Lavalle (foto Ricardo Orsini y Biblioteca Gálvez). .....	136
Figura 66. Casa de los últimos años del período colonial (calle San Juan 338) reconstruida a inicios del XIX. A la izquierda su fachada y el piso de ladrillos, a la derecha un ejemplo de un rancho de techo de paja y piso de barro, como debió ser esta, de lo que quedó el fogón en su centro.....	137
Figura 67. Prostíbulo de las calles San Lorenzo esquina Defensa: se observa el primer nivel de mosaicos que fue levantado para ver el piso de ladrillos, hay otro nivel por debajo y la tierra original surge en un sondeo. Los gruesos muros interiores de la casa preexistente habían sido desarmados para hacer este gran salón de baile. ....	139
Figura 68. Cimientos de la casa de la calle San Juan 338 en exhibición dentro del Museo de Arte Moderno. Corresponden a la construcción de la Figura 61, demolida por el mismo gobierno que conservó los cimientos.....	141
Figura 69. Plano dibujado por Armando Saint-Yves en 1887 del barrio de Belgrano como idealización cuadrangular de crecimiento infinito. La zona del Bajo frente al río	

	está casi despoblada. Las manzanas se delimitaban en el plano aunque sin existir en la realidad, de tal forma que se definía el futuro de lo que sería rellenado y construido (Archivo Centro de Arqueología Urbana).....	144
Figura 70.	Plano topográfico del pueblo Belgrano hecho por C. Pellegrini de 1862, con el ferrocarril como división entre una y otra parte, el Bajo y el Alto, coincidente con la barranca al río. Todo era imaginación ya que como pueblo estaba en sus inicios, pero en él se determinaba lo que sucedería en los años siguientes (Gentileza DGPat).....	145
Figura 71.	Plano de 1916 del Bajo Belgrano y sus manzanas delineadas pero casi no ocupadas. Aun funcionaban las quemadas de basura a cielo abierto (Gentileza DGPat).....	148
Figura 72.	La cancha de fútbol de River Plate en 1936 durante su construcción sobre terrenos que fueron una laguna natural, rellenada. Los alrededores en la fotografía aún no habían sido compactados (Archivo General de la Nación).....	150
Figura 73.	El arroyo Vega, tierra desnuda y estéril de lo que fue la costa antigua, para 1900, ocupada por la miseria del Bajo Belgrano (Archivo General de la Nación).....	153
Figura 74.	El arroyo Vega en 1937 al terminarse el doble conducto de desagüe que se suponía que evitaría las inundaciones al reemplazar al arroyo natural (Biblioteca de la Cámara Argentina de Ingenieros).....	153
Figura 75.	El Molino de San Francisco en 1876 en una foto de Christiano Junior. Estaba ubicado sobre la costa de la ciudad. Por detrás asoma el Mercado de Esclavos y su gran portada barroca. Todo fue rellenado incluyendo el Molino, bajo la nueva costa de finales del siglo XIX (Archivo General de la Nación).....	166
Figura 76.	La playa <i>Saint Tropez</i> en 1974, enterrada bajo los rellenos de la ampliación de la Costanera Norte, la línea indica el nivel actual de la zona (Fotografía Centro de Arqueología Urbana).....	167
Figura 77.	Convento de San Francisco, celda construida en el siglo XVIII sobre restos del XVII. Las obras del XIX tardío modificaron su nivel para adaptarlo a la topografía urbana. La excavación del relleno se hizo como trabajo de rescate de un fin de semana; otra opción no existía.....	169
Figura 78.	Los problemas de la arqueología en las obras comenzadas: las habituales cisternas en los cimientos medianeros cortadas al medio en Buenos Aires. Con bajas posibilidades de estudio por el riesgo de derrumbe y los altos costos para estabilizarlas y un final de destrucción imposible de evitar. Es parte del desafío a la arqueología que se produce en las ciudades de destrucción sin control.....	177
Figura 79.	Plano hecho por Manuel Ozores en 1792 con el segundo trazado de la ciudad (1608), sobre la terraza original frente al Río de la Plata. El Riachuelo se ubica a la derecha y se notan las zonas bajas inundables de su entorno (de: Molina 1957: 23).....	178

Figura 80.	Excavación de un agujero de poste de posible origen indígena debajo de restos de una vivienda del siglo XVIII, a su vez cubierta por obras recientes. ....	179
Figura 81.	Cimientos de la Casa del Gobernador excavados en el interior del antiguo Fuerte, ahora bajo la Casa de Gobierno. Es el único fragmento de arquitectura orientado con la traza anterior a 1608. ....	180
Figura 82.	El Zanjón de Granados (Defensa 755) transformado en lugar turístico después de las excavaciones. El puente de hierro negro permite pasar sobre la bóveda de un túnel de 1865 con que se entubó el arroyo estacional de la zona para nivelar ese sector de la ciudad (Cortesía J. Eckstein). ....	183
Figura 83.	Cisterna de la familia Estrada (calle Bolívar 673), ejemplo del sistema para acumular agua en las residencias de la ciudad durante el siglo XIX. ....	183
Figura 84.	Barco naufragado en el Río de la Plata, encontrado bajo casi seis metros de rellenos en la zona del antiguo puerto, fechado para finales del siglo XVIII, durante su excavación en 2008; y el estado en 2022 del lugar en que fue vuelto a enterrar, ejemplo de la incapacidad del Estado en cualquiera de sus estamentos para manejar el patrimonio (Cortesía CIAP-GCBA).....	185
Figura 85.	Los grandes rellenos en la ciudad implican el necesario uso de tecnología y maquinaria a escalas que la arqueología tradicional no está acostumbrada (Moreno 550, Cortesía A. Igareta).....	186
Figura 86.	Nicho en la iglesia de Montserrat, construcción hecha para la población Afro en el siglo XVIII, remodelada en el siglo XIX borrando toda evidencia de su pasado como iglesia de la comunidad afroargentina (Cortesía M. Magadán).....	187
Figura 87.	Uso y control de la topografía de la zona sur de la ciudad en la década de 1870 (Archivo General de la Nación).....	188
Figura 88.	Nueva formación de niveles de suelo: un asentamiento ilegal en terrenos en la zona oeste del entorno de la ciudad, que no tenía rellenos de basura previo, en que cada ocupante marca su espacio y comienza a nivelarlo según sus posibilidades (Foto cortesía Archivo Clarín).....	189
Figura 89.	El <i>Fortín del Riachuelo</i> , único fuerte del período colonial que llegó al siglo XXI para ser destruido: plano de 1910 cuando estaba intacto incluyendo el foso y el canal al Riachuelo; en 1940 fue cortado al rectificar el arroyo Cildañez. Su final fue en 2016, ejemplo de los sitios significativos destruidos sin control arqueológico por el Estado (Fotos: Google Earth y Centro de Arqueología Urbana).....	190
Figura 90.	Hotel Cassa Lepage, emprendimiento de arqueología, conservación patrimonial y diseño moderno, ejemplo de las nuevas experiencias de exhibición de la arqueología en la ciudad (Cortesía Ana M. Carrio).....	191

## Prólogo

### *La Arqueología Urbana de Buenos Aires*

Hoy en día América del Sur es una de las regiones geográficas más apasionantes e importantes de la arqueología histórica mundial, en donde se ha sabido combinar y comparar de forma creativa las vibrantes perspectivas locales con los enfoques tanto de Europa como de Estados Unidos y Australia. América del Sur y América Latina en general son regiones de gran diversidad cultural, política e histórica, que ofrecen puntos de contraste interno, regional e internacional, junto con puntos de similitud. Estos factores han dado lugar a una arqueología histórica sudamericana que es a la vez local y global, reflejando los vínculos universales que -para bien o para mal- han caracterizado a América del Sur (y a América Latina en general), desde el siglo XV hasta el presente. A pesar de la publicación de artículos traducidos a la lengua inglesa en revistas como *Historical Archaeology*, *Post-Medieval Archaeology*, *Urban Archaeology* y *The International Journal of Historical Archaeology* -y de los ocasionales libros escritos para un público angloparlante-, considero que es lamentable que las barreras lingüísticas hayan impedido en diversas ocasiones que los centros anglófonos de arqueología histórica valoren este vital corpus de trabajo. Este nuevo libro de Daniel Schávelzon sobre la arqueología urbana de Buenos Aires, editado por una editorial de alcance internacional, es, por eso y por sus propios méritos, especialmente bienvenido, ya que contribuye a llamar aún más la atención sobre un corpus de trabajo de importancia internacional.

Y no debemos equivocarnos: Buenos Aires es y ha sido una ciudad global, una urbe que se acerca a sus 500 años de antigüedad, que ha dominado gran parte de la historia de Argentina al tiempo que ha servido durante siglos como importante puerto de entrada y salida a la vez que como lugar intermediario para gran parte del sur de Sudamérica. A finales del siglo XIX y principios del XX Buenos Aires era uno de los centros urbanos más ricos del planeta y los productos agrícolas argentinos fluían hacia Europa, Norteamérica y tantas otras regiones, a la vez que los productos manufacturados como las oleadas de inmigrantes europeos lo hacían en la dirección inversa. Si bien este breve énfasis en el siglo XIX tal vez refleje mis propios prejuicios, en el presente volumen tanto la discusión general como la discusión más sobre los basurales y rellenos, dejan en claro el impacto de los basurales del siglo XIX en el paisaje urbano de Buenos Aires, ayudando a ubicarlos en sus contextos coloniales, históricos, económicos y arqueológicos más amplios: en la conformación misma de la ciudad. El punto clave aquí es que la historia y la arqueología de la capital argentina no sólo interesan a los argentinos, sino que son de interés internacional debido a estas amplias y complejas redes de comercio transcontinental y rutas migratorias, junto con procesos de asentamientos tanto rurales como urbanos, y un desarrollo de la ciudad, que son simultáneamente específicos de la región y relevantes a nivel mundial.

He tenido la suerte de colaborar con colegas de varios países sudamericanos, entre ellos Argentina y he podido comprobar de primera mano esta relevancia. Tengo recuerdos especialmente intensos de un viaje a Buenos Aires en 2012 (por invitación de Daniel), cuando pude revisar algunas de las cerámicas británicas recuperadas por el Centro de Arqueología Urbana de sitios excavados en el centro de la ciudad. Me llamó especialmente la atención ver vasijas fabricadas por la Glasgow Pottery de J. & M. P. Bell con motivos que parecían diseñados específicamente para el mercado sudamericano - aunque el intento de denominar como 'Paraguay' a un plato que mostraba a gauchos montando a caballo cerca de los Andes pudiera haber mostrado un imperfecto conocimiento escocés de la

geografía sudamericana (aunque como las etiquetas se referían a una vasija escocesa como ‘loza inglesa’ –manera tradicional local de denominar todo lo proveniente del Reino Unido-, quizá estemos a mano en esto). Este ejemplo se centra en un objeto que ayuda a demostrar que Buenos Aires y el sur de Sudamérica no eran meros consumidores pasivos de productos europeos en serie, sino que podían influir en el diseño y la producción en el Reino Unido. Algunos de mis trabajos anteriores han demostrado que Sudamérica occidental (Brasil, Argentina y Uruguay) era el segundo mercado más importante para las exportaciones de cerámica británica en la década de 1860, sólo por detrás de Estados Unidos y por delante de cualquier componente individual del propio y vasto Imperio Británico. Corro el riesgo de centrarme en mis propios intereses y pasiones de investigación y no pretendo destacarlos por encima de otros tipos de cultura material, del registro arqueológico más amplio o del importante trabajo que están llevando a cabo colegas sudamericanos como Daniel; sólo quiero subrayar de nuevo, desde una perspectiva personal, un tema que ha estado presente a lo largo de este breve prólogo: que Buenos Aires fue una ciudad internacional y su arqueología y lo que ella demuestra es de relevancia global.

Este no es el primer libro de Daniel sobre la arqueología histórica de la ciudad. El primer capítulo reconoce abiertamente que es una especie de secuela de su libro de 1999 denominado *La arqueología histórica de Buenos Aires: Una ciudad en el fin del mundo*. En los últimos veintitrés años se ha llevado a cabo en Buenos Aires una labor tan vital y absorbente que este nuevo volumen es especialmente bienvenido porque muestra cómo ha avanzado la investigación en este siglo y nos pone al día acerca de los temas y conclusiones en los que se han centrado nuestros colegas argentinos. Espero que este nuevo volumen anime a más investigadores, provenientes de corrientes arqueológicas diferentes, en especial las anglófonas, a comprometerse con esta vibrante e internacionalmente importante tradición histórica.

Alasdair Brooks

Presidente de la *Society for Post-Medieval Archaeology*

## Agradecimientos

Este libro sería imposible sin los estudios, excavaciones, publicaciones y esfuerzos hechos grupalmente desde 1985; desde 1991 el Centro de Arqueología Urbana de la FADU-Universidad de Buenos Aires y el Conicet han sido las instituciones que han avalado y financiado este esfuerzo. Son muchos años de trabajo, dentro de poco van a ser cuarenta. Eso permitió una primera mirada a la arqueología de la ciudad la que fue publicada en el cambio de siglo, y otra ahora, desde una visión netamente desde lo que llamamos arqueología urbana. Es el tiempo que llevó tener la información y los materiales culturales necesarios, reunidos a través de casi un centenar de excavaciones. Y para eso colaboraron decenas de personas: restauradoras, becarios, investigadores, colaboradores, voluntarios, archivistas, instituciones, amigos y la familia. Resulta imposible enumerar a todos porque me olvidaría de la mayoría y finalmente la culpa de los errores es sólo mía. Siento un enorme agradecimiento a todos, a cada uno, del país y del exterior. Los que colaboraron con becas, subsidios, apoyos de equipo, los gobiernos locales que nos apoyaron, son cientos de personas que pusieron su grano de arena año tras año. A los que permitieron que excaváramos en sus casas, edificios en obras o en lotes en construcción. Gracias a todos ellos esto fue posible, y si no es un libro útil lo dirá el futuro. La foto de la portada es cortesía de Ana Igareta, el diseño es de Florencia Chechi al igual que muchos planos y dibujos.

Y más que a nadie le doy las gracias a Patricia Frazzi, porque sin su apoyo y aguante cotidiano el libro no se hubiera escrito nunca.

## Resumen

Toda ciudad está construida sobre el suelo, sobre la tierra original. Y toda superficie natural tiene topografía, relieve, jamás es perfectamente plana; la naturaleza no conoce las superficies horizontales ni el ángulo recto, ambos son producto de la absoluta capacidad de abstracción creativa del ser humano. Buenos Aires, al ser fundada en el siglo XVI se aprovechó una meseta frente al enorme Río de la Plata, del que lo separaba un pequeño barranco relicto geológico previo, en donde los relieves eran reducidos; solamente unos 20 metros marcaban las diferencias entre lo que se inundaba y lo que no. Un río de llanura, el Riachuelo, era y aun es el límite sur y tres arroyos estacionales cruzaban la ciudad generando pequeñas lagunas. El territorio a su alrededor era de humedales, aguas poco profundas que cubrían amplias superficies, meandros de los ríos e inundaciones periódicas. Mientras la ciudad era reducida cupo sobre la superficie fundacional trazada en forma de cuadrícula en la tradición hispánica y en donde las pequeñas diferencias de nivel no eran un problema. Los arroyos servían para descartar la basura y recibir el agua de lluvia y los caminos hacia el exterior de la ciudad siguieron los niveles más altos, lo que definió el surgimiento de pueblos que luego fueron barrios. Era una ciudad cuyofuerte y plaza principal estaban en el borde de la barranca mirando al río, al mundo exterior, a los barcos que conectaban este mundo con el otro, llamados Nuevo y Viejo, lo que ponía en claro la relación político-económica que definiría la historia.

En el siglo XVIII, un Buenos Aires de lento crecimiento se transformó en un virreinato, un cambio político y administrativo que mostraba la importancia que iba tomando un puerto al océano Atlántico en el que tenía prohibido comerciar, y que absurdamente, ni siquiera tenía un lugar para que los barcos atracasen. Pero el comercio esclavista llegaba desde Brasil en forma constante, el contrabando de entrada y salida era la base de la economía, y el comercio ilegal y la corrupción hicieron fortunas. La ciudad estaba en el lugar preciso para entrar en Sudamérica, aunque opuesta a las decisiones de España que obligaba a dar una enorme vuelta al continente por el peligroso Estrecho de Magallanes en el sur, prolongando los viajes hasta dos meses para ingresar por Lima, en el Pacífico. La realidad de un nuevo capitalismo mercantil que reemplazaba los sistemas medioevales de comercio, el mercado mundial se había generado necesitaba eficiencia aunque fuese ilegal y era la ciudad estratégicamente ubicado para eso. Era lógico el crecimiento ya que a diferencia de Lima se estaba a mitad de camino para una economía en que el tiempo era importante, y las lógicas del Antiguo Régimen iban caducando sin que España terminara de tomar conciencia de ello. Así Buenos Aires fue un gran puerto negrero, de esclavizados que llegaban de África vía Brasil, los que junto a mercaderías de todo tipo eran llevados hasta el gran centro consumidor, Potosí, y al resto de la región. La esclavitud era el recurso suficiente para las actividades agropecuarias y mercantiles a falta de mano de obra indígena. El ganado que por las condiciones de las tierras circundantes se reproducía solo, generaba una riqueza insólita para su época, más cuando no había indígenas en escala masiva para explotar en la minería o plantaciones.

Durante el siglo XVIII la ciudad creció al grado que los límites que había impuesto el fundador en 1580 estaban caducos, con lo que para 1710 las autoridades anularon las tierras ejidales para repartirlas o venderlas. Y así dejar que la ciudad creciera de manera ilimitada. Para esa época los arroyos comenzaron a generar problemas porque al crecer con las lluvias inundaban sus lados, en donde ya había construcciones que aprovechaban cada resquicio urbano. Eran las tierras más baratas y por eso fue donde se asentaron los más pobres: sobre la basura urbana. Pero a nadie se le ocurría ocupar las

tierras bajas e inundables que rodeaban al Riachuelo, o la parte baja del barranco hacia el Río de la Plata, eso comenzaría más tarde.

A mitad del siglo XVIII hubo un primer intento de ganar tierra frente al fuerte y al Palacio de los Virreyes para una alameda destinada al ocio cortesano. Se iniciaron los rellenos de la costa usando escombros y basura de todo tipo, pero para completar unas pocas cuadras fue necesario más de medio siglo de obras. Rellenar tierras bajas era el lujo de un virrey, nada más. A mitad del siglo XIX el gobernador Juan Manuel de Rosas hizo su residencia comprando enormes terrenos al norte de la ciudad, en tierras bajas frente al Río de la Plata, las que mandó elevar con tierra fértil a la vez que organizaba un sistema reticular de canales de drenaje en la tradición europea, pero también era algo que solo podía darse quien tenía el poder y riqueza para hacerlo, y después de su derrocamiento en 1852 la idea quedó olvidada. Más tarde se hizo otro relleno sobre el río, para ubicar una aduana que fuese el símbolo de la ciudad frente a la casa de gobierno, y para 1870 algunas empresas comerciales hacían sus establecimientos nivelando las piedras de la costa para que sus barcos pudieran atracar mediante largos muelles, pero eran obras funcionales a proyectos concretos de arquitectura o ingeniería portuaria privados. La ciudad sólo hizo dos largos muelles de madera que penetraban hasta 300 metros en el agua, para carga y descarga de pasajeros y mercaderías, aun no había siquiera un puerto construido. Sólo las orillas del Riachuelo cumplían esa función.

Buenos Aires, entre 1852 y 1861 se mantuvo aislada del resto del territorio, escindida y autónoma por motivos económicos -era el puerto de comercio-, y políticos -la intención de ser la capital del país-. Durante esos años hubo un ingreso de dinero de dimensiones colosales lo que permitió las primeras grandes obras públicas y privadas incluyendo los muelles y la aduana. Aun la tradición imperaba en la manera de construir y la Revolución Industrial apenas asomaba con el hierro, el vapor y el cemento importados. Pero a la par de ese crecimiento y aburguesamiento de la sociedad, se generó un problema a partir de algo que hasta ese momento había sido un tema menor: la basura. Arrojarla en los arroyos o dejarla en los terrenos baldíos era insalubre y no daba abasto, eso sólo aumentaba los problemas. Por lo que la Municipalidad, nuevo órgano administrativo de la ciudad creado en ese momento, tuvo que buscar alternativas. Pero lo propuesto no resultó novedoso: en el centro del área urbana se decidió ubicar un lugar de concentración, un único basural que colapsó en menos de un año; las decisiones posteriores fueron simplemente llevarlo más lejos, un poco más cada vez, aunque el Riachuelo era el infranqueable límite hacia el sur. Pero en esa zona baja e inundable había enormes terrenos privados usados para criar ganado, de grandes dimensiones para la época y en donde nadie viviría. Subutilizados para una economía capitalista en desarrollo resultaban perfectos para el descarte sin límite.

Hubo un único proyecto planeado desde la ingeniería urbana: fue la creación de un pueblo cercano a la ciudad, llamado Belgrano, cuyo trazado quedaba dividido por la barranca hacia el río. Era algo inédito: una parte estaba sobre las tierras elevadas y otra en las bajas e inundables. La parte alta estaba destinada a las nuevas familias burguesas de la ciudad que por no tener tradición no tenían residencias cerca de la Plaza Mayor, y la baja era para que vivieran los trabajadores que construirían el pueblo y luego trabajarían allí. Y sus tierras se rellenarían con la basura y escombros que se generara en la parte alta. Fue proyectado en 1855 y el éxito fue inmediato, creando una localidad que con el tiempo sería un barrio más de la gran ciudad, la que crecía, pero generando problemas sociales, de higiene y salud que llevaron un siglo resolverlos. Fue un proyecto de ingeniería darwinista que llevó a que la Municipalidad de Buenos Aires comenzara a sistematizar el depósito de basura en las zonas sur y oeste. La idea de usar las tierras bajas para descarte, aun nada más, pero la idea de Belgrano de luego construir encima era muy tentadora, y quizás también factible, se lo vería en unos años.

Lo que había sido una simple solución, la de llevar y descargar desechos en cualquier parte mientras fuese lejos de la ciudad se transformó, hacia 1880 -junto con la designación y primera delimitación física de la nueva Capital del país-, en un enorme proyecto, quizás uno de los de mayor envergadura que hubo sobre su territorio: usar lo descartado para rellenar las grandes tierras bajas a los lados del Riachuelo. No importando los años que llevara -se hizo un ferrocarril sólo para eso-, se iría avanzando en terrenos de amigos del poder hasta lograr obtener un nivel horizontal que desaguara bien o mal y que pudiera venderse urbanizado. El Estado invertía el dinero, el relleno era gratis, los particulares felices de poder vender sus enormes propiedades antes inundables en lotes para viviendas. A la vez el municipio presionó para que se erradicaran de la zona céntrica los conventillos donde vivían los trabajadores inmigrantes que llegaban del extranjero de a miles, liberando espacio para edificios comerciales de gran porte. Y dando la opción a esa gente de construir su propia vivienda con el consecuente cambio social que implicaba la propiedad. La ciudad se aburguesaba, se hicieron fortunas incalculables y se concretaba el ideal que la literatura pregonaba desde la década de 1870: civilizar mediante la urbanización, concretar el ideal de una ciudad infinita, sin límites, perfectamente horizontal como se suponía que era la pampa circundante. Si el país era exportador de carnes y trigo que se producía en esas pampas interminables, si esa era la imagen del país al exterior, Buenos Aires fue la que lo concretó: una pampa de cemento. La tierra que Sarmiento describió desde la mitad del siglo, una generación más tarde era un proyecto urbano. En 30 años enormes tierras fueron rellenadas, elevadas y compactadas, luego loteadas y vendidas, definiendo así para el futuro la gran división social de la ciudad en sur y norte, pobreza y riqueza. No hubo límites porque si algo lo generaba, el Positivismo ingenieril lo evitaría: 'Mens agitat molem' (la mente mueve montañas) sería el motor ideológico que justificaba el que todo era posible.

Esas tierras rellenadas lo fueron de manera asistemática, generando problemas constantes de inundaciones que no podían evitarse por la baja permeabilidad de la tierra, porque el Riachuelo era un río de meandros de llanura que rebalsaban naturalmente por su bajo declive, en los asentamientos afloraban olores y aguas por la modificación de las napas freáticas, por la falta de desagües y de infraestructura sanitaria. Y mientras se rellenaban esas tierras fueron el hábitat de miles de personas que separaban de la basura lo necesario para subsistir o para vender a las fábricas cercanas que reciclaban metales, vidrios o telas; incluso alimentos en mal estado. Una historia trágica que, si bien un día terminó en la ciudad, fue porque los terrenos se colmataron y los basurales se fueron afuera de la ciudad, a otras tierras más alejadas. Y el proceso de rellenar -sin siquiera un proyecto-, y de construir encima -sin control ni urbanización alguna, ni mal hecha acaso-, marcaría la actualidad.

Esta historia, quizás fácil de contar, no ha sido historizada, ha sido la arqueología urbana la que ha logrado entender estos procesos históricos de transformación del suelo urbano y su importancia para la comprensión de problemas que aun existen. Fue necesario excavar basurales donde el suelo y la ocupación pre siglo XIX está a muchos metros de profundidad, excavar lugares que estuvieron sobre la meseta fundacional y que no tienen sedimentación alguna, lugares que fueron rebajados para lograr los niveles deseados y que lo único que quedan son la parte inferior de los cimientos, ni siquiera los pisos. El esfuerzo de una arqueología que logró pensar la ciudad como una totalidad, no como sitios aislados aunque cercanos uno al otro pero diferentes, siguiendo la mirada de la prehistoria tradicional.

Entendemos que la arqueología urbana no es arqueología histórica porque el objeto de estudio es la ciudad moderna, la que existe, donde estamos y vivimos. Es una arqueología de nosotros mismos. Es excavar dentro de un fenómeno que se transforma cada día y que no se quiere ni se puede detener para estudiarlo. Es una arqueología en estrecha relación con la construcción de la ciudad, su recambio, las demoliciones y obras nuevas.

El libro hace una breve historia de la arqueología histórica en América Latina y luego su cambio hacia la arqueología urbana, destacando la diferencia entre ambas. Luego analiza el proceso de formación del suelo urbano de Buenos Aires, sus rellenos y recortes de la topografía en la búsqueda de una superficie plana y horizontal para satisfacer deseos literarios idealizados. Se analiza el uso de basura y escombros en grandes cantidades, para luego lotear los terrenos y venderlos, generando problemas hacia el futuro con rellenos incontrolados. Luego se analizan los tres casos: el del pueblo-barrio de Belgrano y sus basurales, los rellenos de construcción con escombros y las zonas cuyo nivel ha sido rebajado.

El capítulo III muestra como con un trabajo arqueológico encarado desde la arqueología urbana, en que es considerada toda la superficie de la ciudad, fue posible encontrar un sitio prehispánico insospechado. Y en base a ese dato y a otros sitios indígenas de las cercanías de la ciudad hallados por estar fuera del área urbanizada, se plantea la hipótesis de la existencia de una aldea o asentamiento debajo del área fundacional de 1580. Eso se basa en la ubicación de hallazgos sin contexto, pero en tales cantidades, variedad y concentración que permitieron generar la idea. El imaginar esa opción no era posible desde la historia documental por la tradición española de negar la existencia de ocupación indígena en las tierras en que se instalaban.

Realizamos la lectura de la superficie de una ciudad de grandes dimensiones, una ciudad que se transformó y cambia día a día, a través de casi cien lugares excavados a lo largo de los años por diferentes investigadores, en un ejemplo del tipo de trabajo que necesita la arqueología urbana para diferenciarse de la arqueología histórica. Buenos Aires y su conurbano crecen dos metros cuadrados por segundo, solamente pensarlo es un desafío intelectual.

## Abstract

Every city is built on the ground, on the original land. And every natural surface has topography, relief, it is never perfectly flat. Nature does not know horizontal surfaces or the right angle. Buenos Aires, when it was founded in the 16th century, took advantage of a plateau, which with a small ravine was in front of the enormous Río de la Plata, where the reliefs were small but some twenty meters marked the differences between what was flooded and what no. A plain river, the Riachuelo, bordered the south and three seasonal streams crossed the city generating small lagoons. The territory around was made up of wetlands, shallow waters that covered large areas, meandering rivers, and periodic flooding. While the city was reduced, it fit on that foundational surface, laid out in the form of a grid in the Hispanic tradition and where small differences in level were not a problem. The streams were used to discard garbage and receive rainwater, and the roads to the outside of the city followed the highest levels, which defined the emergence of towns that later became neighborhoods. It was a city whose main square was on the ravine facing the river, looking the outside world, the ships that connected this world with the other, called New and Old, which made clear the historical relationship that would define the future.

During the 18th century, Buenos Aires became a viceroyalty, a political and administrative change that showed the importance and growth of a port that was forbidden to trade and that, absurdly, did not even have a good place for ships to dock. But the slave trade flowed from Brazil constantly, smuggling in and out was the bedrock of the economy, and illegal trade and corruption made fortunes. The city was in the right place to enter south Atlantic America –the southernmost on that side-, although opposed to the decisions of Spain that forced commerce to go around the continent due to the danger of the Strait of Magellan in the south, prolonging the trips up to two months. The new mercantile capitalism replaced the medieval trading systems, the world market had been generated, and it needed efficiency even if it was illegal. The growth was logical since unlike Lima, Peru, on the Pacific Ocean, it was halfway to an economy in which time and costs was important, and the logic of the Old Regime was expiring without Spain fully becoming aware of it. Thus, Buenos Aires was a great slave port, for enslaved who arrived from Africa via Brazil, who together with merchandise of all kinds were then sent to Potosí and the rest of the region. Slavery was the sufficient resource for agricultural and commercial activities. The cattle that, due to the conditions of the surrounding lands, reproduced on their own, generated unusual wealth for its time, especially when there was no indigenous labor to exploit in large works such as mining or plantations.

The city grew to the point that the limits imposed in 1580 had expired, so that by 1710 the authorities annulled the ejido, the belt like lands who surrounding the city, to distribute or sell them. And thus let the city grow in an unlimited way. At that time, the streams began to generate problems because when they grew with the rains they flooded their sides where there were already constructions that took advantage of every urban loophole, since they were the cheapest land and that is why the poorest settled. But no one even thought of occupying the low and dangerously floodable lands that surrounded the Riachuelo, or the lower part of the ravine towards the Río de la Plata, that would begin a century later.

In the middle of the 18th century there was a first attempt to gain land in front of the fort and Palace of the Viceroys for a boulevard intended for court leisure. The landfills of the coast began using rubble and garbage of all kinds, but to complete a few blocks it took more than half a century of works. Filling lowlands was a luxury of the viceroy, nothing more. Even in the middle of the 19th century, a

governor, Juan Manuel de Rosas, made his residence buying huge plots of land on the north of the city, in lowlands too, which he had filled in while organizing a reticular system of drainage channels, but it was something that only someone who had the power and wealth of him could do, and after his overthrow in 1852 the idea was forgotten. Later, another filling was made on the Río de la Plata, for a customs, and by 1870 some commercial companies made their establishments leveling the coast so that their ships could dock through long piers, but it was something for specific private projects.

Buenos Aires, between 1852 and 1861 remained isolated from the rest of the territory, autonomous for economic -it was the port of commerce-, and political reasons -the intention of being the capital of the country-. During those years there was an inflow of money of colossal dimensions that allowed the first large public and private works. Tradition still prevailed in the way of building and the Industrial Revolution was just beginning with imported iron, steam and cement. But along with this growth and gentrification of society, a problem was generated from something that until then had been a minor issue: garbage. Throwing it into streams or leaving it on vacant lots was unsanitary and not enough to cope with, it only added to the problems. Therefore, the Municipality, a new administrative body for the city created at that time, had to find alternatives. But what was proposed was not new: a concentration place was decided in the center of the urban area, a single garbage dump that collapsed in less than a year. Subsequent decisions were simply to push it further, a little further each time, though the Riachuelo was the impassable limit to the south. But in that area there were huge lands used to raise cattle, floodable, but of endless dimensions for the time and where no one would live. Underutilized for a capitalist economy, they were perfect for unchecked disposal.

What had been a simple solution, that of taking and unloading rubbish anywhere as long as it was far from the city was transformed, around 1880, into a huge project, perhaps one of the largest in its territory: using what was discarded to fill in the lowlands above the Riachuelo. No matter how many years it took -a railway was built just for that-, progress would be made on the land of friends of power until a horizontal level was achieved that could be sold urbanized. The state invested the money; the fill was free, owners of the land were happy to be able to sell their huge previously flooded properties into housing lots. At the same time, the municipality pressed for the eradication of the downtown tenements where immigrant workers, who arrived by the thousands, lived, freeing space for large commercial buildings. And giving to these people the option of building their home, with the consequent social change that ownership implied. The city became gentrified, incalculable fortunes were made, and the ideal that literature had proclaimed since the 1870s was realized: civilizing through urbanization, realizing the ideal of an infinite city, without limits, perfectly plane as the surrounding Pampa was supposed to be. If the country was an exporter of meat and wheat that was produced in those endless pampas, if that was the image of the country abroad, Buenos Aires was the one that materialized it: a cemented Pampa. The land that Sarmiento described in the middle of the XIXth century, a generation later was an urban project. In 30 years enormous lands were filled in, raised and compacted, then parceled out and sold, thus defining for the future the great social division of the city into south and north, poverty and wealth.

Lands were filled in unsystematically, generating constant flooding problems that could not be avoided due to the permeability of the land, because the Riachuelo was a river with meandering plains, odors and waters arose in the settlements due to the modification of the groundwater table, the lack of drainage and sanitary infrastructure. And while they were being filled, they were the habitat of thousands of people who separated from the garbage what was necessary to survive or to sell to nearby factories that recycled metals, glass or fabrics; even spoiled food. A tragic story that, although one day ended, was because the land filled up and the garbage dumps went outside the city,

to other lands further away. A tragic story that, although one day it ended in the city, was because the land filled up and the garbage dumps went outside the city, to other lands further away. And the process of filling in -without even a project-, and building on top -without any control or urbanization, nor perhaps poorly done-, would mark the present.

This is perhaps easy to tell but it has not been recorded, it has been urban archeology that has managed to understand these transformation processes of the city land and its importance for understanding problems that still exist. It was necessary to excavate garbage dumps where the soil and the pre-19th century occupation is many meters deep, or to excavate places that were on the founding plateau and that do not have any sedimentation, and places that were lowered to achieve the desired levels and that the only thing that remains they are foundations, not even floors. An archeological effort that managed to think the city as a whole, not as isolated sites, just one near the other, following the gaze of traditional prehistory.

We understand that urban archeology is not historical archeology because the object of study is the modern city, all it, the one that exists and where we are and live. It is an archeology of us. It is digging into a phenomenon that is transformed every day and that one does not want or cannot stop to study it. It is an archeology closely related to the construction of the city, its replacement, demolitions and new works.

The book makes a brief history of historical archeology in Latin America and then its shift towards urban archaeology, highlighting the difference between the two. Then it analyzes the process of formation of the urban land of Buenos Aires, its fillings and cuts of the topography in the search for a flat and horizontal surface to satisfy idealized literary desires. The use of garbage and rubbish in large quantities is analyzed, to later divide the land and sell it, generating problems in the future with uncontrolled landfills. Then the three cases are analyzed: that of the town-neighborhood of Belgrano and its garbage dumps, the construction fills with rubble and the areas whose level has been lowered.

Chapter III shows how with an archaeological work faced from urban archaeology, in which the entire surface of the city is considered, it was possible to find an unsuspected pre-Hispanic site. And based on this data and other indigenous sites in the vicinity of the city found to be outside the urbanized area, the hypothesis of the existence of a village or settlement below the founding area of 1580 is proposed. This is based on the location of findings without context, but in such quantities, variety and concentration that they allowed the idea to be generated. Imagining that option was not possible from documentary history due to the Spanish tradition of denying the existence of indigenous occupation in the lands where they settled.

The book makes a reading of the surface of an entire city of great dimensions, a city that was transformed and changes day by day, through almost hundred excavated places over the years, by different researchers, in an example of the work what urban archeology needs to differentiate itself from historical archaeology. Buenos Aires and his suburbs, today, grow two square meters by second, only to think about that is a challenge.

# I

## Arqueología urbana en América Latina

Este libro es el resultado de una mirada arqueológica a la conformación física del subsuelo de una ciudad a través de la arqueología urbana. Quizás sirva de ejemplo para entender los procesos de formación de otras ciudades de grandes dimensiones en América Latina. Tomamos como ejemplo a Buenos Aires, al menos el territorio de lo que es hoy la Capital de la Argentina, sin entrar demasiado en el enorme conurbano ya que implicaría otra escala de estudio. Veinte años atrás publicamos un libro de título similar y hacerlo nuevamente ha sido intencional: es tanto lo que han cambiado nuestros conocimientos sobre la ciudad gracias a las excavaciones nunca detenidas en ese tiempo, que hoy entendemos que sólo conocíamos una parte de ella, si bien muy importante por su antigüedad, pero que no era posible extrapolar sus características a todo el espacio urbano (Schávelzon 1999, 2000). En realidad, estábamos circunscriptos al centro histórico, a la zona más antigua y su periferia inmediata, decisión tomada debido al rápido proceso de destrucción que lo estaba afectando. Si bien entendíamos que otras zonas tuvieron procesos de formación del subsuelo diferentes, las condiciones que la realidad imponía, impedían abarcar más de lo hecho (Schávelzon 1999: 210-212). Tampoco se tenía una escala concreta de la dimensión de esas diferencias y las consecuencias producto de una historia de rellenos sistemáticos de nivelación que habían actuado fuera del centro antiguo. Esperamos que con esto, donde nos centramos en esas áreas de rellenos, se complete la mirada arqueológica de la ciudad.

Al pensar las ciudades de América Latina podemos recordar que en este caso se construyen al menos dos metros por segundo; en la periferia cerca de cinco metros cuadrados en ese tiempo; posiblemente México y San Pablo crezcan a un ritmo del doble de velocidad. Esto dimensiona el problema a afrontar. Hoy se descarta una tonelada de basura cada dos segundos solamente dentro de la ciudad, sin el entorno.

De todas formas éste no es un libro de teoría ni de los que establecen métodos definitivos que cambian a los pocos años, es el resultado de la experiencia a través de años de trabajo en un terreno del conocimiento que en esta parte del mundo es bastante nuevo. Y de excavar en espacios públicos y dentro de decenas de edificios y viviendas demolidas o en construcción, en un centenar de ellas. Excavar en una ciudad de América Latina no es hacerlo en Estados Unidos, Europa occidental o Rusia, ni siquiera en la excepción que es México. Hacerlo aquí es quedar atrapado en medio de una legislación que no se aplica, corrupción, ineficacia estatal, narcotráfico (que participa con grandes inversiones inmobiliarias), un Estado débil generalmente Populista y no interesado en su patrimonio material, o al menos en el que no pueda darle significado útil a su política y a su construcción de la historia. Una realidad de inflación económica desbordante, falta de equipamiento, de sitios insuficientes para dedicarse a la investigación, bibliotecas desactualizadas, imposibilidad de importar libros o comprar bibliografía digital, inexistencia crónica de presupuestos, una pobreza atroz y con áreas de las ciudades en las que no se puede penetrar por la violencia. Obviamente no todo está mal, si no esto no existiría, pero incluso los países con mayor desarrollo en el tema en América Latina hoy están inundados por droga, pobreza y economías que se tambalean. Lo mismo sucede en Perú, Guatemala, Honduras, Venezuela, Chile o Cuba, y varios son países que fueron modelos de trabajo años atrás. Excavar en América Latina tiene implicaciones y consecuencias especiales, diferentes entre sí y a otras regiones del mundo lo que es lógico que suceda. Pero en este caso los problemas significativos,

podrá alegarse, no son temas de la arqueología como ciencia sino de su gestión entre los mismos profesionales, y entre ellos y el medio en que se desenvuelven. Pero ese es nuestro contexto, es nuestra realidad cotidiana en la que trabajamos y es lo que hay que superar para seguir trabajando.

-- . --

Definimos la arqueología urbana como *la arqueología de la ciudad moderna*. No es el excavar en un sitio actualmente habitado para encontrar algo del pasado que ha quedado debajo y que es lo que nos interesa, ni tampoco es estudiar una ciudad muerta y abandonada hace siglos. La diferencia está en que el objeto de estudio *somos nosotros como habitantes urbanos*, es nuestra propia producción cultural, no es solamente la de quienes nos precedieron. No es el estudio de un grupo social, somos todos. Es el proceso de transformación del hábitat que vemos y hacemos a diario, haya comenzado la ciudad cuando sea que lo haya hecho, lo que importa es que llegue a hoy. Puede ser una ciudad de diez siglos o de uno, lo que queremos es interpretar el fenómeno urbano en todas sus connotaciones, con todas sus diferencias sociales, económicas, étnicas y religiosas, sus cambios en el tiempo, su origen, su conformación y cómo actuamos en ella en el presente. Como dijeron sus creadores, es la arqueología de la ciudad y no dentro de la ciudad (Gressey y Stephens 1982; Stasky 1982, 1987). Es más, ya otros autores la han definido también como 'la arqueología de nosotros mismos' (Mayne y Murray 2002, Davis y Parker 2016, Murray 2019).

Esta arqueología es el resultado del cruce entre diversas especialidades y por lo tanto es multidisciplinar: confluyen la historia urbana, la de la arquitectura, la conservación patrimonial, los estudios del hábitat, la antropología, la historia documental, la cartografía y obviamente la arqueología histórica y la de la arquitectura. El origen, en Argentina y otros países, no fue desde la arqueología prehistórica sino de la interdisciplina de los campos antes enunciados, más que nada desde la historia de la arquitectura y la preservación patrimonial que necesitaban nuevos métodos en su proceso de modernización. Quizás el mejor ejemplo sea lo que se hizo en la ciudad de Antigua Guatemala en la década de 1970-80 centrada en el rescate patrimonial y quizás, sin mucha teoría previa sino basados en el terremoto que la había hecho abandonar, abrevaron en la arqueología para investigar el pasado ya que tenía un método de observación diferente a la historia documental, mucho más eficaz para sus objetivos, con un cuerpo teórico avanzado y de una minuciosidad implacable. En cambio la arqueología urbana sí nació desde la arqueología histórica (Raffino e Igarreta 2004) y hay ejemplos que han mostrado la existencia de antecedentes más antiguos de lo que sospechábamos, aunque por fuera del mundo académico; fue el resultado de una necesidad de explicar algo que era demasiado grande para lo existente: la ciudad que se transformaba (Girelli y Schávelzon 2014). Lógicamente, cada una de esos campos científicos tiene sus métodos y muchos se ha discutido sobre ello y su cruce, pero más allá de cómo se lo haga afrontar la historia del fenómeno urbano ha sido cada día más compleja a medida en que nos acercamos al presente.

Lo que hoy llamamos arqueología histórica, siguiendo la tradición norteamericana ya revisada de sus resabios colonialistas, y la que en Europa es llamada Post Medieval (Orser 1996, 2000; Orser y Fagan 1995), nació en Estados Unidos en la década de 1930 cuando J. C. Harrington comenzó a excavar cabañas de afrodescendientes y luego la antigua ciudad de Jamestown (un resumen en: Harrington 1952). Para esa fecha ya había aisladas experiencias anteriores, allí y aquí, pero él sentó las bases y lo sistematizó. Los primeros avances teóricos fueron hechos por Stanley South quien denominaba a estos trabajos con la perimida denominación de *arqueología de tiempos históricos* (South 1977). Hubo

excavaciones, libros y congresos de forma que se fue creando una corriente en la que Lewis Binford, James Deetz y otros pioneros consideraban que los documentos históricos o la inferencia etnológica, la memoria oral o la fotografía y la cartografía eran elementos auxiliares a la arqueología, no eran troncales, incluso a veces podían ser prescindibles aunque los usaban (Binford 1962, 1968, 1983, 1988). No los negaban ya que eso hubiera sido absurdo, pero tampoco había una posición grupalmente aceptada, era una actitud ambivalente ante otros campos: en especial el de la historia, muy desarrollada, con bases conceptuales bien establecidas y un enorme peso propio en la ciencia. En el siglo XIX la historia le había dado un nombre a ese otro *quehacer*: la pre-historia, apropiándose hasta de su existencia misma y desconociendo que la arqueología tenía su propia historia que abrevaba en otras fuentes (Schnapp 1997). El desarrollo de la arqueología terminó con esas discusiones y prejuicios en la década de 1920, postura que ha dejado de tener vigencia.

En la década de 1960 había en Estados Unidos y en Europa occidental un número importante de arqueólogos que trabajaban en el tema. Y por eso se decidió crear las primeras sociedades que los aunase más allá de las diferencias de pensamiento que hubieran, porque lo que tenían en común era la actividad que llevaban a cabo: así nació la *Society for Post Medieval Archaeology* (1966) para Europa (Davies y Parker 2016) y la *Society for Historical Archaeology* establecida en 1967 y su revista *Historical Archaeology*. Si bien desde su creación se entendió que se estudiaba el colonialismo y su expansión, lo interesante fue que en la primera reunión que hizo la Sociedad en Estados Unidos para discutir objetivos y métodos no logró el consenso de sus miembros sobre el significado mismo de la arqueología que se hacía. Lo importante es que en lugar de eso ser visto como fracaso fue entendido como ejercicio de democracia. Para ese momento ya se planteaba que se estaba ante una manera diferente de hacer arqueología en la que todas las fuentes de información eran útiles e importantes, y que el arqueólogo no podía descartar ninguna. Sí por cierto se discutía el cómo hacerlo, su papel y lo que implicaba para la arqueología, la que era su eje central, pero nadie podía decidir dejar de lado las demás formas de registro porque negar la existencia de información era acientífico. No importaba si esos otros datos eran para generar hipótesis, para corroborar hallazgos, para entablar diálogos, o para el uso que quisiera dársele, sí era correcto el manejo documental mientras se lo tuviera en claro y se hiciera un uso *arqueológico* de dichos datos. En resumen, habían tres posturas: 1) los que en origen subsumieron la arqueología a la historia, idea perimida, 2) la arqueología histórica ‘bajo la égida de la arqueología’, y 3) la arqueología histórica ‘como un campo particular del conocimiento’ (Landa y Ciarlo 2016). Finalmente sí es cierto que esa sociedad fue importante para el desarrollo local de la actividad, más que la europea quizás por simple distancia o accesibilidad en un mundo pre-Internet; no hay duda del peso de Estados Unidos sobre la cultura latinoamericana. Pero no podemos dejar de recordar que también fue modelo para nuestro crecimiento el National Parks de Canadá, donde Julie Jones enviaba sus catálogos y libros que marcaron una década.

Una generación después surgió la crítica de fondo: al centrarse la arqueología histórica en lo sucedido con y después de la invasión europea, es decir con el mercantilismo y el capitalismo en ciernes con sus expansiones imperiales, se dejaban de lado las otras historias, las narrativas indígenas y afroamericanas, y las de otros pueblos del mundo. Eso significó criticar la mirada eurocéntrica, pero con los años nadie siguió sosteniendo la postura sino que se entendió que criticar lo hecho en el pasado, cuando esos cuestionamientos no existían, era contrafáctico; importaba mirar al futuro desde el presente. Lo que había que hacer era una arqueología centrada desde los propios pueblos, descolonizada, y eso se está haciendo (Deagan 1996; Schmidt y Píkirayi 2018).

El primer libro que reunió las diferentes posturas de la nueva arqueología histórica (Schuyler 1978) fue tardíamente accesible en Buenos Aires, en 1986 -marcando nuestro retraso en recibir información-

, y por gentileza de Lewis Binford que me envió un ejemplar. Y ante la evidencia de que existían ideas disímiles que funcionaban en paralelo—cosa difícil en nuestro país en aquellos tiempos—, seguimos su propuesta: ‘comenzar a hacer arqueología en esa ciudad, después verán si quieren repetir nuestras desgastantes polémicas’. Esa carta llegó con pocos días de diferencia de otro obsequio —no había otra manera de recibir libros—, la enciclopedia de marcas de lozas y porcelana de Geoffrey Godden (edición de 1986), un manual que mostraba que las marcas y sellos en cerámicas ya estaban catalogadas y lo que había que hacer era seguir avanzando, en eso y en todo, por encima de lo que se sabía en el mundo. Kathleen Deagan en 1987 envió el catálogo de objetos históricos encontrados por la arqueología en parte de América, y luego vino al país, con lo que entendimos que se estaba pasando a una etapa superior del conocimiento en la que los primeros pasos estaban dados (Deagan 1987-2002). Fue el descubrir que John Goggin había clasificado en 1968 la cerámica histórica de Puebla, que Florencia Muller lo había hecho en México desde 1972 (1981) y el matrimonio Lister lo hizo con la cerámica española en América (1982). Es decir, el camino en ese aspecto estaba trazado. Y que antes de la arqueología académica esos estudios los habían iniciado Edwin Barber en 1908, Enrique Cervantes en la década de 1930, luego Diego Angulo Iniguez, todos ellos sobre México, y José María Cruxent e Irving Rouse en la década de 1950 con cerámica arqueológica en América central. El tema tenía una larga genealogía de antecedentes aunque más preocupados por México y América Central que por Sudamérica.

Así fueron llegando libros sobre la cultura material internacional y ejemplos de excavaciones —no había Internet—, para poder iniciar una arqueología histórica académica. Esos avances marcaban una diferencia —digamos que superadora— con lo hecho en América Latina: ya no era un tema de pioneros que hacían lo que podían, sino que existía un universo sobre el cual apoyarse y avanzar, no repetir sino seguir adelante (Funari 1996b, 2008; Funari, Hall y Jones 1999).

-- · --

La idea generadora de este libro fue descubrir que ésta es una ciudad que como todas tuvo una topografía natural, la que su peculiar naturaleza original era de pantanos, arroyos estacionales y lagunas, de tierras inundables y ríos de poco cauce. Pero en donde el imaginario construido entre los siglos XVIII y XIX —acorde a su crecimiento como nueva capital de un inmenso territorio—, quiso que fuese otra cosa, por lo que se la adaptó a lo que se quería que fuese: se inventó un territorio y luego se imaginó una ciudad sobre él, y se la construyó así (Figuras 1 y 2). Ese deseo fue el de lograr una gran ciudad plana, horizontal, de crecimiento ilimitado incluso sobre el gran río que la enfrenta: un infinito en un espacio ilimitado, en tierras y en riquezas. La topografía no podía ni debía ser un límite a la imaginación y el poder. Por eso, mirándola desde su subsuelo, desde los rellenos que se hicieron para nivelarla y desde las elevaciones que fueron recortadas para ajustarse a esa idea rectora, podemos dar un paso para comprender su pasado y su complejo presente.

Este es el estudio de un caso, incluso sólo una parte de una enorme ciudad, pero que seguramente puede generalizarse a otros en el continente. Entendiendo que el estudiar la Capital, lo que llamamos Buenos Aires sin incluir su entorno —ahora es el Área Metropolitana o AMBA—, o sólo citándolo ligeramente, es por cuestiones técnicas, de recursos y de dimensiones. Obviamente hay una explicación histórica ya que la ciudad nació en 1580 y quedó dentro de esos límites, los que se marcaron entre 1880 y 1887, y su entorno era de poblados autónomos hasta el siglo XX en que los engulló el proceso urbano. Pero incluso hay razones de política, ya que como buen ejemplo de los

conflictos de gestión, solamente cruzando una avenida o el Riachuelo hay que pedir autorización a organismos administrativos diferentes y sujetarse a legislación y a juegos de poder distintos.

Este no es un texto teórico en el sentido clásico de la literatura de la especialidad, tampoco es un volumen erudito que supere conocimientos establecidos, el objetivo es el de presentar los resultados de una experiencia a escala urbana, la de Buenos Aires y sus 200 kilómetros cuadrados construidos, con cuatro millones o más de habitantes estables y de otros quince que los rodean de los que apenas esbozamos ideas, con una densidad de ocupación de más de 15.000 habitantes por kilómetro cuadrado. Una ciudad que cambia cada día, en donde se construye, se demuele, se altera y siempre ha sido así, y eso se hace sobre una superficie artificial. Intentamos conocerla no sólo por un interés intelectual sino para saber qué hacer con ella, darle un uso concreto al conocimiento científico. Buenos Aires y su entorno crece por construcción unos tres metros cuadrados por segundo; no todo en horizontal, pero sí la mayor parte (Figura 3). Y como hecho auxiliar a esta investigación, es interesante intentar explicar la presencia en la periferia de fenómenos de crecimiento urbano con enormes deficiencias, como el hacerlo sobre estratos artificiales de basura no procesada o en terrenos inundables, como la continuidad en la historia de una política que llega del pasado, del siglo XIX, inclusive con antecedentes en el siglo XVIII.



Figura 1. El modelo ideal de Buenos Aires concretado, tal como era visto en la década de 1980: una ciudad plana, infinita, sobre una topografía artificial imaginada como natural (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).

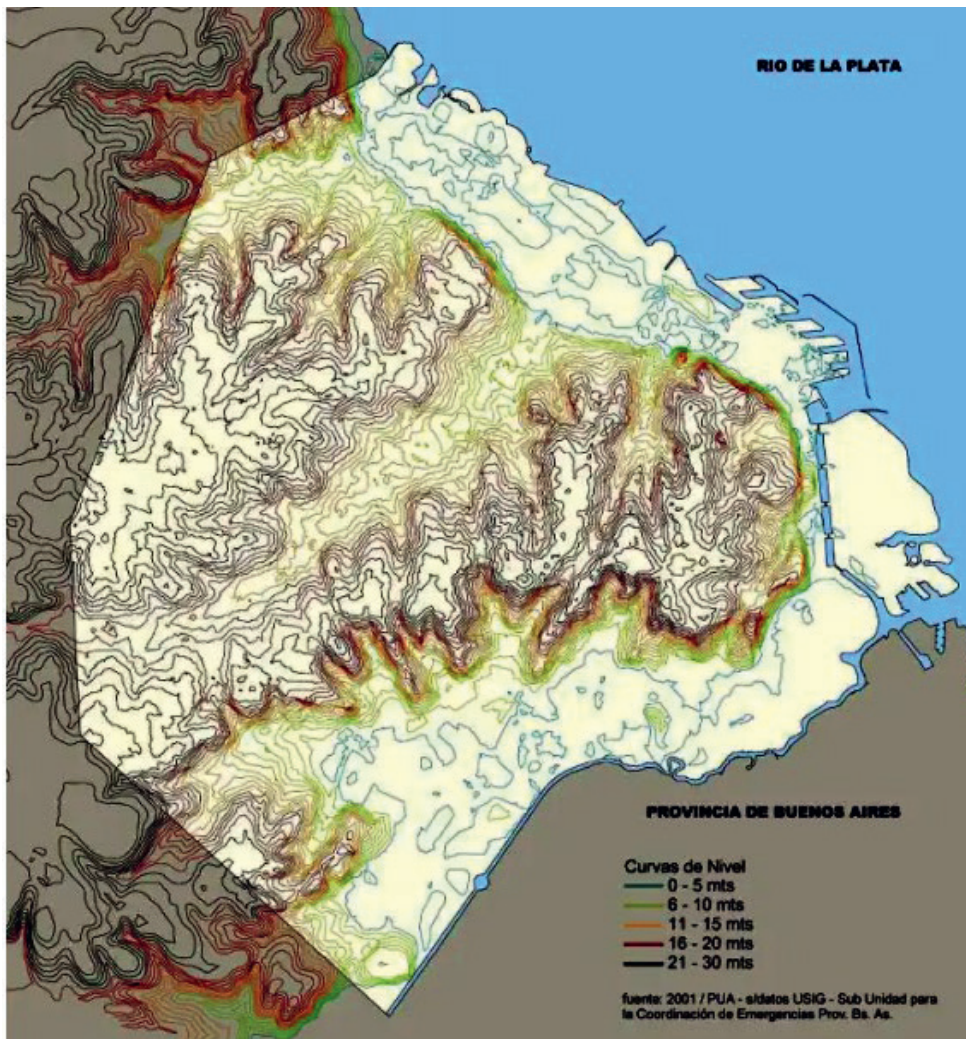


Figura 2. Plano topográfico de la ciudad. Las zonas bajas, en color claro, son las que fueron rellenadas para concretar la idea de la ciudad plana. El frente al río ha sido ganado con dos siglos de rellenos. Podría leerse como un plano del potencial arqueológico de la ciudad (Plano cortesía PUA/USIG).

Por definición, la arqueología urbana se hace para explicar una ciudad en funcionamiento, la que no queremos paralizar para estudiarla sino extraer información sustantiva mientras continúa su proceso de transformación. El desafío es, precisamente, hacerlo sin detenerla; podemos juzgar si ese crecimiento es o no como nos gustaría que fuese, pero hay que actuar en consecuencia de la realidad. El lograr una ciudad diferente es un tema político, loable, pero no es arqueológico aunque nos gustaría que lo fuera. A la vez que se destruye hay que recuperar conocimientos, contextos y elementos (desde arquitecturas hasta objetos) que son significativos para la arqueología en primer lugar, y para el patrimonio, cualquiera sean las definiciones que le demos a ambas cosas. Porque no todo lo que se excava es patrimonio ni todo lo que hay tiene capacidad explicativa, pero sí queremos aportar a la conservación de la cultura aunque no es nuestra responsabilidad sino la de los especialistas. No es nuestro trabajo ser preservacionistas, lo llevamos en el alma y mucho podemos decir y hacer por ella, pero es la profesión de otros porque la arqueología, al menos en nuestros países, llegó tarde al patrimonio, cuando habían surgido las carreras de grado y posgrado en ese tema.



Figura 3. Los grandes rellenos de nivelación urbana: excavación en el estrato natural con ocupación humana previa al siglo XIX ubicado debajo de los niveles de arena de río llevados en 1896. Excavación en Plaza Colón, parte de la Casa de Gobierno.

### **La arqueología histórica en América Latina**

La experiencia latinoamericana para la época en que la arqueología histórica se organizó y creció en el exterior, en América Latina también existía y hubiera sido importante poder conocerla, lo que en aquel momento era imposible sin Internet, pero que hubiera evitado polémicas futuras o el desconocimiento de la propia historia. Sabemos que su nacimiento, en cada país, provino desde diferentes especialidades académicas o incluso de amateurs y coleccionistas, por eso su desarrollo fue diferente y la falta de relación entre los que la practicaban fue el motivo que produjo el ralentizar su desarrollo. Es posible que el primer estudio sistemático que se hizo fue el de José María Crucent en Venezuela, en Nueva Cádiz, en 1955, gran pionero además de un artista devenido arqueólogo y formador de generaciones. Pero también hay que recordar que en varios países de América Central se estaba trabajando en arqueología en edificios históricos, como una herramienta del patrimonio; no era arqueología histórica sino una manera de obtener datos para restaurar monumentos. Pero eso no quita su existencia pionera.

En México, en donde arqueología e historia son la misma carrera y escuela, quizás el primer ejemplo fue el de la Capilla Abierta de Dzibilchaltún (Folan 1970, Andrews 1981), que al estar dentro de un asentamiento maya se la excavó y se leyeron a los cronistas que escribieron acerca de un edificio colonial hecho por los indígenas en el siglo XVI. Esta actitud, de abreviar en fuentes de información diferente –materiales y documentales– hubiera sido imposible en otros países incluso hasta la actualidad. El caso tuvo una fuerte y beneficiosa difusión porque había una importante universidad

detrás y fue publicado rápidamente. El otro caso, hecho en el centro de la ciudad de México, fue el convento de San Jerónimo donde se encontró el sepulcro de Sor Juana Inés de la Cruz, que fue excavado en los inicios de la década 1980 también con gran impacto mediático (Carrasco Vargas 1990; Corona 1998; Juárez Cossío 1989). Pero el avance del tema en México fue lento por la presencia del gran proyecto del Templo Mayor durante las décadas de 1980 y 1990 el que por su envergadura única en el continente opacó otras alternativas, pero excavar en la ciudad dentro de construcciones históricas fue algo que quedó establecido como práctica habitual, la que necesitaba de conocimientos especiales pero sin diferencias en el actuar con el mundo prehispánico, ya que también tiene documentos escritos con los que contrastar los hallazgos (García Targa 1995, 2000; Lee 1984).

México al igual que Venezuela, Perú y Panamá, no tuvieron conflictos de nacimiento de la especialidad: simplemente fue ver desarrollarse un nuevo campo de la arqueología con métodos y técnicas algo diferentes a las tradicionales, en donde los profesionales podían moverse tranquilamente entre una y otra época, haya sido más rápida o más lenta su crecimiento, pero sin grandes conflictos. En especial el uso de documentos, fotos o planos no significaba un problema teórico o epistemológico. Era poco el conocimiento específico para que fuera una especialidad autónoma y de allí que podía considerarse a la arqueología de la época colonial como un estrato más, aunque con características propias, dentro de la gran estratigrafía del pasado. Sí significaba métodos y técnicas diferentes, y mucho conocimiento histórico y urbano, pero no eran verdaderos problemas. Se trataba del hecho que para unas excavaciones había escrituras indígenas o coloniales y para otras no, en algunas había información mixta, españolas e indígenas cruzadas y sobre las épocas más recientes había textos en cantidad. Perú fue el ejemplo en que habían hallazgos de objetos y contextos coloniales en sitios prehispánicos, los que eran estudiados y publicados, pero lo que motivaba el trabajo siempre era lo más antiguo.

En América Latina se vivía el problema, que siguió por muchos años, que el estudio de los edificios y sitios del período histórico estaba en manos de los arquitectos restauradores, y la restauración de los arqueológicos en manos de los arqueólogos, por lo que hasta no superarse esa dicotomía -la que aun genera conflictos-, el desarrollo se ralentizó. Eso se pondría en evidencia y crisis con la restauración y excavación del Templo Mayor desde su descubrimiento en 1978, el trabajo más importante dentro de una ciudad moderna a cargo de Eduardo Matos Moctezuma (Schávelzon 2017).

Donde comenzó a sentirse alguna diferencia entre lo urbano y lo no construido encima, fue en Panamá, ciudad pionera para la arqueología histórica, cuando en la década de 1970 coincidieron dos trabajos: uno en Panamá la Vieja, asentamiento colonial abandonado que fue declarado Patrimonio de la Humanidad, y el otro en el centro de la ciudad viva, en la iglesia del Arco Chato que se comenzó a publicar en 1983 (Cooke y Rovira 1983; Rovira 2002, 2008). El curso dictado en Panamá la Vieja por José María Cruxent en 1975 para la OEA reunió una primera generación de jóvenes de varios países y desde allí nacería una nueva mirada hacia la arqueología histórica<sup>1</sup>.

Durante esa década se excavaba con cierta intensidad en Antigua Guatemala pero en relación a los monumentos históricos. Antigua era una ciudad que estaba siendo estudiada desde la década de 1930 por su excepcional grado de preservación, pero excavar en sus edificios, incluso en los muchos derrumbados, era un tema nuevo. Era el sitio perfecto para ver nacer una arqueología diferente porque la ciudad estaba cambiando, se estaba degradando por las subdivisiones de las grandes residencias, había un Estado ausente por las dictaduras, a la vez que había una clara presencia del

---

<sup>1</sup> Dio la casualidad, o quizás no lo fue, que en ese curso estuviéramos varios de los que comenzamos en el tema como actividad académica, incluyendo a Eduardo Matos Moctezuma y Beatriz Rovira.

turismo como generador de divisas. La ventaja era que no había una ciudad moderna encima de la vieja, era la misma que seguía viva; allí hubo avances importantes pero luego se casi paralizaron perdiéndose una gran oportunidad. Brasil fue un país de un avance notable en casi todas sus ciudades importantes desde 1980-90, creando sistemas municipales de patrimonio y arqueología y un organismo muy eficiente a escala nacional sólo comparable con el INAH de México, el IPHAN (Cazzetta 1991, 1993).

En síntesis, para 1985 como fecha promedio, en América Latina el tema de la arqueología histórica se había iniciado, había experiencias y se estaba delineando lo que después aceptaríamos como *arqueología urbana*. La primera serie de artículos editados en secuencia periódica, en forma modesta y como simples fotocopias pero con el nombre de 'Arqueología urbana' se editaría desde 1987. La arqueología histórica crecía lentamente sin problemas graves, salvo por la falta de institucionalidad, a excepción de México y Brasil. En 1983 se había publicado en Argentina un libro en dos tomos que fue básico para el desarrollo del tema: *Presencia hispánica en la arqueología argentina* (Gutiérrez y Morresi 1983). Estos tomos mostraban el esfuerzo de los pioneros dispersos pero que ante la compilación de tanta información se hizo evidente la necesidad del desarrollo del tema de forma académica e institucional. Presentaba todo lo preexistente en la Argentina aunque -cosa notable-, ninguno de ambos compiladores era arqueólogo, quizás por eso es que veían la necesidad de un nuevo camino. Es posible que esa preexistencia ordenada y sistemática de antecedentes fuese el impulso necesario.

Se podía avanzar porque para ese momento estaban superados en el mundo los conflictos que causaba hacer arqueología histórica incluyendo el uso de documentos escritos y todas las referencias posibles - planos, fotografías, oralidad-, además de la libertad para hacer analogías. Ya nada de eso resultaba un problema como había sucedido medio siglo antes. Especialmente en México, desde donde emanaban los ejemplos más importantes, en donde nadie podía negar la información que daban los glifos prehispánicos que se remontaban a siglos, o la de los textos coloniales -sean indígenas o europeos o mixtos-, o los escritos de viajeros, o la documentación de todo tipo. Por eso resultó extraño cuando en la década de 1990 y desde Argentina y Uruguay, se retomó la discusión del uso documental y se llegó a definir que eso era un *problema*, algo que atacaba al núcleo conceptual de la arqueología. Hubo quienes regresaron a la postura de South preocupados por salir del estricto registro arqueológico (Goñi y Madrid 1998; Zarankin 1993), pero fue un tardío debate sobre algo que ya no existía. Igualmente quedó establecida en parte de Sudamérica la actitud de tener que justificar el uso de textos escritos, lo que resulta insólito en el resto del continente (Carbonelli 2010; Pineau 2006; Ramos 2000, 2002, 2006, 2019). Se planteaba como imposible abreviar en dos fuentes diferentes y debido a eso aun podemos leer que la arqueología solo 'intenta subsanar en parte la falta de información' de los documentos escritos (Goñi 2012: 15). Los estudios han superado esa etapa avanzando en la construcción de conocimientos sin resabios de conceptos perimidos.

En América Latina, entre 1980 y 2000, ya era posible decir que 'la inmensa mayoría de los arqueólogos reconocen la utilidad de la argumentación analógica en el proceso de interpretación o explicación del registro arqueológico y la consideran como indispensable' (Politis 2004: 85). El uso de fuentes documentales es entendido como una forma de evitar los efectos negativos de la neo-colonialidad en que está inmersa la arqueología (González Ruibal 2008), ya que esos debates existen solo cuando los que consumen la producción de la arqueología son los mismos que la generan. Muy diferente a cuando hay una sociedad interesada, si la educación lo ha incorporado de una manera u otra, y los medios de comunicación la exigen para difundirla. En los inicios de lo académico hubo tanta reacción que se llegó a considerar que esta arqueología era *regresiva*, de coleccionista, porque había sido necesario formar catálogos y clasificar objetos, lo que no era más que una primera etapa de la construcción de

un campo del conocimiento. Lo mismo sucedió, con la crítica de que se excavaban solo edificios de las antiguas élites por lo que se pensó que el área de interés eran los grupos sociales altos (¿acaso no habría que estudiarlos también?). La respuesta fue obvia: era para lo que había presupuesto y terminó cuando se pudo acceder a fuentes de financiamiento alternativas. Una excavación en Buenos Aires fue el ejemplo para observar los cambios entre clases sociales, cultura material y vivienda, lo que ayudó a cerrar esas críticas (Funari 1997). Otro de los primeros logros fue el Área Fundacional de Mendoza, Argentina, en donde siguiendo el modelo ya establecido de Panamá la Vieja se intentó crear un Centro Histórico, excavar varios de sus edificios de la época colonial, en especial el Cabildo, el templo de San Francisco y mucho después la casa de San Martín. Se hizo un museo y un centro de investigaciones, pero no se logró avanzar en establecer un verdadero Centro Histórico al generarse conflictos con los intereses urbanos (Chiavazza 2002). En la ciudad de Córdoba hubo un frustrado intento en 2005, el que ha recommenzado con energía. En buena medida era seguir las ideas de Panamá la Vieja o de Antigua Guatemala, modernizadas.

En 1994 Stanley South viajó al Uruguay gracias a la acción de Nelsys Fusco, a la ciudad de Colonia - donde hubo trabajos tempranos para rescatar su muralla y el portal de entrada a la ciudad antigua, luego se excavaron espacios abiertos en el centro, de viviendas e instituciones históricas-, a una reunión de especialistas de varios países. Allí estableció la primera red interpersonal del continente con la revista *Historical Archaeology in Latin America*. Fue un ejercicio de democracia al que no estábamos acostumbrados. También fue una lección que publicara diez volúmenes y al tratar de que lo continuaran otros desde América Latina, fue imposible. Ese espacio fue reemplazado por Charles Orser con el *International Journal of Historical Archaeology* y luego por revistas en cada país. El mundo cambió muy rápido.

En la década de 1990 en las ciudades se iba haciendo arqueología y abriendo dos caminos: lo que se hacía en lugares como México, Guatemala o Lima en donde la ciudad nueva era un estorbo que destruía lo importante del pasado prehispánico, y por otra parte quienes veían que la ciudad era su tema de estudio -valga el caso de Antigua Guatemala-, parte de una secuencia que debía entenderse en su integridad y desde múltiples disciplinas: asomaba la arqueología urbana con identidad propia.

En 1985 había comenzado un Programa de Arqueología Urbana en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Nació tras un fallido intento de hacerlo en el Instituto Nacional de Antropología; el cambio se produjo porque las instituciones lo vieron como algo viable para la historia de la arquitectura pero no para antropología. En 1991 se le otorgó el reconocimiento de la UBA y del Conicet como Centro de Arqueología Urbana (Gómez Romero 2005). Fue pensado como un centro interdisciplinario pero de escala reducida y el primer libro incursionando lo urbano se editó un año después (Schávelzon 1992). Mientras tanto se había hecho una serie de informes seriados bajo el título de *Arqueología urbana* (1987 a 1994). Esa publicación sirvió para expandir el tema e incluso para ponerle nombre al programa arqueológico de la ciudad de México que excavaba el Templo Mayor (Matos Moctezuma 1993), e impulsar a otros. Así se establecieron proyectos de envergadura que han sido historiados como el de México (Fournier 1999; Fournier y Miranda Flores 1992; Hernández Pons 2000), Brasil (Albuquerque 1993; Andrade Lima 1993; Funari 1996a; Kern 1998), Chile (Sanhueza *et al.* 2000), en Cuba se lo hizo en edificios en restauración desde muy temprano ya que hay excavaciones desde la década de 1970 y con una visión moderna han sido de los primeros en publicar sobre el tema (Domínguez 1984, 2003), El Salvador (Valdivieso 2014), Venezuela cuya primera excavación fue en 1987 en el convento de San Francisco seguidas del Museo Sacro al año siguiente junto con La Floresta (Molina 1989, Antczak 2018), Perú (Mogrovejo Rosales 1996) y más que nada en Brasil en diferentes ciudades, en Colombia (Therrien 2002), en Perú (Saucedo

Segami y Chirinos Ogata 2020) y en Uruguay (Fusco 1995, 1997; Lezama 2002), los que comenzaron a trabajar organizadamente en forma casi simultánea incluso con aportes de misiones europeas (Vela Cossío 2014). Para el año 2000 habían comenzado los congresos nacionales sobre el tema que ya había sido reconocido por la comunidad en casi todos los países, tradición iniciada por el primer congreso en México (Fernández Dávila y Gómez Serafín 1986). El primero en Buenos Aires se haría en el año 2001, luego lo serían en Perú, Brasil, el Caribe y otros.

Hay que destacar el caso de Cuba ya que desde la década de 1940 había hecho excavaciones relacionadas con edificios coloniales, si bien era el apoyo a la conservación patrimonial, el tema siempre estuvo presente. Si tuviéramos que pensar realmente cuáles fueron los países en donde el tema se presentó primero, fueron Santo Domingo (Elpidio Ortega y Carmen Fondeur 1978), México (Gonzalo López Cervantes y sus estudios de cerámica 1976) y Cuba (Lourdes Domínguez desde 1980). El problema fue que por la Revolución cubana y su impacto, lo caribeño no se difundió y quedó minimizado ante otras realidades. También la arqueología histórica surgió tempranamente en Sudamérica y fue el caso de Chile en que hubo interés en excavar poblados y edificios del siglo XVI y posteriores en la Patagonia (Cassasas 1976; Massone 1978; Troncoso 1970).

Brasil fue el país que tuvo el crecimiento más acelerado de la arqueología de las ciudades ya que en México la rutina era parte del mundo del estudio de lo precolombino y pensado como rescates. Desde los estudios iniciales de Miriam Cazzetta sobre la ciudad de San Pablo (1991, 1993), o los de Tania Andrade Lima en Río de Janeiro, de Marcos Albuquerque en Pernambuco, de Lucía Juliani en Sao Paulo desde 1993 y de Claudio Simansky y Fernanda Tocchetto con el proyecto municipal de Porto Alegre (Allen, Lopes y Etchebere 2013; Tocchetto 2000, 2013), ese país se transformó en el de mayor cantidad de trabajo de la región. El caso de Porto Alegre ha sido similar al de Buenos Aires en cuanto a crear un organismo del gobierno de la ciudad que fuese más expeditivo que los proyectos universitarios.

El establecer esos nuevos campos del conocimiento, el de la arqueología histórica y luego el de la urbana, implicó cambios en la manera que tenía la arqueología para trabajar en la mayor parte de estos países. Durante un siglo las excavaciones, salvo en México, se hacían en *temporadas de campo*. Estas nuevas arqueologías tenían su lugar de excavación en la ciudad, a veces cerca de la casa en que se vivía, con facilidades de transporte y comodidades poco habituales, por lo que se excavaba todo el año y eso era nuevo para un campo académico tradicional. Era factible, incluso con o sin apoyo institucional, hacer proyectos de meses, rotar el personal, volver una y otra vez, o cambiar de lugar al terminar un trabajo y comenzar otro. Esto generaba volúmenes de información y de objetos que había que conservar y restaurar -ya habían nacido las carreras de restauración y conservación-, guardar y exhibir a la comunidad que estaba interesada. Y más que nada se incentivó la arqueología de rescate, otra novedad que se simplificaba por la relación de cercanía, tema que tiene crecimiento por la cantidad de obras de edificación y lo lável de la legislación que debería obligar a estudiar los terrenos, lo que jamás se cumple (Pedrotta y Gómez Romero 1988).

Tema importante en América Latina ha sido el de las polémicas que ha suscitado la arqueología de rescate. En el caso de Argentina había sido soslayado hasta 1990 por la falta de un organismo que pudiera o quisiera hacerlo. Y si se hacía lo eran con acciones voluntaristas. La arqueología de las ciudades puso en crisis ese tema el que se transformó rápidamente en un tema cotidiano, y los medios de comunicación comenzaron a presionar por la alta visibilidad que tienen los hallazgos cercanos. Eso se resolvió con la creación de una oficina del gobierno de la ciudad de Buenos Aires que, al menos por un decenio, llevó adelante esas acciones, mientras que la universidad y los organismos científicos desarrollaban proyectos de mayor alcance. Es de lamentar, pero al igual que en otros lugares de América, las cosas no prosperaron y hoy casi ha desaparecido esa forma de actuar, o al menos se ha

burocratizado perdiéndose mucho cada día. El país que lo ha organizado bien ya que aplicaba el rescate a la arqueología precolombina, fue México. Allí hay tres formas de hacer los trabajos: la arqueología de proyectos, la de rescate y la de salvamento, cada uno con su personal calificado. El primero no hace falta explicarlo, el rescate es para las acciones de emergencia, y salvamento hace las acciones planificadas que son previstas en las obras públicas y privadas. El sistema funciona pero no ha sido repetido en el resto de los países y hoy ya tiene allí una escala casi imposible de imitar.

Queda pendiente un no superado problema: el de la arqueología contractual, tema que fue creciendo al imponerse por ley en casi todos los países. En el mundo (incluidos los países socialistas y cuasi-socialistas) los propietarios de una obra deben financiar los estudios en su terreno en áreas determinadas o ante hallazgos casuales. Esta idea, que ya se aplicaba aquí en los lugares con minería, rutas o grandes construcciones, generó conflictos al suponerse que en la ciudad se estaba avalando la especulación inmobiliaria y por ende se era un *cómplice* del Capitalismo. Llegó tan lejos la reacción anti-sistema que hubo quienes asumieron que esto implicaba el fin de la arqueología; tanto porque la sociedad para la que nació esta ciencia había logrado imponerse, o porque era colonizarnos en la práctica profesional. Es cierto que la burguesía necesitó construir su historia y justificar su rol social y que la arqueología nació para consolidar los nacionalismos, lo que es cosa obvia como conocimiento. Pero eso no implica suspender nuestro trabajo sino hacerlo de otra manera y con otros objetivos (González Ruibal 2008). Si hay problemas con una arqueología empresarial, o dudas sobre su moralidad, bien se puede optar por contratar universidades e instituciones académicas, las que podrían presentarse a licitaciones públicas y privadas. Que no se haga quizás sea resultado de posturas anacrónicas ante las formas de hacer arqueología en el presente. O peor aún, de politizar la ciencia en el sentido de criticar lo que no sirve a intereses políticos sin tratar de buscar alternativas.

Tras años de polémicas sobre el tema de los contratos se entendió que sí había legislación que obligaba a la intervención arqueológica financiada por los particulares, y que no era culpa de ellos que no existiera un proyecto científico para la ciudad. Era un tema legal, una imposición para ambas partes y eso no quiere decir hacer las cosas mal, que el arqueólogo se corrompa por intereses materiales ni que trabaje con una mirada que no sea socialmente valedera. Al empresario le interesa hacerlo rápido y barato, al profesional hacerlo bien académicamente; no son intereses que se choquen, la experiencia muestra que ni siquiera se afectan demasiado uno al otro. El que paga se desentiende de lo que se excava, de las interpretaciones e incluso de los objetos materiales, sólo exige cumplir tiempo y costos, lo demás queda en manos del arqueólogo. Son temas de gestión sin impedimentos o contradicciones de fondo. Es profesionalizar la arqueología.

Los trabajos en las ciudades son los que expusieron el núcleo de lo que se llamaba Arqueología Social, de la que se hablaba pero que no se hacía: se puso desde el primer día en evidencia la presencia de los silenciados (indígenas, pobreza, marginación, género, ancianidad, infancia y esclavizados), el uso clasista del espacio, la especulación con el suelo, la producción de plusvalía en la obra nueva, las condiciones del hábitat de cada sector de la sociedad y su relación con el mercado. Al estudiar a la sociedad capitalista e industrial se trabajaba hacia una arqueología descolonizada (Politis y Pérez Gollán 2004). La *ceguera estalinista* y el *setentismo*<sup>2</sup> habían alejado a la arqueología de sus propios principios llegando a decirse que había que abandonar todo en espera de un cambio social basándose en la creencia teológica de un futuro feliz que jamás llegó (Lumbreras 1974; 2004, Leone 1995; Lorenzo *et al.* 1979). Mientras, se perdía la posibilidad de hacer nuestro trabajo. El día que tengamos el estado

---

<sup>2</sup> Forma coloquial de denominar las posturas revolucionarias y guerrilleras que caracterizaron la década de 1970, con gran influencia de la Revolución Cubana.

social que queremos ya no habrá un metro cuadrado antiguo en la ciudad. Para muchos quizás eso no importe.

La arqueología nació con el Capitalismo, ¿pero, existe hoy otra arqueología, que realmente se practique? Podría llegar a haber otra manera de hacerla –y la hay–, con otros objetivos, aunque crearla a nuevo es algo que ha fracasado. Se trabaja para que cumpla una función enraizada en la sociedad, pero los esfuerzos por una arqueología social en América han sido loables pero no fueron más allá de la retórica de lo que se esperaba que aportara la arqueología marxista hace 50 años. Se hacen publicaciones buscando elementos de método o interpretación que vayan desde lo populista al marxismo, para tratar de construir una genealogía y mostrar la existencia del tema. Se encierra a sí misma al agrupar las excavaciones que incluyen alguna mirada social, o los estudios que han incorporado temas que 50 años antes destacaba el marxismo como no estudiados, como el trabajo, los grupos marginados o la lucha de clases, creyendo que al estudiar a los sectores pobres se hacía marxismo (Lumbreras 2004; Navarrete 2007; Tantaleán 2004). En realidad era cuestión de hacer una arqueología del Capitalismo, en el Capitalismo de hoy, e incluir a todos los grupos sociales, sus enfrentamientos, sus características y sus oposiciones (Johnson 1996; Paynter 1988). Era saber ver las diferencias sociales y sus contradicciones en la evidencia excavada, por eso hay una rama activa que se la conoce como *Arqueología de la violencia* en donde la explotación o la destrucción del ser humano es el objeto de estudio. Pasó algo similar con la presencia de los pobladores afrodescendientes, esclavizados y sus descendientes, la que había sido desconocida por la arqueología tradicional hasta que se la pudo ver y entender y ahora está establecida. Lo que hacía falta era cambiar de perspectiva, lograr ese cambio para hacer crecer el conocimiento, era posicionarse de otra manera frente a la misma evidencia (Schávelzon 2003). Y algún día habrá una arqueología afrocentrada, que vea el mundo desde adentro y ya no desde afuera.

Con la ciudad, ha sido curioso que en donde vive la mayoría de los arqueólogos casi no se la práctica, como si lo lejano y difícil de acceder fuese un mérito. Asumiendo la tradición académica del siglo XIX la ciudad es considerada como un impedimento, un estorbo y el desarrollo y la urbanización son molestias destructivas. Es cierto que destruyen parte del pasado, pero frente a eso sólo hay caminos: uno es paralizarse a la espera de la llegada del ‘Mundo feliz’ (que no es el de Aldous Huxley de 1932), o esperar la Revolución Social liberadora. Otra opción es elaborar nuevas formas de actuar que permitan seguir haciendo ciencia en una realidad cambiante. Los métodos de Sir Mortimer Wheeler de excavar contextos intocados siguen en vigencia, eso que hace un siglo se definía como ‘la arqueología del lugar ideal’, pero para la ciudad es imposible de hallar. Excavar un entorno artificial, una *jungla de cemento*, no es algo fácil y para eso valgan los casos que prosperaron en Argentina, como Mendoza y Buenos Aires, o los que avanzaron con dificultad como Rosario y Córdoba. La ciudad es ‘un cuerpo unificado y significativo de recursos culturales’ (Dickens 1982; Dickens y Crimmis 1982), y ‘los registros materiales son componentes de un sistema interconectado, no son parte de unidades desarticuladas’, es decir de sitios independientes los unos de los otros (Tocchetto 2013). Sólo entendiendo eso puede avanzarse en una arqueología urbana.

### **La arqueología de la ciudad moderna**

Entender la ciudad no es un tema sencillo y nunca lo ha sido en ninguna rama del conocimiento. La bibliografía ha generado escritos sobre ella desde muchas perspectivas, específicas o entrecruzadas, desde la economía, la política, el urbanismo, las formas sociales del uso del espacio, la especulación, la estética, la estructura física, la arquitectura, la segregación y todo lo imaginable. Ha sido el elemento

cultural que posibilitó la civilización desde hace seis mil años o seguramente más y el ser humano actual es impensable sin ella. Pese a eso la arqueología hizo poco por entenderla si no es en tiempos antiguos. Es cierto que la ciudad actual implica dificultades que muchas veces van en contra de los principios metodológicos contruidos desde Pitt-Rivers a Wheeler. Ellos, igual que Petrie o Childe, excavaban en Babilonia, en Egipto o en el prado inglés y con centenares de trabajadores que parecerían mal pagados. Arriba de las ruinas había arena, tierra o casas a derrumbar: era la idea de que lo moderno era intrusivo y molesto para lo que sí era importante que estaba debajo.

La arqueología de la ciudad moderna puso en evidencia la nueva necesidad de aceptar que el uso de maquinaria era necesario para una nueva forma de trabajo, para encarar su desmesurada escala, asumiendo que ella es nuestro tema de investigación, nuestra hipótesis. La incorporación de tecnología a la excavación es un desafío cada día más necesario porque la ciudad es inabarcable y una explicación de ella quizás sólo termine lográndose con cientos, quizás miles de tradicionales cuadrículas, a menos que desarrollemos otras estrategias de mayor escala. Un proyecto basado en un *Plano de potencial arqueológico*, en donde se reúna el trabajo de mucha gente y en donde el plano debe ser rehecho en la medida en que va cambiando la ciudad y el significado de potencial y de arqueología.

La idea de cuadricular toda la ciudad -en realidad ya está cuadriculada y más en América Latina con su patrón urbano regular-, llevó a aceptar que la unidad arqueológica básica es el lote, con su dirección y número. Esto, tan simple, parecería complejo para quien está acostumbrado a trabajar con espacios geográficos amplios y no entre paredes medianeras. Las ciudades están organizadas en lotes y manzanas delimitadas por calles, tienen una identidad -un nombre- que va más allá de cualquier decisión académica ya que es de orden administrativo y legal, además tienen un propietario. Y cada calle o espacio público lleva su nombre a veces desde hace siglos. Imaginemos que se pudiera cuadricular toda la ciudad, y que pudiéramos llegar a numerarlas (no haría falta, sus calles ya tienen números). En ese caso toda la ciudad sería un sitio de gran escala y aunque haya construcciones que han alterado parte del subsuelo, esa es su historia. También en Babilonia, Egipto o Roma se hicieron obras que destruyeron las precedentes, siempre la ciudad es un constante proceso de cambio. Quizás por eso en América Latina la arqueología urbana nació en buena medida desde la historia de la ciudad, porque la mirada era diferente. Cuando vemos un momento del pasado, hay construcciones que existían mientras que otras estaban en obra o en demolición, incluso abandonadas. Ese es el desafío, la comprensión de una estratigrafía que nunca fue estática porque no se mira una cuadrícula sino calles completas.

En la arqueología urbana de una ciudad, sea en un proyecto académico, en un rescate durante una demolición, en un trabajo de contrato, o al ocuparse de hallazgos casuales cuando se pasa una cañería, todo sirve. Porque se trata de explicar la ciudad y no solamente una hipótesis que se cierra en sí misma. Es darle significación a lo que no se le daba, un rescate se basaba solamente en una denuncia y no en un proyecto académico previo más amplio, en donde se va a recuperar lo que se pueda aunque tenga poco valor por la falta de contexto. Por eso todos esos rescates son parte de la ciudad y en una mirada amplia, la explican. En una ciudad como Buenos Aires en la que se supone que la presencia indígena fue casi inexistente, al menos según la historia, la arqueología encuentra docenas de sus objetos cada vez que se excava en el centro. Eso parecería ser indicador de que hay que releer críticamente los documentos históricos y pensar que si bien los contextos han sido destruidos la historia de la conquista tergiversó lo que escribía en aras de sus intereses. Y esos fragmentos removidos una y otra vez, los que hay en todas y cada excavación, llegando a veces a ser el 40% de la cerámica de los sitios tempranos, nos abre preguntas y la necesidad de generar nuevos proyectos. Trabajar y llegar a generar hipótesis aunque sea sobre contextos destruidos, porque la amplitud del

registro nos ayuda a reducir los errores. Los rescates son disparadores de ideas, a veces son la confirmación de nuestros resultados en otros lugares o nos completan la interpretación. También los documentos escritos o iconográficos son parte inherente de la construcción de la interpretación del pasado que es el fin último de la arqueología. Todo es parte de una visión amplia del espacio en el tiempo. Y si entran en conflicto los registros, mejor aún, hay que resolver la contradicción y no dejar de lado lo que no nos gusta o que no parece encuadrar: por algo son diferentes.

Estamos planteando un mecanismo para recuperar y hacer útil la información que surge en la actividad diaria a través de un sistema de comunicación abierto y permanente entre arqueólogos, historiadores, arquitectos, restauradores e incluso aficionados que suministren datos no destructivos, porque nadie puede controlar todo lo que sucede en una ciudad. ¡Cuántas excavaciones comenzaron por un curioso que vio algo a lo que nadie había prestado atención! Que sean parte de una red orgánica y que esa información pueda entrar en un sistema digital accesible. Es un trabajo de años que puede abrir vetas inesperadas para comprender la ciudad y lo que haya habido o que hay aun bajo su suelo. Y no parece complejo para la tecnología actual, es más que nada cómo pensar los proyectos y los trabajos de campo; la realidad es que estamos frente a un mundo urbanizado y necesitamos, como otros especialistas, entenderlo para hacerlo mejor. No existe en el continente una oficina arqueológica que registre información -auténtica o no- suministrada por los ciudadanos. En este país aun la información arqueológica debe hacerse llegar personalmente y en papel a una oficina administrativa que registra burocráticamente su ingreso, pese a estar en un universo digital.

Cabe la pregunta de por qué la arqueología municipal, en casi todos los países, se centró en trabajar en el centro de las ciudades, habiendo tantos otros temas, lugares y opciones. ¿Fue por una simple mirada historicista y españolizante? ¿Por qué se trabaja más en los sitios más antiguos y no la periferia en que vivieron las clases populares, si eso es lo que nos parece prioritario? La respuesta es obvia: la velocidad de la destrucción y lo pequeño de la evidencia a medida en que retrocedemos en el tiempo. Sea cual fuera nuestra hipótesis, si implica los primeros 300 años de la ciudad, en poco tiempo no habrá con qué contestarla. Buenos Aires es la única ciudad de América Latina que destruyó casi toda la arquitectura de los 250 primeros años de su historia. Fundada en 1580 ya no tiene ni un ejemplo del siglo XVI o del XVII; queda un fragmento rehecho de una fachada de iglesia de ese siglo y ninguna casa entera anterior al siglo XIX, y tampoco hay un edificio público no transformado, incluso se pelea por preservar el único fragmento del Fuerte que se pudo encontrar. Hay unas tres o cuatro casas que tienen fragmentos de muros del siglo XVIII, pero no han sido identificados separándolos de los posteriores o saber siquiera si están en su sitio original o son repuestos.

¿Qué significa hacer arqueología en una ciudad en la cual priman los intereses inmobiliarios y donde el Estado no avanza mucho más allá de lo declarativo y emocional, incluso actuando como demolidor de bienes?; ¿qué hacer tras 35 años de trabajo durante los cuales se logró establecer el reconocimiento por parte de la comunidad a la labor patrimonial, a la arqueología y hasta generar legislación preservacionista, pero donde casi no se toman medidas concretas?, ¿qué hacer cuando lo que descubrimos es la afirmación de esa forma de ser y pensar: que cada generación rehace su hábitat? Al menos eso ha demostrado la arqueología, que las viviendas estudiadas han sido demolidas o profundamente alteradas en promedio cada 25 años y los edificios públicos cada 60 años (Schávelzon 2007).

Hay en la ciudad, sin contar con su periferia, 863 hectáreas de verde, lo que es muy poco para las necesidades de sus habitantes pero es el doble de la superficie de una ciudad mediana. El parque llamado Palermo cubre 190 de ellas y es, pensado arqueológicamente, de una dimensión colosal. Un barrio nuevo como Puerto Madero, reciclado de sus construcciones del siglo XIX y aunque han sido

destruidos muchos de sus rellenos históricos mide 170 hectáreas, y la Reserva Ecológica hecha sobre el Río de la Plata tiene 300 hectáreas. La ciudad tiene dentro de sus límites políticos unos 200 kilómetros cuadrados de superficie con 12.000 manzanas edificadas y cada una de ellas con unos 10.000 metros cuadrados, las que están cubiertas por unos 300.000 lotes y 1.2 millones de unidades de vivienda; además hay 2100 calles y avenidas. En la ciudad se construyen más de dos metros cuadrados por segundo; en la periferia no hay datos firmes pero está cerca de cinco metros cuadrados por segundo. Esto dimensiona el problema a afrontar.

El barrio de Palermo Viejo, zona que se 'puso de moda' por nuevos intereses económicos, era de casas bajas hechas a inicios del siglo XX con un alto nivel de conservación del suelo; en 2001 y pese a estar en una fuerte crisis económica se construyeron cuarenta edificios en altura en cien manzanas -no contamos las casas remodeladas-, y en 2002 se hicieron otros cien edificios en torre. Para 2020 el 60% de los inmuebles han sido destruidos o alterados y el proceso sigue. Esto implica que si se mantiene la tendencia no habrá un metro cuadrado por excavar en ese enorme barrio en donde nunca se ha hecho arqueología. Finalmente, lo que viene deteniendo su desaparición es el desastre económico actual, es decir, lo que produce hambre y desocupación ayuda, absurdamente, a preservar espacios para la arqueología. El Barrio Norte, más aristocrático, reunía una importante cantidad de petit-hotels de categoría; estos ya casi han desaparecido y se demuele o altera uno al mes, quedan cuarenta y varios de ellos ya han sido alterados. Esto nos da un límite futuro muy concreto para que se acabe incluso la arquitectura de inicios del siglo XX.

Pese a lo anterior, y ante la imposibilidad de detenerlo, es necesario generar un modelo de trabajo en donde la destrucción del suelo y el subsuelo deben ser considerados como aliados potenciales para generar trabajo y conocimiento; o nada, la parálisis. Y lo mejor es que quien inicie un trabajo de arqueología urbana en una demolición se haga como primera pregunta el por qué están demoliendo esa casa, y desde ahí se puede entender la realidad social y económica en que se está inserto.

Para la anarquía o para las ideologías que llamamos *setentistas* -no para un marxismo anticuado pero coherente-, la salida ha sido decir paremos todo mientras luchamos por nuestras ideas (Gnecco y Schmidt 2017). Creemos que la arqueología de la ciudad, sea o no de contrato -finalmente alguien debe pagar y los impuestos al Estado llegan desde los particulares-, es una alternativa válida si está bien hecha, si nuestras preguntas son adecuadas y socialmente útiles. Quizás no sea la mejor forma de trabajar, pero es la única posible, aquí y en el mundo. Ni a Wheeler ni a Binford, ni a ningún otro teórico o metodólogo del pasado o del presente se le ocurrió decirnos cómo hacer arqueología adentro de una terminal de autobuses o en una Villa Miseria (ahora llamados Barrios Populares). Era diferente en Paquistán o Arabia cuando el arqueólogo era el patrón de cientos de trabajadores que no lo miraban a los ojos.

En la arqueología contractual y en los rescates, incluso en los grandes proyectos municipales de centros históricos, hay un aspecto que no es parte de la formación universitaria: la toma de decisiones ejecutivas. Y estas son tan importantes que implican hacer o no hacer, hasta dejar destruir algo o mucho, a cambio de lograr otras cosas. Se pueden discutir los objetivos y fines de todo, pero la arqueología urbana ha permitido ver cómo las ortodoxias tienen que variar ante condiciones inimaginables para quienes las establecieron. Absurdamente, el *Plano de Potencial Arqueológico de Buenos Aires*, proyecto que intentaba identificar los sitios de valor arqueológico y obligar a su supervisión, fue rechazado por grupos de la arqueología por discusiones teóricas en lugar de proponer alternativas. Fue la inversa de Brasil en que la idea fue bienvenida y despertó el inicio de trabajos similares a la vez que sirvió para establecer políticas de preservación patrimonial. Qué excava cada uno en un sitio no estaba en discusión, sino preservar el lugar para la investigación. El temor al cambio en la profesión al

ver la necesidad de planificarla, sirvió a los destructores, por lo que entre la ortodoxia arqueológica y el sistema político, vale la pregunta: ¿quién es cómplice de quién? ¿Realmente la idea de que hay que excavar en lugares ideales, intocados, en lugar de en la realidad concreta, aun está vigente?

Un metro cuadrado en el centro de la ciudad o sus barrios cercanos a la zona norte o central vale al menos 2500 dólares, y si se van a construir dos niveles de cocheras bajo el suelo y diez pisos encima -no decimos 50 pisos-, cada una de nuestras modestas cuadrículas está paralizando 40.000 dólares. Si el lote mide 8.66 por 40 metros las pérdidas que nuestro trabajo puede producirle al inversor es de unos 10.000 dólares al día. Eso es el lucro cesante, faltan los impuestos. Tengamos esto en cuenta al tomar decisiones, al pedir o al establecer acuerdos, presupuestos o contratos. Pensemos en lo que el otro tiene en mente para poder gestionar con eficacia.

Hubo quienes creyeron que paralizando o creando trabas a las obras de construcción lograrían imponer sus objetivos académicos; no fue así y su fracaso se puso en evidencia. Es cierto que en otros países es diferente -se le da tiempo al estudio, se impide demoler edificios históricos-, pero la patética foto de un estudiante voluntario parado delante de una retroexcavadora es herencia de otras épocas; más cuando podemos lograr lo mismo con un arreglo de partes razonable. Lo que se pudo hacer siempre fue llegando a acuerdos, aceptando pérdidas y ganancias, presionando con cautela, o con fuerza si es necesario, dialogando con argumentos válidos en los que no se considera que los intereses de uno sean superiores a los del otro, apoyándose en instituciones aunque no pudieran actuar realmente, con un firme trabajo de gestión. Es posible encontrar caminos viables en los conflictos de intereses. Incluso cuando se llega a los abogados hay que tener las cosas muy claras. El no querer paralizar la construcción -además de ser una utopía inútil-, no implica ser cómplice del Capitalismo y la especulación Neoliberal. Pensando así, quien haya comprado este libro o lo haya leído en internet, o si usa un teléfono celular, es también cómplice; esa es la sociedad en la que estamos inmersos y la que tenemos que entender con nuestro trabajo. Si queremos que cambie es otro tema.

Para hacer intervenciones de envergadura en las ciudades deben y pueden actuar los municipios, las universidades, las instituciones, la arqueología de contrato, las asociaciones, los particulares cuando corresponda y los organismos del exterior, todos. Los museos e instituciones podrían (o deberían) ser contratados si tienen equipos de arqueología, aunque salvo algunas universidades no se ha avanzado mucho. Nunca vimos que se presenten instituciones culturales en una licitación pública o privada que incluya arqueología. En Buenos Aires y su área metropolitana, ni el municipio ni el Estado -salvo excepciones-, hacen arqueología en forma sistemática, solo actúan como autorizantes, como control y supervisor, como depositario de los bienes, solo alguna vez como generador de proyectos o para rescates. Por lo tanto, mientras no haya otras opciones, las empresas arqueológicas o los individuos profesionales son los ejecutores, ya que alguien tiene que poder ser contratado legalmente y pagar impuestos. Las universidades y los organismos científicos trabajan por proyectos académicos y hacen los estudios de mayor calidad científica, pero no es el futuro para lo urbano en la escala y la velocidad que la transformación exige. Entendemos las críticas que esto implica, hay riesgos, pero es lo que existe en América Latina -salvo México-, al menos hasta que se encuentre otra alternativa. Incluso para que existan controles, exigencias y un proyecto de escala urbana tiene que existir un organismo entrenado y eficiente. Eso, por la experiencia lograda en el siglo XX y lo que va del XXI, no se ha logrado. La arqueología sistemática de rescate sólo puede hacerse desde un órgano estable de la ciudad que resuelva en el día acciones que implican organización y recursos.

## Definiciones básicas para la Arqueología Urbana

La arqueología urbana es *arqueología*, pero es una especialidad que implica conocimientos concretos, técnicas adecuadas y métodos heterodoxos. No cambian los objetivos ni la manera de construir hipótesis y tratar de demostrarlas, pero las herramientas conceptuales son otras y derivan de vertientes del pasado registrado de diversas maneras y no sólo del registro arqueológico, sino del cruce entre las fuentes documentales, orales, físicas, químicas e iconográficas.

*Arqueología histórica* es la que en nuestro continente cubre un espacio temporal definido (desde 1492, o si se prefiere desde el impacto producido por el contacto, por la invasión imperial, por la dominación europea), tiene como objeto de estudio los grupos sociales que la poblaron, su vida, sus conflictos y su producción cultural (todos, no sólo lo 'blanco', obviamente). Lo que importa no es que Europa llegó sino lo que significó ese ingreso.

Si esta actividad nació de otra forma y para demostrar otra cosa, ese es el pasado de la especialidad. La crítica a su definición es que en origen fue hecha desde una postura eurocéntrica y etnocentrista, y que los pueblos originarios pasaron por esa situación de muy diferentes maneras, además que esos habitantes llegan activamente hasta la actualidad (Sanoja y Vargas Arenas 1993). Hoy, etnocentristas, miramos al pasado de formas diferentes. Obviamos decir que a los que llamamos *blancos* tienen también una enorme variabilidad histórica, la que al simplificar se obvia, pero no es lo correcto.

Para los pueblos originarios la conquista fue un hecho histórico más, fue otra invasión como las muchas que tuvieron en su pasado como lo fue la conquista Inca sobre los pueblos regionales locales. La diferencia está en que para la mayor parte de los pueblos prehispánicos esta fue casi definitiva, o al menos no podemos comparar su nivel de impacto. También es cierto que un corte cronológico no es válido para explicar procesos sociales. Pero metodológicamente uno puede tratar de centrarse en estudiar ese impacto desde antes o después, verlo desde adentro o desde afuera, y eso es lo que ha variado desde que las viejas definiciones fueron acuñadas. Esta arqueología asume la heterogeneidad étnica y social que caracterizó el continente antes y después de la conquista: pueblos originarios, europeos (considerados como *blancos*), la población Afro y los criollos como la forma de llamar al cruce interétnico nacido/crecido en América. Se estudia a todos en todas partes y tiempos tomando como eje ese momento, no por prurito cronológico sino como hecho histórico y cuya significación no puede ser negada, sí criticada pero no descartada. Y si se traslapa con otros caminos para entender el pasado tal como la etnohistoria (Politis 2003), es mejor; cuantas más miradas haya mejor será el resultado. El impacto de Europa en América fue brutal, pero podemos interesarnos en la inversa, en las áreas o pueblos en que ese choque no se dio o donde fue mediatizado. En la actualidad las definiciones que solo hablaban del impacto de Europa en América están caducas, mientras que la resistencia o la adaptación están incluidas hace tiempo haciendo la discusión un tema anacrónico (Politis 2003; Orser 1996, 2000).

*La arqueología de la arquitectura*, tema que desde 1970 ha tomado gran impulso en Europa pero nos llegó 20 años después. Es una manera arqueológica de entender la arquitectura como fenómeno que habitualmente está arriba de la tierra, aunque continúa abajo. No siempre es necesario excavar para realizarla y si bien es fundamental para nuestro trabajo no es lo mismo que la arqueología urbana (Azkárate 2002; Caballero Zoraida 1987; Doglioni 1997; Parenti 1990, 2000). Nuestro objetivo central no es estudiar la arquitectura sino hacer que su estudio sea parte de la explicación del fenómeno urbano,

es necesaria, muy necesaria, pero no son sinónimos arquitectura y ciudad. El método que se ha desarrollado en Europa es excelente y sus resultados son envidiables, pero implican costos, tecnología y tiempos imposibles de imaginar desde aquí. Fue pensada para estudiar la piedra y no el ladrillo, pero la revista *Arqueología de la arquitectura* ya comenzó a aplicar estos estudios a toda la ciudad y con independencia de sus materiales constructivos (Muñiz López 2011). Ojalá hubiéramos conocido esas experiencias un decenio antes, y también ojalá tuviéramos la conservación urbana que permite aplicar el método, pero no es así.

*Excavar un asentamiento o ruina previa que haya quedado dentro de una ciudad moderna no es arqueología urbana.* La arqueología hecha dentro de un contexto urbano buscando otros anteriores (buscar ruinas romanas debajo de Barcelona) no es necesariamente arqueología urbana. Puede ser, pero habitualmente si se tienen esos objetivos, la ciudad actual es una molestia. Cuando lo moderno se transforma en un *problema* no estamos frente a la arqueología urbana. Cuando no es el tema de estudio sino el lugar que está encima del que buscamos, las cosas se ponen claras porque cuando hay que demoler el presente para ver el pasado, ya no estamos en el tema. Es decir, cuando no hay relación de continuidad entre una y otra etapa. Valgan de ejemplos de gran escala que hoy no podemos considerar urbanos aunque estén en una ciudad, el Templo Mayor en México, los montículos de Kaminaljuyú en la ciudad de Guatemala o las huacas en Lima. Si bien están invadidas por casas modernas y su existencia o destrucción está definida por la ciudad, lo de arriba sería o es demolido para liberar lo considerado importante.

*Excavar ciudades abandonadas*, como Pompeya o Babilonia, cubiertas por la arena, tampoco es arqueología urbana. Es otro tipo de arqueología a la que le darán nombre si es necesario.

*La arqueología de rescate* existe y es imperiosa en las ciudades y se está transformando en la mayor fuente de trabajo profesional. Implica reaccionar rápidamente a los pedidos que surgen por hallazgos casuales sin que haya un proyecto específico, sino como algo englobado en la arqueología de toda una ciudad. En ciudades como Buenos Aires en que no hay una política de acción arqueológica desde el Estado, casi todo se transforma en rescates.

Hay países donde esta manera de trabajar está organizada pero no lo ha sido en todos. Para nosotros era casi una rareza ya que primaba la idea de que la arqueología era científica solamente si partía de un proyecto académico. La idea ya perimida del naturalista que salía a recorrer a ver que encontraba, o que acudía a donde le avisaban que había algo de interés, había teñido de oscuridad esta posibilidad la que era pensada como de anticuarios, de coleccionar objetos. El rescate es útil como forma de recuperar patrimonios que se destruyen a velocidades cada vez mayores y, más que nada, conocimiento aunque no sea sistemático. La importancia de los hallazgos hechos en obras de construcción o infraestructura urbana han ido poniendo en evidencia la dimensión de las pérdidas que ha habido para la arqueología y la necesidad de recuperar una cantidad significativa de información, para que sumada al conocimiento que se genera en la academia pueda explicar fenómenos culturales y sociales. Si no se lo hace, poco o nada quedará para encarar estudios sistemáticos, ante la falta crónica de recursos y la debilidad institucional. Por eso el tema entró en las leyes y hoy es, o debería ser, obligación hacerlo.

El problema mayor de esta forma de trabajo es la velocidad de respuesta: en un día, o en dos, es necesario organizar un equipo entrenado que pueda movilizarse casi sin recursos económicos o de equipamiento, y lograr salvar algo que es considerado significativo para la sociedad. No hay burocracia posible. Es posible dar ejemplos: un pedido de rescate para la ciudad de Mercedes -pasarían caños donde estuvo la iglesia fundacional-, en que el dato fue suministrado por el municipio dos semanas antes, el organismo responsable demoró diez meses en acusar recibo de la nota de pedido, con lo que el permiso era inútil tramitarlo ya que tardaría años. Un pedido en Buenos Aires demoró cuatro años en ser respondido y era digital. De ahí la necesidad de que exista una institución a nivel municipal con la suficiente autonomía para que pueda responder de manera eficiente. Es necesario que el personal de la institución no sólo recorra las calles y sepa lo que sucede, sino también que vaya a las denuncias y determine la necesidad o posibilidad de asumir o no el compromiso. Y cuando, por necesidad o urgencia, lo haga un miembro de una institución académica acreditada, pueda ser hecho sin trámites o permisos, solamente informando al terminar.

El rescate no es improvisación como no lo es el servicio de ambulancias o de los bomberos ante las catástrofes. La guardia médica no sabe quién llegará al hospital y con qué problema, pero está organizada para resolverlo. La emergencia es posible de ser planificada: hay que tener un protocolo de acciones y una estadística actualizada para saber cuántos incendios, cuáles son los lugares con mayores accidentes de tránsito, o qué tipo de enfermedades llegan a los hospitales. Y la solución del problema se planifica por adelantado, con las sorpresas lógicas las que también pueden ser cuantificadas. El secreto radica en los protocolos de acción, la disponibilidad de presupuesto, de disponer de tecnología y personal, y en la capacidad de tomar decisiones sobre si una denuncia arqueológica hecha por alguien, o anónima, debe tener respuesta y acciones, o puede dejarse destruir, o sencillamente hay que descartarla.

### **La arqueología urbana como arqueología de la ciudad moderna**

La ciudad es un cruce de seres humanos, hechos físicos y culturales a lo largo de siglos. No está conformada por *sitios* cercanos uno al otro sino que todos son parte de una misma ciudad; la ciudad es un solo sitio. Los procesos de transformación vividos por el espacio físico resultado de la acción de una sociedad en momentos del pasado y del presente, son el objeto a comprender. Lo que hubo debajo de una casa demolida o de una la casa actual, los cables de luz, la vieja instalación de agua del aljibe y la cañería de plástico reciente, todo es el registro arqueológico que explica ese predio y la vida que hubo y hay en él.

Luego llega la sumatoria, el entrecruce y confrontación de toda la información quizás excavada lote a lote, que explica o ayuda a explicar una ciudad. Es una arqueología en la cual importa la suma de la información. No es significativo si el edificio está íntegro, parcialmente demolido o ya no existe, esos no son problemas, son parte de lo que tenemos que estudiar. La arqueología urbana no es sólo lo que está debajo de la tierra, es también lo que está arriba, el presente y el posible futuro, los tres son hechos que conforman el contexto tanto de esa construcción como del conjunto. No se necesita paralizar el presente para estudiar el pasado, lo que sí sucede en otras arqueologías, sino por el contrario: tenemos que saber cómo integrar esos hechos, sociales al fin y al cabo, en la comprensión del fenómeno que nos interesa. El proceso de cambio es nuestro tema de estudio, sea antiguo, moderno o continuo.

La arqueología urbana necesita de un buen manejo documental, iconográfico y cartográfico, no solamente hecha por historiadores sino también por arqueólogos, o al menos por quien esté

entrenado en la búsqueda de lo que es necesario. Si no, no hay posibilidad de entender la ciudad o una de sus partes. Estamos hablando de una *lectura arqueológica de los documentos*, porque toda lectura es intencional y dirigida. Por supuesto que lo escrito no siempre da cuenta de lo que nos interesa -la ausencia también habla-, pero nadie puede excavar una casa desconociendo los planos, fotografías y referencias documentales desde las escrituras hasta las sucesiones. Es necesario hacerlo para no cometer errores o para no llegar a lo que ya se sabe, para aportar al conocimiento, reinterpretar, sumar y discutir. Creer que existen arqueologías de asentamientos históricos para los que no se necesite leer documentos es solamente una excusa. La arqueología urbana es un trabajo colectivo y a largo plazo. Es la suma de excavaciones sistemáticas, rescates, hallazgos casuales, observaciones, documentos, planos, historia oral, estudios geofísicos y químicos. Uniendo la información se puede intentar interpretar una ciudad en su totalidad o al menos en una parte. Es un rompecabezas, es como si se cuadrículara la ciudad y la suma de todo va ayudando a dibujar nuestro tema de estudio.

*La arqueología urbana es la arqueología de la alteración antrópica del espacio.* La ciudad, sus calles y sus vehículos no son un impedimento. La ciudad es una secuencia de cambios, los cambios son parte integral de su estudio. Asusta porque no son los términos habituales en la prehistoria que ve las alteraciones en las depositaciones primarias como hechos que complejizan. Aquí son nuestro tema de estudio. Es cierto que se destruye a diario, el desafío es encontrar alternativas científicas para ese universo en caos, lo que hacen los físicos desde hace un siglo y habría que aprender de ellos. Ya se dijo: esperamos un mundo mejor, trabajamos para ello, mientras tanto tenemos que hacer lo imposible para el rescate del registro arqueológico y, además, salvar un invaluable patrimonio cultural inmerso en la realidad de hoy, no en la utopía.

### **El sitio en la ciudad y el lote urbano**

La ciudad está estructurada en base a lotes ubicados en manzanas, sean regulares o irregulares. En Buenos Aires aun miden en su mayor parte 8.66 metros de frente, herencia de las diez varas castellanas de Juan de Garay de 1580. La manzana medía 150 varas y le quitaban 11 varas del ancho de la calle (la vereda no existía), por eso los lotes que eran de poco más de 60 varas por lado (un cuarto de manzana, 50 metros de fondo) terminaron en los 8.66 metros. Las urbanizaciones del siglo XIX no mantuvieron ese esquema para los nuevos loteos y eso se ve en las calles donde coexisten hoy diferentes dimensiones, aunque no son demasiado distintas. *La unidad arqueológica básica es el lote*, no es el *sitio* sino el lote, mida lo que mida: tiene una dirección, propietario, escritura de propiedad y una historia documental accesible, es la manera en que se identifica el lugar por el orden administrativo. Es la forma en que el espacio es determinado legalmente: por una dirección (calle y número). El concepto de *sitio* aplicado a la ciudad dejó de tener utilidad al entrar en una estructura a la que debió adaptarse, a una grilla real y material. Hablamos de una dirección y no de coordenadas geográficas ni de *sitios* en abstracto.

En el siglo XIX tardó la numeración de las puertas cambió dos y tres veces según las zonas. Pero hay compilaciones publicadas por el municipio que correlacionan la numeración vieja y la nueva, de tal manera que una casa ubicada en la calle México número 44, a inicios del siglo XIX quería decir que era la puerta 22 desde el río ya que se numeraban pares e impares. Es un ejemplo de una *lectura arqueológica* de los documentos históricos, porque esa casa no es algo abstracto, tiene una ubicación concreta. Por eso la mitad de las placas que recuerdan lugares históricos están mal ubicadas, incluso la

que está hace medio siglo en la puerta del Museo Etnográfico, el más importante para la arqueología en la ciudad: recuerda lo que sucedió en el lote vecino.

Cuando lo que nos interesa está en el espacio público, sea una plaza o una calle, igualmente es un lugar en el universo urbano. Es habitual que a los edificios paradigmáticos los denominemos por su nombre (iglesia de Santa Catalina, o la Avenida de Mayo), pero incluso la Casa de Gobierno tiene su dirección: Balcarce 50. El GPS funciona con calles y números. Un lugar, actividad o edificio pudo suceder en el tiempo en un espacio que hoy abarque varios lotes, pero es lo mismo, y eso definirá el permiso legal, la propiedad, las búsquedas documentales y el poder cruzar la información con el resto de la ciudad.

### **El universo de la arqueología de la sociedad industrial es infinito**

Esta aseveración se opone a la aceptada por la arqueología ortodoxa tal como fue definida en los inicios del siglo XX (la metáfora del libro del que se queman las hojas a medida que se excava). No vamos a discutirla en otros contextos pero sí en la sociedad industrial en donde hay miles de libros iguales. Todo es único, pero en la realidad no hay nada que no esté repetido innumerables veces, objetos y conductas: desde los productos materiales (y los libros) a las casas, iglesias o lugares públicos. Sí puede ser que hayan sido destruidos casi todos los ejemplos y sólo quede uno o ninguno (valga la arquitectura colonial de esta ciudad), pero siempre van a existir contextos similares sino idénticos y muy especialmente en la basura. Deben existir en Buenos Aires 100.000 viviendas unifamiliares (sin hablar de edificios multifamiliares). Por eso es posible que al excavar seleccionemos lo que nos interesa, lo otro se estudiará en otros casos y de ser posible, porque hay demasiado de todo.

Los basurales son la mejor expresión de una ciudad en el tiempo: calculamos que desde 1850 se han rellenado con desechos decenas de miles de metros cúbicos. Como sabemos, cualquier excavación en un lugar va a dar resultados diferentes a otra ya que es imposible que dos sitios sean exactamente iguales; pero estadísticamente van a tender a asemejarse si las cronologías coinciden. Con las dimensiones monumentales de lo urbano industrial, para llegar a conclusiones serias la única posibilidad es trabajar con maquinaria a gran escala, o con una cantidad de observaciones tan grande que supera la vida humana. Cada uno decidirá en base a su proyecto qué hacer, pero incluso si se equivoca o hay imprevistos se puede hacer otra excavación al lado: no hay límites en los basurales, son casi infinitos. Todo es único, pero estamos estudiando una sociedad de producción industrial en un mercado internacional de masas consumidoras. Para 1900 se descartaba al día un millón de kilos de basura, hoy se calcula que se produce media tonelada de basura cada segundo.

Si aceptamos que la cantidad de objetos y contextos del pasado son ilimitados podemos dejar de lado la idea de la patrimonialización de todos los hallazgos y decidir qué excavar, qué guardar, incluso a qué estrato o nivel (o contexto) nos interesa llegar, para trabajarlo y descartar los otros, tal como hacen la paleontología y la geología.

Es posible que ya haya 50 pozos de basura estudiados cuyo contenido está guardado y la información publicada para ser revisados por futuros trabajos que superen lo hecho. ¿Cuántos más hay que excavar? Seguramente muchos más, todos lo que queramos y consideremos necesario, pero también es posible decidir (y aceptar) ante la obra moderna, que muchos se perderán. Es parte del complejo trabajo de la gestión de la arqueología el decidir cuáles se estudian y cuáles se descartan; tomar decisiones a veces en la obra misma. Cada lote tiene, al menos en el centro de la ciudad, un promedio de media docena de pozos (pozos de balde, aljibes, pozos ciegos, de absorción o de otros usos). Y como se construyen sólo en Capital unos tres millones de metros al año, ni siquiera hay quien pueda

fotografiar lo que se altera o destruye, ni hablemos de estudiarlo. ¿Cuántas cisternas hay, las que están rellenas con escombros y basura de su tiempo? Supongamos que habrán existido unas 500 en Buenos Aires. Y sabemos que se necesitan al menos cinco personas por un mes para excavar una con detalle, ni hablemos del posterior trabajo de laboratorio y luego de restauración y conservación, lo que triplica el tiempo. Y obviemos los recursos económicos. Si se quisiera excavar la mitad harían falta 3000 personas/mes, eso quiere decir que habría que contratar a los 400 arqueólogos del país por toda su vida sólo para estudiar las cisternas. La escala lo hace infinito, e imposible. Un arqueólogo puede excavar con técnicas tradicionales, si dedica toda su vida profesional, una manzana urbana (10.000 metros cuadrados) hasta un metro de profundidad, es decir 10.000 metros cúbicos. Eso dimensiona nuestros límites y determina lo que se va a perder. Si todos los arqueólogos que hay en el país excavarán diez metros cuadrados en cada manzana tendríamos al terminar un panorama del 0.1 %; con el conurbano se triplica la superficie. Es decir, ni con todo ese esfuerzo tendríamos los datos necesarios para conclusiones válidas. O desarrollamos alternativas o será muy difícil. Es debido a eso que estudiar el proceso de transformación del suelo urbano, la construcción de los niveles actuales, ha sido una tarea de años de excavaciones (Figuras 4 y 5).

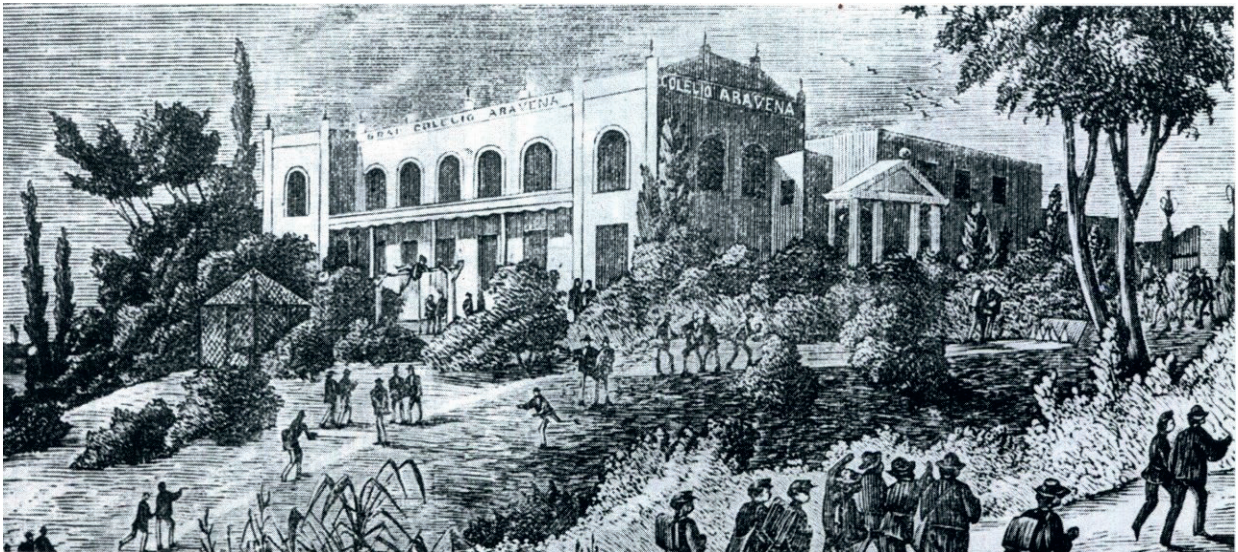


Figura 4. La topografía original de la ciudad, leve pero destacada: las Cinco Esquinas a inicios del siglo XIX (Grabado de M. Brocos, Archivo del Centro de Arqueología Urbana).



Figura 5. Cinco Esquinas urbanizado, sin relieve ni árboles, cerca de 1890: ejemplo del rápido triunfo del modelo de ciudad ideal horizontal e infinita (Archivo General de la Nación).

## II

### *Mens agitat molem:*

## El subsuelo de la ciudad como hecho antrópico

### **Entender Buenos Aires: el imaginario de una ciudad plana**

¿Es posible imaginar una ciudad perfectamente ordenada, cuadrículada y ubicada sobre una superficie absolutamente plana? ¿Una ciudad en que la naturaleza no tenga impacto alguno, que ni siquiera se sepa que existe algún relieve debajo de ella? Era posible pensarla en el Renacimiento y si se conversara con Leonardo da Vinci, entonces sí podía imaginarse algo así. Hoy uno seguramente diría que es absurdo pensarlo, no porque no sería interesante vivir allí por lo aburrida que sería, sino por los problemas que traería su existencia, entre ellos el del desagüe de las lluvias o los ríos.

El problema del pasado no es conocer la verdad de cómo fue, porque toda verdad estuvo determinada por los paradigmas de su época y porque la historia la construimos desde el presente. La tierra fue el centro del universo hasta que se demostró que no lo era, por lo que los cientos de libros escritos bajo esa verdad, correctos para su tiempo, dejaron de serlo. Durante el Racionalismo y el Positivismo, el hecho de construir una ciudad de superficie plana y de crecimiento ilimitado era una idea adecuada para un mundo urbano en pleno desarrollo, que además necesitaba regular, medir, ordenar, dominar y planificar. Implicaba el dominio y control de la naturaleza por la sociedad inteligente, para eso estaban la ingeniería y la tecnología de la Revolución Industrial que podían alterar la tierra sin límites, al menos si había el dinero y la técnica para hacerlo (Figura 6).

Buenos Aires, pese a que fue planificada por Juan de Garay en 1580 con el sistema de cuadrícula de la tradición española en América, no fue un trazado perfecto y al parecer ni siquiera se acercaba al ideal de nada, menos para la mirada ilustrada que trabajó tanto por regularla siglos más tarde (Favelukes 2011). Las medidas de las manzanas no parecen haber sido exactas, algunas casas invadían las calles, el barro hacía imposible caminar con la lluvia, la basura estaba por doquier, los arroyos se llenaban con las lluvias y rebalsaban, los animales estaban sueltos, las casas adentro de los grandes lotes no respetaban la línea del frente, y no siempre se caminaba por las calles sino por dentro de manzanas poco ocupadas y sin muros que delimitaran los lotes. Los planos trataban de mostrar una ciudad ordenada, pero eran dibujos y no realidades; quizás se podían parecer más o menos a lo que había pero eran un estado ideal, era lo que se quería mostrar al Rey, lo que se quería ser. Varios de los planos que tenemos son de proyectos que no se concretaron, otras veces eran lo que se quería mostrar para resaltar la eficiencia de alguien, otras son simples esquemas orientativos o tienen funciones determinadas, por lo que muestran parcialmente y a la vez dejan de indicar.



Figura 6. Dos alternativas para las inundaciones: hacer grandes rellenos como la parte posterior de la Casa de Gobierno en 1895, con seis metros de altura que dejó enterradas la orilla del río, la barranca y las arquitecturas preexistentes, y la solución opuesta y casi no experimentada de levantar las casas sobre las orillas del Riachuelo. Quizás no casualmente se trataba de un prostíbulo llamado 'Boite de Francesca da Rímimi', nótese la solución para el baño colgante en la parte posterior (Archivo General de la Nación).

Al ver ésta o cualquier otra ciudad, como visitante, es raro que nuestra mente baje del nivel del piso incluso siendo arqueólogos. Nuestro inconsciente nos lleva a pensar que en la ciudad existe un nivel 'cero' (nombre no casual usado por la arquitectura, agronomía, ingeniería, arqueología y planeamiento, entre otras ciencias), el que es poco franqueable en condiciones normales, es limitativo, hecho de materiales duros como el cemento, piedras o asfalto, y que sólo es roto por instalaciones sanitarias, cimientos, estacionamientos o subterráneos, pero que difícilmente nos lleve a pensar en su composición. Las ciudades son pensadas como hechas sobre superficies que existieron desde siempre pese a que racionalmente sabemos que la realidad es otra. Por eso el subsuelo es un *no lugar* que la mayoría imagina como sólido, compacto, a perforar. Resulta interesante que para un geólogo, paleontólogo o arqueólogo lo importante sea lo que hay debajo de ese nivel, mientras que lo que hay arriba es lo menos interesante, cosa que también implica una mirada distorsionada, como si ambos lados, arriba y abajo, no fuesen parte de la misma historia.

En Buenos Aires, un cálculo inicial permite suponer que quizás el 50% de la ciudad está construida sobre un manto de basura y escombros, nuestro propio descarte. Y quizás debe ser más si pudiéramos analizarlo en detalle. Si agregamos la Reserva Ecológica y otros rellenos del siglo XX hechos frente a la costa ganando tierra al Río de la Plata, estamos superando el 60%. No es un caso único, la idea de rellenar para expandirse es universal y tiene ejemplos significativos. Creemos que el modelo seguido por Buenos Aires fue similar al de New York (Steimberg 2014), con la diferencia que aquella era una ciudad construida en una isla, no estaba en una orilla con un enorme territorio vacío que la envolvía por tres lados como era este caso. A partir de la década de 1850 y con empujes que llegaban desde el siglo XVIII, la ciudad fue rellenando su orilla. La propuesta fue crecer sobre el Río de la Plata y no se intentó buscar alternativas, incluso las que hubo fueron desechadas. Pudo haber habido una ciudad muy diferente, pero no lo fue (Figura 7). Se podría dar una explicación: la ciudad limita por esos tres lados con otros municipios y sólo tiene libre la orilla del Río de la Plata; pero eso es ahora, antes de 1880-87 no existía ese límite político, y pese a que su periferia estaba vacía efectivamente creció hacia allí. Pero ya no es la misma ciudad, fueron creándose municipios independientes e incluso de signo político opuesto una y otra vez, con lo que se generaban conflictos imposibles de resolver. Pero esa sería llevar una explicación del presente al pasado. También la ciudad tenía espacios vacíos en el ángulo suroeste que sólo en fecha reciente se utilizaron para que no fueran ocupados ilegalmente, ¿en los siglos XVIII y XIX necesitaba crecer sobre el río y las tierras inundables?

Por supuesto, las palabras siempre llenas de contenidos, cambian, y en Buenos Aires se pasó de llamar vaciaderos y basurales a los sitios en que se arrojaba la basura, y fueron 'rellenos sanitarios', 'áreas de depositación de desechos sólidos', 'nivelaciones', 'rectificación del nivel de ocupación para obras ulteriores', 'recuperación social de espacios deprimidos' y otros eufemismos que siempre hablaban de lo mismo: del destino de los objetos que la sociedad descarta y de su uso ulterior para construir el deseo de una Buenos Aires vista, leída e imaginada como una ciudad horizontal de crecimiento ilimitado: la París de América del Positivismo en su máxima expresión. Resulta interesante la obviedad, ya que lo absolutamente plano no existe en la naturaleza, siempre es el resultado de una construcción artificial y eso es lo que se mostraba al lograrlo, que la mente domina la naturaleza. Buenos Aires fue aplanada tras más de un siglo de trabajos, bastante mal hechos en su mayor parte, y que hoy muestran los errores cometidos al ser afectadas por inundaciones que tienen costos millonarios para evitarlas (Figura 8). Y se lo sigue repitiendo, aunque ya sin un plan o proyecto de ese tipo en el conurbano construyendo o dejando construir villas miseria sobre estratos de basura.

No sabemos cuándo, dónde o quién generó la idea de que pudiera existir una ciudad de perfecta horizontalidad, en una naturaleza que no era de esa forma ni podría llegar a serlo. Sí es cierto que

vista en las grandes distancias el paisaje es plano, al menos no tiene cerros, montañas o acantilados; pero la línea recta no existe. Es más, los primeros ingenieros que hicieron los planos y obras de los tranvías, ferrocarriles y de las obras sanitarias tuvieron que bajar y subir los terrenos en toda la ciudad para lograr los niveles necesarios. Así se modificó la ciudad hasta en 15 metros, lo que sumado a los rellenos sobre el Río de la Plata hizo que se perdieran los desniveles naturales necesarios para los desagües. En la cartografía antigua puede verse como hasta mitad del siglo XIX la ciudad fue creciendo según las cotas de nivel más alto, sólo después se avanzó en las tierras bajas. Por eso tendremos dos subsuelos: lo que se hizo al nivel del terreno antiguo o rebajándolo (Tierras bajas) y lo que está sobre rellenos y nivelaciones (Tierras altas).

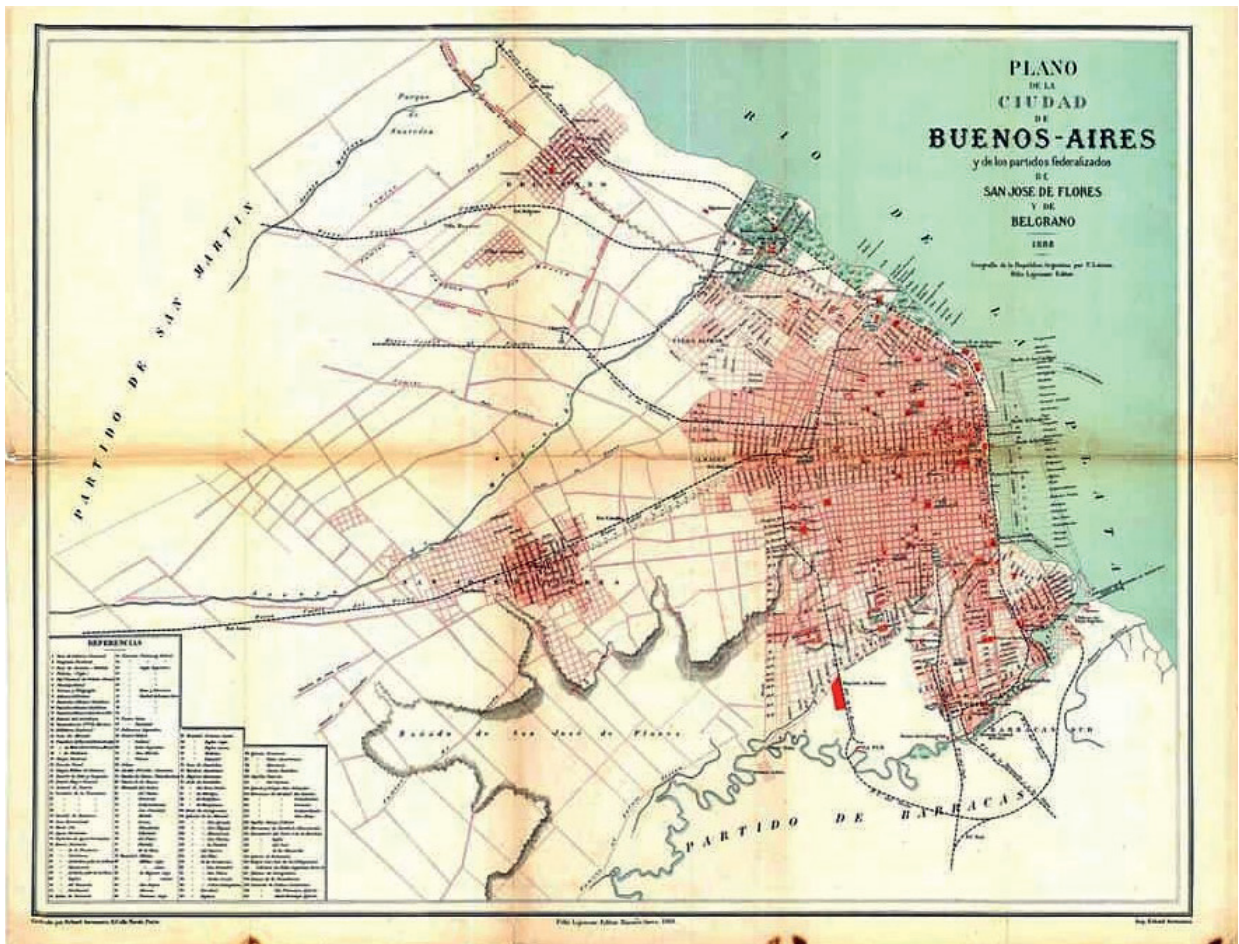


Figura 7. Plano de Buenos Aires en 1889: la ciudad con su trazado reticular se expandió siguiendo los niveles de mayor de altura. Al sur se comenzaba a construir debajo de la barranca al Riachuelo y un rectángulo de color muestra el primer terreno rellenado con basura a partir de 1861 (Cortesía Biblioteca Nacional).

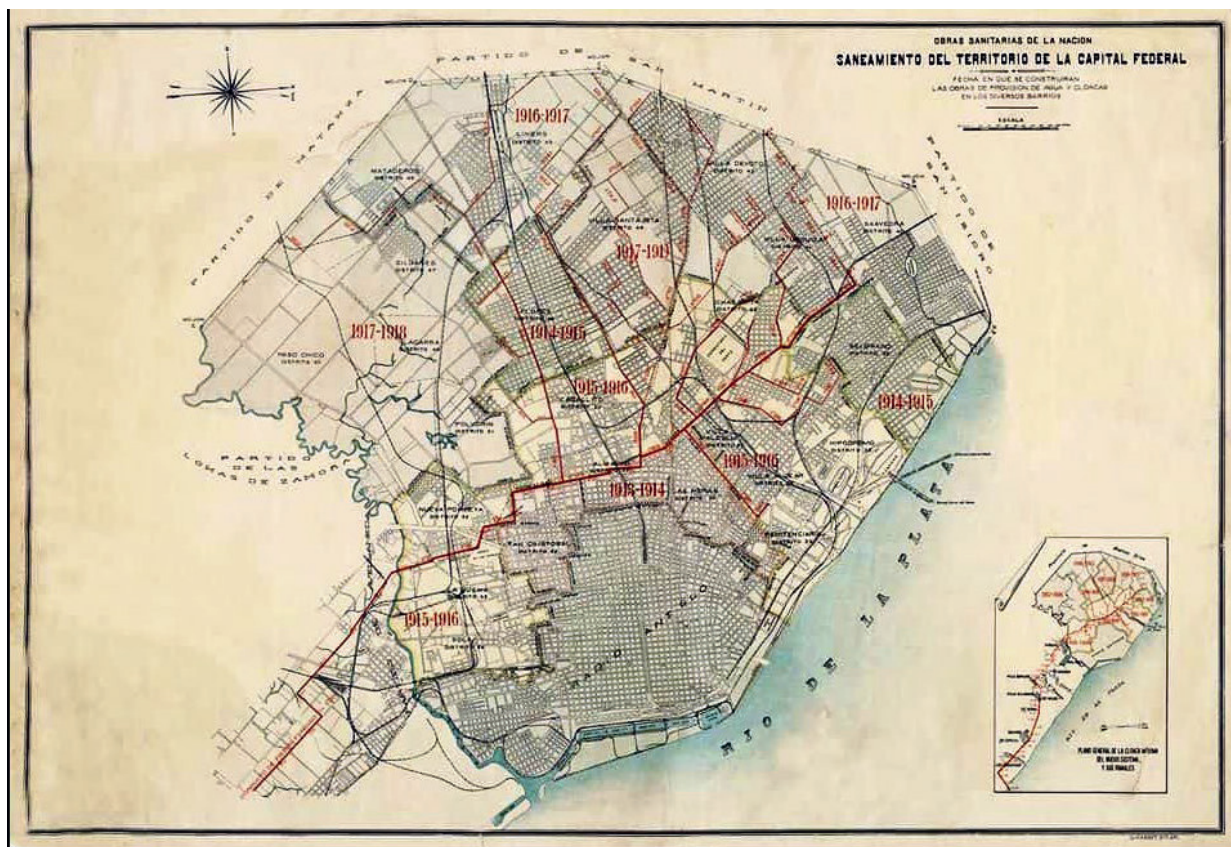


Figura 8. La ciudad en 1916 y la irresistible forma de su crecimiento reticular expansivo a medida que las tierras iban tomando su nuevo nivel, se estaba determinando el futuro de la ciudad aun inexistente en su mayor parte (Cortesía Biblioteca Nacional).

Estas ideas comenzaron con la Ilustración en el siglo XVIII con las obras del virrey Juan José de Vértiz (1778 a 1784), quien fue el primero en actuar en la ciudad de esa forma. Construyó una Alameda ganada al río que luego veremos que se siguió ampliando por casi un siglo, e inició la nivelación general de área urbana con obras a cargo del ingeniero Joaquín Mosquera y del brigadier Custodio de Saa y Faría. Se les indicó hacer las obras de nivelación para facilitar los desagües, quitar la basura acumulada y empedrar las calles, además de un sinnúmero de obras públicas. Sabemos que la calle de La Merced en 1780 era –y aun es–, tan estrecha que había que hacerla a nuevo, lo que hizo Mosquera ‘desmontando un promontorio al lado del molino de viento que a la sazón allí existía’, desnivel del terreno que jamás supimos que existió si no fuera por esa cita (Quesada 1869: 617). Pero en realidad la nivelación de la zona sur cerca de la central Plaza de Mayo, en el siglo XIX la más rica de la ciudad, sólo logró concretarse con el ingeniero Carlos Pellegrini en la década de 1860, hombre de la primera Revolución Industrial formado en Francia.

No resulta casual que esos procesos se sistematizaron en la época en que creemos que la idea de rellenar y nivelar con basura se estableció en el imaginario colectivo y más que nada, en el Estado, entre 1850 y 1880. Se comenzó a concretar entre el establecimiento del Estado nacional en 1853 junto a la creación de la municipalidad de la ciudad, hasta la capitalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880 y su ampliación en 1887. Esos actos políticos impulsaron las primeras grandes obras públicas, el inicio de los parques y paseos, las obras de infraestructura, el primer asentamiento urbano alternativo

a Buenos Aires que fue Belgrano, y la aceptación de la forma de la ciudad en base a una ampliación infinita de una grilla amanzanada (Gorelik 1998). La idea de base fue la escrita por Domingo Sarmiento y su libro *Facundo* publicado en 1845, una idealización de la tierra natural, de la *pampa* como interminable llanura generadora de salvajismo anti urbano y antisocial (Figura 9), modificarla era modernizarse, era heredar conceptos de la Ilustración transformados por el nuevo poder del Liberalismo.

La idea de que la ciudad era la sede de la Modernidad enfrentada a la salvaje tradición bárbara criolla y nómada, es decir la indígena-española, llegó de las manos de la intelectualidad de la Generación de 1837: Esteban Echeverría y Domingo Sarmiento la dejaron escrita y la llevaron al mundo de la política. El primero de ellos, estableciendo las bases conceptuales, el otro aplicándolas hasta llegar a ser presidente del país. La Barbarie, para la clásica obra de Sarmiento era la naturaleza no dominada, no domesticada, en estado puro y libre; la cultura era antropizar el territorio, urbanizarlo, dominarlo, usarlo y explotarlo para generar bienes. Y la ciudad era el instrumento para civilizar (Hardoy y Satterhwaite 1987; Romero 1986) (Figura 10). Fue el momento en que las ideas de progreso, modernidad, crecimiento y calidad de vida (higiene) se entrecruzan con el Positivismo. Eran cosas necesarias para una nueva nación en el orbe, despegadas de la historia indígena transformada en arqueología y museos, era generar las instituciones y métodos pragmáticos para estructurar la ciudad -centro de civilización y de país- con la ciencia en el frente. Y si el crecimiento industrial o agroganadero de exportación generaba pobreza y marginación, eran costos a enfrentar, o en el peor de los casos, a esconder. El estado sería el responsable de esa construcción gigantesca, y en el caso de la basura y su control tomaría las riendas y las decisiones, costara lo que fuera a corto o largo plazo. Si algo caracterizó a la Generación de 1880 fue eso: tomaron decisiones terminantes y a futuro.

Fue la urbe versus la naturaleza, la Cultura contra el Salvajismo, la Civilización contra la Barbarie, la Democracia contra el Absolutismo y la Inquisición, el Antiguo Régimen contra la Modernidad. El sustento de esa división fue atacar la geografía natural y su falta de control, era el problema nacido en la 'configuración del terreno y los hábitos que ella engendra'; obviamente eran las ideas de Montesquieu, era el determinismo geográfico: 'la lucha ingenua, franca y primitiva entre los últimos progresos del espíritu humano y los rudimentos de la vida salvaje, entre las ciudades populosas y los bosques sombríos' (Iglesia 1990). Imposible pedirles a Echeverría o a Sarmiento que entendieran que lo que llamaban Barbarie no era más que otra forma de cultura, eso sería querer hacer una historia contrafáctica. Ambos asumían que el territorio, el ambiente no dominado ni controlado por su cultura, era la causa de lo que llamaban Barbarie y por ende era lo opuesto a la civilización que pretendían. Manejar la naturaleza era dominar y construir la nueva sociedad.



Figura 9. Primer relleno ganando terrenos sobre el río: la Alameda hecha con escombros, basura y tierra, con su muralla de ladrillos. Fue iniciada por el virrey Vértiz en 1780 y se completó en 1865 tal como se ve en la fotografía (Archivo General de la Nación).



Figura 10. Nivelaciones hacia el oeste a medida en que avanzaba la ciudad. Todo se aplanaba, se rellenaba o se rebajaba para que el barrio se extendiese en forma horizontal (Archivo General de la Nación).

¿Surgió allí, con el Liberalismo temprano, la idea de una ciudad ilimitada, plana, perfecta, que irradiaría la civilización hacia el resto del país en un cuadrilado de crecimiento ilimitado, o era herencia no escrita de la Ilustración aunque la terminó la completar el Positivismo? Creemos que fue un proceso que llevó mucho tiempo, y que fueron los técnicos de mitad del siglo XIX quienes lograron materializarla, al menos tomar las decisiones fundamentales. Quizás por eso es que no hubo grandes ordenanzas municipales que establecieran políticas sobre estos temas para la nueva Capital concretada en 1880: para ese momento ya era un ideal instalado, repetido e instrumentado. Si vemos la historia de la arquitectura hacia 1850 fue cuando se dejó de aprovechar la topografía de la barranca de la ciudad para rellenarla y destruirla. El arquitecto-ingeniero inglés Eduard Taylor, quien construyó obras significativas para Rosas y luego para Urquiza y Sarmiento, hizo sus obras aprovechando los desniveles para ahorrar trabajo de carga y descarga, relleno la costa del río para hacer su edificio de la aduana. Y no rellenaba porque hacía falta espacio, ni siquiera tenía sentido en ese aspecto, se lo hizo avanzando en el agua porque la Aduana fue el símbolo de la nueva Nación, un enorme faro, y debía necesariamente estar adelante de la Casa de Gobierno frente al río. Fue un rayo de luz que señalaba el punto de llegada a los inmigrantes-y las mercaderías-, que cambiarían el país con sus ideas y mano de obra. El que estuviera hecho sobre un relleno quizás predestinaba una forma de actuar, era la nueva política de control del territorio, aunque fuese sobre el agua (Figura 11).

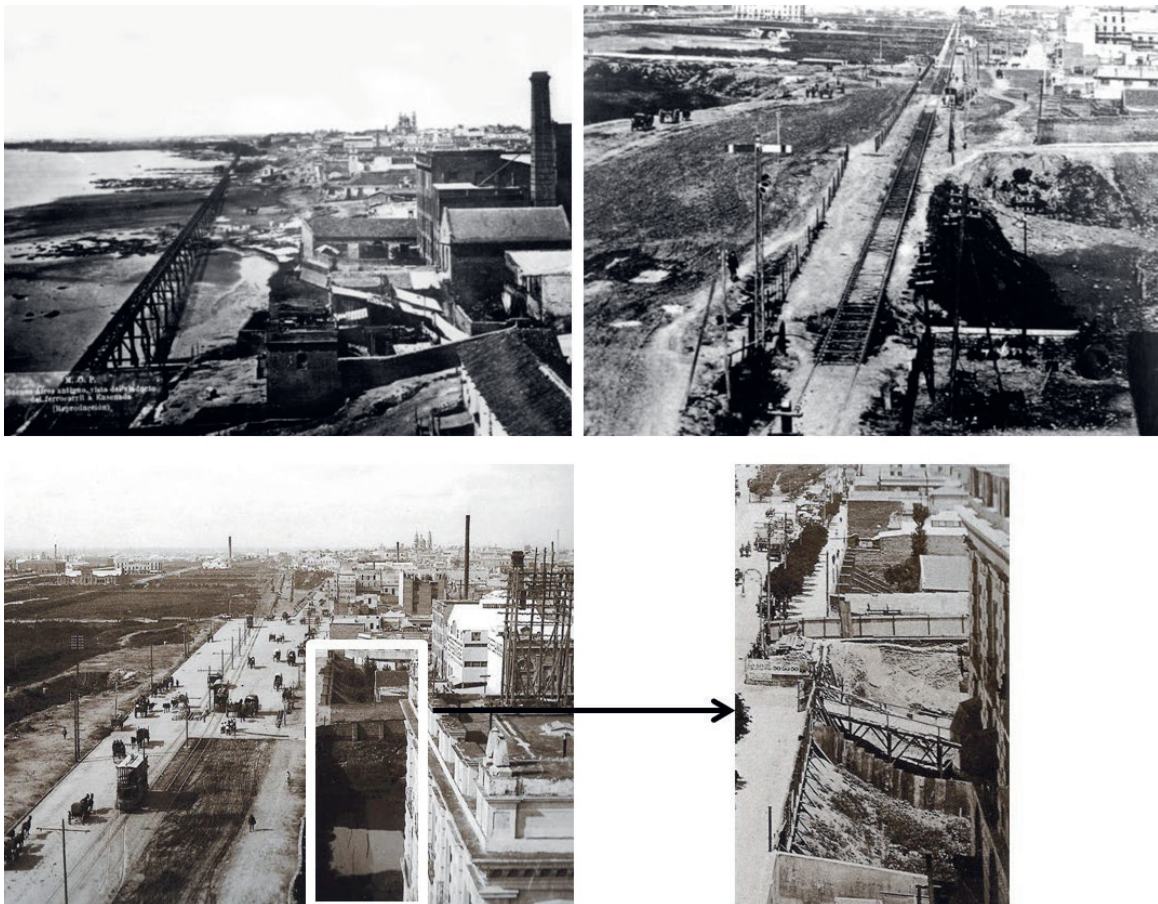


Figura 11. La costa de la ciudad entre 1850 y 1900 vista desde la Casa de Gobierno hacia el sur. Habían casas sobre la orilla y al centro se ve el Mercado de Esclavos, luego se construyó el Viaducto a Ensenada. Hacia 1895 ya se estaba enterrando el viaducto debajo de una gran avenida y se comenzaba a rellenar hacia el ya alejado río: la nueva fachada urbana hacia el mundo (Archivo General de la Nación).

¿Fue la Ilustración la que vislumbró el tema de los rellenos en el río y las modificaciones abruptas de los niveles, que la topografía podía ser alterada cada vez que fuese necesario o deseable hacerlo? Y es posible que así fuera ya que la primera obra la inició el virrey Vértiz entre 1770 y 1776, pero fue el Positivismo el que lo concretó en toda la ciudad como modelo de progreso y modernidad, no se hizo más por falta de recursos y estabilidad política (Figura 12). El Positivismo de la llamada Generación de 1880 fue el que lo estableció como una política de gran escala que no se detendría hasta el presente.

Para demostrar la hipótesis sobre la incomprensión del medio artificial que había desde el gobierno municipal (¿incomprensión corrupta, o no intencionada?) y la desaprensión por los habitantes que tendrían que vivir sobre sitios rellenos e inundables, existe un artículo publicado en la revista *PBT* de 1917 sobre el nuevo barrio de Nueva Pompeya inaugurado en esos días, titulado 'Una nueva Venecia'. El periodista hizo una trágica descripción de las inundaciones y los barrios habituales de la zona, la que tenía un nivel muy bajo para poder desaguar correctamente, y destacó el irregular crecimiento urbano que llevaba a ocupar ese tipo de sitios. Usó como imagen una escuela a la que 'sólo concurren 10 o 15 alumnos de los 350 inscriptos', cuyo piso interior hubo que elevarlo hasta la altura de una persona. Otra ilustración muestra la gente circulando en botes entre las casas y una más las calles cubiertas de agua como una Venecia de la pobreza. Destacó que las autoridades no habían hecho

caso de los numerosos pedidos de los vecinos, que el bañado de Flores como generalidad estaba en una situación trágica y que los botes eran el medio obligado de comunicación cuando llovía. Tras largas parrafadas sobre el abandono, estancamiento, peligros, falta de caminos transitables y la sordera institucional, presentaba la solución: 'Casi nos atreveríamos a decir que el problema no tiene sino una de estas dos soluciones opuestas: o desagotar las lagunas y desecar los pantanos para que el tránsito a pie sea posible, o bien inundarlo todo constituyendo una verdadera Venecia porteña' (Figura 13). Lejos estaba el periodista de entender la verdadera importancia de su propuesta para el diseño de la ciudad, la que seguiría creciendo de la misma forma.



Figura 12. Línea de construcciones frente al Río de la Plata en un plano de 1889 aun coincidente con la barranca al río. En blanco se ve el proyecto de urbanizar avanzando sobre el agua (Colección privada, Buenos Aires).

Es notable que la segunda posibilidad planteada por el periodista, la de la Venecia porteña, para que las inundaciones no fuesen más un problema, nunca fue considerada ni en Nueva Pompeya ni en el barrio de La Boca ni en ningún lugar de la ciudad. Por el contrario, no era posible porque desde las primeras construcciones se las hizo a nivel de la calle aunque sabían que se inundarían; salvo algunas en La Boca que se las levantó sobre pequeños pilares como palafitos enanos. Es obvio que si se construía en una zona inundable el agua iba a estar presente en forma constante y así siguió hasta que sólo quedó la solución de las enormes inversiones del Estado para desecar lo natural y completar lo artificial. Ni siquiera se pensó es construir espejos de agua, canales, grandes repositorios, o dejar los arroyos naturales, en cambio todo fue rellenado. Tampoco se pensó que las inundaciones eran un fenómeno natural -era una zona de humedales, los desbordes de los meandros del Riachuelo y otros arroyos era lo habitual-, ni que al haber zonas bajas allí iba el agua caída sobre toda de la ciudad, la que a su vez cada día perdía permeabilidad. Tampoco se asumía que al construir en la zona baja se generaban más inundaciones al obligar al Riachuelo a un cauce artificial sin poder expandirse naturalmente.

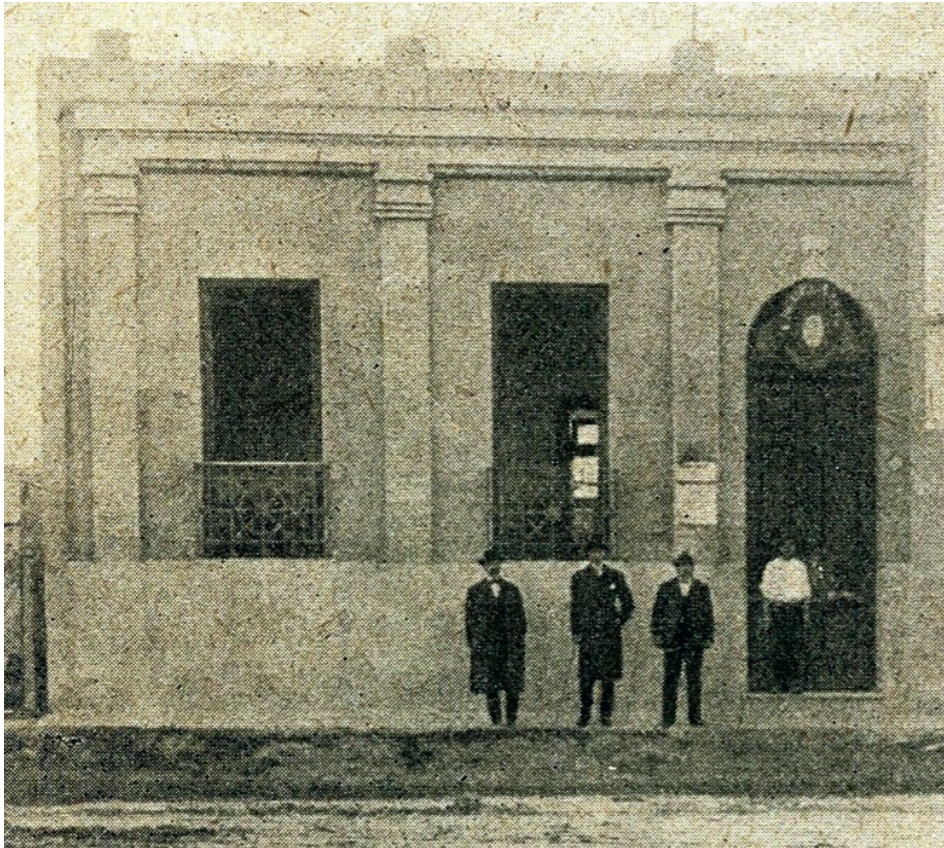


Figura 13. Escuela en la calle Lafuente 2391: nótese el nivel del piso interior, resultado de una construcción no adecuada para una calle que se inundaba (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).

Cinco años antes, en 1912, el diputado socialista Alfredo Palacios había hecho una visita junto al presidente Roque Sáenz Peña del primer Barrio Obrero de la ciudad, hecho en la zona deprimida, por la caridad de una asociación católica. Palacios tuvo que embarrarse sus zapatos -lo que no era de su agrado-, y por eso no se quiso bajar del caballo, lo que tuvo que hacer. La crónica dice que 'se le despeinó el bigote' al ver el agua podrida que manaba de la tierra y entraba en las casas. ¿No se entendía que era el resultado de los rellenos de basura sobre los que habían construido? Obviamente las enfermedades eran graves y los olores tremendos. Pero todo se politizaba y el municipio debía desagotar la zona gastando dinero una y otra vez, quizás porque había nacido el gran negocio que era hacer obras públicas por empresas privadas. Parecía que no había historia, que la naturaleza no existía, que no era un problema técnico creado por el mismo Estado, sino un tema natural. Y al ser una 'desgracia natural' no hubo más que una alternativa para solucionar el tema: seguir rellorando y hacer desagües artificiales ¿Pudo -al menos una parte de la ciudad- haber sido diferente? ¿Tan fuerte era la cuadrícula plana predeterminada y heredada de España del siglo XVI, que debía continuar en el espacio en forma ilimitada, aunque se supiera que iba a generar problemas? Habla mal de nuestros técnicos permitir construir sobre un piso sabiendo que se inunda, y rellorarlo sabiendo que eran las zonas que compensaban la caída de agua, o lo que desbordaba del río, además de negar que eso alterara las napas freáticas por las que transcurre el agua sub-superficial.

Esta historia, que parece contrafáctica, no lo es tanto. Eso lo puede probar el barrio de Saavedra que fuera otra zona de humedal: cuando se lotearon los terrenos su propietario hizo un canal con góndolas para llegar hasta el tranvía de la avenida Cabildo. Hoy todo eso es la avenida García del Río. La laguna preexistente -el actual parque Saavedra-, fue una isla rodeada por el río abierto. Fue un proyecto fácil

de concretar y de baja inversión hecho aprovechando la naturaleza. Hasta que en la década de 1930 todo se rellenó, los conductos quedaron bajo el suelo y aun siguen las obras que nunca terminan de crecer, con olores y con inundaciones que fueron tan graves que hubo que rehacer el arroyo Medrano bajo tierra tres veces. El parque, el canal, la isla, eran naturales y por lo tanto eran gratis, y ciudad y naturaleza funcionaban con normalidad. Pero parece que era imposible que quedara así: la necesidad de hacer obra pública fue más fuerte que la inteligencia o la imaginación y se destruyó lo que existía y con éxito. El resultado fueron las inundaciones, los millones gastados en desagües y una plaza triste y seca (Figura 14).

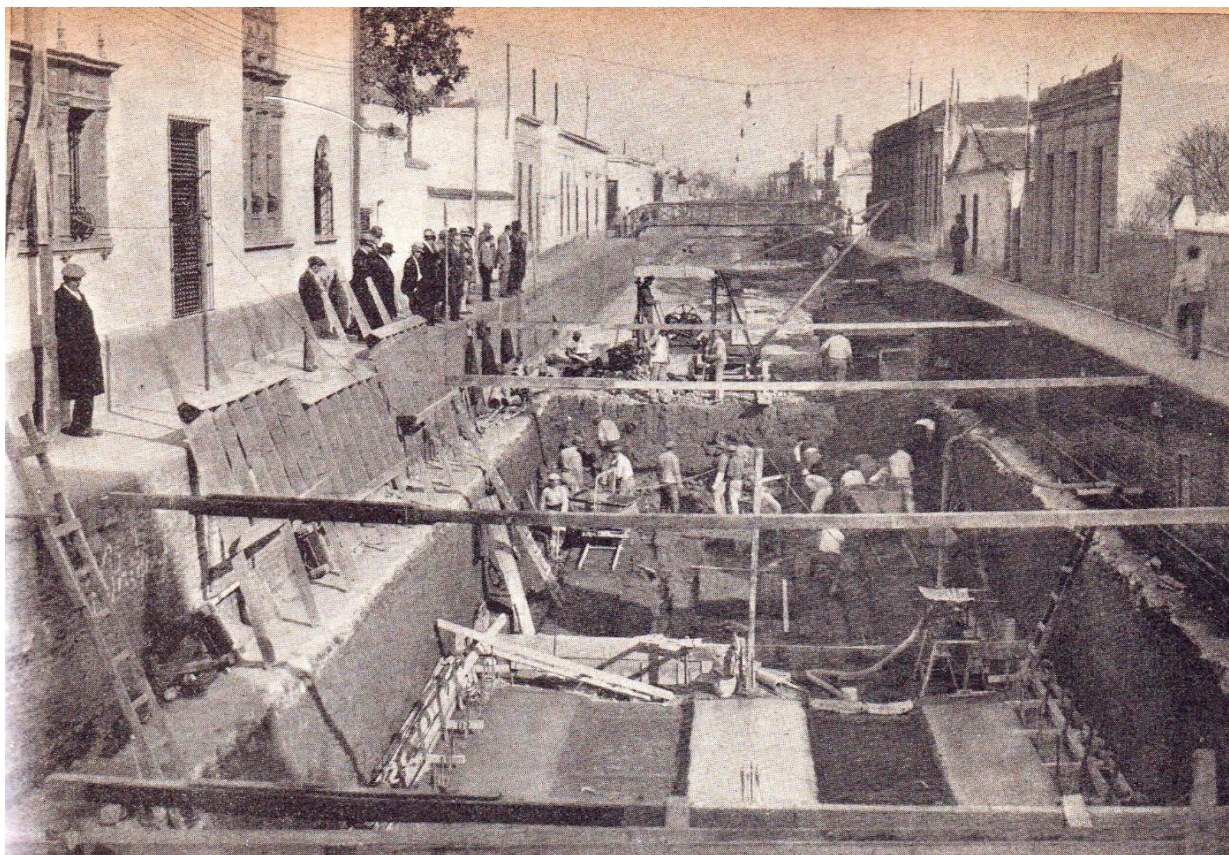


Figura 14. Calle Blanco Encalada bajando el nivel en 1908 para entubar el arroyo Vega manteniendo los niveles urbanizados (Archivo del Centro de Arqueología Urbana).

Buenos Aires, la Capital sin considerar su entorno, tiene, como dijimos, la mitad de su superficie hecha sobre rellenos de basura. Vimos que fueron puestos para nivelar los terrenos, satisfacer el imaginario de una ciudad plana imitando la pampa que lo rodea y construir encima en expansión infinita. En algunas zonas hay cinco y más metros de productos descartados cuya depositación fabricó la imagen deseada. Excavarlo es entrar en el terreno de una ciudad que se piensa a sí misma -o así lo marcó la literatura-, como geográficamente horizontal, sin relieve, librada al diseño o al menos a la especulación inmobiliaria, pero que no era de esa manera en origen. En la arqueología de la ciudad, la idea de estar sobre rellenos no es nueva, fue planteada al inicio de la arqueología histórica en Buenos Aires en la década de 1980, pero en ese entonces era imposible intentar una respuesta. La vieja

polémica entre Lewis Binford y Edward Schiffer sobre la formación de los contextos es lo que movilizó el estudiarlo. Era aventurado decir que había la posibilidad de que ni el uno ni el otro tuvieran razón al tratar con sociedades industriales, dado que no se podía probar ninguno de sus planteos porque no se habían excavado basurales de la era industrial, sólo rellenos o pozos de basura. Hoy podemos asegurar que un basural urbano no es ni un contexto sistémico ni uno arqueológico, es y fue ambas cosas. Los objetos fueron saliendo de su uso primario durante un siglo y medio, eso es cierto, pero entraron en un uso secundario dentro del que nunca terminaron de circular. Cuando los basurales han sido estudiados lo fueron creyendo que en algún momento pasaron a ser sitios estáticos. En cierta forma algunos lo son, el Bajo Belgrano es un ejemplo ya que un pequeño sector se congeló hacia 1960 cuando se hicieron plazas en el sitio. Pero incluso en ese sector, no construido encima, cada día hay alguna pequeña obra que lo modifica. El resto ha sido alterado y encima tiene parte de la ciudad.

La realidad ha sido que mientras funcionó el basural y se fue rellinando se iba seleccionando lo que se descartaba en un intenso proceso. Cuando se terminó con esas operaciones se comenzó a construir, primero casas pequeñas y luego edificios, y se sigue demoliendo y construyendo año tras año con edificios cada vez más grandes, lo que implica sacar los sedimentos y trasladarlos. Esos rellenos nunca se quedaron o quedarán quietos. Hay basurales que tienen barrios enteros encima, los que siguen modificando el subsuelo.

Confirmamos, por si hacía falta, que *La premisa de Pompeya* no existe en el universo pos Renacimiento y menos aun en la sociedad industrial (Binford 1981). Este estudio será una prueba de que los objetos nunca han dejado de moverse y de interactuar con la sociedad después de su descarte primario, incluso del secundario, y el mercado industrial las aprovecha día a día; de una manera diferente a la sistémica pero tan real y visible como ella. O quizás simplemente es otra forma de seguir siendo sistémica, que jamás dejó o dejará de serlo. Con lo que se vuelve a las preguntas que los teóricos se hicieron: ¿cómo leer el registro arqueológico?, ¿cómo acceder desde el presente al pasado? Una lata de atún, valga de ejemplo, ¿Cuánto metal reciclado tiene y de cuándo es?, ya que es resultado del recicle una y otra vez a lo largo de un siglo.

El problema aquí es que la ciudad fue construida sobre rellenos de nivelación hechos con sus desperdicios como forma de planeamiento. Sabemos que cuando el tema de la basura se transformó de un inconveniente en un *problema*, fue de manera coincidente, y no casual, con el establecimiento del Estado Nacional en la década de 1860-70. Cuando fue reconocido como tal en el mundo habían diversas alternativas: o no se hacía nada -como el aparente *laissez faire* local-, o se la destruía por incineración, o se usaba para rellenos para ganar espacio (desde Holanda y Japón hasta Estados Unidos). Nuestra opción como ciudad fue hacer basurales, vaciaderos, no-lugares, donde todo era volcado sin lógica alguna, quemando mal una parte, extrayendo otra parte, y generando problemas de salud que agravaban la pobreza. Más tarde los dueños de las tierras bajas aprovecharon para dejar que sus propiedades se colmataran por el municipio, que se compactaron con la quema, el tiempo, la lluvia y el accionar de los cirujas<sup>3</sup>, y al final las lotearon haciendo fortunas a costa del Estado, del hambre y la contaminación. Y la tierra que no siguió ese camino terminó siendo asentamientos irregulares, *villas miseria*. Así descrito puede parecer simple, pero esto tuvo escala urbana y fue una operación concretada a lo largo de un siglo. Los peritos consultados por el Municipio en 1900, dijeron que: 'Lo que pasa con las basuras de esta ciudad es un hecho único, que no tiene precedentes ni análogos en los anales sanitarios de los países civilizados' (Piñeiro *et al.* 1900) (Figura 15).

---

<sup>3</sup> Nombre que se les daba a los que seleccionaban lo reciclable de entre la basura.



Figura 15. Descarga de residuos sobre capas preexistentes para concretar los rellenos: a medida en que se selecciona lo que se va a retirar, se va formando un nuevo estrato que luego será compactado (Biblioteca Manuel Gálvez).

El Higienismo del siglo XIX vio la importancia del tema e insistió en que se tomaran medidas para evitar las consecuencias: reproducir e incrementar lo que ya se veía como un problema social, no sólo sanitario, y que afectaba a toda la sociedad. El Estado sólo logró instalar plantas de quemado mal hechas, varias sin terminarse nunca, que no funcionaron bien, que no dieron abasto y terminaron demolidas. Es decir, habiendo soluciones simples y de bajo costo que comenzaban en la vivienda con el proceso de destrucción de lo orgánico, y que por ende simplificarían todo, nunca se intentaron llevar a cabo: nadie miraba lo que se hacía en otros lugares. Es tan increíble que aun hoy hay quienes se oponen a las plantas transformadoras de los deshechos en energía limpia. La única opción moderna ha sido la de los *rellenos sanitarios*, los que no hacen más que ocupar espacio sin destruir el contenido, que lo esconden recubierto por tierra; o peor aún, se lo manda a sitios afuera de la ciudad dejándoles el problema a otros.

Esa será la hipótesis central: la capitalización de la ciudad fue la expresión política de un proceso de crecimiento que a la par que edificaba, rellenaba terrenos con su basura para seguir creciendo, dividiendo la ciudad en dos partes que fueron necesarias la una a la otra, el Norte y el Sur. En lugar de aprovechar la topografía natural se la destruyó en aras de un imaginario de una ciudad plana, sin

límites, de expansión infinita (Favelukes 2011; Gorelik 1998). Una ciudad que pudo aprovechar su topografía para darle belleza, para diferenciarse, incluso para ser *romántica* en los cánones de su tiempo o al menos más original que otras, para evitar inundaciones, y se prefirieron los sistemas de desagüe de grandes dimensiones y costos millonarios. Y los basurales, pese a que algunos tuvieron sobre ellos viviendas de corta duración (el Barrio de las Ranas que fue demolido en 1917; las Villas Miseria aparecerían más tarde), serían los espacios de la especulación y loteo urbano que formaron los barrios de la ciudad. Fue el modelo que estableció el Positivismo junto con el establecimiento del Estado Nacional y luego con la ciudad capital del país. Y los espacios vacantes entre barrios, se tugurizaron (Figura 16).



Figura 16. Plano de 1913: el basural desapareció, la ciudad ha avanzado, la cuadrícula virtual se sigue extendiendo sobre un terreno sin topografía. El Riachuelo estaba perdiendo sus meandros: la ciudad plana había triunfado en la zona sur (Archivo General de la Nación).

Hay una explicación cultural: ‘*Mens agitat molem*’<sup>4</sup> dice la frase latina, y con el Positivismo se creyó que era verdad: que la naturaleza podía ser transformada o al menos dominada. Sólo había problemas de costos, todo lo demás era realizable.

Usaremos el barrio de Belgrano -y el Bajo Belgrano, una parte de él-, como ejemplo, ya que fue el primer pueblo que nació con esa estructura de división física, social y topográfica, por lo tanto es más visible y comprensible que en la escala de toda la ciudad. Territorios en que una parte necesitaba de la otra para poder existir; por eso el Estado que hizo enormes inversiones en desagües cloacales, traslado

<sup>4</sup> ‘La mente (la cultura) mueve la materia’, dijo Virgilio en la *Eneida*, escrita entre el 29 y 19 a.C.

de aguas de lluvia, empedrados, parques, agua corriente, palacios públicos, no hizo nada para deshacerse de la basura hasta la década de 1960. Porque los basurales transformados en rellenos les eran funcionales a su proyecto de crecimiento. O podemos pensar que sí hicieron algo: dejaron el tema para que lo solucionara el futuro.

Antes de 1900 ya había ingenieros que a través de sus revistas criticaban al municipio por no tomar medidas en lo que entendían como un *problema* grave; pensemos que para ese momento la ciudad descartaba un kilo de basura por persona al día y un millón de habitantes era una inmensa cantidad de descarte. ¿Es posible imaginar un millón de kilos de basura al día para esa época? Es decir, el volumen se había tornado en *infinito* en términos de la arqueología. Además, crecía cada día, no era cuestión de encontrar soluciones si no eran mirando hacia adelante. No es que hacia 1900 se descubrió la existencia de la basura, el tema había sido un dolor de cabeza para el Cabildo desde un siglo antes, pero no había pasado de eso. Otra cosa fue desde la creación del Municipio como ente moderno y modernizador, en 1853, hecha para resolver problemas con una escala urbana que no había sido nunca vista y de lo que había poca experiencia (Figura 17).



Figura 17. La costa del Río de la Plata en 1920 mientras avanzan los rellenos, crecían nuevos barrios y construcciones (Archivo General de la Nación).

Desde la arqueología, nuestro problema es tratar de entender no sólo la génesis de esos *rellenos sanitarios* (eufemismo usado para no decir que eran/son insalubres), sino también por qué existen, qué podemos aprender al excavarlos y qué métodos podemos usar para hacerlo de manera eficiente. Hasta la fecha los estudios de basurales que se han hecho, que los hay, en su marco teórico la mayoría de ellos no han logrado ir más lejos que verlos como una expresión del '*sistema capitalista mundial*'. En realidad los basurales de los países con sociedades industriales desarrolladas, los más capitalistas, poco tienen que ver con los nuestros, ni con sus contenidos y ni con sus historias ni con lo que sucede arriba. Tampoco tienen nada que ver los rellenos resultados del uso habitual en las sociedades del pasado pre-industrial con los posteriores, los de la sociedad global, del actual Antropoceno.

Veremos que en los basurales o vaciaderos o tiraderos (palabras que usamos como sinónimos) actuaron y actúan procesos de alteración tan violentos que es muy difícil interpretar lo que vemos

usando las técnicas de excavación tradicionales, porque las escalas no son representativas: ¿en dos o tres millones de metros cúbicos, cuánto hay que excavar para que la muestra sea cuantitativamente válida?

Hay situaciones que, aunque sean reducidas son en extremo sofisticadas y que generan otro tipo de problemas. Un ejemplo surgió cuando estudiamos el edificio que albergara la morgue y centro de investigaciones cerebrales del Hospital Neuropsiquiátrico Moyano (femenino), el que quedó abandonado hacia 1950 con su equipamiento, laboratorio y preparados medicinales. Un centro de estudios de nivel internacional que fue simplemente cerrado y olvidado por una diferencia política entre dos individuos. No fue el único porque en el Hospital Neuropsiquiátrico Borda (masculino) había otro centro de estudios que también quedó cerrado y un tercero que incluso ya ha sido demolido, en el Jardín Botánico (para el estudio de cerebros de animales), todos dedicados a la histológica del cerebro dirigidos por Christofredo Jakob. Después de medio siglo, con los saqueos, los vidrios rotos y la entrada de agua de lluvia, cubriendo los pisos del subsuelo encontramos una gruesa pasta húmeda que decidimos excavar como si fuera la tierra. Ese estrato consistía en restos humanos (básicamente cerebros que habían sido guardados en formol), mezclados con medicinas salidas de sus frascos rotos, restos de equipo técnico y fotográfico, gatos muertos y basura. Por eso hay que separar los rellenos de los diferentes tipos de basurales aunque a veces se crucen en su historia.

Los basurales, en la sociedad industrial son en gran medida un momento más del sistema productivo: se descarta, es cierto, pero también de allí se extrae -y más antes del presente en que hay preselección-, lo que se necesitaba para seguir funcionando. Nunca fue el destino final de muchas cosas sino un lugar transitorio, no fueron repositorios estáticos sino dinámicos. No dejaron de ser sistémicos, incluso algunos no lo eran mientras actuaban los propios arqueólogos como en el caso de los de Rosario en que los habitantes de encima del basural colaboraron con los estudios. No fueron solamente lugares para arrojar lo que era descartado y que allí permaneciera para siempre, eso era imaginario, eran lugares donde actuaba el mercado -caótico, explotador, insalubre, no regulado, pero industrial al fin-, de la separación para el reuso de buena parte de esos objetos. Esos procesos, pese a la simplificada imagen del *ciruja* y sus casas de chapas en el lugar, eran complejos, de forma tal que lo que queda y podemos ver (y recuperar y analizar) es lo que a nadie le interesó llevarse, lo que quedó fuera del mercado y no fue ni extraído ni destruido. No es todo lo descartado, no representa a la sociedad sino al mercado del reuso y a los recolectores, a sus intereses o desintereses, y al sistema en que estaban integrados que compraba lo rescatado para reciclarlo.

Fueron estos basurales parte imprescindible del crecimiento urbano sobre tierras luego compactadas y fueron un proyecto de construcción de la ciudad hacia el futuro. Ese proceso fue histórico, se transformó a medida que crecía, valga de ejemplo el que por muchos años los huesos no se levantaron salvo para comerlos, los animales y los humanos, hasta que comenzó la industria de su molienda momento en que pasaron a tener valor. Lo interesante es que en ese momento se empezó a excavar adentro del basural para sacarlos de los niveles antiguos. El aluminio no servía para nada hasta que se instalaron plantas de procesamiento, el estaño a la inversa dejó de ser moda en los balcones y rejas de los frentes de las casas, las botellas de productos locales eran compradas para su relleno pero las de productos importados sólo les servían a los falsificadores, o como vidrio roto. Pero se observa al excavar que pese a ese valor, muchas de esas cosas no siempre fueron levantadas -no hay ausencia total-, porque no interesaron a alguien en algún momento o por diversos motivos. Hemos visto conjuntos que debieron ser preparados para llevárselos que luego quedaron abandonados. En términos arqueológicos: si un elemento está presente en un nivel y luego deja de estarlo eso no

representa cambios en la sociedad consumidora, puede ser que estén o no debido a que hubo o no alguien que lo recuperara.

La decisión de destinar parte de la superficie de la ciudad de Buenos Aires desde que fue establecida como Capital del país en 1880 (actualmente mide 203km<sup>2</sup>), para ser rellenada y nivelada con basura y escombros, si bien fue una medida aceptada nunca tomó forma de ley. Fue un conjunto de decisiones municipales que definieron esa situación, llevando primero a aceptar que los espacios bajos llamados *bañados* serían el tiradero urbano por su lejanía y sus características físicas. Eran tierras que habían sido valiosas para un modelo económico agro-ganadero pero que en ese momento fueron consideradas no importantes para la nueva sociedad. Y si bien se usaron para la basura los primeros años aun no se pensaba que serían aplanados para construir encima, o quizás sí porque la ciudad avanzaba hacia esa zona. Fueron unos pocos años en que se cruzaron ambos proyectos. Y se hizo, se avanzó en esas tierras como si no hubiera habido propietarios, desconociendo adrede que no eran tierras vacantes. El relleno del sector Oeste de la ciudad no fue un proyecto planificado por técnicos - como sí fue el caso del Bajo Belgrano-, sino que coincidieron una serie de factores aprovechados por el mercado inmobiliario y por los propietarios de la tierra, que a su vez eran políticos o amigos del poder.

Ese proceso de relleno comenzó a sistematizarse cuando en 1868 el primer vertedero público que había entre las calles Rivadavia, Loria, H. Irigoyen y Carlos Calvo quedó colmatado. Había sido una primera y simplista solución al descargar todo en ese lugar. Era obvio que se llenaría en días y eso sucedió. Los arroyos que cruzaban la ciudad, los Terceros, que había sido desde la colonia los basurales, eran para esa época de un grado de insalubridad evidente y habían pasado dos epidemias de cólera en esa década y aun no sabían que se acercaba la previsible Fiebre Amarilla de 1871. Así que se optó por buscar un lugar más grande y más alejado del centro donde concentrar la basura, sin entender que eso también tenía límites concretos. Al poco tiempo el problema surgió de nuevo.

Parecería ser que la única solución que logró imaginar el Municipio fue llevar todo más lejos. ¿No pudieron pensar otra solución?, posiblemente no la buscaban, faltaban años para que se les pidiera a los técnicos que intentaran resolver el tema y tampoco se les hizo caso a sus sugerencias. La basura se estaba transformando de un inconveniente en un problema y la alternativa fue esconderla lejos, cada día más lejos. Para eso la opción que presentaba la tecnología fue usar un ferrocarril para trasladar la basura hacia el Oeste, a la zona de Puente Alsina en donde había grandes espacios supuestamente vacíos (es decir, sin uso para el modelo económico), los últimos humedales naturales en la ciudad, y así nació un ramal del Ferrocarril de Oeste llamado el *Tren de las basuras* (Figura 18). Es decir: había dinero para un tren pero no para un plan serio. Éste, en 1871 hacía tres viajes diarios en que trasladaba unas 200 toneladas desde el vaciadero original, el que pasó a ser un simple lugar transitorio para carga. Pero cinco años más tarde lo que había que mover eran 110 toneladas diarias y así siguió creciendo hasta hacer ineficaz el sistema. En 1881 hubo que hacer 1460 viajes y mover más de 75.000 toneladas colapsando todo. Y ese volumen era sin contar lo que llegaba de manera privada, lo movido por carros de caballos, la descarga de materias fecales que se hacía por separado y lo proveniente de los mataderos, cosas que iban por otros transportes. Igual siguió funcionando hasta el final de ese siglo dando origen a calles oblicuas al trazado de la ciudad, y en su movimiento producía que parte de la carga fuese cayendo en sus siete kilómetros de recorrido. Y los que saltaban al tren o a los carros y sacaban cosas, eran los llamados *ranas* o *raneros*.

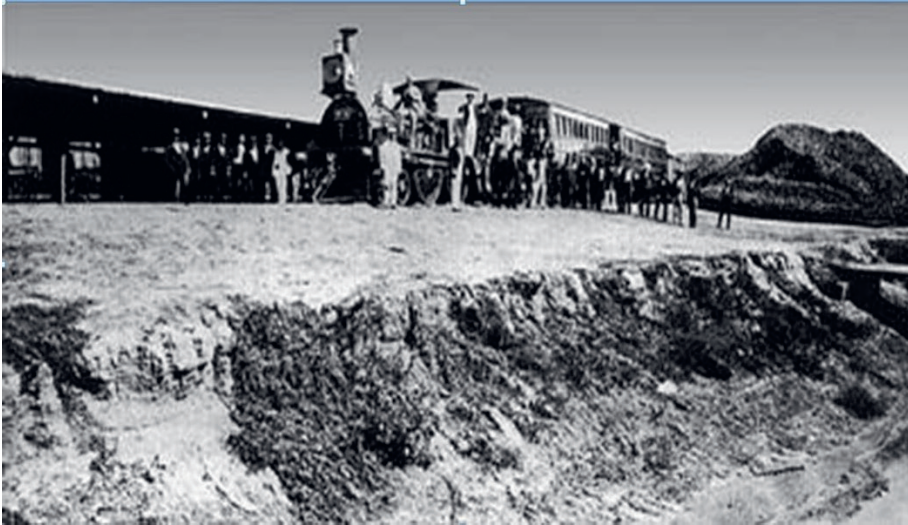


Figura 18. Inspección de los terraplenes del Ferrocarril del Oeste, a la derecha se ven los montículos de basura a dispersar, al frente el relleno compactado. Este fue el mecanismo que tomó el crecimiento del suelo de la ciudad (Foto cortesía de A. Prignano 1998).

Pasaría una generación para que se decidiera que esos terrenos del Oeste, una vez colmatados y nivelados, pudieran venderse, generando la necesidad de encontrar otras zonas en que se reprodujera el sistema: basura, relleno, nivelación, fraccionamiento. Si eso fue una idea previa o el resultado de un proceso es algo que no podemos explicarnos y no ha sido historiado. Si algunos terrenos, con la compactación natural no quedaran con nivel adecuado para que desagüen, no importaba, quizás se inundarían en el futuro lo que era problema para otros. El Municipio ya tendría que arreglarlo y desaguar con dinero de todos.

Si bien lo habitual era arrojar la basura en el lugar designado y que ahí se revolviere y quedara aplastada una carga sobre la otra, se fueron intentando opciones destructivas. Una fue quemarlas, sea de manera sistemática o como se pudiera, y que las cenizas y escorias fuesen usadas para rellenos más cuidados o para trasladarlas algo más lejos como fue detrás del cementerio de Flores. Allí se intentó otro método, más moderno, el que algunos historiadores consideraron positivo:

‘combinando basuras sin incinerar con cenizas del horno (...) se construían terraplenes formando trincheras donde se depositaba la basura sin incinerar que las chatas transportaban hasta allí. Por último, otra capa de cenizas o tierra cubría todo. Así fueron rellenando los bañados y se recuperaron poco a poco las tierras bajas y anegadizas; todo el Bajo Flores fue nivelado de esa forma. Deshechos metálicos y de todo tipo afirmaron las calles y formaron la base de las posteriores construcciones’ (Prignano 1998).

En la década de 1930 se usaron vías móviles para vagonetas metálicas con su carga, la que se volcaba a los lados de los pequeños terraplenes por los que circulaban. Al colmatarse cada zona se reubicaba las vías y se comenzaba un nuevo nivel. Es decir, había cambios, mejoraban las formas y procedimientos, pero el proceso era el mismo: arrojar, rellenar, aplastar y a veces quemar, por lo que nunca cambió realmente, ni siquiera cuando se hicieron usinas para incinerar. Y siempre en el medio los cirujas que extraían lo utilizable.

Buenos Aires ha sido construida en gran medida sobre su propia basura. Nació a partir de un núcleo central ubicado en un espacio elevado bien elegido por su fundador, Juan de Garay en 1580, que luego siguió creciendo según la topografía natural. Con el tiempo el avance urbano llevó a la necesidad -real o imaginaria-, de transformar los niveles del terreno, tanto público como privado, usando residuos.

Era un sistema funcional, eficiente y casi gratis. A la vez era mostrar el dominio de la ciencia sobre la naturaleza, se creía que eso simplificaría los desagües sin ver las experiencias de otras ciudades. Para ello se operó con dejar la basura en sitios determinados, con el sistema de quemado en hornos y reusando las cenizas, o su descarte para hacer rellenos de grandes áreas urbanas (Camino 2012; Prignano 1998, 2009, 2010), llegando a la actualidad con los rellenos de la Reserva Ecológica, la Costanera Norte, o arrojándolos fuera del radio urbano para que el problema sea de otro, al que se le paga por recibirlos.

La arqueología está permitiendo estudiar ese proceso y a la vez observar las conductas sociales que llevaron a definir qué fue y qué no fue considerado como basura, en cada momento. Y qué sucede desde que es descartada. Es decir, el paso del contexto sistémico al arqueológico y si es que eso sucede (Schiffer 1972). Resulta interesante para las arqueologías pos Nueva Arqueología, el que la polémica de Binford-Schiffer y los modelos sistémicos-arqueológicos deban ser repensados para las sociedades industriales. Estos sitios jamás fueron estáticos porque vivieron alteraciones de cirujeo, reciclaje, pisoteo, quemado, inundado, alimento de animales y otros procesos que iremos viendo. Luego se los compactó, se asfaltó, se hizo viviendas encima y ahora vive gente, en barrios o en villas, por lo tanto los basurales siguen vivos, cambiando cada día y con cada caño que se pasa por el subsuelo.

No podría haber existido la ciudad moderna tal como es sin los basurales ya que si se hubiera destruido la basura la historia urbana sería diferente. La ciudad es sus rellenos a la vez que la basura es producto de la ciudad, se retroalimentaron mutuamente. La ciudad rica del Norte necesitaba del pobre del Oeste, Belgrano necesitó del Bajo y así sucesivamente, ya que esa lógica significaba incrementar las tierras que quedaban liberadas a la especulación inmobiliaria. Fue el producto de una sociedad capitalista e industrial, factor determinante en el crecimiento de la ciudad que se dio junto con y sobre los basurales, los que fueron funcionales uno a otros.

Hay explicaciones acerca del porqué la ciudad no siguió el camino transitado por otras metrópolis, explicaciones que van desde la incompetencia hasta la desidia, incluso que fue el resultado de la existencia de tierras bajas disponibles y a la no necesidad de generar nutrientes con lo orgánico que se descartaba; o que fue producto de su propia riqueza y de campos enormes (Paiva 2005, 2008a, 2008b). Creemos que todo eso pudo pasar, pero es cierto que no se procedió a la eliminación sistemática salvo en mínimas dimensiones, no se usó seriamente ningún método para hacerlo, solamente se optó por su uso como relleno de nivelación para construir encima. Todos los barrios del Oeste porteño son el resultado de esos procesos, y hoy lo vemos reproducido en el crecimiento hacia en la Costanera, Puerto Madero y Ciudad Universitaria y sigue hacia el norte de manera constante.

El problema que trajo su estudio arqueológico es la trasposición mecánica del concepto de basural prehispánico a los tiempos modernos. Un dato preciso ayuda a dimensionar el tema: en 1908 se impusieron los incineradores en las fábricas y establecimientos que produjeran más de un metro cúbico de basura diaria, o cien kilos (Pineiro *et al.* 1900-06). Esto, multiplicado por los hornos municipales, implicó la generación de cenizas y productos mal quemados, la llamada *escoria*, y aunque redujo el volumen de lo descartado en realidad lo transformaban. La escoria, como conjunto solidificado de productos no bien incinerados, era indestructible y permaneció imperturbable bajo tierra. Los aglutinantes eran el vidrio, las cerámicas y el óxido del metal. En el año 1900 fueron transportados a la quema oficial (sin Belgrano y otras localidades no incluidas en el sistema) 254 millones de kilos de basura, lo que significó 120.000 viajes de carros, y eso que en los informes oficiales se aclaraba que eran sólo 123 las calles en las que había recolección día por medio. Además, había que agregar 17.000 viajes desde los mercados.

La dimensión física del problema obliga a reflexionar sobre las técnicas a utilizar en las excavaciones. Tenemos que revisar si la excavación de una cuadrícula (o dos, o tres o diez) tiene alguna capacidad predictiva o explicativa en un basural que reúne -sólo un caso-, cerca de 200.000 de ellas. Es decir, es necesario saber si esa cuadrícula explica algo que llegue más lejos que describir lo que se encuentre en ella y el comportamiento de su contenido. ¿De qué es representativa? ¿Es extrapolable? Era tan masiva la llegada de objetos y en tal dimensión que para fines del siglo XIX un cronista describía así el transporte a La Quema: 'Pintados de rojo y avanzando en fila, con la lentitud incierta de los crustáceos, semejan los carros una procesión de gigantescas y pesadas centollas rumoreando al río' (Bernárdez 1899: 16). El uso que hacemos de la literatura no es casual; hace años lo hemos considerado una fuente de información que trae miradas diferentes a las académicas. En el caso de los basurales es posible hacer una historia de esa visión y de sus contenidos y significados para cruzarla con la arqueología (Saitta 2005; Snitcofsky 2015).

Estudiar un basural hecho con descartes en dimensiones urbanas es una tarea titánica. No hablo del relleno para la nivelación de una casa, sino lo que fueron los descartes de Buenos Aires para conformar un área urbanizada. Y lo es porque si bien la arqueología trabaja con porcentajes, el porcentual depende del universo que representa. Y cuanto menor es la muestra la posibilidad de error es mayor, y a la inversa. En el basural del Bajo Belgrano en donde hubo más de 160.000 metros cúbicos de basura -quizás ahora la mayor parte ha sido destruida por las construcciones-, excavar una cuadrícula tradicional no dice nada más que lo que sucede en ese mínimo volumen. Imaginemos La Quema y sus posibles diez millones de metros cúbicos, una cuadrícula representa casi nada y no puede considerarse una muestra válida. Comparemos con lo que significa excavar un conchero patagónico donde los límites y el volumen pueden ser descomunales pero el 99% de lo que hay es homogéneo y que casi no ha sufrido procesos de alteración o estos son mínimos (y difíciles de observar). Así entendemos la imposibilidad de extrapolar métodos. Podemos asumir que de los casi 300 kilómetros cuadrados de la ciudad más del 60% son rellenos, y promediando entre uno y seis metros de profundidad tenemos una medida conservadora de tres metros, es decir más de seis millones de metros cúbicos de basura antigua. ¿Cuánto hay que excavar para poder tener una representación válida? El uno por ciento serían 60.000 cuadrículas. Y dado que habría que rescatar todo lo excavado para su estudio eso implicaría un trabajo casi imposible en recursos y tiempo. Usar el método de *área abierta* no sería de mayor utilidad ya que es imposible excavar en horizontal en estos casos. Las masas de óxido y de objetos grandes impiden deslizar las herramientas por la superficie para usar ese método, y como la depositación es por montículos apisonados, o por estratos oblicuos, habría que relevar tanto que no habría recursos posibles. Desde hace tiempo se ha demostrado que el uso de la cuadrícula tradicional no es del todo eficiente, pero lo interesante es que los métodos propuestos para reemplazarlas tampoco parecen adaptarse a estas situaciones.

Así llegamos a algo interesante. Al revisar el sedimento de los basurales de la ciudad se observa que la minoría de la composición del relleno es *tierra*, solamente un cinco por ciento de promedio cuando vemos los fragmentos menores a dos milímetros, y si pudiéramos trabajar con menores tamaños el porcentaje se reduciría ya que la masa del sedimento se compone de fragmentos de vidrio molido, hueso, óxido, semillas, cuero y objetos casi pulverizados no habiendo casi tierra natural. Es una gran diferencia con los sitios excavados en las zonas de terrenos que fueron elevados, en los que han habido capas de tierra (*humus*) que llegan al metro de profundidad.

Otro tema que hace a la conformación de los rellenos y basurales es la enorme cantidad de huesos, bovino en su mayoría, dado el gran consumo de carne por habitante, tema hartamente conocido para Buenos Aires. Pero veremos que no sólo fueron útiles para rellenos sino también sirvieron en las obras

públicas por su capacidad de compactación con humedad, para darle a las calles las curvas necesarias para el desagüe, o para que los arroyos aligeren su paso. Eso sin contar lo que fue extraído para su reuso.

Los huesos son elementos sustantivos para el estudio de la alimentación. A partir de su presencia y cantidad se infieren predilecciones en lo que se comía o se descartaba -sea por posibilidades económicas o por falta de ellas, o por las ofertas del mercado-, y su análisis y cuantificación es esencial. Pero el estudio de los basurales de la industrialización implica más que eso ya que en ellos actuaron personas y animales tratando de no caer en las simplificaciones como la del poeta Raúl González Tuñón cuando describía a los cirujas que ‘rompen huesos que les han regalado en las carnicerías’ (González Tuñón 1933: 9), sin preguntarse para qué lo hacían. En realidad extraían la médula para comerla y luego los llevaban a vender en los molinos de harina de hueso. Era lo que mayor valor tenía entre los productos sacados en los basurales porque se exportaba en polvo: esos son los huesos que ya no están en el registro arqueológico. Eran la base del alimento para animales en Europa y más recientemente aquí. Para el inicio del siglo XX se excavaban las parvas consideradas viejas para rescatar los huesos que ‘databan de una época en que todavía no se había soñado con aquella industria’ (Wernike 2015: 96).

Los mataderos eran un tema que se sumaba al que estamos analizando, al menos en esos tiempos, ya que hoy sus descartes son parte de un sistema que funciona por separado. Sus desperdicios eran enormes, lo que generaba huesos, grasa y carne putrefacta. Por supuesto que eran descartados como desperdicios pero una vez recuperados en el basural tenían otros usos y aun los siguen teniendo. Los huesos que eran la parte favorita de la recolección, o al menos la que tenía además de un uso concreto (alimento para animales y personas) un alto valor para la venta. Cerca del final del siglo XIX se observa un cambio en su presencia en las excavaciones a partir que el mercado lo valorizó como mercancía. Ahí comenzaron a hacerse zanjas dentro de los basurales tratando de llegar a los niveles antiguos, porque de allí ‘recogían el hueso y el vidrio que durante treinta años se había desechado’ (Piñeiro *et al.* 1900-06: 97). La escritora Rosa Wernike y el periodista M. Bernárdez incluyeron horribles anécdotas acerca de pollos y pescados podridos que se cotizaban según el olor, entre 10 y 20 centavos, o se usaban para comer ahí mismo. Las plumas eran para rellenar almohadas, las colas de caballo y crines para rellenar colchones. Es decir, al excavar el basural estamos entendiendo los procesos de funcionamiento de una parte del gran mercado de la sociedad industrial. Este proceso es el que la literatura ha descrito con certeza:

‘la hojalata iba del vaciadero a la hojalatería, de la hojalatería a los talleres, de los talleres convertida nuevamente en envases para productos alimenticios iba a las fábricas y a los frigoríficos, de allí a los comercios, de los comercios entraba en las casas de familia, de las casas de familia volvía a salir rumbo al vaciadero, recorriendo nuevamente el anterior itinerario’ (Wernike 2015).

Las empresas emparentadas eran las de las graserías en las zonas periféricas a estas concentraciones: a ellos se les llevaban no solo los huesos sino toda clase de animal muerto o sus partes, lo que era hervido en enormes tachos que le sacaban la grasa, y lo sobrante, regresaba al basural. Sumemos a esta confusión los huesos y restos de alimentos dejados por quienes allí vivían y comían.

El corte de los huesos marca cronología. En el basural de Belgrano se ven de vacunos y equinos cortados para sacarles la médula, pero no vimos huesos de matadero o desbastados con cuchillo. No podemos saber si no llegaron huesos pequeños, o sí sólo lo hicieron los de animales grandes, o esos son

los que sobrevivieron a los múltiples chanchos, ratas y perros que se alimentaban allí, de los que más de uno a su vez debe haber muerto en el sitio (Figura 19).



Figura 19. Huesos descartados en la orilla del Riachuelo en 1901 (Archivo General de la Nación).

Gran parte de los de gran tamaño y que tienen cortes a lo largo o a lo ancho, o con cuadrados sobre su superficie, evidencian métodos tradicionales para obtener la médula, costumbre establecida por la inmigración europea hacia 1900. Son marcadores de tiempo ya que es muy difícil cortar un hueso largo de esa manera. Por el tipo de comidas que esto sugiere estamos ante la aparición de grupos sociales con hábitos alimenticios nuevos.

Entre los vacunos hay huesos del conocido corte del *bife* (la tradición del *T Bone* inglés). Más raramente se ven huesos de aves, incluso de porcinos y caprinos, pese a que históricamente sabemos su importancia en la dieta porteña, seguramente por esos procesos posdeposicionales. Lo mismo sucede con el *asado de tira* cortado en fragmentos de costilla de menos de diez centímetros, lo que si bien puede hacerse con sierra manual, es muy incómodo. La electricidad hizo que ese ancho se fuera reduciendo a un par de centímetros en la actualidad. No hay datos históricos de la existencia de mataderos en la zona de Belgrano, pero sí los había cerca, hacia el norte, donde estaba el antiguo hipódromo. Otros productos alimenticios habituales son las cáscaras de nueces y los carozos de duraznos ya que el entorno de la ciudad estaba plantado de durazneros para leña y fruta. El nogal era más raro, llegado de España durante la colonia fue otra fuente alimenticia tradicional.

En el Oeste funcionaban varios de los citados *tachos*<sup>5</sup> o *graserías*, los que generaron mucha literatura ya que esos galpones eran de un nivel impensable de insalubridad. Los tachos eran grandes recipientes de hierro en los que se arrojaba todo tipo de resto orgánico para derretirlo para hacer grasa y por eso fue fruto de crónicas policiales. Con mayor temperatura se deshacían también ciertos huesos para obtener pegamentos (la *cola de carpintero*). A veces, disimuladamente, tenían por nombre ‘fábricas de velas’, distorsionando lo que se hacía para evitar inspecciones de salubridad (Puccia 1980). No resulta

---

<sup>5</sup> Recipientes metálicos de gran tamaño usados para fundir grasa en construcciones asociadas a los basurales.

casual que frente a los Mataderos Viejos funcionaban varias fábricas de velas, de jabón, de aceite, graserías, curtiembres, la notable ‘fábrica de tripas y criadero de cerdos de A. Grasso y Cía.’, (nos preguntamos: ¿cómo se *fabrican* tripas?), y ‘la fábrica de salames y chanchería de don Giuseppe Grosso’, (nuevamente: ¿con qué harían los embutidos?) (Puccia 1980: 73).

En los terrenos rellenados del Bajo Flores, hacia el Oeste existían varios tachos. Algunos eran realmente para hacer jabón y velas pero el resto tenía destinos inciertos. Varios estaban cerca del arroyo Cildáñez del que era característico su color rojo. Eran canales similares a los de los mataderos que fueron descritos en cien crónicas urbanas, zanjas que permanecieron en la zona hasta que se hizo el parque con el zoológico de Parque Patricios en la década de 1930, luego demolidos. Fueron la base de novelas y películas por las situaciones turbias que allí sucedían y no hablar de la insalubridad y los olores. Sabemos que legalmente se faenaban los caballos municipales y militares, los que eran rematados cuando ya no podían ser usados, por eso los había cerca de donde el gobierno de la ciudad o los militares criaban y mantenían sus tropas de equinos. Como lo narró un escritor de la época: ‘Junto al río para que sus aguas se llevaran los desperdicios del faenamamiento de caballos se levantaba el primer tacho de don Leandro Cuenca. Constaba de un campo (...), de un galpón de chapas galvanizadas, de un corral de palos, de dos calderas, de un brete donde mataban los caballos a golpe de maza y de toneles para la grasa y las tripas’ (Cárpena 1961: 41).

El tema de los caballos muertos se cruza con el basural del Bajo Belgrano ya que cerca de las calles La Pampa y Luís M. Campos se guardaban los caballos *reventados* por el trabajo, por lo que algunos se entretenían en matarlos con rifles desde las aristocráticas residencias de la parte alta de la barranca (Sáenz 1961: 92). Una nota de quien hizo esa descripción es patética: ‘Cuando caía muerto alguno de esos pobres jamelgos, objeto de sus disparos, era inmediatamente comido por infinidad de perros sin dueño y chanchos alzados que vagaban por esos parajes’ (Cárpena 1961:39).

Las historias novelescas o de las revistas populares hablaban de los botones dorados de las casacas policiales que eran lo único que sobrevivía dentro de los tachos a los entreveros de la zona. Ya citamos su sospechosa cercanía a los que hacían chorizos, mortadelas, salchichas y encurtidos; por eso no parece casual que se dijera: ‘No puedo extenderme en nombrar las fábricas de jabón (...) ni ciertas graserías de trágica fama a estar del susurro de los vecinos, porque en sus enormes tachos no sólo se disolvían íntegros los yeguarizos robados’ (Cárpena 1961: 40).

Para los huesos descarnados y ya sin grasa ni médula también había siempre una cercana fábrica de ladrillos para quemarlos como leña. La realidad daba para mucho y fue verdad el caso trágico de Cayetano Grossi, asesino de niños recién nacidos que eran hijos de las mujeres a las que explotaba y que en 1896 llenó la prensa: los descuartizaba y los llevaba a las graserías del Bajo Flores.

Los criaderos de chanchos eran habituales. El libro de Wernicke y su historia del que existía en un basural, han trascendido como obra de literatura urbana; en Buenos Aires se recomendaba su presencia para comerse parte de lo descartado sin pensar en sus defecaciones. Y del citado libro destacamos su insistencia en que los animales tenían triquinosis y que pese a eso se vendían y eran consumidos hasta por el concesionario. Es cierto que pudo ser una exageración literaria de Wernicke, pero no creo que estuviese muy lejos de la verdad por las numerosas enfermedades estomacales que reportan los hospitales cercanos. En el basural de Rosario funcionaba un criadero de chanchos con 1500 de ellos y a su lado la fábrica de chacinados que devolvía al basural los sobrantes. Esto nos acerca a varios temas: 1) La preponderancia de huesos de gran tamaño que sobreviven por procesos posdeposicionales, no por actitudes de consumo y descarte, 2) La presencia de huesos cortados para la gastronomía de la Gran Inmigración posterior a 1880, 3) Huesos usados para hacer fuego, los que no se

consumieron totalmente, 4) La variedad de cortes producto de la llegada de la tecnología de la electricidad, 5) La presencia de huesos que fueron llevados a la fábrica en donde se sacó la médula o se hirvieron para grasa y que luego volvieron al basural, 6) Huesos con marcas de roedores y especialmente de perros, 7) Huesos de animales muertos arrojados en el lugar, 8) La fauna que vivía y se alimentaba en la zona.

Finalmente, debemos volver a la comida de quienes vivían allí, que sí dejó evidencias y a veces se han visibles. Scobie encontró un texto periodístico de quien compartió una mesa en el Barrio de las Ranas en 1903 y vio que consistía, para una familia de nueve miembros, en ‘una jarra de agua y un tazón de pan deshecho y huesos recién recogidos’ (1977: 233).

### **La historia de la negación del tratamiento de la basura**

Después de los cambios que significó la batalla de Caseros de 1852 comenzó en el país un proceso de rápida modernización y de reordenamiento de todas las instituciones, con fuerte mirada hacia Europa. Entre ellos están los temas de la higiene pública, lo que tomó cuerpo con la creación del Consejo de Higiene Pública (1852), la Comisión de Higiene Municipal (1854) y la cátedra de Higiene en Medicina (1873); en una segunda etapa se estableció la Junta Nacional de Higiene (1879), el Departamento Nacional de Higiene (1880) y la Oficina Química Municipal (1883). Esta etapa, la llamada de la Organización del Estado Nacional, es la que estamos analizando y cuando las Obras de Salubridad estuvieron terminadas para antes de 1890 cerrando una época. Resulta interesante ver que sólo en 1873 hubo una primera ley sobre saladeros y mataderos y el manejo de sus desperdicios. La *Revista médico-quirúrgica* (1865-1888), la primera en -supuestamente- dedicarse a esos temas porque era cuando la higiene pública incluía la higiene urbana, no publicó ni un artículo sobre el tema. En 250 artículos hay muchos sobre el cólera y la fiebre amarilla, se habla de los mataderos, las cloacas, la necesidad de la limpieza en la ciudad y sobre el Riachuelo, pero la basura no figura; la ciudad ocupó el 0.75% del espacio la revista, la arquitectura, los espacios públicos solamente un 0.54% y los mercados y mataderos lo mismo. ¿No existían esos temas entre la intelectualidad? Es muy posible, pero en el mismo momento el municipio lo reconoció como problema y construyó un ferrocarril para mover la basura, pero entre los expertos en higiene y salubridad nadie escribió un texto. Entre 1869 y 1922 no hubo ninguna tesis de grado en la Facultad de Medicina sobre los efectos nocivos de los basurales pese a la cantidad de enfermos y muertes que producían. El 16% de las tesis trataron ‘males urbanos’ que iban desde la prostitución a las enfermedades contagiosas, incluso a la ‘higiene obrera’ y en los establecimientos públicos, pero no se citaba la basura. Se entendía la necesidad del aire fresco, de ventilar, tener paseos públicos, incluso la relación entre el ancho de las calles y la altura de los edificios, pero salvo acercarse al tema de los saladeros y mataderos -viejos temas-, la basura no era vista como algo que afectaba a la sociedad o como responsabilidad social.

La otra publicación fueron los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* (1875-1925). Allí la higiene pública tomó un espacio incluyendo la ingeniería sanitaria. Así se trató la salud pública, los desagües y las cloacas, la provisión de agua, los saladeros en Ensenada, pavimentos, baños, hospitales, alimentos, cementerios y escuelas, hasta la desinfección de los objetos usados en las peluquerías. En ella escribió Gabriela de Coni sobre el trabajo de la mujer y su explotación en la industria del tabaco además de

otros textos. Pero acerca de la basura hay un solo artículo. Es tan notable esta deficiencia que entre todos los textos dedicados a la ingeniería, el urbanismo y la planificación de la ciudad de ese período, que son muchos, hay una sola nota sobre la basura desde ese colectivo profesional. El único texto era un proyecto para eliminar la basura, resultado de un informe pedido por la Municipalidad. Pero como fue editado en seis secciones entre 1900 y 1906, su descuartizamiento lo hizo muy difícil de leer (Piñeiro *et al.* 1900-1906). Además, en esos años, hubo varios cambios de intendentes y uno de ellos duró siete días por lo que el informe pasó desapercibido. Sin duda no era fácil establecer políticas sanitarias.

Sí quedó establecido el tema de la higiene pública: se enseñaba y se difundía con seriedad, pero los basurales no eran tema de nadie. La higiene pública era entendida como una política de estado, funcional al modelo económico y social porque era obvio que la calidad del medio ambiente mejoraba la vida social y obviamente a la productividad. Por eso se la enseñaba en la universidad, los médicos e ingenieros se ocuparon del tema, se hicieron obras públicas enormes -algunas siguen funcionando- y quedó incorporado en la agenda política que la higiene tenía relación con el tema social. 'La mayoría de esos hombres fueron abogados o médicos y cuando se convertían en hombres públicos ponían en práctica las ideas, las opiniones que todos ellos aprendían y sustentaban en los claustros universitarios, en las columnas de la prensa o en las tertulias de los clubes a los que concurrían', por eso la basura no existía, porque los políticos no la habían incorporado en su propia formación (Romero 1965).

Al revisar los documentos de la Municipalidad entre 1867 y 1895 se observa que hay un único expediente sobre cirujas, doce sobre vaciaderos y nueve sobre higiene pública, lo que significa solamente un documento al mes, cuando el problema ya estaba establecido y se hacían los primeros ensayos de depositación en basurales abiertos. En la etapa siguiente (1880 a 1887), hubo un expediente sobre carros de residuos, siete sobre los residuos mismos, cinco sobre la recolección, uno sobre la transformación de los descartes y ocho sobre los basurales, mostrando que si bien ya se entendía mejor el problema sólo se generaba un documento cada tres meses.

Una excepción fue Eduardo Wilde -ministro del General Roca en su presidencia- con su libro sobre el uso de los residuos de los saladeros publicado en 1878, lo que tenía ya una tradición en su estudio. Como dice Verónica Paiva -y que decía Wilde-, lo que les preocupaba era que las enfermedades postraban a los trabajadores y por tanto era el país el que deteriora su capacidad productiva. Pero parecería que no se veía que era la basura la que generaba parte de los problemas. A menos que estableciéramos una hipótesis diferente: que la generación de basura, su acarreo, uso como relleno y todo lo que pasaba con ella fuese funcional al sistema imperante, que eso estaba bien -los problemas eran precios a pagar-, y no había nada que discutir, salvo detalles o cuando los medios de comunicación presionaban. Es decir, ese silencio los beneficiaba como grupo en el poder y dueños de gran parte las tierras que eran rellenadas. Y si no eran propias eran significativas para demostrar el poder del Estado como lo fue con los grandes terrenos sobre la costa del río alrededor de la Casa de Gobierno.

## **Sobre el método de excavar basurales de la sociedad industrial**

Para encarar un trabajo arqueológico de esta índole necesitamos partir de una estrategia heterodoxa. Hay que obtener información histórico-documental primero, luego actuar con un alto grado de pragmatismo en el sitio y finalmente aplicar técnicas minuciosas sobre las muestras retiradas. Si sabemos que fue un basural porque los planos, documentos y fotos lo muestran, entonces no es necesario demostrarlo y podemos avanzar en su estudio, si las excavaciones casuales previas -las hay en toda la ciudad-, ya han mostrado la densidad artefactual y la profundidad del lugar, esos son datos que tenemos y no hay que buscarlos de nuevo -por eso hay que seguir las obras públicas y privadas-, y eso simplifica la propuesta de investigación. De esa manera tenemos las dimensiones en base a la documentación, aunque eso no esté corroborado por la arqueología ya nos deja ver que son casi infinitas sus escalas para la arqueología, tal como el sector en el Bajo Belgrano de 23 hectáreas sin contar las manzanas que tienen construcciones encima. Por eso lo recomendable es usar maquinaria, con todo el cuidado posible pero no hay alternativas. Se va a perder mucha información al trabajar rápido pero se trata de compensar eso con la apertura de grandes sectores en diferentes oportunidades. Si el método de la muestra aumenta el error, se lo reduce al incrementar la cantidad de muestras. Y luego hay que hacer una eficiente selección de los materiales a analizar priorizando temas específicos e hipótesis, ya que lo que puede verse en un basural es infinito, tal como la producción de la sociedad industrial que lo descartó. Ese antiguo basural, desde que estamos controlando su evolución, ya había sido intervenido arqueológicamente o por amateurs cinco veces, y se han visto decenas de construcciones, todos esos datos se suman.

Si aceptamos que la arqueología puede trabajar para resolver ciertos temas dejando de lado otros, aunque se los observe, estamos en buen camino porque todo no se puede. Una arqueología ortodoxa nos diría que al tratar de recuperar la totalidad de la información evitamos perder algo, guardando cosas para preguntas futuras y eso es cierto, solo que resulta imposible en esta escala. Eso es válido para la arqueología de épocas preindustriales. Por eso la tradición fue no excavar estos sitios, evitarlos, y por ende el no enfrentar el tema. Sí se han excavado lugares en que pueblos prehispánicos o coloniales han descartado su basura, o pozos de descarte familiares en la ciudad, pero la variedad material de la cultura capitalista es tal que no hay comparación posible. Excavar una cueva no implica trabajar más lejos que dentro de ella misma porque sabemos que no había una sociedad global ni un mercado mundial que la explicara por más que sí hubiera redes de intercambio de cierta escala. Pero para esta arqueología, en que los objetos llegaron de todo el mundo, ya no hay que ir a la bibliografía del Mediterráneo para saber de dónde llegó una cerámica o cuándo fue hecha, por suerte esa etapa ya ha sido superada la década pasada.

Existe otra vertiente metodológica: hacer una meticulosa excavación de un pequeño sector, un análisis en extremo detallado, con lo que sus resultados van a explicar lo que encontramos. Si bien es un método correcto no es extrapolable ni sus conclusiones sirven para explicar comportamientos sociales, pero nos dice mucho de lo que hay en ese lugar y así fue como comenzó la arqueología histórica en la década de 1980 cuando no sabíamos qué había debajo de la ciudad, o si siquiera había algo. Quizás comparando eso con otras excavaciones se pueda arribar a conclusiones, pero tendrían que ser cientos de cuadrículas. Por eso la arqueología de la ciudad necesita nuevas maneras de enfrentar los procesos de transformación, hacerlos comprensibles y que sirvan para contestar preguntas y abrir nuevas.

En la zona de La Quema, en el Oeste urbano, han habido estudios al igual que en la zona alta de Flores. Si bien aun no hay un cruce completo de toda la información con esta mirada, se ve la diferencia entre lo que fueron simples rellenos para construcciones y los basurales, o zonas cubiertas por estratos de descartes

quemados. Por ejemplo, un sitio mostró que el 60% de los huesos estaban calcinados -probable horno-, mientras que otro tenía el 20% sólo con alteraciones por fuego -quemado a temperatura media y no un horno- (Seguí, Camino y González 2010). Pero fue muy diferente a otras zonas cercanas o en Belgrano en que en los lugares excavados casi no hay huesos enteros salvo los muy grandes y cortados para extraer la médula. Esta variedad parece que se da en toda la zona Oeste y con todos los materiales: el sitio Zavaleta dio un 41% de frascos mientras que Corralón 17% y en otros sitios el 8 %, mostrando una intensa variedad intrasitio. Eso implica considerar el Oeste como un solo sitio ya que es todo un basural relleno de diferentes maneras y en épocas distintas y en donde es probable que hayan operado procesos postdeposicionales diferentes (Camino 2009). Valga de ejemplo que en un sitio hay más loza que porcelana y otro a la inversa, o la falta absoluta de lozas Creamware y Pearlware, lo que son fenómenos explicables por la diferencia de cronología y no por la selección del retiro por los recicladores.

Los datos que se obtengan al excavar cuadrículas aisladas en basurales urbanos serán muy diferentes moviéndose sólo unos metros en el terreno, por lo que la excavación tiene que tener una escala suficiente como para ser significativa. La experiencia nos indica que para comenzar a observar comportamientos en el basural hay que hacer zanjas mecanizadas de unos cinco metros de largo. Varias de ellas pueden servir para empezar a entender lo sucedido y comenzar a trabajar. Aquí es cuando las técnicas tradicionales necesitan cambiar: el basural del Bajo Belgrano, fechado entre 1860 y 1960, tiene 40.000 metros cúbicos y nuestros sondeos a lo largo de los años no llegan a veinte metros cúbicos; y como la napa freática cubre más de un metro en el fondo los datos no son cuantificables totalmente ni se llega al origen.

Hay que tener claro lo que se quiere (la hipótesis) y no sólo adaptarse a lo que se encuentre incluso en operaciones de rescate, porque en los basurales hay casi de todo. No hablo de salir a demostrar hipótesis construidas previamente, sino enfrentar el lugar con ideas claras sobre lo que es un basural urbano. Por ejemplo, al excavar en Belgrano en 2016 estábamos intrigados por el tema del descarte de zapatos, los que se conservan bien en este tipo de suelo, por lo que se juntaron los fragmentos de cuero, pero no los de las botellas o de platos; en otro caso estuvimos interesados en las marcas de lozas del principio del siglo XX y se descartó lo demás. En 2017 nos interesaba ver cómo se hizo la superposición del descarte, si hubo selección de objetos a desechar, la variedad artefactual, si hubo compactación artificial y a la vez determinar la cronología del sitio. En 2019, sabiendo que en una zona de ese basural hubo una laguna supusimos que la depositación y movimientos de los objetos debieron ser diferentes al igual que la acumulación de tierra, y así se puede seguir generando hipótesis y trabajando con ellas sin entrar en un mundo de objetos imposible de estudiar.

Entendemos lo arbitrario aunque pragmático de este método, pero ante la infinitud del lugar asumimos que el basural puede seguir siendo excavado por generaciones para responder nuevas preguntas. Además, lo que vamos a encontrar es lo que no se llevaron los que seleccionan la basura; no es lo descartado, es lo que no fue útil para el mercado.

Tema conexo es la capacidad realista de hacer un trabajo arqueológico de este tipo. Si se recuperan miles de objetos resulta imposible su traslado, limpieza, fichaje, restauración y conservación, ni hablar del estudio y guardado. Si además son considerados como patrimonio, lo obtenido de un par de cuadrículas implica los recursos de muchos años y no se los tiene. Tratar una suela de cuero para que se preserve es factible de hacerlo por una restauradora, conservar cien ya es mucho trabajo y tiempo y trabajo de varias personas con presupuesto, restaurar mil supera los límites de lo posible, pensar en 10.000 rebasa la imaginación. Por lo tanto, si las recuperamos, ni la conservación ni los demás trabajos se harán nunca, lo que implica destinarlas a una muerte segura. Eso no es un problema si lo asumimos entendiendo que no todo lo que se excava y estudia es patrimonio, ni que se lo debe conservar tras su

estudio. Eso se basa en aceptar que el sitio y su contenido son infinitos. Implica tener en claro los límites y posibilidades de nuestro trabajo y enfrentar los problemas de interpretar de manera alternativa los anacrónicos reglamentos existentes. Las leyes de patrimonio y de arqueología nacieron atrasadas por copiar legislaciones viejas y de otros países.

Los basurales y los rellenos de grandes dimensiones son los temas más complejos de la ciudad. Hoy pueden ser, a primera vista, una superficie plana, libre, pero por debajo hay enormes concentraciones. En 1900 se descartaba un millón kilos de basura al día y podemos pensar con fundamentos la mitad de la superficie de la ciudad está nivelado con esos desechos; para 2010 se calculaba que ya era 2000 kilos por habitante por día (no lo doméstico sino el total urbano). Por eso asumimos que el material en esos rellenos es infinito. Si incluimos la Costanera Sur, la Reserva Ecológica, Ciudad Universitaria y el Parque de los Niños, es una cifra de dimensiones incalculables para la arqueología. Y recordemos que en esos lugares hubo muchas formas de hacer grandes rellenos con basura, desde la simple depositación en algunos lugares cercanos al traslado por carros, el descarte del quemado o el uso de maquinaria. Cada uno muestra diferentes maneras de estratificarse y evidencias distintas sobre la actuación de terceros que seleccionaban, quemaban o usaban partes de ese descarte.

Pese a que la arqueología ha tenido un gran desarrollo en los últimos años poco se ha avanzado en excavar grandes espacios generados por la sociedad industrial, en donde el sedimento no es tierra o arena sino los productos descartados, llevados a nivel minúsculo debido a su proceso de desintegración. Esto nos lleva a buscar maneras de resolver su estudio de la manera más eficiente, ejecutiva, de bajo costo y rápida, porque los recursos no son interminables y la opción de no hacer nada no es viable. Y eso conlleva la toma de decisiones en el campo ya que en los basurales, no importando si excavamos mucho o poco, lo que recuperamos son miles de objetos. Suponiendo que podamos excavar un sector amplio y recuperar todo lo que es factible, la tradición arqueológica y la ley dicen que se debe salvar todo en cuanto a información y patrimonio, ya que si no seríamos culpables de destruirlos. Pero la realidad dice que los recursos son limitados. ¿Entonces? La base de la concepción de la investigación arqueológica ha sido trabajar sobre sitios y objetos finitos donde todo es importante. Eso es cierto, pero es un imposible en este modelo de arqueología, así que es necesario encontrar mecanismos operativos que permitan aprovechar la información al rescatar conjuntos artefactuales significativos. Lo que importa es la ciencia y no la burocracia. Debemos tomar decisiones sobre lo que importa, es decir acerca de lo que estudiaremos y lo que guardaremos, y lo que transformaremos en patrimonio o en material de estudio para el futuro; lo otro quedará afuera. Si lo que hacemos puede ser visto con errores producto de usar técnicas agresivas, el aumento de las observaciones reduce ese problema. No es simple arbitrariedad como sucede con los rescates en los que se obtiene lo que se puede; en estos casos nuestro objeto de estudio tiene que tener sobre sí preguntas concretas. Si son claras, aunque sean simples o en un estado embrionario del conocimiento, las respuestas podrán ser coherentes. Por lo que, dada la enormidad de material y la imposibilidad de siquiera llevarlo y tratarlo en el laboratorio, la posibilidad de volver una y otra vez a la misma zona nos abre posibilidades diferentes. Frente la falta de recursos se tiende a actuar de manera repetitiva. Esta sugerencia técnica de recupero informático obviamente se basa en que no todo es *patrimonio*.

La basura del pasado estudiada por la arqueología, aunque legalmente por el sólo hecho de haber sido excavada se transforme en patrimonio, no por eso deja de ser un conjunto de objetos que no es necesario guardarlos sino que es material de estudio. La ley está hecha para colecciones precolombinas y para la época en que se hizo a nadie se le había ocurrido estudiar lo que sucede en las sociedades industriales. Y si bien una de las características de la arqueología es que no se puede regresar exactamente al mismo sitio, en los basurales el sitio es inmenso y se puede regresar al metro de distancia.

## Mercado y consumo

La arqueología histórica en el país y en gran parte de América Latina ha obviado dos temas: los estudios de consumo y los de mercado. Quizás por la fuerte influencia de la prehistoria con los pruritos teóricos de no hacer analogías, de trabajar en *sitios* y no en ciudades (a veces llamados *yacimientos* porque son considerados canteras que dan material de estudio), y de ocuparse poco de los documentos escritos, esos grandes temas han sido obviados.

La arqueología histórica desde sus inicios mostró que la cerámica, o cualquier otro objeto de los que estamos acostumbrados a ver, sólo pueden ser explicados en el marco del mercado mundial que se estableció en el siglo XV y se expandió desde el Mediterráneo a América. Eso implica entender los mecanismos de traslado, aceptación, rechazo, transformación, desconocimiento o lo que haya sucedido en ese marco internacional. O a la inversa, cómo los objetos de manufactura local influyeron o rechazaron la invasión colonial.

Las ciudades modernas son en gran medida la herencia de los mercaderes del Renacimiento y de la expansión de sus mercados, pero al estar influenciados por la ideología las entendemos como una expresión imperialista -como si el Comunismo no fuera capitalista e imperialista (valgan Rusia o China)-, dejamos de lado el hecho que enfrentamos una sociedad global. Es una tautología decir que los basurales muestran el *imperialismo inglés asociado a la economía agroexportadora*, porque ya lo sabemos y tampoco había otro sistema, aunque no nos guste. Si ese es el objetivo de un estudio es mejor no hacerlo, porque lo que importa es avanzar y no corroborar lo sabido una y otra vez. La casi totalidad de los objetos que encontramos después del siglo XVI, los asentamientos, la vida cultural y material, están influenciados por Europa o plenamente bajo su control o huyendo de ella o tratando de desconocerla. Por lo tanto es cierto que un basural '*es un acontecimiento de economía política*' (Rocchietti, De Grandis y Valentini 2012), y es cierto que ese es un punto de partida, pero no lo es de llegada en un análisis arqueológico: pudo haberlo sido en la década de 1970, no hoy. Por cierto hubo grupos indígenas o criollos que se mantuvieron alejados del mercado, aunque no desconociendo el universo externo.

Las investigaciones en el mundo han insistido en temas que casi no hemos considerado: el consumo de los grupos sociales, de género, de nivel económico, de región, de historia, de origen, de estética, o la esclavitud, las minorías, los grupos de influencia o las religiones no mayoritarias (Majewsky y Schiffer 2005; Spencer-Wood 1987). El acceso al mercado que siempre fue irregular porque llegaban las mercaderías en cantidades no constantes, variaba los precios y por ende quienes podían adquirirlos, a veces había productos en cantidades inmensas que saturaban los comercios y otras veces no llegaban en función de los sucesos en los países de origen o los intermediarios. Valga de ejemplo que las lozas inglesas llenaron el mercado en 1806 y 1807, tantas que se usaron platos en lugar de azulejos para decorar cúpulas de iglesias, torres, pilas bautismales y paredes (Girelli y Schávelzon 2014). Pero para la época de Rosas las lozas de calidad eran raras por el control de las importaciones, aunque él mandaba hacerlas con su imagen e inscripciones. La guerra entre Cuba y Estados Unidos volvió a restringir el tráfico del Atlántico por años y la Primera Guerra Mundial fue la que impulsó la sustitución de importaciones. Valga el caso del gobernador Rosas quien importaba personalmente sus vajillas y por la otra le declaraba la guerra a los productores europeos que la querían vender. ¿Cómo oscilaron los precios de lo importado con esos u otros acontecimientos? No tenemos cuadros con el precio de cada tipo de decoración como desde 1980 los hay en Europa (Miller 1988, 1991; Miller, Martin y Dickinson 1989), fundamentales para entender a qué nivel social pertenecieron algunas cosas que encontramos, o porqué no hay otras. Ni hablar de la importancia que ha tomado el consumo visto en una mirada de género, de clase o de edad.

Los pocos estudios que hay cometieron distorsiones sustantivas: hicieron listas de objetos que figuraban en testamentos e inventarios lo que es muy positivo pero no tomaron en cuenta en cada caso si ya se los había inventado o lo fue durante esos años o después, lo que distorsionó la interpretación haciendo los estudios casi inútiles (Porro, Astiz y Rospide 1982). En el siglo XVIII, en las casas de la ciudad había cuchillos y cucharas pero no tenedores y era porque aun no los había en el mercado, no por pobreza y ese es sólo un ejemplo.

Es posible suponer que para el siglo XIX eran más baratas las lozas importadas que una vasija de cerámica de pasta roja producida por los grupos indígenas, o si no lo era al menos duraban mucho más, eran más livianas y al gusto europeizante de la época. La cerámica que hacían los esclavos (si es que se demuestra que la produjeron localmente) ¿cómo competía en los comercios?, ¿o circulaba a través de otros mecanismos? Hemos visto el posible ingreso de productos para el consumo de la población afro llegado desde Brasil hacia un grupo consumidor antes impensable. Nos hacen falta estudios de precios, de importaciones, de transporte, de accesibilidad a los productos, de gusto, de estética, de valoración y significación suntuaria y tanto más. El uso de los colores para identificar a los partidos políticos (analfabetismo mediante) como el rojo, el verde o el celeste, ¿aceleraba las ventas de ciertas vajillas? ¿Cómo fue la transición entre el consumo de lozas inglesas para pasar a las francesas, en especial la porcelana, después de 1880? ¿Cómo se vivió el cambio cuando el centro del mundo dejó de ser el Londres de las finanzas para serlo el París de la moda? (Harvey 2008). ¿Cómo funcionó la supuesta democratización del acceso a los bienes a través de las grandes tiendas, en los sectores populares en ascenso social, los que debían restringir otros consumos para mostrar pertenencia?

En el país la historia ha comenzado a generar bibliografía sobre el tema desde la década de 1980 (Gutiérrez 1981; Losada 2008; Rocchi 1998, 1999). La ropa y el habitar han sido los temas que más han llamado la atención (Bryson 2010; Tocchetto 2013), y eso permitió acercarse a los medios de publicidad que comenzaron en la década de 1860, a las formas en que el mercado construía a sus consumidores definiendo sus gustos, modas y descartes. La confusión intencional que había entre lo que era importado y lo hecho localmente con telas del exterior, pero vendidas como si fueran francesas, pasó con la cerámica unos decenios más tarde. Las marcas de las grandes tiendas que figuran en todo basural, con sus lozas, frascos y cubiertos y pese a ser de una calidad deleznable, marcan los gustos y estéticas. La intención de creer que se pertenece a la oligarquía soñada es lo que va a definir lo que encontremos a medida que nos acercamos a 1900 (Mitidieri 2018; Moraña 2008).

Un concepto interesante en la comprensión de la ciudad es el de la convivencia con lo que hoy llamamos *ruinas* (una demolición sería su equivalente). Es decir, que toda ciudad o poblado tuvo en pie estructuras que habían caducado. Siempre se vivió entre demoliciones, modificaciones, cambios y construcción y eso es precisamente la estratigrafía, nuestra herramienta básica. Por ende, si queremos excavar un momento del pasado de la ciudad, parte de lo que encontremos no sólo va a ser basura, van a ser restos demolidos en ese entonces. Es habitual pensar las ciudades históricas como completas cuando en cada cuadra había obras, siempre. El cambio urbano es y fue permanente y la arqueología no ha ayudado a entenderlo sino por el contrario, ha pensado en estaticidades cortadas por eventos bruscos (guerras, terremotos, destrucción, sequías), parte de una mirada estratigráfica errada. Esto lo mostraban los primeros trabajos de patrones de asentamiento iniciados por Gordon Willey en la década de 1940 pero nunca terminaron de ser aplicados o trasladados hacia épocas más recientes. Hoy hay estudios que analizan territorios como zonas de destrucción permanente, lugares y espacios que siempre han cambiado, que nunca fueron estáticos y que lo que va quedando sobre el terreno son los restos de acciones que llegaron, se establecieron -le fuese bien o mal en sus logros-, y que dejaron

ruinas y abandono. Y así se vivió, se vive y se seguirá viviendo entre los restos ‘de lo que pudo haber sido y no fue’ de la canción<sup>6</sup>.

El concepto crucial es el de la *obsolescencia* que ha transformado varias ideas que teníamos sobre preservación y conservación del patrimonio cultural. Esto permite entender que el mercado, no sólo el inmobiliario, es el que en un momento decide que algo está obsoleto y por ende puede ser reemplazado y destruido. Por definición es ‘cuando un objeto producido con dinero se transforma nuevamente en más dinero para hacer un nuevo objeto’ (Abramson 2016). En la moda el tema es conocido y habitual, lo vemos a diario en el supermercado, pero su forma de actuar sobre el consumo tiene más influencia sobre la producción que en el descarte. ¿Cuánto fue a los basurales por cambios en la moda y no por rotura o desgaste, o acaso no era una sociedad de consumo?

No hay estándares físicos para esta decisión y sus múltiples variantes, las que llevan a transformar en escombros un edificio, sino una multiplicidad de factores sociales y psicológicos (economía, moda, estética, comportamientos, mercado). En Estados Unidos, en 1930 los rascacielos tenían una vida útil de 16 años llegando en algunos casos a los 32. El promedio entre los comercios y los bancos el proceso lleva de 12 a 50 años para ser demolidos (Abramson 2016; Anderson, Toner y Hamilton 2017). Para Buenos Aires las viviendas unifamiliares se transforman, parcial o totalmente, en una generación (cerca de 25 años) y los edificios públicos en lapsos de 50 a 60 años (Schávelzon 2007).

Para el año 1900 las empresas productoras de vajilla usaban recursos de mercadotecnia para ganar consumidores al adaptarse a las realidades locales: valga de ejemplo el que Rosenthal hizo un modelo de porcelana que llevaba el nombre ‘María’ en su base. Se debía a la novela romántica de Jorge Isaac publicada en Colombia en 1867. Su producción duró bastante ya que la hallada se hizo hacia 1916 cuando el libro era ya un clásico romántico. Esto nos abre un camino: ¿habrá una porcelana que diga ‘Amalia’ por la novela de José Mármol?, es muy posible, pero quizás hay que buscarla en Londres (Figura 20). El saber que esas vajillas tenían nombres y que era por esos libros, o por personalidades, significaba pertenecer a un grupo selecto, había que haber leído el libro (o leerlo en grupo en una tertulia), y además saber que esa era la vajilla del tema sin necesidad de decirlo, bastaba con una palabra en la base. Cuando murió la Reina Victoria, en Buenos Aires se usaba vajilla de color negro, la que siguió siendo usada cuando ya nadie tenía idea de por qué se había puesto de moda. El consumo no es sólo una acción negativa de dependencia cultural, es la construcción de una identidad -la burguesa en este caso-, mediante símbolos materiales, comportamientos y modas.

---

<sup>6</sup> Bolero de Consuelo Velázquez del año 1932 titulado *Amar y vivir*.



Figura 20. Porcelana y pertenencia social: taza de la fábrica Rosenthal de Bavaria con la decoración María, basada en la novela de Jorge Isaacs.

El vidrio resulta interesante ya que fue de las primeras industrias en reusar los descartes, enteros o rotos, porque se fundían. Pero hay límites y por eso no todo se recuperaba. Aun hoy el vidrio transparente sólo puede tener un 30% reciclado para no perder calidad, el de color ámbar un 60% y el verde un 80 %, con lo que el reciclado apenas supera el 50% del total producido y eso puede determinar el costo de una botella de cerveza, no sólo su publicidad y calidad (Rossi *et al.* 2002: 71).

Los basurales eran limpiados de cierto tipo de objetos, otros sólo lo eran de manera esporádica, y muchos ni siquiera eran tocados. Por eso es que sólo podemos analizar ausencias en virtud de estudios de consumo y mercado que validen o contradigan lo que encontramos, o con grandes muestras. Por ejemplo, ahora resulta imposible saber si la ausencia de algo se debe a que faltaba en el mercado porque la producción exterior no exportaba o no se producía localmente, porque no era del agrado del consumidor, o si era recuperado para fundir y/o vender el envase y rellenarlo legal o ilegalmente como sucedía con perfumes, medicinas y licores. O si, cuando comenzaron los anticuarios a comprar objetos para enviarlos de regreso a sus países de origen para los coleccionistas y museos, desaparecieron del uso diario. Las lozas fabricadas por Wedgwood son muy escasas -hay un par de fragmentos en toda la ciudad-, pese a que sabemos que llegaban al país y había una sucursal para su importación y venta. Seguramente es debido a que desde 1850 en Gran Bretaña y Estados Unidos esas lozas, en especial las de color negro, jaspe y azul, fueron objetos de colección que tomaron alto valor por lo que fueron reenviadas al exterior sin dar tiempo a que las que estaban en uso llegaran a romperse. No existe un estudio que haya correlacionado el mercado de antigüedades con la ausencia de ciertos objetos arqueológicos (Figura 21).



Figura 21. Trabajo de selección de la basura a reciclar: pisoteo, dispersión, selección no arbitraria y reordenamiento: el proceso de formación del subsuelo de la ciudad (Archivo General de la Nación).

La mayor presencia de un tipo de ornamento (lozas floreales pintadas a mano o Mocha) puede deberse a cambios rápidos en la moda y no al volumen de uso. Algo similar a lo sucedido cuando, en el final del gobierno de Juan Manuel de Rosas, se descartó todo lo relacionado a su gobierno. Las lozas impresas con el motivo de la espiga de trigo fueron constantes todo el siglo porque se asociaban a lo que se cultivaba aquí y quizás eso no las afectó, a otras sí la moda las terminó y su presencia o ausencia está influida por cambios estéticos y de consumo más que por los volúmenes de compra o presencia hogareña. Ya hemos visto el interés que despertaban las lozas decoradas con animales y motivos de granjas, mucho más comprensibles que ruinas romanas o pagodas chinas

Los estudios sobre descarte material y de productos orgánicos han avanzado en la segunda mitad del siglo XX (impulsados por la ecología y la mercadotecnia), en la medida que el problema de la basura se mezcló con la contaminación y con sus estragos higiénicos y sociales, con los rellenos llamados absurdamente *sanitarios*, con su fracaso y con el costo que conllevan para la sociedad. Hoy la basura es un tema que genera ganancias millonarias para algunos, desastres ambientales descomunales para otros, discriminación y cada vez más subdesarrollo (Brailovsky 2012; Brailovsky y Foguelman 1991).

Valgan ejemplos: los habitantes de Mesoamérica desde los Olmecas hasta la conquista hicieron pirámides y edificios monumentales que se caracterizaban por sus grandes basamentos. Las plataformas, el separar el piso natural de lo construido mediante un nivel artificial, era símbolo de dominio del terreno, apropiación cultural y del poder, algunas estructuras alcanzaron cientos de metros cúbicos y algunas varios miles. Los edificios de Teotihuacán, por usar un ejemplo conocido, tenían un sistema constructivo armado con enormes cajas de mampostería que luego se rellenaban con el escombros proveniente de las obras, huesos de comida, cerámica rota y todo lo que hubiese que sirviera de relleno, mezclado con gran cantidad de cal, mientras que lo orgánico era empleado como fertilizante (Hayden y Cannon 1984). Es decir, hace 2000 mil años -quizás sean 4000 mil-, había

mecanismos para descartar selectivamente la basura y darle un uso socialmente beneficioso (Stanton y Magnoni 2008).

La manera de relacionarse entre el hombre y sus desechos, orgánicos e inorgánicos, ha variado con el tiempo. Aun hoy la demolición de una casa, finalmente una montaña de escombros, tiene valor económico incluso después de haberse retirado todo lo reusable. Ese escombros sirve para hacer contrapisos o para rellenos y hay que pagar por tenerlo; y si cambiamos el piso en nuestra casa tenemos que salir a *comprar cascotes* para nivelar, o arrojar tierra, botellas rotas u otros objetos sólidos junto con arena, cal y cemento.

El Riachuelo, nuestro gran problema en forma de río está tan contaminado que es inutilizable para nada que no sea echar más basura, pero se transformó en un *problema* solamente hace un siglo no por que creció el grado de contaminación -en realidad solo variaron los contaminantes-, si no que la sociedad construyó una nueva interpretación del fenómeno en la medida que sus orillas cambiaron de usos industriales a residenciales (Brailovsky 2012). Que en 1809 el Cabildo publicara un bando pidiendo que no se dejasen cadáveres de esclavos en la calle, no era un problema de salubridad sino de estética: al atarlos a la cola de los caballos para trasladarlos a los basurales, los perros sueltos se comían las partes de los cuerpos putrefactos que se desarmaban. Todo se resolvía si los propietarios los arrojaban en el arroyo del Tercero del Sur, a siete cuadras de la Plaza de Mayo y en donde vivían tanto las clases altas como las bajas y todos olían lo mismo, pero donde no se los veía. Es un ejemplo de lo variada que era la consideración de qué y cómo descartar y cómo afectaban la vida social.

Para los sitios del siglo XIX o XX que estamos tratando el proceso era diferente, y lógicamente de otra escala que en la Colonia. Se procedía a la recolección domiciliaria o había envío directo desde los mataderos e industrias de envasado. Pero en el primer caso y después de que a la noche había una selección primaria en las veredas por los cirujas, pasaba el carro recolector -que luego fueron camiones-, en donde y hasta el fin de la década de 1960 los que cargaban los recipientes hacían otra selección. Llamaba la atención a los niños porque los juguetes grandes los colgaban hacia afuera del carro o del camión, junto otros objetos. Esa basura se llevaba a los puntos de acarreo donde se juntaban para llevarlos a los rellenos del Oeste. Todo era a cielo abierto, con sol que aceleraba los procesos de descomposición y agua que escurría a las napas. Tengamos en cuenta que aun en la Capital no es posible evitar los camiones abiertos que transportan huesos y grasa a los que se los reconoce por el olor; en el conurbano ni siquiera son un problema ya que son asaltados por el valor de su mercadería.

El *botellero* fue un personaje urbano que compraba las botellas a domicilio con un grito distintivo y que mi generación conoció; era raro que una familia de clase media descartara botellas, pero sí los frascos. En los contextos rurales los hierros se amontonan por años esperando que pase el camión que los compra por tonelada. Y antes de esa forma de recolección todo lo que era de hierro se usaba para colocarlo como contrapiso mezclado con tierra o cal para darle cohesión. La arqueología rural no muestra una alta presencia de objetos de hierro como debería hacerlo siendo el material más común de la vida diaria, el que además tiene una vida muy corta por la oxidación; no está porque era usado para otra cosa.

La mirada que se tiene de los objetos descartados y su denominación social con el término despectivo de *basura* ha connotado todo con una acepción negativa. La arqueología ha tratado de revertirlo al considerarlos sus objetos de estudio, como Cultura Material, es más, la transforma en un *patrimonio* importante y digno de ser extraído y estudiado, lo que implica un interesante proceso. Es decir: ver cómo opera la cultura para que la basura de uno sea el patrimonio de otro, o de él mismo después de

ser resemantizada por el especialista. Lo mismo ha sucedido con el *cartonero* (recolector informal y a veces semi informal), el que ha sido visto como un trabajador que reduce los costos de traslado, compactación y depositación, a la vez que eso les genera trabajo; la inversa que la mirada al ciruja de un siglo antes.

La llamada basura (o *desperdicios*, o *deshechos*, o *descartes*) es y han sido cosas de las que se consideró necesario deshacerse porque se rompieron, quedaron fuera de moda, eran obsoletas, se habían usado y gastado, producían problemas de salud, porque eran pornográficas o socialmente mal vistas, o porque perdieron su significación (una vieja foto, una carta). A veces se quería esconder algo, hacer que algo *desapareciera*. Por supuesto en tiempos coloniales si lo que se fuera a descartar (nadie lo llamaría de esa forma) era el cadáver de un familiar, eso merecía un tratamiento caro y de ubicación física especial en una iglesia o cementerio, si era el de un esclavo raramente lograba sepultura e iba con los perros muertos. Lo que define a los objetos no es su materialidad si no la carga con que los connotamos, es resultado de una definición cultural que ha ido variando con el tiempo y los grupos sociales (Luqui Lagleyze 1994; Martín 1973). Pero nada quita y siempre ha sido reconocido el olor, la insalubridad -asociada a las pestes-, las enfermedades y la presencia de moscas y ratas. El que no fuese un problema socialmente establecido y reconocido por las autoridades hasta el siglo XIX, en tiempos del inicio del Estado Nacional y del establecimiento de la Municipalidad, no quiere decir que no hubieran existido los clásicos olores. Si el problema lo reconocía el Cabildo con los pescados no vendidos, los que eran arrojados en el foso del fuerte en la Plaza Mayor al mediodía, es que el umbral de los olores -por más bajo que fuese-, existía. Guillermo Hudson, hablando de los mataderos y saladeros de la ciudad, decía que: 'este tufo imposible de ser reflejado por la pluma resultaba seguramente la peor emanación que jamás se haya conocido sobre la tierra' (1918).

El descarte ha sido siempre un fenómeno socialmente diferenciado: una familia de altos recursos rompía un plato y dejaba fuera de uso la vajilla entera, o podía ser transferida a la cocina para ser usada por los sirvientes, en donde seguía cumpliendo su rol aunque en un contexto diferente. En otros casos sociales más bajos se las usaban con un plato menos o se podía tratar de completar el juego con una pieza similar aunque de otra marca y decoración similar, y así hay infinitas variantes. Esto implica que encontremos casos en que ante una rotura se arrojaron al pozo el resto de los platos de la basura (Frazzi 2019), o a la inversa, lugares de pobreza en que sólo hay un plato o taza de cada juego y material, seguramente recogidos de la calle o de un basural (Schávelzon y Silveira 2001).

La separación de lo que podía reingresar al mercado como materia prima fue un tema largamente debatido en su tiempo aunque no con la seriedad debida. Eduardo Wilde decía en 1885 que 'las basuras contienen partes utilizables y partes inutilizables; la separación de estas partes es de suma conveniencia para la industria y la higiene', lo que resultaba peculiar viniendo de un Higienista porque esas acumulaciones eran precisamente antihigiénicas y el trabajo debería hacerlo gente. Aun no se entendía el problema en toda su dimensión. En los basurales habían ferias improvisadas en donde los habitantes y trabajadores del lugar podían comprar y vender cosas que otros encontraban útiles, generando su propio circuito de consumo:

'Cándida había adquirido una sartén recientemente estañada (soldada), una sopera de loza con el pie quebrado, dos ollas enormes con el enlozado lleno de grietas y cachaduras, una docena de tazas desperejadas y sin asas (...), un plato azul en cuyo centro se veía un bonito paisaje y una rajadura disimulada lo mejor posible' (Wernike 2015: 148).

El mundo de los objetos es enorme y también sus funciones, antes y después del descarte. Ese universo tiene diferentes significados y valores para cada clase social, grupo o individuo. Los platos rajados o

las tazas sin manija eran valiosos para Cándida y resultado de un esfuerzo para adquirirlas. El imaginario moderno cree que cuando sacamos una bolsa de lo considerado desperdicio para alguien, para que el camión recolector se la lleve, ésta desaparece. Una cosa es lo que el individuo hace, otra lo que cree, y muy diferente son los efectos de sus acciones en la sociedad. Esto es lo que queremos analizar: qué cosas eran descartadas a lo largo de la historia urbana –ni siquiera todos los desechos orgánicos lo eran, valgan los huesos o lo que comían los animales o incluso los humanos que trabajan ahí-, y cuáles eran los elementos a los que la sociedad les daba otros usos de manera reconocida como el reciclaje industrial.

Valga de ejemplo de la variedad de usos: mientras hubo pozos de basura y letrinas en los hogares se arrojaba a su interior fragmentos de ladrillos y tejas, incluso de tinajas, por su capacidad de absorción. Por lo que al encontrarlos en el pozo esos fragmentos pueden ser interpretados como material de construcción descartado cuando cumplían un papel diferente, el de absorción de líquidos y olores.

### **La selección, quema y descarte de basura urbana**

En los finales del siglo XIX se habían establecido en esos sitios grupos de personas que separaban objetos, aunque casi no tenemos referencias anteriores a 1870. No eran los que sacaban objetos de los recipientes frente a las casas, esos optaban por las cosas grandes y reconocibles, éstos eran incluso familias y separaban todo. En algunos lugares se quedaron instalados viviendo en el lugar, en otros llegaban y se iban a diario. Las revistas desde 1900 los mostraban como un espectáculo deplorable y antihigiénico pero veían el fenómeno como una novedad, como algo antes impensado. Y era cierto, ya que para la época colonial las basuras y los olores no habían sido verdaderos *problemas*, habían sido *inconvenientes*; por lo que no cambió la realidad si no la percepción y la escala de la situación. Nos encontramos con ese doble juego entre progreso y subdesarrollo que se observa en todo el tema, de interdependencia de uno y otro: crecimiento urbano y sociedad industrial implican basurales de grandes dimensiones. Es posible que la presencia humana en esas tareas haya sido fruto de las crisis económicas constantes del siglo XIX, o de la gran inmigración de gente que quedaba en la ciudad sin posibilidad de trabajo, o de la proletarización del campesinado debido al aumento de los grandes latifundios creados durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas en las décadas de 1820 a 1850, u otros motivos cruzados. O puede ser que siempre los haya habido y nadie reparó en ello. Si alguien hubiera visto el futuro, esos eran los rellenos que harían factible construir casi la mitad de la superficie de la ciudad. No parece casual que haya coincidencia entre los historiadores del tema, que este proceso se dio a partir de la creación de la Municipalidad coincidente con la formación del nNacional en 1853 y hasta la federalización de la ciudad en 1880, cuando el sistema quedó establecido. Una mirada a las ordenanzas que regularon esto nos indica que si bien desde 1856 comenzaron a publicarse, indicando en la primera que era posible hacer rellenos para desecar pantanos y arroyos estacionales, al año siguiente se decidió prohibir la tenencia de basuras dentro de las casas o de arrojarlas a la calle o espacios públicos. Pero sería en 1893 cuando surgió una primera Ordenanza para la quema de los desechos, lo que fue un fracaso; recién en 1925 se comenzaría a permitir el hacer rellenos con tierra y escombros y no con basura. Pero para esa época los barrios crecidos en la zona Oeste, en la parte superior de la barranca, estarían avanzando sobre los nuevos espacios nivelados.

Al llegar la descarga a los basurales se procedía a hacer montículos llamados parvas, que según las descripciones llegaban a medir hasta 12 metros de alto. O se los arrojaba sobre los quemadores que se extendían en doble fila:

‘Este campo de la quema está cruzado por una calle tortuosa y empedrada de más o menos un kilómetro de extensión, a cuyos bordes depositan la basura los carros de la limpieza y aquí comienza la primera faena a la que se la somete, de carácter puramente industrial: centenares de hombres, mujeres y niños de aspecto miserable revuelven los montones de basura para separar las materias explotables. Esta operación facilita la descomposición y fermentación de las materias orgánicas (...). Luego se las amontona en las tituladas parvas de incineración, donde a fuego lento y poco duradero se quema una parte del papel, la paja y otras sustancias combustibles cuyo calor no alcanza a quemar los residuos que se debieran sustraer a la fermentación pútrida’ (Piñeiro *et al.* 1900-06: 13).

La descripción continúa diciendo que sobre (o debajo) de las *parrillas* para el quemado se colocaba paja, no madera, y que con la humedad, cuando llegaba el cargamento eso no servía para quemar casi para nada, derrumbándose la pila. O ni siquiera era tratada y se la colocaba y extendía a los costados del ferrocarril para rellenar. Durante ese tiempo era revisada y se extraían los objetos que se consideraban vendibles o usables, por eso lo que quedaba era lo que no quiso ser sacado o fue imposible hacerlo.

Analizar la basura es entender que no todo termina allí; no es el final del consumo. La sociedad hace un descarte discriminado y por eso no van las obras de arte o al menos lo que cada época considera digno de ser preservado: los recuerdos familiares, lo reusable en la construcción (vigas de hierro), lo útil a escala familiar (muebles, ropa, vajilla), lo que tiene valor económico (alhajas, cubiertos de plata), lo coleccionable (arte), los recuerdos familiares (fotos, cartas) y tantas otras cosas. Obviamente la arqueología trabaja con lo doméstico, lo demás está en los museos, los anticuarios, los archivos o sigue en los hogares. Esa es la primera selección. Se descarta lo que se quiere descartar, a lo que se suma lo que se pierde y lo que se intenta hacer desaparecer de la vista. Es decir, no todo está en los basurales y lo que está es aleatorio y depende del mercado del reuso (Figura 22).

Una segunda etapa de selección era la del reuso casero: las botellas eran lavadas y vueltas a usar. En especial los frascos de boca ancha que pasaban de tener dulces a guardar clavos. Es posible incluir aquí el descarte de ropa con posibilidades de seguir en uso, cosa que fue muy común con la de los fallecidos a tal grado que en la Recova de Plaza de Mayo ya existían locales para su venta generando problemas de transmisión de enfermedades (González Fasani 2015; Paiva 1998, 2008a, 2008b). O los materiales constructivos que se revendían y usaban una y otra vez. Nada de eso ha cambiado.

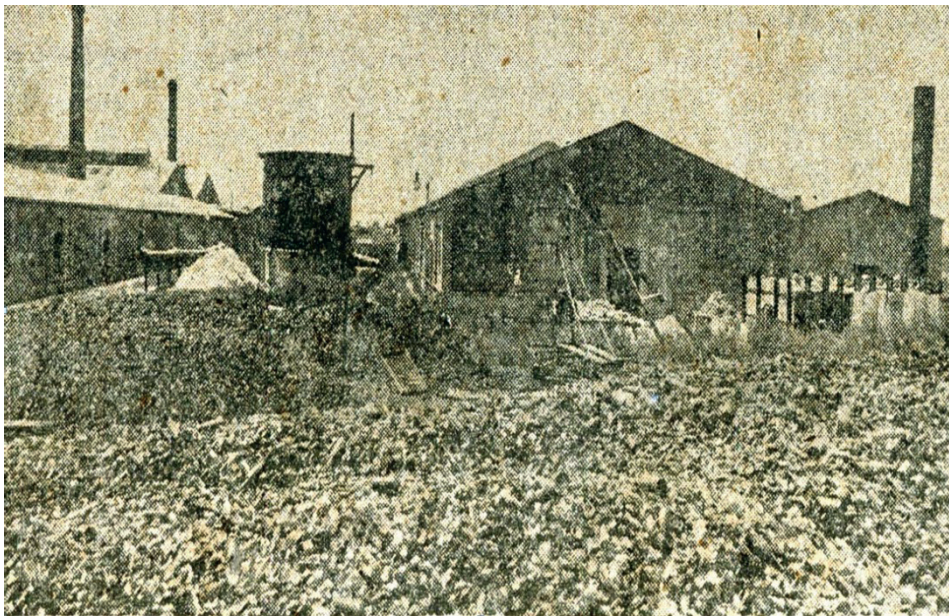


Figura 22. Fotografía de 1913 de la fábrica Rigolleau en Quilmes: miles de botellas y fragmentos de vidrio listos para ser vueltos a fundir, provenientes de los basurales de toda la ciudad (Colección privada).

Un tercer nivel estaba dado por la selección externa al hogar. Sea que se dejara en la calle una botella para que la llevara un tercero quien podía darle un destino o para venderla (Paiva 1998, 2008a)<sup>7</sup>. Esto es un proceso complejo que aun lo vemos en la calle con los trapos y ropa, bronce, PET, hierro, aluminio, papel, cartón u objetos maltratados como juguetes, bidones, mobiliario roto o pasado de moda, tecnología obsoleta, todo es usado por otros de menos recursos. Ver una feria en un área marginal da una idea de la reventa. Existió desde que hubo recolección domiciliaria porque antes todo iba al pozo del fondo o al fuego de la cocina; casi no hay datos de que en los zanjones o en los huecos hubiera quien recogiese objetos, tema que sigue abierto.

Los ingenieros e higienistas fueron quienes comenzaron hacia 1900 a preguntarse el por qué aquí la basura se había transformado en un problema cuando en otros países salía de las casas hecha ceniza o ya desintegrada, separados los objetos por tipo y el resto se compactaba. El sistema de las piletas de cocina de Estados Unidos incluye un obligatorio desintegrador de basura orgánica, por lo que ese polvo desagua por un sistema cloacal unificado, una sustantiva reducción de costos en ambos sentidos.

Antes de la reconfiguración de la ciudad y la génesis del Estado moderno a mitad del siglo XIX, parecería que no había recolectores informales y que fue producto o necesidad de la nueva estructura social. Es posible que alguien anduviera recogiendo lo que pudiera servirle, incluso que hubiera cierto intercambio entre la pobreza, pero no había un mercado establecido. El asunto pasó a ser un problema en los años de la creación del barrio de Belgrano y el establecimiento de La Quema a mitad de ese siglo. En 1858 el municipio contrató por primera vez al señor Cabello para quemar basura después de que una semana antes se había decidido arrojarla lejos, a la absurda distancia de ‘una legua y media de la plaza de la Victoria’ (*El Nacional* 7/11-10-1858: 2). Para 1860 estaba establecida la citada manzana urbana, supuestamente provisional, que en poco colapsaría, antes de llevar todo hacia el Oeste donde la quemazón no serviría para nada, al menos para destruir. El *Registro Provincial* muestra que en marzo de 1871 la ‘separación de los materiales corruptibles de los incorruptibles’ la hacía el gobierno

---

<sup>7</sup> Para quienes hacían este trabajo había muchos nombres: ‘ranero’ (saltaban y sacaban cosas de los carros), ‘chiffonier’ (por el mueble de muchos cajones), ciruja (de cirujano por lo detallista) y finalmente ‘cartonero’ (junta cartones y papel).

provincial (7-3-1871: 179). Por eso la decisión de separar la ciudad en norte-centro y sur y oeste, y la creación de una ciudad modelo como fue Belgrano, también escindido, fueron gestos conscientes de la doble función necesaria. Es posible que el pueblo de Belgrano haya sido el primer ejercicio de planeamiento urbano para ese nuevo modelo de sociedad, uno de generación de basura y otro para el descarte, hecho a su lado, ya programado para después nivelar y usar.

Regresando a esos procesos de separación ellos nos muestran que las diferencias con otras sociedades eran y siguen siendo enormes. El país que inició estos estudios en 1973, Estados Unidos (Rathje y Cullen 1974, 2001), mostró que el 40% de la basura era material de construcción pero que el 14% eran diarios, y el papel era muchísimo más. Ninguna de ambas cosas se repite aquí donde el papel y el cartón es el 24 %, y los materiales de demolición sólo el 2% (seguramente porque circulan por otro sistema), mientras que en la ciudad los desechos alimenticios son el 33% (Rossi *et al.* 2002: 23). La primera porque es llevada a los rellenos del Río de la Plata directamente, el papel se retira antes o se destruye por el agua, se lo comen las ratas o lo destruye el quemado. Si se trabajara con el descarte directo (previo a toda selección) las cifras serían diferentes (Figura 23).



Figura 23. Carro descargando y el proceso de extensión de la basura de manera concéntrica; nótese la acción de los once perros y cuatro caballos. Sitio en el oeste, aun sin quema, donde se van formando montículos circulares apisonados (Biblioteca Manual Gálvez).

Hasta el inicio de la recolección sistemática mediante contenedores, de fecha reciente, lo que se descartaba en la ciudad fuera de la vivienda era mediante recipientes metálicos llamados tachos, en donde los cirujas hacían la primera selección, el resto se lo cargaba en carros e iba al basural. Ahí se generaban dos o tres caminos posibles: o era quemado, o era amontonado para ser quemado luego permitiendo una selección, o iba directo a compactar en los basurales. Lo primero que se separaba por su tamaño y forma eran las chapas metálicas, aunque casi no tenían valor de reventa, había muchas hojalaterías además de que se la usaba localmente para construir casas allí mismo. El resto era entregado para su fundición sin paga estipulada (Wernike 2015: 125).

Si la basura era bien quemada en hornos de alta o mediana temperatura se generaba *escoria* por una parte y cenizas por la otra. La escoria era el conjunto solidificado de lo que no se quemaba, un conglomerado que tendía a unirse por el vidrio, la cerámica y el metal fundido. En excavaciones

hechas en rellenos en capas en donde había ese este tipo de material se hallaron incluso lápidas de cementerio quemadas. Las cenizas podían ser usadas como abono ya que como relleno no generaban volúmenes significativos, pero la idea inicial de que podían venderse con esa función fracasó porque no era necesario en el humus pampeano, y no fue un ingreso al Municipio. Absurdamente, a nivel nacional hubiera sido muy útil para transformar grandes extensiones de tierra que sí lo necesitaban y cuyo suelo estaba ávido de nitrógeno en grandes cantidades, pero nunca fue pensado. El proceso de quemado lo describió el viajero Jules Huret al verlo en 1889, como: ‘montañas de inmundicias (...) que se queman al aire libre. Un fuego perpetuo arde bajo aquellos detritos y los seca y los consume. El inconveniente de ese sistema primitivo consiste en que durante ciertos días el viento impulsa hacia la población una nauseabunda oleada de humo’ (1911: 56).

Son muchas las dudas que presentan el uso y la existencia de estos sistemas de supuesta destrucción. ¿Era la intención de los encargados o concesionarios el que no se quemara? Quizás se aparentaba que se lo hacía ya que si no el concesionario no cobraba, a la vez que el humo ayudaba con las moscas y alejaba a los inspectores y curiosos, pero su interés estaba en la reventa de los materiales. Es un tema insoluble desde la arqueología o desde la historia ya que implica un accionar social oculto. Obviamente no iría a alterar decisiones de Estado, como la cremación total, pero incluso en esos casos también había trampas. Esa aceptación de no destruir bien estaba tan arraigada que aún entre las décadas de 1940 y 1950 surgieron varias villas miseria alrededor de basurales abiertos y de lugares de compra. La Villas 12 y la 20 crecieron alrededor de sendos vaciaderos, y alrededor del albergue Warnes se instalaron lugares para acopiar y vender. Y aun hoy, cuando la mayor parte de la basura sale al conurbano, las villas y los cartoneros son dos elementos unidos indisolublemente (Luqui Lagleyze 1994).

Además de la basura diaria había tierra y pequeños objetos generados por el barrido de las calles y que también llegaban al basural, al igual el sobrante de las obras de la nivelación de la ciudad, en especial de los terrenos públicos. En la *Memoria Municipal* de 1889 se dice que ‘Se han nivelado 1859 cuadras mas una extensión de 15.070 metros lineales, (...) durante el último trimestre de 1889 a causa de necesidades por cambios de niveles (...) se han desmontado y terraplenado 2.522 metros cúbicos’ (Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires 1901: 9-11). Sobraba tierra y tosca además de desperdicios al ‘desmontarse’ los terrenos altos. En Belgrano, como ejemplo, en 1887 ya había 2237 ‘números de puerta’. Ejemplo de la rápida construcción que generaba una cantidad de escombros que debía tener un destino cercano, así era toda la ciudad.

Hay mucho que casi no encontramos en la basura, cosas que sabemos que eran habituales en la vida doméstica, pero no están. Es más, si uno reflexiona sobre los objetos que nos rodean la mayor parte no llega al descarte o lo hace muy raramente. No hablamos de las obras de arte o los recuerdos familiares, los que terminan en el anticuario o la reventa, hablamos de cosas pedestres que no aparecen porque eran separadas por tener algún valor o significado, cualquiera sea el que tuvieran. Lo que nos interesa aquí es cuánto valía lo que supuestamente no tenía precio o aprecio alguno. Para 1901 ya había un cálculo, que luego analizamos, de lo que significaba en dinero lo descartado diariamente y cómo el municipio podría recuperarlo, en metálico o en bienes, si las cosas se hicieran bien (*La Ingeniería* 1901: 1).

Hay un caso especial: la nafta y el aceite para automotores que se comercializaba de dos formas, sea por transporte de camiones para ser vendida mediante surtidores o en latas de base cuadrada en que entraban cinco y diez litros. Eran rectangulares de paredes planas que podían desplegarse con facilidad, previo recortado, para otros usos y eran más baratas que las chapas de zinc, por lo que se las usaba para construir sin costos. Las fotos de los basurales muestran que eran un estorbo para algunos

y un regalo para otros. Tuvieron usos diversos ya que era fácil colocarles una manija y usarlas para transportar agua. La hojalata no tenía valor de reventa y por eso era la favorita para ser usada por quienes habitaban en el lugar y por eso fueron usadas para paredes y techos. Buena parte de lo que iba a la basura era usado para algo y eso le llamó la atención a Xavier Marmier a mitad del siglo XIX, quien lo vio como algo positivo y una forma de industrialización elemental e inteligente:

‘A los cuernos se les despoja de su envoltura escamosa y el resto va a las máquinas a vapor que les extraen la sustancia. El sebo se saca de las partes más gordas del animal; el aceite de quinqué, de las patas; el residuo de todo esto se vende como abono; los restos de cuero sirven para hacer cola de pegar y todo se utiliza’ (1948).

Una dimensión de estos procesos es que a inicios del siglo XX era en Rosario se descartaban diariamente: ocho toneladas de vidrio (roto, sin frascos ni botellas), 20 toneladas de bronce, 20 toneladas de cobre, 50 toneladas de plomo, 50 toneladas de zinc, 50 toneladas de estaño, una tonelada de hierro fundido, tres toneladas de trapo, dos toneladas de grasa animal, diez toneladas de huesos, 15 a 20 cueros de vaca y caballo y 100 kilos de cerda (Wernike 2015: 93). Y se enlistan cantidades de otros objetos diversos. Si eso se hubiese quemado hubiera generado unas 200 toneladas de ceniza para ser usada como material para bloques de cemento, tal como proponía la revista *La Ingeniería* en 1901, con una mirada muy diferente. Pero ni esa idea y ni tantas otras prosperaron porque no coincidían con la realidad de la economía y el proyecto de la ciudad, sea Rosario o Buenos Aires. Imaginamos la situación y su escala sabiendo que en el año 1889 fueron a La Quema 2553 caballos muertos.

Lo que se les pagaba a los recolectores, ya entrado el siglo XX: los ‘mendrugos’ de pan que valían 10cs, el vidrio 25cs, el hueso 30cs, todo eso por bolsa; si era por kilo se pagaba el bronce 20cs, el plomo y el estaño 20cs, los trapos blancos 5cs y los de color 3cs. En 1899 se describió cómo se separaban vidrios rotos por color, se despellejaban animales para obtener grasa, plumas, crines y herraduras, y las botellas por sus marcas ya que se reusaban, las telas se separaban si era ropa o tejidos o lana (Bernárdez 1899).

La realidad parece mostrar que la cremación a gran escala sólo pudo funcionar mal. En 1926 se establecieron hornos de gran envergadura en el barrio de Chacarita, pero pasó una generación y se entendió que en la ciudad era imposible que funcionara ese tipo de equipo contaminante, aunque sí se dejaba que funcionaran los basurales abiertos, por lo que la política de seguir mandando cada vez más lejos los residuos fue el modelo aceptado y que sigue en pie. Y los rellenos hechos con escombros continúan gracias a la ampliación de la costa, si no el problema hubiera sido de una envergadura tal que hubiera puesto en crisis la vida de la ciudad.

La selección de lo útil, bastante sistemática, fue arbitraria por la situación de quienes lo hacían: había quienes juntaban huesos de animales (‘hueseros’) y al parecer llegaron a ser la mayoría debido a su alto valor, o los que separaban comida, metal, papel, madera, trapo (‘traperos’), o los que juntaban ollas, pavas y lecheras para soldarlas y venderlas por la calle (‘tacheros’); la preciada crin de caballo era para hacer colchones y las plumas de pollos para las almohadas. Y estaba ‘el sinfín de los buscadores de menudencias que pululan de puerta en puerta’ (Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires 1889-II).

Estos procesos de alteración no debieron ser siempre intensos y eso permite observar la presencia de objetos que de otra forma sería raro que estuvieran allí. Esta heterogeneidad en los procesos quedó subsumida por la bibliografía que los ha tomado en su exageración de cuño tanto higienista como moralista de hace un siglo. Los textos muestran el funcionamiento de una especie de imaginario ejército organizado con diversos niveles de actividad, en que cada uno cumplía su papel. Es posible

que esto no haya sido así, primero porque la mirada de su tiempo, Positivista, pensaba el mundo de manera ordenada y le horrorizaba la situación caótica de la que tomaban conciencia: que la sociedad de consumo y más aun la de clases tenía efectos no esperados. Segundo, pensaban que eso debía y podía corregirse destruyendo la basura, lo que resultaba fácil de hacer si se quisiera hacer, sin entender que se estaba generando trabajo, rellenos a lotear y a la vez que el reciclaje era un buen negocio; que no se lo podía suspender porque era parte del circuito del mercado. El Estado no tomaba decisiones, no por incapacidad (que también había), sino porque se hacían negocios turbios además de los cambios de intendente casi anuales. Era parte de un proyecto de gran escala que aun no se terminaba de entender. Hoy nadie critica los rellenos y el que se siga *ganando* terreno sobre el río después de dos siglos.

Los datos recabados en el basural de Belgrano tienden a marcar la necesidad de profundizar estos aspectos y entender que la manera de recuperar las cosas no era sistemática, que quedaban cosas sin retirar según los cambiantes intereses del mercado y de la gente que lo hacía. Lo que no existe son los basurales como depósitos directos, intocados, que tienen capacidad explicativa lineal sobre la sociedad. O sí la tiene pero considerando los intermediarios. Valga el caso de la presencia de innumerables tinteros ¿solamente era síntoma del incremento de la educación? Posiblemente sin cultura escrita no existirían esos tinteros, pero parece simple hacer otras inferencias: que eran descartables y no se rellenaban por su bajísimo costo, y que al volcarse (la tinta era indeleble) la solución era tirarlo en la basura. Seguramente a eso se debe su alta presencia en los terrenos del fondo de escuelas y lugares de educación.

Para tratar de evitar ratas, infecciones, insectos y olores se prendía fuego incluso en los sitios en donde no se quemaba. Dijimos que no había intención de destruir todo porque se perdía el trabajo, pero era necesario tener humo.

En las fotografías se ve que cada vez que llegaba una nueva tanda de carros, al descargarlos se lo hacía al final de lo ya relleno, avanzando, o encima de un montículo preexistente para aumentar su nivel, para luego desarmarlo y nuevamente avanzar en el proceso de relleno. Una descripción describe que al mediodía era visible una 'porción degenerada de humanidad, recua de desgraciados (que) se dirigen en mesnada al sitio' (Ortiz 1967).

Se ha observado al excavar que han quedado enterrados amontonamientos intencionales de materiales, por ejemplo de vidrio y metales, incluso de artefactos, lo que debe ser el rejunte hecho por alguien que no pudo retirarlo o no tuvo comprador, y que al día siguiente ya estaba cubierto por nuevos estratos. Los carros y el volcado, la revoltura, los animales, el agua y el fuego liviano, crearon los estratos que se iban haciendo horizontales a medida que se los apisonaba, que es lo que se ve en las estratigrafías. Depende de dónde se excave se verá una estratigrafía diferente pero que tiende a reproducirse. Una enumeración de lo que era separado la tenemos para 1899:

'Los vidrios reciben así mismo varias clasificaciones. Primero, de rotos y enteros; después en la clase de enteros, de botellas y frascos, y luego, en estas divisiones de la frágil especie de cada cual: botellas de bitter, de *Aperital*, de fernet, de vermouth, de champagne, de *Hesperidina*, o bien frascos de botica y de remedios conocidos: de zarzaparrilla, de emulsión, de gránulos, de glóbulos, de los mil jaropes milagrosos que diariamente da de sí la inagotable farmacopea industrial. Los vidrios rotos, que vienen a pagarlos fábricas del ramo se separan en vidrio blanco, verde y azul, formando en pocos días verdaderas Himalaya erizados de aristas agresivas que relucen al sol' (Bernárdez 1899).

La presencia de fuego de baja temperatura se observa en los objetos marcando la diferencia entre lo que fue quemado en hornos y lo que es afectado por los fuegos locales, los que no destruían dada la baja temperatura y a que la humedad era muy alta. El óxido de hierro fue lo que más ha afectado a los procesos posdeposicionales ya que formó grandes bloques consolidados, pero debió haber otras formas de quemar a menor escala, como cuando se comía en el sitio: 'junto al caldero hirviente, una montañita compuesta por restos de (palos de) escobas y chancletas, que servía para mantenerlo en constante ebullición' (Wernike 2015: 125).

La idea de la incineración al aire libre se inició, dijimos, en el final de la década de 1860 en la zona de La quema con la llegada de carros desde el centro, pese a que aun no estaba institucionalizado como vaciadero porque se inauguró en 1873 de manera oficial (Paiva 2008a). De la simple quemazón se fue pasando al sistema de parrillas de hierro, luego fueron mejorando el método con extensas estructuras de metal, pero hasta la llegada de los hornos Baker de 1909 todo fue en porcentajes mínimos. El sistema habitual consistió en 'parrillas informes hechas con tachos, latas y hierros viejos' (Bernárdez 1899), sobre las que los carros dejaban caer su contenido para prenderle fuego por debajo. La ceniza y la escoria iban cayendo por entre las rejas hasta colmatarlas, la estructura se oxidaba y se destruía por el quemado: estaba hecho para que funcionara mal.

Al excavar se observa la selección que se hacía en el sitio, es decir la regularidad con que ciertos objetos aparecen amontonados, pero más que nada llama la atención los que no aparecen, haciendo pensar que las ausencias son muy significativas. Los frascos pequeños de medicinas, de higiene y tinta son habituales y se encuentran en cantidades, mientras que no hay casi botellas enteras, o al menos en las proporciones que deberían tener. Pese a que Bernárdez indicaba que todos los frascos eran reusados, al menos en Belgrano forman una inmensa cantidad. Aun hoy los frascos pequeños que contuvieron medicinas o higiene corporal no son vueltos a ser usados por un viejo temor al contagio y por tener bocas reducidas para rellenarlos. Aunque había fabricantes, legales o no, que los compraban para falsificar su contenido. Una única vez se encontró un frasco de medicina reusado para un producto doméstico, un aceite para cocinar. A esto debemos sumarle que los frascos de medicinas tienden a no romperse por su forma y tamaño. Lo mismo sucede con los tinteros. En cambio las botellas que se rompen fácilmente siempre se volvieron a usar, lo mismo los frascos de boca ancha así como las botellas de leche cuyo reúso era diario.



Figura 24. Proceso de extracción de tierra para la construcción del Puerto Madero hacia 1895. El sedimento era trasladado mediante trenes (Archivo General de la Nación).

La tendencia actual de la depositación es la de no mezclar productos orgánicos con inorgánicos. Esto tiene por función, si se hiciera bien, separar lo putrefactible de los sólidos inalterables. La suposición primaria es cierta, pero eso sólo se logra con una selección estricta, lo que no es posible salvo con acción policial. Esa separación favorece la compactación ya que el escombros y tierra no producen hundimientos al menos a corto plazo. Pero la realidad ha mostrado que a esos rellenos llegan objetos diversos imposibles de evitar, incluso mucha madera, y en los últimos años los aglomerados de astillas de madera, que son de rápida disgregación. Esto generó que en el Cordón Ecológico -sitio en donde van los desechos orgánicos- se hicieran entradas/salidas de aire para acelerar el proceso de putrefacción, por lo que pese al olor nauseabundo casi no hay destrucción (lo sabíamos por los estudios de William Rathje). En cambio en el Bajo Belgrano y en los viejos basurales de la zona Oeste, en que ambas cosas fueron descartadas juntas pero en que el relleno fue lento, con mucha agua que escurría por la superficie y donde actuaron diversos procesos de alteración, la compactación terminó siendo mayor y sin cambios superficiales en el tiempo.

Un detalle interesante es la frecuencia con que se ven vacas y caballos sueltos en las fotografías de los basurales publicadas hacia 1900. ¿Pastaban en las zonas aun no cubiertas? ¿Qué efecto tenían sobre el sitio? Los caballos podrían ser parte del trabajo, la presencia de perros no es difícil de imaginar y quizás por eso hay muy pocos huesos chicos, pero las descripciones nos hablan de situaciones más complejas: 'Las parvas, durante el proceso de incineración y por su baja temperatura se ven atropelladas por tropas de chanchos, vacas, caballos y perros', para desarmarlas y acceder a la comida. Huret (1911), exagerando, contó que 'Cuatro mil perros se alimentaban de esos despojos'. Quizás no había tantos pero debió ser importante la acción de los animales generando otros desechos o modificando los que llegaban.



Figura 25. Grandes rellenos sobre el Río de la Plata para la construcción del aeropuerto en 1938, hecho con sedimento del limo del Río de la Plata y su continuidad con escombros de demoliciones.

Lo que vemos hoy es el resultado de acciones cruzadas en tiempo y espacio que determinaron lo que hay y lo que no. Situaciones que formaron el sitio tal como lo vemos. Valga una comparación: la Reserva Ecológica fue hecha en la segunda mitad del siglo XX en base a un diseño de descarte apilado en forma de curvas que iban dejando agua encerrada, la que suponían que tendería a evaporarse y luego se produciría un proceso de relleno natural, lo que jamás sucedió. El Aeroparque fue relleno con limo sedimentado del río, método que funcionó bien y casi sin costo y hecho medio siglo antes que la Reserva Ecológica: se dejaba entrar agua que sedimentaba y rebalsaba limpia. Otro siglo antes Palermo había sido nivelado con tierra traída en carros y con lo proveniente de excavar canales artificiales de riego y desagüe e incluso represas para agua potable, las que se hicieron y funcionaron.

Luego se niveló con la tierra proveniente de los lagos artificiales que se formaron allí con la jardinería de fin de ese siglo. La Quema consistía en formar montículos que se iban dispersando y quemando para alisarlos, o haciendo cordones, los que a la vez que servían para conducir el agua, luego se rellenaban en el medio. Hubo muchas formas de rellenos que definieron media ciudad pero no sabemos cómo se hicieron técnicamente: la zona posterior a la Casa de Gobierno, alrededor de la demolición de la Aduana de Taylor, fue tan grande que se construyó un ferrocarril para trasladar los materiales, vías que seguramente deben estar ahí debajo. En 1905 se publicaba que los rellenos de la zona de Puerto Madero habían necesitado de 302.000m<sup>3</sup> para 1902 y que al año siguiente se usaron 783.600m<sup>3</sup>, es decir más de un millón puestos en dos años (Figura 24). Las excavaciones en Plaza Colón mostraron que la mayoría del relleno eran arenas, tosca y tierra limpia. Suponemos que por coincidir en el tiempo es lo que llegó desde las obras de excavación de las dársenas del Puerto Madero, eso explicaría esos miles de metros cúbicos casi limpios, en profundidades que llegaron a los seis metros. Pero es evidente la estratificación artificial resultado del uso de grúas, lo que forma planos inclinados hacia el lado interior (Figura 25).

### **Los basurales y sus construcciones**

En todos los lugares elegidos para rellenar había una naturaleza previa, de humedales pampeanos (Nabel y Becerra Serial 2007), con grandes terrenos usados para el pastoreo de ganado los que vivieron cambios abruptos al llegar la basura, siguiendo esta posible secuencia: 1) bosque natural sub-tropical ribereño típico de los arroyos y/o pantanos (Riachuelo, Maldonado, Vega), humedales pampeanos e islas boscosas del Riachuelo, 2) deforestación y arroyos en cañadón, barro y primeros montículos de basura, 3) desaparición de los bañados por colmatación con desechos, 4) inundación superficial entre la basura y concentración de agua estancada, 5) primeros refugios haciendo huecos en la basura misma, 6) construcción de ranchos de latas y trapos, 7) casas de maderas y chapas, algunas sobre pilotes, 8) expulsión de los pobladores (1910-20), 9) instalación de porquerizas y fábricas de chacinados, 10) terraplenamiento, 11) loteo y venta.

Sabemos poco sobre cómo se vivió en los basurales entre 1860 y 1900; solo conocemos las modestas casas que llegaron a ser fotografiadas o descritas años después y algunas pocas que llegaron hasta el presente intocadas (Figuras 26 y 27).



Figura 26. Casa de latas de base cuadrada, apiladas, en una casilla en *La Quema*, ubicada en el borde del basural relleno (Archivo General de la Nación; fotografía de Harry Olds 1902).



Figura 27. Casa hecha con las mismas latas que en la fotografía anterior, en este caso desplegadas, aún en pie en Puerto Santa Cruz.

Para el llamado Bañado de Flores tenemos datos que nos hablan de la explotación rural del hábitat natural pantanoso antes de la invasión implacable del relleno. Aunque el paisaje fue simple y poco romántico para el siglo XIX, eran tierras de grandes propietarios que criaban animales de raza y desarrollaban actividades rurales. No era la nada, era la no-ciudad que quedó dentro de la nueva Capital, con bañados, con el irregular borde de la barranca, con el Riachuelo y sus meandros que se inundaban y modificaban su curso naturalmente. Las pequeñas elevaciones del terreno que los autores describen como los lugares donde se construían las pulperías y que se divisaban a lo lejos, eran de sólo unos metros, pero quedaban por encima de la cota de inundación. En el fin del siglo XIX fue cuando quedó establecida una historia de tierras inútiles, inservibles, siendo iguales a gran parte de la pampa húmeda.

‘Grandes extensiones del partido eran improductivas y se mantenían despobladas por sus cercanías al río Matanzas y el bajo nivel de sus terrenos que las hacían inundables. El enorme bañado al cual rodeaban las lomas que había en la hoy Villa Lugano, como también en Flores y los Corrales Viejos, eran una sucesión de lagunas, arroyuelos, pajonales y ciénagas peligrosas que solamente se podía atravesar siguiendo el camino de las tropas o de arena; durante mucho tiempo fue el paraíso de cazadores y pescadores durante las horas del día, y refugio seguro de perseguidos y maleantes por la noche’ (Corradi 1969: 78).

La diferencia entre el hábitat preexistente y lo que sucedió al comenzar a llegar la basura fue sustantiva. Es cierto que en la zona, además de estancieros había pobreza, pero no es lo mismo criar ganado en un rancho de madera y adobe que vivir en un cobertizo en la basura. Las viviendas sobre la basura eran simples y pobres pero llegaron a tener cierta complejidad: una distribución del espacio, un adentro y un afuera, un sitio de fuego y comida, un ‘lugar para tomar mate’ y socializar, sobre un terreno consolidado, aunque a veces llegaba el agua sucia y los olores (Figura 28). Además de los terratenientes los pobladores fueron pescadores, cazadores y lancheros, después fueron cirujas en la miseria. Desde la arquitectura quizás la diferencia haya sido el piso firme y natural que tenían los primeros, no el relleno blando, esponjoso, de los segundos. No hace falta decir que el término ‘improductivo’ usado para esos terrenos antes de los rellenos está embebido de los significados que estaba tomando la palabra producción. Respecto a los refugios improvisados por los primeros cirujas eran a lo sumo unas lonas, tablas o chapas que se generaban cuando los habitantes ‘sólo atinaban a efectuar un hueco en los montículos de desperdicios’ (Prignano 1998). Una descripción dice:

‘Se albergan en covachas inmundas construidas con latas y tablas viejas de las basuras emplazadas en un suelo formado por basura y amuebladas con trapos y restos de alfombras, colchones que muchas veces pertenecían a enfermos contagiosos (...). Es necesario entrar en un cuartujo de estos, donde muchas veces el médico para ver un enfermo ha tenido que hacer destechar la casa para hacer la visita, donde ha llegado el caso de encontrar cerdos en el mismo cuarto del enfermo’ (La Ingeniería 1901: 1).



Figura 28. Casa de lonas y madera en La Quema y su uso cotidiano naturalizado. A la izquierda se asoma el amontonamiento de basura (Archivo General de la Nación).

Un periodista (Ortiz 1967) las describía: ‘Una hondonada que tiene algo de barranca y algo de antaño y en el cual se desenvuelve un panorama pintoresco y triste, mezcla de toldería indígena y covachería bohemia’. Imposible imaginar qué tenía el escritor en su cabeza, pero la asociación con las tolderías indígenas como símbolo de lo despectivo fue inusitada.

La siguiente etapa temporal se caracterizó por la desaparición total de la ecología de los bañados, de toda vegetación y el surgimiento de arroyos que llevaban el agua putrefacta desde los amontonamientos de basura hacia los meandros del Riachuelo, o la costa del Río de la Plata en Belgrano. A veces se usaron cauces preexistentes o si no escurrían con el agua de lluvia generando barriales y manteniendo todo mojado. El sistema en donde no había quema era siempre el mismo: crear grandes montículos de ‘hasta diez o doce metros de altura’, los que lentamente iban aplastándose hasta crear una capa sólida, cuando se escurriera el agua y se descompusiera lo orgánico. Por eso al caminar ‘El suelo, impregnado de agua y de residuos orgánicos, se hunde bajo el pie y con frecuencia se ve escapar por sus grietas humo o vapores originados por la fermentación pútrida del terreno’ (Ortiz 1967: 14).

Con los años los basurales del Oeste quisieron ser controlados para que allí no se construyeran casas en forma inorgánica y espontánea. El primer barrio de ese tipo que surgió fue el *Barrio de las Ranas*, destruido en 1915. En cambio en Belgrano el terreno iba siendo aplanado y desde antes del fin del siglo XIX se fue loteando y construyendo manzana tras manzana. Quizás por su menor dimensión fue más organizado y la tierra que se vendía era del Municipio mientras que en el Oeste era de particulares. De

todas formas pronto el barrio de Flores se fue expandiendo sobre esos terrenos, hasta llegar a las nuevas Villa Soldati y Nueva Pompeya. El mecanismo general fue propiciado por el Estado y la urbanización siguió el trazado de los tranvías y trenes, el que no estaba determinado por la necesidad sino como proyecto de futuro para generar más barrios, como Versalles y Villa Real, posteriores a 1910.

La historiografía fue justificando e idealizando el proceso: se estableció que los terrenos eran improductivos y que para nada servían, que eran 'zonas traicioneras' (por los bañados), incluso que era una 'región subdesarrollada'. O se usaba como justificación del rellenado el que eran zonas inundables, lo que era cierto porque eran bañados naturales los que con su subida de nivel compensaban la del Riachuelo y evitaban las inundaciones. Al cegarse los terrenos laterales al río e impedir que el agua se extendiera se produjeron rebalses. La primera inundación fue en 1877 sin entender que era resultado de un doble juego: se elevaban las orillas del cauce del Riachuelo y por eso se inundaba la entrada y las tierras más arriba del recorrido. Hasta 1950 aún se iba al río a pescar o cazar y el balneario La Salada funcionaba porque el agua no estaba tan contaminada. La gran rectificación de las orillas del Riachuelo hecha en la década de 1930 redefinió los límites de la ciudad, pero los problemas preexistentes y que eso aumentó se terminaron de resolver en la década de 1980. Medio siglo de inundaciones y de gastos millonarios para lo que se pudo evitar casi sin costos pero con decisiones político-administrativas. Hasta 1940 quedaban bañados y los últimos han sido urbanizados en tiempos recientes.

Si tenemos que buscar un caso del paso del segundo tipo de hábitat al tercero, lo podemos ver en la obra de teatro *El barrio de las Ranas*, que se inició a partir de la década de 1870 a la altura del puente Alsina el que tenía cerca al Barrio de los Tachos o de Las Latas. Eran el resultado del desarrollo de la infraestructura urbana de la que apuntaba a ser la nueva Capital Federal, y de la inocencia del Higienismo que creía que se resolvía el problema de la basura ocultándola. Por encima de esa acumulación surgió aquel barrio que fue destruido al comenzarse con el proceso de nivelación para ampliar la ciudad. Para la crónica moralista allí vivía 'la escoria de la sociedad' al decir de García Velloso en 1908 o 'la fauna humana' como la llamaba Raúl Castagnino en 1985. Era el arrabal de Evaristo Carriego y Jorge Luis Borges, el lumpenaje del lunfardo, los 'seres degenerados, estigmatizados por todas las lacras orgánicas: verdaderas larvas humanas que se desarrollan en un ambiente de horrores y miseria' (Lavalle 1907: 21).

La militante social Gabriela Laperriere de Coni (1902) encontraba que la causa de todos los problemas eran: 'las municipalidades imprevisoras (...) que imponen ese castigo perpetuo (...) a una masa enorme de habitantes de una ciudad envanecida por sus admirables progresos'. Fue la primera en entender que era un problema social resultado de decisiones tomadas por la política, no un castigo de los dioses. Y en el caso del Bajo Belgrano fue el resultado de un proyecto urbano que preveía esa situación en su propio trazado. Quizás lo que el Higienismo y el Socialismo no veían era que lo que estaba en juego en ese proceso, era el crecimiento de la ciudad sobre tierras de amigos del poder.

Como siempre sucede, el mundo es más complejo que la mirada apurada, sea del visitador socialmente involucrado o del periodista buscando sensaciones extremas. Sobre la historia de la vivienda hay muy poco publicado. Sabemos que la vivienda autoconstruida fue parte del *laissez-faire* del Estado en el siglo XIX por lo que se dejaba que cada uno se arreglara como pudiera y más si estaba fuera del área de la ciudad capital. Fue con los años de la crítica Higienista (1870 a 1890) cuando comenzó a describirse la realidad de esos lugares. Luego vendría la crítica moral (1890-1915) y eso llevaría a las decisiones de represión en el Oeste, a diferencia de la permisividad en Belgrano porque ahí los pobladores tenían un proyecto -seguramente imaginario- de llegar a tener una casa burguesa. O eso pensaba el Municipio.

Finalmente esas tierras servirían para la primera especulación inmobiliaria y para generar trabajo a grupos marginales que iban quedando afuera del sistema productivo.

El más grave de los problemas eran las enfermedades que hacían estragos entre los niños, por lo que se comía y por la insalubridad. Las enfermedades y la muerte son parte de una historia que falta escribir en detalle; sólo en 1899, y los datos deben ser tomados con cuidado, en La Quema hubo 48 menores muertos por tétanos (Dimarco 2011: 180). La destrucción de la ecología regional fue tan rápida que pocos alcanzaron a darse cuenta que hasta el paisaje cambió en una generación (Figuras 29 y 30).

Dentro de esos lugares también se observan que había diferencias de niveles económicos. Se ve en las fotos desde la casilla hecha con trapos y maderas, a la del concesionario, elevada y con una galería protegida con la sombra de un *trillage*. Las quejas sobre el accionar de los concesionarios eran permanentes ya que los niveles de explotación que ejercían eran temibles. Parecería que los pagos de la Municipalidad por las concesiones eran importantes y hubo muchas presentaciones para ocuparse de esa tarea proponiendo diferentes sistemas para tratar la descarga. Pero todos tenían el mismo propósito: que el Estado les pagara y que el producto de la separación quedara para ellos. Ver las *Memorias de la Honorable Municipalidad*, año por año, es una colección interminable de propuestas, proyectos, aceptaciones, polémicas y fracasos. Así nacieron las mafias de la basura. En el fondo las cosas tenían una escala mayor que el pequeño negocio de los concesionarios: en los alrededores siempre había corralones que compraban todo, los que aun funcionan comprando a los cartoneros.



Figura 29. La primera ecología de la salida del arroyo Maldonado con restos del antiguo bosque costero (Archivo General de la Nación).



Figura 30. Destrucción ecológica en el arroyo Maldonado en su sección superior: la tosca natural ha quedado desnuda, ya hay inundaciones y el terreno es un páramo (Archivo General de la Nación).

Esa vida cotidiana ha dado multiplicidad de textos, desde el Barrio de las Ranas hasta Villa Desocupación, escritas desde 1890 hasta 1940 -para evitar ingresar en el tema de las Villas Miseria porque implican otra realidad histórica-. Esos asentamientos, más o menos urbanizados en cada caso, no sólo eran zonas marginales al centro urbano sino que, dependiendo de la mirada, para unos era territorio de malvivientes y prostitutas, para otros de trabajadores expulsados por el sistema, y la arquitectura acompañaba esa realidad y esas interpretaciones (Liernur 2009). Lo veía Wilde desde su lejano 1870, que en esas tierras antes de ser rellenadas:

‘Se aglomeraba cuánto hay de malo, de inmundo, de miserable, de corrompido y de malsano. Allí va, podemos decir, la espuma de la ciudad, lo que arrojan sus calles centrales, lo que rechazan sus casas lujosas o decentes, tanto en materia de industria, de profesiones, de medios de ganar la vida, como de establecimientos de perversión y de insalubridad (...). Allí viven los animales confundidos con los hombres, respirando el mismo aire y pisando la misma humedad’ (Del Pino 1974:23).

La idea acerca de *La Quema* que difundían acríticamente los medios de difusión era que aquello era un:

‘pantano en el cual fermentan todas las podredumbres (...). (En el sitio) se ha formado una población parasitaria y roñosa que se alimenta de la porquería y del despojo. Son seres del pantano, encenegados, envilecidos y embrutecidos. Esto no es ya miseria, ni dolor, ni encallamiento: es el hombre-residuo confundido con el residuo del hombre’ (Ortiz 1967).

Ese asentamiento parecería mostrar la manera en que surgieron otros de los que no tenemos tantos datos, pero que sí fueron entendidos como parte del hacer la ciudad, sea el Bajo Flores o el Bajo Belgrano, o los diferentes barrios del Oeste. La fotografía de un rancho de latas tomada por Harry Grants Olds dice mucho: está construida sobre el plano apisonado, sobre el borde de un pequeño desnivel de donde sale humo y en el que se apoyan latas. Es decir, estaba en la zona alta ya

compactada y al lado de donde se estaba rellenando y quemando. Cuando avanzara el relleno la moverían de lugar. Era parte de ‘Un original caserío donde las criaturas se multiplican en un proceso pululante, y galopan por las parvas dejándose rolar por sus taludes, enterrándose en las basuras para jugar al escondite, contentas, llenas de una vida inquieta y sanguínea, gordas y relucientes’ (Bernárdez 1899). Es evidente que el cronista no llegó a conocer el futuro, a nuestras actuales Villas Miseria en que los tres mil seres humanos de entonces pasaron a ser cientos de miles.

Tenemos una descripción del interior de una casa, que dice: ‘lo que vimos en ella no hemos de referirlo. Porque allí la miseria y el envilecimiento han escrito sus nombres con sílabas de roña; el alma se pliega en una sensación de piedad y de asco, de compasión y de náusea delante de tanto horror’ (Ortiz 1967). Con más sorna, el viajero Jules Huret las describía así:

‘La arquitectura de sus viviendas puede jactarse de originalidad, el *Estilo lata de petróleo*. No se ven allí más que casas construidas con hojalata, cuyas paredes, tejados, puertas, resplandecen al solo. El trust presidido por Mister Rockefeller ha proporcionado casi todos los materiales. Algunos de esos arquitectos tan sui generis, han llegado a hacer verdaderas obras maestras muy singulares. Cortando la hojalata y cavándola de cierta manera han festoneado revestimientos y ornamentaciones para los arcos de alhambras moras, cortados a fuerza de cizalla, columnas y frontones para palacios greco-romanos y recortados en encajes y blondas, las cajas de azúcar de Tucumán usadas para rosetones de capillas góticas. Estos palacios y casuchas están habitados por algunas negras, mestizos, europeos e indígenas’ (1911: 56).

Quienes antes sintieron horror con los conventillos construidos en la ciudad céntrica para albergar la inmigración, ahora tornaban su mirada a la periferia para ver que aquello había sido magnífico frente a lo que estaba creciendo. Parecería ya fuera de lugar decirlo, pero en los vaciaderos, hasta la década de 1880 en que se instalaron las cloacas en la ciudad, no sólo se descargaba la basura sino además los detritos humanos los que se trasladaban en los carros llamados ‘atmosféricos’. Esto hacía que todo fuera más grave. Enrique Puccia narra una historia aterradora: en 1878 se extraían 13.879 carros de materia fecal en la ciudad los que no debían ir a *La quema*, al menos formalmente. Para ello se habían elegido terrenos (el Vaciadero del Sud) donde se excavaban pozos donde se arrojaba la carga. El tema es que todo funcionaba mal. Un inspector municipal describía la situación:

‘Hace más de seis años que se están depositando allí todas las materias fecales que se extraen del Municipio y si se tiene en cuenta la poca extensión del terreno y la gran cantidad de las que son enterradas en él, será fácil deducir que la tierra ha perdido la propiedad absorbente y que se encuentra actualmente saturada, de tal manera que basta comprimir una porción de ella para que quede adherida y compacta como una masa cualquiera. Debo hacer presente además que el terreno del que me ocupo se encuentra ubicado en un paraje bastante poblado’ (Puccia 1980: 73).

Fue uno de los temas más serios y menos tratados porque la moral impedía hacerlo evidente y discutirlo de manera abierta, al margen de que no había interés en hacerlo. La realidad es que ese sitio terminó siendo una plaza pública y buena parte de la zona de Parque de los Patricios está construida en esas tierras. Es decir, el sistema funcionó para los intereses en juego y el negocio se hizo casi sin invertir dinero.

## El loteo de los terrenos rellenados

Leer las historias de los basurales escritas por algunos historiadores, por los interesados en la historia barrial, o los técnicos, incluso en las memorias del Municipio, es verlas coincidir en una interminable secuencia de fracasos sin motivos aparentes. Cincuenta años de proyectos, propuestas, ideas, polémicas, demandas, licitaciones, ordenanzas, intentos loables o corruptos, públicos y privados, ensayos, construir y demoler, todo lo imaginable, y nada pudo concretarse, nada funcionó. ¿Es la historia de un fracaso de escala descomunal? Esa ha sido la imagen y no coincidimos. Comparemos: el sistema de descarte cloacal hizo eclosión con el cólera y para 1867 ya se estaban instalando fuentes públicas para agua potable, y en tres años se extendía la red a las viviendas céntricas. Incluso antes se había comenzado a entubar los Terceros y faltaba poco para el plan Bateman de suministro de agua y salida cloacal. Pudo demorarse, costó mucho dinero, pasó la Fiebre Amarilla de 1871 (que en realidad no era por el agua sino por una forma de transmisión que les era desconocida), pero se hicieron los proyectos, se pagaron y se construyeron. Con la basura no se hizo nada más que juntarla, trasladarla y depositarla en tierra de otros (Figura 31).



Figura 31. Sector del Riachuelo al ser rectificado hacia 1935: se observa a su izquierda que quedaron meandros con agua y los restos de otros más antiguos, alterados y secos, mientras la urbanización avanza (Gentileza DGPat).

La recolección domiciliar se fue incentivando lentamente en el final del siglo XIX, hubo legislación sobre los pozos hogareños y su clausura, se definieron los lugares donde tirar basuras (primero fue en los llamados *huecos* y en los Terceros) e incluso se dispusieron inspectores, pero todo era lento, o 'algunos intereses particulares habrán tratado de sepultar (las Ordenanzas) en el olvido' (Prignano 1998: 104). Se aumentaban los carros, los caballos, los barrenderos, se hizo el intento de enterrar basuras, luego hubo propuestas para quemarla, incluso carros incineradores, se cegaron bañados con ceniza, para 1870 se intentó ordenar la recolección en las casas por la madrugada, hubo intentos de sistematizar los recipientes e incluso una propuesta de separar por material, pero nada terminaba de ser eficaz o duradero. El sistema de concesionarios a los que se les pagaba por destruir o al menos sacar la basura hacia el Oeste terminaba cada año en conflictos. La única acción concreta fue la de Torcuato de Alvear de transformar varios huecos en plazas arboladas, sacando el tema de la basura del centro de la ciudad y a la vez definiendo el destino del Oeste como gigantesco vaciadero. Por eso la historia debe encararse por rumbos que no solo sean los de la ineficacia municipal. Creemos que el tema radica en las tierras sobre las que se colocarían las basuras y el uso futuro que podían darles, sin necesidad de gastar en hacerlas aptas para urbanizar, fenómeno que permitiría que se ganasen fortunas y se resolviera el tema ocultándolo. Y los terrenos que se fueron ocupando con la basura que el municipio volcaba, además del negocio de los terrenos terminaron en juicios por indemnización, pese a que nadie puede creer en la inocencia de quienes no veían llegar miles de carros todos los días.

Uno de esos grandes terrenos fue el de los Olivera, estancieros que trajeron gran parte del primer ganado de raza desde Gran Bretaña, otro era el higienista Navarro Viola, otros de los Lezama, Rocca, Bustamante y Nocetti, quienes hicieron grandes negocios con el Estado. Lo que había no eran campos silvestres de pobres pobladores como después idealizó la literatura, sino estancias que funcionaban. Pero fue mejor negocio ser rellenados para lotearlos. Por eso creemos que se evitaba intencionalmente el modernizar el sistema, sin quemar la basura o destruirla, porque había enormes intereses en juego. Difícil es demostrarlo si no es con los hechos y viendo los resultados. Fue un extraordinario negocio, quizás el mayor que se hizo en la ciudad y los loteadores de esas tierras pasaron a tener apellidos ilustres y a ser fundadores, no simples comerciantes de tierra. Fueron héroes de tercera categoría pero Héroes Fundacionales al fin y al cabo. Desde Villa Devoto a Villa Soldati o a Nueva Pompeya (¡qué nombre metafórico para vivir sobre cenizas!), los libros de historia barrial mostrarán la benevolencia de los propietarios que decidieron venderlas donando una plaza o el lugar para una escuela, es decir, espacio vacío. Así, de manera inocente, José Soldati en 1908 fundó el pueblo de su propio apellido, Villa Soldati, pero nadie se preguntó por qué no lo hizo antes. Porque los terrenos que eran inundables habían sido rellenados. Hubo historiadores que lo idealizaron aunque 'La población constituida por gente humilde y laboriosa debió rellenar como pudo sus propios lotes' (Corradi 1969: 112). Fue el sistema de crecimiento de la ciudad vendiéndoles a los inmigrantes, expulsos de los conventillos céntricos, nuevos lotes a bajo precio para hacerse su casa: se los sacaba del centro, se los integraba socialmente a la burguesía mediante la vivienda propia, se resolvía el problema de basura y varios ganaban fortunas en poco tiempo. Era un modelo posibilitado por los nuevos medios de transporte (tranvías y trenes), la gran movilidad económica existente, la tierra excedente y gobiernos que vieron unir el crecimiento urbano, la solución a problemas sociales a la vez que se hacía un buen negocio. Que esto pasó lo prueba el que la arqueología en la zona de Flores ha mostrado que la zona antigua y ubicada arriba de la barranca no tiene rellenos, y que los sedimentos bajo las casas o los parques son de poca altura (Camino 2007, 2009, 2011, 2012) (Figura 32).

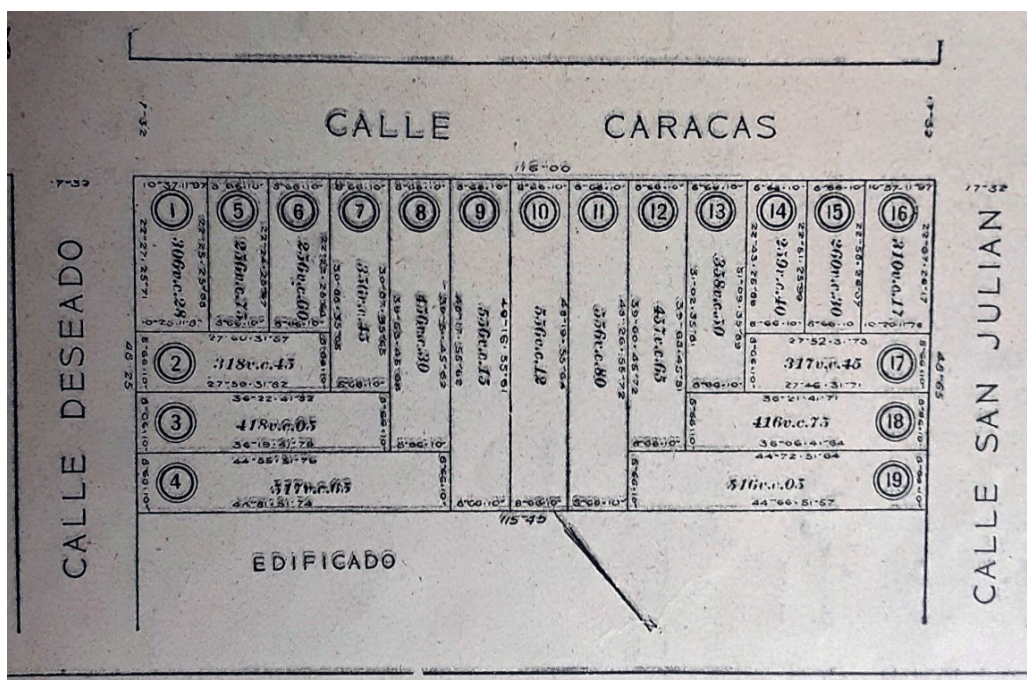


Figura 32. Loteos sobre rellenos: división perfecta y organizada en terrenos horizontales para la ciudad ideal en los nuevos barrios de Flores y Caballito (Colección del Centro de Arqueología Urbana).

Una relación no bien estudiada es la de los rellenos y las mudanzas de los mataderos. Si bien en tiempos antiguos éstos estaban dentro de la ciudad, se fueron trasladando porque daban problemas de salubridad, necesitaron amplios espacios que la zona Oeste se los facilitaba a la vez que era posible el descarte en el sitio. Allí funcionaron los Mataderos del Sur hasta finales del siglo XIX. Luego surgiría el proyecto de una Nueva Chicago en Sudamérica (el barrio de Mataderos) y se crearían nuevos al margen de los que funcionaban no muy legalmente. Eran el símbolo más claro de la Barbarie y el relicto Federal en la ciudad (Mari 2007), y las descripciones de Esteban Echeverría escritas entre 1836 y 1841 fueron el inicio de las denuncias. Finalmente los mudaron a la Nueva Chicago porque no había intención de mantener ese gueto Federal, sino que los trabajadores fuesen parte de un proletariado inmerso en el mercado industrial, no gauchos, carreros o matarifes. Cuando se fueron del Oeste comenzó el proceso de construir casas en barrios modestos (Liernur 1987). Junto con ello nació otra construcción paralela, la del *suburbio* como literatura y cine (Caride 1998), una interpretación que avanzó con Carriego, culminó con Borges y quedó instalada, justificando a sus actores ante un Estado inoperante, una nueva zona de tango y milonga, cuchillos y cuchilleros.

Los remates de esas tierras, dirigidos a gente de bajo nivel económico y poco letrados, generaron su propia publicidad. Un aviso en *La Nación* de 1884 decía:

‘Remates H. Baizán. 20 lotes de terreno calle Rioja frente a los Corrales. Con tranway a la puerta: ¡qué preciosa situación!, altura dominante, cercados de pared y con 20 repollos en cada lote, algunos nabos, zanahorias y rábanos. Únicos terrenos que quedan para vender por allí. Todos saben que desde que se establecieron los Corrales en ese punto, se declaró uno de los parajes más comerciales de Buenos Aires; allí todo el mundo que no es un haragán, trabaja y gana la vida comiendo mucho’ (Puccia 1980: 53).

El intendente Cranwell en 1888 decía: 'El creciente desarrollo de la población que invade los barrios más excéntricos del municipio ha convertido hoy en centros de edificación sitios que hace algunos años eran completamente baldíos' (Puccia 1980: 72). Cómo se había logrado que los bañados desaparecieran y el terreno fuese más alto y horizontal era visto como un milagro del que no se hablaba. Imaginar los basurales, los mataderos, los barrios de chapa, los *tachos* y graserías fundiendo sustancias orgánicas de cualquier clase o color, las 'fábricas de tripas' y de salames, nos da una idea de la vida en esos años en que se ofrecían los lotes que venían con 'nabos sembrados' para hacerlos atractivos. Era para que los compren los que no tenían otras posibilidades: imaginar una 'altura dominante' en la llanura artificial resulta divertido. Una empresa, en el Bajo Flores apelaba a lo absurdo: 'Fumadores: gastáis en fumar seis pesos mensuales y os arruináis la salud. Suprimid el cigarro o fumad menos; con el ahorro compraréis varios terrenos'.

La historia de estos loteos no fue sencilla ya que hasta el año 1900 se intentaron muchas formas de financiarlos, pero la inestabilidad económica y los altos intereses no satisfacían al trabajador de bajos ingresos. En 1904 comenzaron los planes accesibles y fue una realidad explosiva ya que hubo cientos de urbanizaciones que ofrecieron hasta 80 cuotas (Scobie 1977). Y las casas se construyeron sin mirar qué había debajo del suelo. De esa forma la población del Oeste se multiplicó por cuatro entre 1904 y 1914.

Otra veta que ayuda a confirmar la hipótesis de que el Municipio tenía interés en que no se resolviera el problema de la basura, es que si hubiera querido hacerlo hubiera podido concretarlo tal como se hizo con el agua potable y las cloacas, con la vivienda obrera (así la llamaban), los mataderos y otros aspectos sanitarios. Existe un estudio sobre el Higienismo local que revisó todo lo publicado sobre el tema (Paiva 1998); así se comprueba que durante los primeros 40 años desde que el tema se instaló entre médicos, ingenieros y políticos casi no hay referencias a la basura.

Así entró el siglo XX, con mucha superficie rellena y con el final de la secuencia bañado-tiradero-basural-relleno-loteo con lo que fue creciendo una historia que olvidaba supuestamente tiempos malos y miraba al futuro, que buscaba una nueva identidad que no se centrara en los cirujas o los obreros de los tachos, sino en las nuevas casas de una clase que iba ascendiendo hacia la soñada burguesía. Es en ese punto cuando creemos que se dividió la historiografía: o los rellenos eran útiles esfuerzos que hacía el Estado o eran una simple especulación de privados asociados al municipio y sus autoridades. No es lugar para desarrollar esto, es tema para historiadores y expertos, pero el que sí se hayan hecho los rellenos y que no se pudieran cumplir verdaderos planes de urbanización, para sólo construir encima como una simple expansión de la cuadrícula (Gorelik 1998), quizás nos ayude a volcarnos hacia la segunda postura. Valga que las usinas que se hicieron y duraron varios años, como las de Flores y Chacarita, pudieron comenzar a funcionar tardíamente, en la mitad de la década de 1920. Pero a sus alrededores también se formaron vaciaderos con lo que no podían quemar. Entre 1933 y 1934 se tiraron 37.500 toneladas a los vaciaderos abiertos y en 1965 se pudo destruir sólo 82.000 toneladas de las 420.000 que se recogían, mostrando que el sistema seguía siendo inoperante (Prignano 2009: 92). En 1976 se demolió también la Usina de Flores y se urbanizó la zona.

Resulta un ejercicio interesante pensar que se vive y se construye sobre nivelaciones artificiales. Jamás he visto una referencia bibliográfica sobre el tema aunque eso podría explicar muchas cosas sobre el comportamiento de las napas freáticas y las inundaciones, es decir los distintos grados de compactación que generan escurrimientos diferenciales. La sagaz observación de Gorelik sobre el plano del Departamento de Obras Públicas de 1904 en que se plasmó el deseo no bien explícito antes de tener toda la ciudad cuadrículada que aparecía en los planos desde 1892 ¿era sólo el deseo de que se materializara una ciudad infinita y horizontal?

Al revisar las historias de los barrios construidos en el Oeste, al igual que el Bajo Belgrano, se ha tendido a minimizar esa historia generando la fundación de pueblos (o villas) sobre una supuesta *terra nullis* inexistente: en realidad sí había propietarios que tenían ganado, luego hubo un loteador que la vendía, una dama de dinero construía una iglesia y un asilo o escuela lo que prestigiaba el lugar y así comenzaban a llegar los trabajadores que en largas cuotas pagaban por los rellenos hechos con el dinero público. Así se hizo una historia mítica y dignificada. No parece casual que los propietarios de tierras en el bajo Flores eran familias los Pereyra, Navarro Viola, Seeber, Gowland, Lezama, Costa, Burzaco, Soldati y tantos otros nombres que hicieron fortunas con sus tierras y fueron parte de los gobiernos de turno.

La realidad era la dicotomía de un imaginario imposible de racionalizar: que el barrio obrero no crecería por un designio natural, que el paso del caos al orden, de la irregularidad a la manzana, de la barranca a la horizontal, del desagüe natural al caño bajo tierra, no era el único camino (Del Pino 1974: 51). La verdad es que había sido una decisión impuesta, la que fue naturalizada en pocos años porque fue la manera de posesionarse del espacio, del territorio, por quienes aspiraban a pertenecer a la clase media propietaria.

## El manejo de la basura

La historia de los métodos de descarte de residuos orgánicos e inorgánicos apenas ha comenzado, más aún para la arqueología. Los escritos que proliferaron en los años recientes se debieron más a la problemática social que implica la recolección informal. Hubo avances arqueológicos al descubrirse que existían los pozos de basura domésticos lo que abrió investigaciones que fueron aportando al conocimiento del desarrollo del tratamiento de los descartes urbanos. También ha habido excavaciones sistemáticas en especial en el Oeste de la ciudad; hubo un intento de sistematizar las formas de descarte (Guillermo 2004) pero adolece de los errores habituales de los historiadores de los barrios producto de creer en lo que dicen los textos municipales. En cambio, acerca del descarte de fluidos cloacales y suministro de agua ha habido bibliografía, estudios y hasta un museo (Gutiérrez 1981; Prignano 2010; Tartarini 2007).

Los primeros tiempos de la vida urbana tuvieron diversas formas de actuar sobre los objetos a ser descartados. La diferencia mayor estaba entre lo que se hacía en el interior del casco urbano y lo que sucedía en el ejido y de allí hacia afuera.

## Siglos XVI y XVII

- Descarte de todo tipo de residuos arrojándolos a la calle o en terrenos baldíos cercanos (los 'huecos' o el ejido). Las anécdotas, al abrirse una ventana y volcar el contenido de una bacínica con el grito de 'agua va', llenan las hojas de los cronistas (aun se usa la palabra 'aguas' en México como aviso para tener cuidado). Sólo para finales del siglo XVII la basura en las calles comenzó a ser visto como un tema a resolver, pero las autoridades no tomaron medidas salvo barrer en alguna ocasión religiosa o hacer un blanqueo de las fachadas. Al final del período no tener limpio era considerado atentar contra el '*buen gusto (de) las personas decentes*' (Wilde 1970), pero no mucho más que eso.

- Obligación del traslado de los desperdicios a los arroyos Tercero del Sur o del Medio y a sitios autorizados por el Cabildo, tema que surgió a partir de la mitad del siglo XVII pero cuya obediencia era

relativa. La falta de lluvias acumulaba los desechos en los Terceros los que no eran ríos que arrastraran las cosas sino sólo zanjones pluviales.

- Los *huecos* eran espacios vacíos de urbanización, origen de las plazas, donde por considerarlos baldíos se dejaba la basura, incluso la orgánica, pese a la intensa vida que tenían para la población afro-porteña: el espacio público fue considerado lugar vacante. Los habituales eran el 'De las cabecitas' (actual plaza Vicente López), el de 'La yegua' (Venezuela y Belgrano), el 'De Zamudio' (plaza Lavalle) y varios otros. Es cierto que el Cabildo quiso tener cierto decoro urbano pero nunca logró concretarlo (Figura 33).



Figura 33. Conformación del suelo urbano en los espacios vacantes, luego plazas y parques, como áreas de descanso de carretas y reunión de las clases bajas (Archivo General de la Nación).

- Uso de pozos hogareños del tipo llamado *cubetas*, de no más de dos metros de diámetro y media vara de profundidad. El más antiguo excavado fue en Alsina 455 y tiene un fechamiento de Carbono 14 para c. 1590, otro en Moreno 350 fue fechado hacia 1620-1650, en Bolívar 373 hubo dos para el siglo XVII, en la casa del Virrey Liniers hubo uno fechado para 1650-1700, otro relleno con escombros en San Juan 338 era de inicios del siglo XIX y hubo uno en H. Irigoyen 979 destruido en las obras de construcción. Esos pozos fueron usados como letrinas y para arrojar basura. Cuando se colmataban eran cubiertos y desaparecían de la vista (Figura 34).

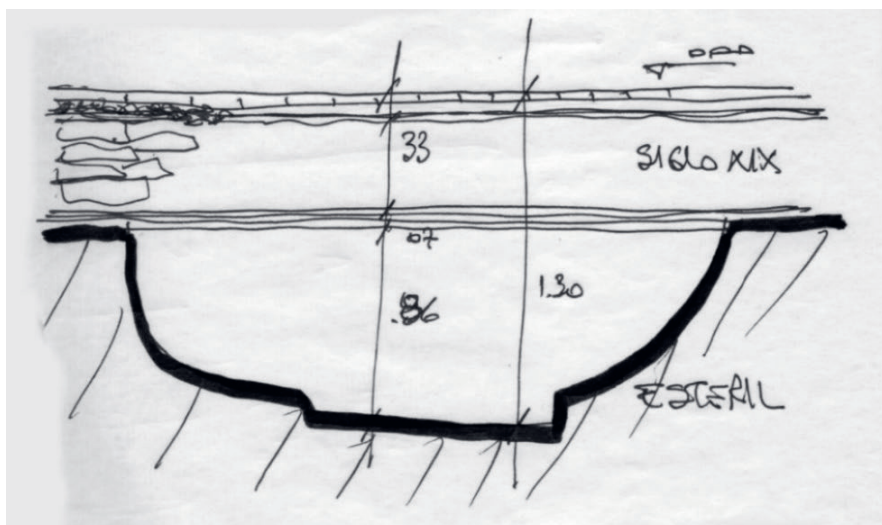


Figura 34. Pozos en forma de cubeta para desperdicios urbanos usado en el siglo XVII; excavación en la calle Bolívar 375.

- La ubicación de los pozos de basura de los siglos XVII y XVIII tiene relación con la arquitectura. Dado que la mayoría de las casas eran mínimas en tamaño (más del 80 %), los pozos de las letrinas estaban ubicados cerca de los cinco o seis metros de la calle, lo que al excavarlos resultó difícil de explicar sin entender bien las tipologías arquitectónicas coloniales.
- Al excavar en talleres u obras de construcción se pueden encontrar capas de escombros, ceniza, óxido y desechos producto de las tareas hechas en el sitio, como la herrería de los jesuitas en San Telmo bajo la capilla de Belén. Las tejas, por su fácil rotura, son más comunes de encontrar formando rellenos porque los ladrillos rotos se podían seguir usando.
- Descarte en el ejido: si bien se trata de áreas rurales en su comportamiento, no habían construcciones permanentes y la basura se dejaba sobre la superficie. Como en el siglo XVIII se inició allí la construcción de viviendas, eso preservó varios contextos. Lo tenemos en la excavación de San Juan 338 ya que el patio delantero no alteró el subsuelo (Schávelzon 2012), y en una de las casas de Bolívar 373. Hay descarte tanto de fogones pequeños en que se quemó madera y hueso, como de huesos de animales faenados con partes articuladas. Sobre el terreno hubo abandono de fragmentos de cerámica, vidrio y objetos menores. Era común que al hacer un piso nuevo no se destruyera lo que quedaba por debajo del nuevo nivel.

### Siglo XVIII

- Continuó el descarte a la calle con los reclamos intensos al Cabildo (Prignano 1998), incluso se abandonaban animales muertos y cadáveres. En las *Actas del Cabildo* se lee que las autoridades no podían sesionar por los olores del mercado y la arrojada al foso del Fuerte, el que también se usaba de letrina pública, pero nada se hacía salvo quejarse, amenazar y cambiar de sede.
- Traslado de la basura al Tercero del Sur y a sitios obligatorios, aunque no se cumplía demasiado, ver las *Actas del Cabildo* es leer docenas de referencias a ese problema que se iba agravando. Se iniciaron obras para crear diques que regularan el flujo de agua de los Terceros pero fracasó. Hubo un pedido de un vecino damnificado por 'el perjuicio que se origina a su casa y demás vecindario las aguas que se detienen con los tajamares que se han hecho para cerrar las zanjas, pidiendo se

compongan para evitar dicho perjuicio'. Es decir, entendía que no debía entorpecerse el proceso natural del arroyo que arrastraba la basura con las lluvias, mientras que las autoridades hacían obras para regular el agua.

- Uso de pozos hogareños que se hicieron cada vez más complejos y surgieron dos tipos: 1) los de descarte de los desechos cotidianos, de planta cuadrada cubiertos por una tapa de madera, ubicados en espacios internos o externos, entre una y tres varas de diámetro y unos siete o más metros de profundidad y que no llegan a la napa freática (Figura 35), y 2) los de desechos humanos, redondos u ovalados, de una vara o poco más, que llegaban a la napa freática teniendo hasta ocho metros de profundidad. Cuando se colmataban eran usados para arrojar otras basuras hasta cancelarlos. En algunos casos fueron rectangulares y con sistemas para sostener asientos de madera.

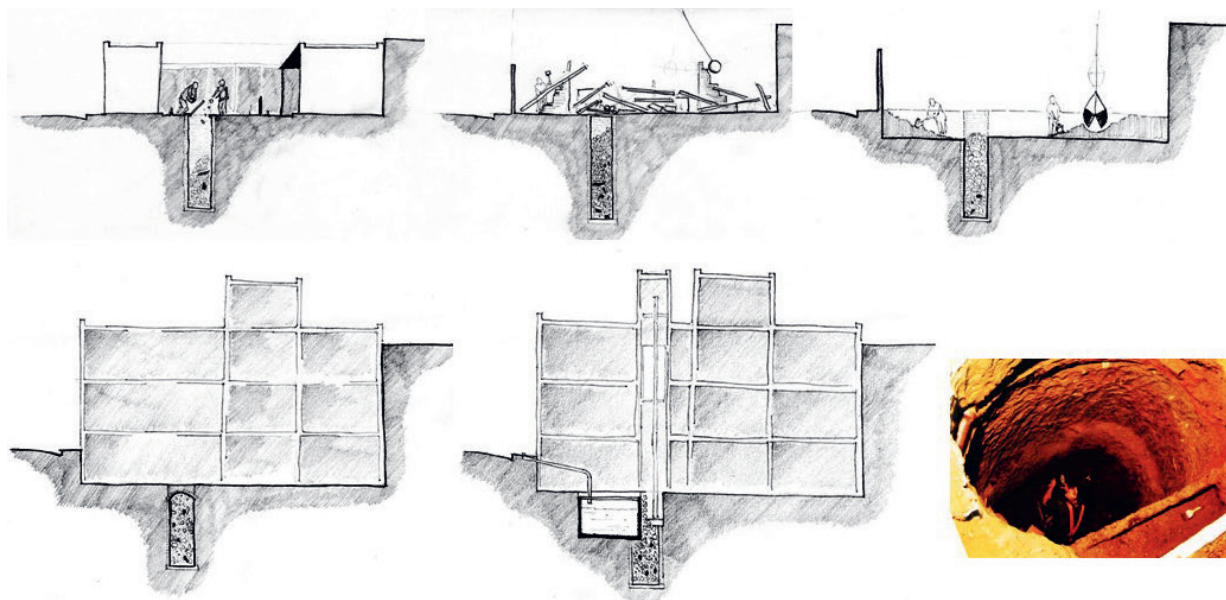


Figura 35. Pozo de basura excavado en la tierra en Bolívar 238 y ubicado en la sección delantera de la vivienda construida hacia 1895. El dibujo muestra la intensidad de las etapas de construcción y demolición que llevaron a que el pozo llegara al presente.

- El uso de la ceniza hogareña producto de cocinar y calefacción. Su capacidad absorbente de líquidos y olor la hacía ideal para arrojar adentro de las letrinas. En los pozos es habitual que haya cenizas, carbón y pequeñas maderas quemadas. Éstas son los extremos de las ramas, tablas o partes de muebles arrojadas a la chimenea o la cocina.

- Los rellenos para construcción comenzaron a aumentar y ya se demolían casas para hacer otras usando el escombro para elevar el nivel del terreno y hacer que el agua corriera hacia los vecinos.

- Los rellenos urbanos: desde el establecimiento del Virreinato y con el rápido desarrollo de la ciudad comenzaron a hacerse las primeras obras públicas que implicaron rellenos para ganar terreno hacia el río. La Alameda del Virrey Vértiz significó levantar la costa del río varios metros y adentrarse sobre él (González 1995). Se usó escombros y basura doméstica aunque sólo se la pudo completar 70 años más tarde.

- La nivelación de calles necesitó rellenos ya que era habitual que se hicieran huellas cuando llovía (hundimientos por las ruedas), por los carros y caballos, lo que había que rellenar. En 1762 el gobierno virreinal intentó emparejar el nivel de las calles de tal forma que el agua escurriera hacia los zanjones, pero en 1769 aún se seguía hablando del tema ya que ni los particulares asumían su responsabilidad ni el gobierno lo hacía. En 1771 se estableció la obligatoriedad de fijar el nivel de la calle por un alarife calificado antes de construir. Es posible que mucha basura haya sido usada para eso.

- El uso de huesos de animales: fuesen producto de la alimentación o de animales callejeros muertos, tuvieron usos más allá de ser *basura*.

- El descarte en el ejido fue desapareciendo por normativas del Cabildo, ya que esas tierras se repartieron a partir de 1720 (Gamondés y Magadán 1997).

Hubo varias actividades en las que se usaban huesos, cuernos, entrañas y grasa:

- Uso constructivo: usar los cráneos y osamentas para paredes como si fueran ladrillos o delimitar tierras, rellenar espacios en la mampostería con los huesos de descarte de quienes construían. En la Línea del Subte E por Paseo Colón, frente al antiguo Correo, se encontraron astas de vacas usadas como ladrillos pegados con cal como parte de la construcción de la Alameda. Guillermo Hudson describió las paredes hechas con cráneos provenientes del Matadero del Sur. Un militar llegado en 1806 dijo 'Es curioso el uso que la gente hace del ganado. Los caminos son delimitados con cabezas de bueyes, los cercos se hacen con cuernos', luego describió el uso del cuero en lugar de sogas, siguió con que 'la carne se quema, y unos pedazos sirven para hacer el fuego en que se asan otros' (huesos y grasa como combustible) y finalmente vio que los cueros cosidos en forma de bolsas servían para guardar granos (Holland 1975). Juan Manuel de Rosas en sus instrucciones para el campo decía que 'las osamentas de todo animal, sea de la calidad que sea, deben irse juntando en lugar determinado (...) para que sirvan en las marcaciones' de terrenos y caminos (Rosas 1942).

- Uso doméstico: era común hacer sillas con dos coxales unidos con tientos, lo que se ve en imágenes de la época aunque sólo para las clases bajas, o el usar un húmero para levantar la tapa de la olla o arrimar los carbones, lo que describía Vicente Javier Muñiz.

- Fuego: desde siempre fue costumbre arrojar los huesos (y grasa, pelo, cuero y entrañas) al fuego, ya que elevan la temperatura y que ha sido estudiado experimentalmente (Lanza 2009). Por la falta de leña se los usaba en los hogares y en las fábricas de ladrillos. Rosas daba instrucciones sobre cómo hacer bien el fuego con los animales faenados (Rosas 1942, Lanza 2009).

- Harina: se molían los huesos grandes para exportar la harina para fabricar alimentos para animales: 'se molía (...), se embolsaba y se apilaba dentro de los galpones, aguardando el momento de transportarlo a las bodegas de los navíos que iban al extranjero' (Wernike 2015: 80).

- Grasa y cola: eran hervidos en los *tachos* para extraer la llamada cola de carpintero, en especial de las extremidades de los cascos de caballos y vacas.
- Exportación: los cueros y cuernos siempre fueron el producto más exportado del país, hasta que en el siglo XIX se lo pudo hacer con la carne congelada.

## Siglo XIX

- Descarte a la calle. Dejó de ser *bien visto* por el Higienismo de la Generación de 1880 y se lo describió como insalubre y primitivo. Igual se hizo pero lentamente fue desapareciendo reemplazado por los pozos hogareños y luego las primeras instalaciones.
- Traslado a los Terceros, huecos y sitios obligatorios, lo que continuó. Las normativas se fueron ajustando al comenzar la recolección domiciliaria hacia 1860-1870. Las pestes tuvieron un fuerte efecto sobre las autoridades.
- Uso de pozos hogareños. Los pozos se hicieron más complejos y surgieron diferentes tipos, como los canales para separar líquidos de sólidos, hasta su prohibición el 12 de marzo de 1894. Pese a eso hubo quienes continuaron usando pozos por muchos años; el Censo de 1914 cuantifica y explica la situación en los conventillos y casas en extremo pobres.
- Pozos de absorción: eran construcciones más complejas que los pozos de letrinas, con una cúpula o bóveda en la parte superior adonde llegaban varios albañales con los líquidos que eran absorbidos por la tierra, incluso en talleres o lugares públicos.
- Pozos de descarte de líquidos: eran de planta generalmente cuadrada pero los hay redondos y ovalados, ubicados en espacios internos generalmente en el área de servicio, midiendo entre una y tres varas de diámetro y unos seis a siete metros de profundidad. A veces tenían asociado un pozo absorbente para que los sólidos decantaran y los líquidos rebalsaran y saliesen por otro albañal hacia un pozo menor. Al menos en un caso, la Imprenta Coni, el tamaño era el de una cisterna grande aunque con paredes de tierra que sostenían una bóveda de ladrillos.
- Pozos para desechos humanos (letrinas): llamados pozos *negros*, *ciegos* o de *letrina* eran circulares, de una vara o vara y media de diámetro, a veces llegaban a la napa freática teniendo hasta ocho metros de profundidad. Cuando se colmataban eran usados para arrojar otras basuras hasta cancelarlos. Para esa época las construcciones que los albergaban se hicieron más complejas, con tablas para sentarse y conductos que intentaban un mejor control de los olores (Figura 36).
- Estructuras para la circulación de líquidos: si bien no se trata de estructuras para descartar, por su forma y construcción terminaban cumpliendo esa función, o porque quedaban fuera de uso y las rellenaban, o porque las juntas de cal y los ladrillos absorbían parte de lo que circulaba. hasta que con el fin del siglo XIX la disponibilidad de cemento permitió hacerlas impermeables.



Figura 36. Pozo de basura en la casa de la familia Alfaro durante la excavación, ejemplo del sistema domiciliario de descarte orgánico e inorgánico.

- El uso de la ceniza hogareña: se mantuvo la costumbre y se continuaron arrojando junto con ladrillos y escombros para absorber líquidos y olores.
- Descarte a *La Quema* y otros lugares y hornos incineradores a donde iba la mayor parte de los desechos hogareños: prácticamente no hay excavación en el Sur y en el Oeste de la ciudad que no tenga un estrato proveniente del quemado sistemático en los primeros hornos, más que nada cenizas y objetos termoalterados. Excavaciones de dimensiones menores han llevado a pensar que esa basura es producto de eventos locales cuando en realidad buena parte de la ciudad vivió igual proceso. Hay textos sobre la incineración y distribución de residuos quemados, pero usando fuentes secundarias por lo que los datos son imprecisos (en arqueología: Guillermo 2004, en historia: Prignano 2009).

## Acerca de los rellenos y la arqueología en Buenos Aires

Hemos visto que desde los aspectos tanto históricos como urbanos es poco lo que se ha avanzado en la historia de la conformación del territorio rellenado. Y la hipótesis del circuito de la basura y el escombro, desde su generación hasta la construcción de barrios sobre ella, sólo se ha planteado en fecha reciente para la arqueología (Schávelzon 2020b). En la ciudad hay dos tipos de suelos: los originales y los rellenados, aproximadamente la mitad de la superficie urbana con cada una de estos tratamientos del suelo.

El tema fue visto por primera vez en un estudio arqueológico al excavarse en los terrenos del Caserón de Rosas en Palermo, acción que culminó hacia 1840 o 1845. Para ese momento el subir el nivel del terreno fue un alarde de modernidad tanto para lograr vistas al paisaje como para drenar los terrenos, lo que Sarmiento -negando su importancia engeguado por la lucha política-, fue el primero en criticar: parecía absurdo habiendo tanta tierra vacía en el país, rellenar una zona pantanosa para vivir y cultivar haciendo canales que sacaran el agua de manera controlada. Más tarde él incentivaría esas acciones al grado de ampliar las tierras de Palermo con ese mismo sistema, el clásico modelo inglés para desecar pantanos. Pero fue la primera vez que se hacía en la ciudad, y también que se veía en la arqueología la transformación de un paisaje periurbano (Schávelzon y Ramos 2009).

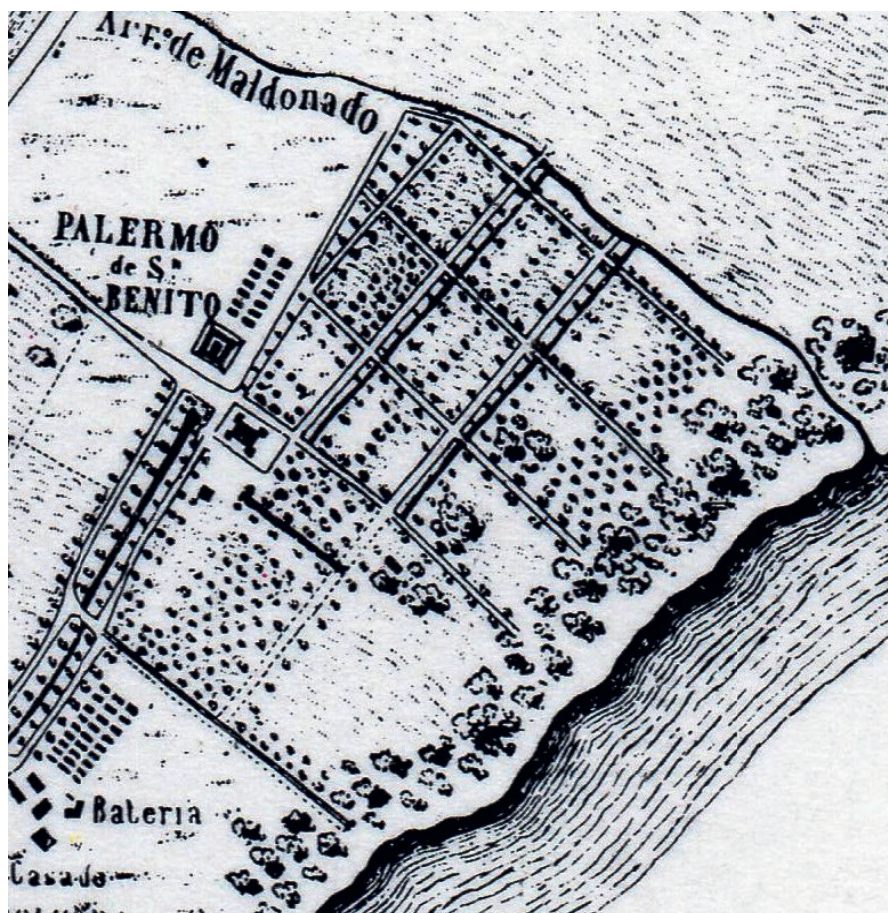


Figura 37. Sistema de canales y zanjas utilizado por Juan Manuel de Rosas para desecar las zonas de plantación de árboles frutales en Palermo; detalle de un plano de 1859 (Biblioteca Gálvez).

Hacer esa obra implicó cientos de carros de tierra para poder modificar la altura en una superficie de más de 300 hectáreas. Al igual que la Alameda del virrey Vértiz, era la obra de una persona poderosa más que una obra pública, aunque ambos le dieron un carácter abierto y de uso público. Las excavaciones, al igual que en lo que fue en el cercano Café de Hansen (Schávelzon 2010), mostraron una capa de rellenos hecha con tierra negra puesta sobre la tierra natural, limpia, ya que no incluye casi objetos, coincidente con la nivelación de la que hablan los documentos. En forma similar, aunque más compleja, fue la nivelación hecha para otra zona, más nueva pero también en Palermo, hacia el año 1900, y vecina al Bajo Belgrano, pero hecha con tecnología de trenes y maquinaria, vaciando zonas donde se hicieron lagos y volcando esa tierra en una estratigrafía invertida. Era similar a lo que se hacía desde hacía siglos en Europa y Estados Unidos y la historia ha mostrado que los canales como sistema rápido de circulación interna han sido lo que ha permitido el desarrollo del sistema comercial capitalista en Gran Bretaña primero y Estados Unidos luego (Figura 37). Aquí jamás se pensó en instrumentar algo similar a gran escala, pese a estar en terrenos de humedal en que era necesario sacar el agua.

La variedad de soluciones que se implementaron en el tiempo muestra lo complejo del trabajo técnico, pero a su vez lo confuso y asistemático de lo hecho. Gran parte de los rellenos excavados usados para construir Puerto Madero, fueron hechos con arenas profundas de los dragados de los canales de acceso en el río. Las excavaciones muestran metros de estratos amarillentos limpios de artefactos culturales, que arrimaban los lanchones para que las grúas los apilaran dentro de muros de mampostería. El mejor ejemplo es el de la Dársena Norte donde si bien fue imposible llegar al nivel de tierra original que ha quedado bajo el agua, hay por encima cinco metros de arenas fluviales superpuestas (Figura 38).

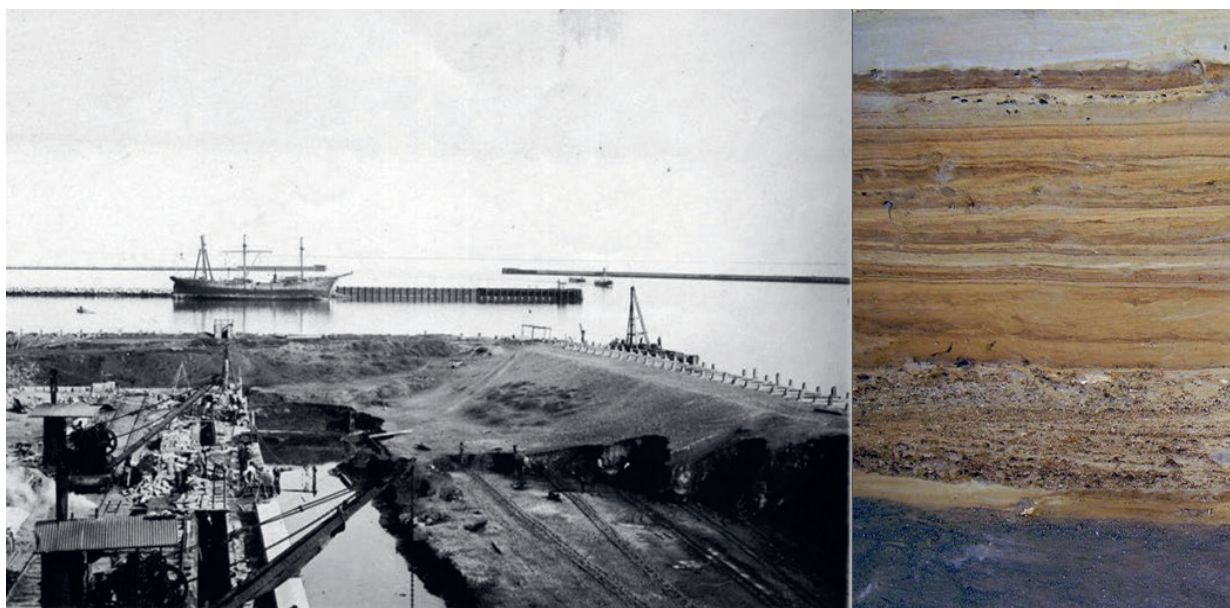


Figura 38. Dársena Norte, proceso de relleno con sedimento del río sacado con dragas, se lo colocaba formando estratos desde afuera hacia adentro, acarreados por las grúas (Archivo General de la Nación).

El barrio de La Boca resulta ser un caso peculiar en la ciudad ya que desde hace mucho tiempo la zona se estaba colmatando por la reducción natural del antiguo estuario del Riachuelo y formó islas con sus bosques. La apertura de una nueva boca del río en el siglo XVIII, cambiando y simplificando su acceso, produjo que los usos portuarios fueran destruyendo las islas hasta que fueron borradas en el inicio del siglo XX con las obras del puerto (nos quedan los toponímicos de isla Maciel e isla Demarchi). El proceso natural fue bastante rápido, ya que si en el inicio del siglo XIX las tierras eran humedales y bañados inhabitables, medio siglo después casi nada quedaba de esa naturaleza. El relleno natural con limo del Río de la Plata y la desaparición del delta -comenzando por la barra de la entrada-, permitió una primera ocupación hacia 1870 con un sistema adaptado usando palafitos bajos. Es decir, se hicieron casas livianas de chapas de zinc elevadas sobre columnas de madera que dejaban un espacio entre el piso de la vivienda y el terreno, lugar que se iba relleno con la basura diaria (Weissel 2008). Fue un sistema diferente a lo que aun existe en las zonas deltaicas del Paraná cercano a la ciudad, donde el espacio bajo las casas no se puede relleno dada la amplitud de las mareas. Hay descripciones de ese hábitat de palafitos en terrenos que, por el contrario, se iban colmatando:

‘No era sino un amasijo de casas de madera, por lo común de dos o tres piezas, sostenidas en alto por recios pilotes fuertemente asegurados al suelo (...), todas las moradas tenían atada a uno de los pilotes, por un fuerte cabo o cadena, la indispensable canoa (...). Cuando las aguas no subían mucho era cosa corriente ver a una mujer o a un chiquillo ir en canoa al almacén’ (Ravignani 1960: 43).

Hacia 1900, en lugar de reconocer la realidad y aprovecharla, comenzó a construirse con el modelo del *imaginario pampeano de tierra seca*, dejando los palafitos y haciendo las casas a nivel de las calles con el agua en bajante, por lo que las inundaciones comenzaron a hacer estragos y se transformaron en un *problema grave*. La construcción en zonas destinadas a inundarse fue un absurdo de la planificación -o la falta de ella-, producto de la imposibilidad de salir del imaginario. Eso obligó a que el Municipio interviniera con los consabidos rellenos, elevando las veredas una y otra vez por lo que las casas debían subir sus pisos internos, y luego creando un nivel artificial a lo largo de la costa que sólo pudo completarse en la década de 1980. Un siglo de obras para evitar que las cosas fueran como eran naturalmente. Es similar a lo que ya hemos descrito para Nueva Pompeya y el Bajo Flores.

Paralelamente a esos rellenos las obras públicas necesitaban grandes espacios bajo tierra para los subterráneos, estacionamientos u obras de infraestructura instaladas bajo el suelo. De esa manera se excavaron grandes superficies de la ciudad, por lo general en el centro y su periferia aleadaña, es decir en las zonas más altas de la topografía. Esto llevó a transformar el subsuelo en grandes áreas y perder esos sitios para la arqueología (Figura 39).

La decisión de relleno en forma obsesiva en lugar de hacer lagos o desagües abiertos, o levantar las casas sobre pilares que era lo que surgía naturalmente (¡como si tener una Venecia propia fuese algo desagradable!), hizo llevar toneladas de arena extraída del río con las que subían lentamente el nivel de las calles, dejando las casas debajo, las que a su vez debían ser demolidas o alteradas para elevarlas (Figura 40). Una descripción del 23 de julio del año 1900 en el periódico *La Nación* decía: ‘Se ha comprobado la existencia de inmensos pantanos de agua cenagosa del peor color debajo de los sitios habitados, residuos de todas clases, animales muertos, aguas estacionadas, todo por la falta de (...) una nivelación conveniente’. La propuesta era seguir relleno y no dejar de construir en las zonas inundables. Al mismo tiempo los sectores que estaban por encima de lo que se llamó ‘Nivelación general de la ciudad’ y su Punto Cero artificial, había que rebajarlos. Eso produce que al excavar en esos lugares encontremos que se está ahora por abajo del nivel del piso antiguo o que aquel esté a pocos centímetros de profundidad (Figura 41).

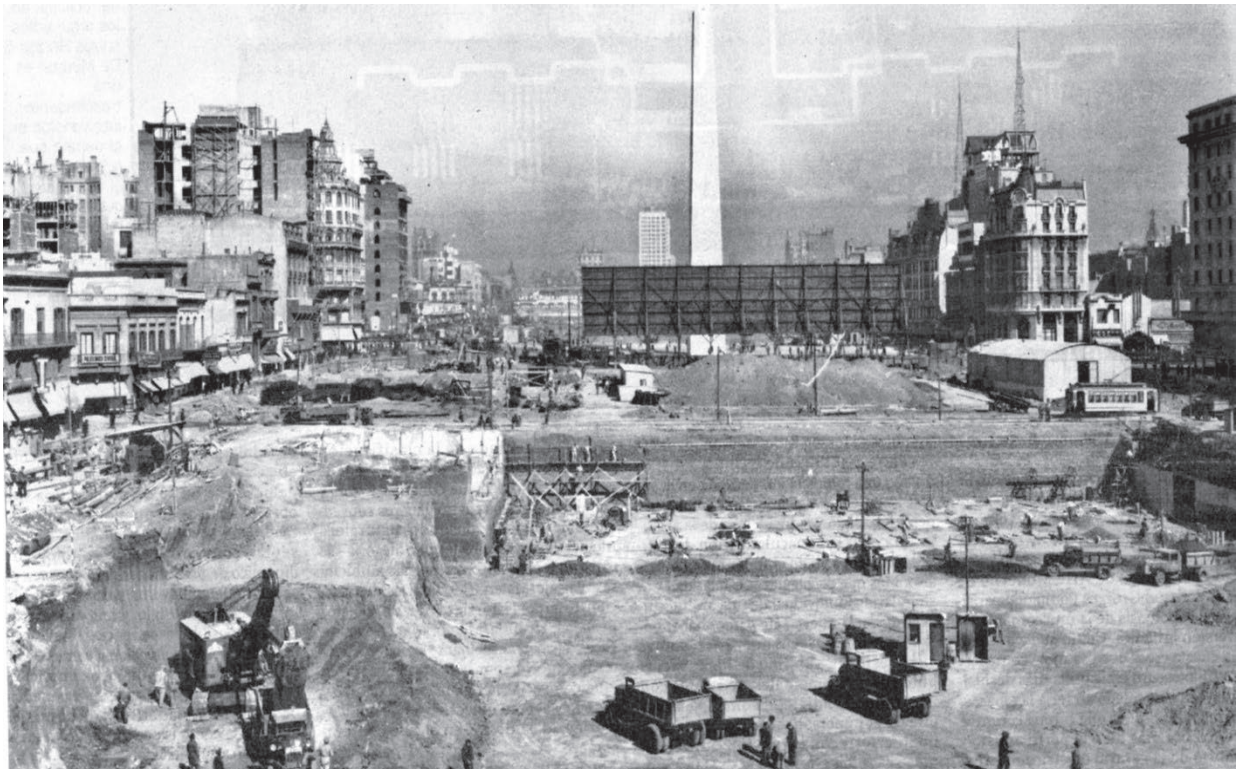


Figura 39. La ciudad desbastada para la arqueología: excavación durante la apertura de la avenida 9 de Julio a finales de 1936: camiones de escombros y tierra parten con destino desconocido, para ser rellenados después de construir estacionamientos subterráneos (Archivo General de la Nación).

Veremos lo sucedido en el barrio de Núñez, el último que mantenía la algo de la escarpada topografía antigua. Pese a eso se permitió que fuera rebajado hasta seis metros en los desniveles preexistentes para ganar altura en los edificios. Ha sido la reciente y peor muestra de desaprensión patrimonial e incomprensión geográfica y negación de la mirada urbanística, a la vez que puso en evidencia que no había rincón que no tuviera que amoldarse al modelo imaginario de la ciudad horizontal. Habían pasado dos siglos y se seguía la misma tendencia, la que si bien favorecía la inversión inmobiliaria al lograr mayor cantidad de pisos para una misma altura, no era tan difícil aceptar que eso se contabilizara desde la altura natural del suelo.



Figura 40. Excavación para llegar al nivel de piso de las construcciones demolidas en Plaza San Martín. Los restos materiales estaban en el nivel del terreno original, por encima la historia de los rellenos hechos para hacer la plaza y darle un nivel artificial. Desde la demolición de las construcciones hasta la superficie, todo fue una sola operación.

Esta fue la historia de una crónica anunciada, fue seguir a rajatabla una concepción urbana generada durante los siglos XVIII y XIX. Era el resultado de haber concretado un proyecto que pudo haber sido inteligente como modelo de depositación de basuras para una ciudad reducida, pero que fue pervertido por los negocios inmobiliarios sin control. Haber construido en zonas de inundables y de lagunas y no haber generado un sistema alternativo de canales, en lugar de interminables rellenos entubados por debajo, fue un costo que pagó la sociedad y sigue pagando cada día.

Finalmente, *'Mens agitat molem'*<sup>8</sup> fue una gran verdad cuyos costos sociales y económicos han sido dramáticos y llevan mucho tiempo sin ser reconsiderada. Quizás, haber aprovechado la naturaleza hubiera sido más simple y barato (Figuras 42 y 43).



Figura 41. Sector excavado en el patio de la Casa del Virrey Liniers en la calle Venezuela 365, recuperando el trazado de las habitaciones que rodeaban al patio central en los siglos XVII y XVIII. El piso antiguo desapareció por el rebaje del nivel de la zona.

---

<sup>8</sup> La frase era el logotipo de la Imprenta y Editorial Coni, donde publicaron tres generaciones de científicos, museos y academias.



Figura 42. El barrio de Núñez, último en mantener la topografía original, ahora en destrucción niveladora.



Figura 43. Terreno demolido en Núñez para bajar la construcción al nivel de la calle.

## La escala de la investigación

La arqueología urbana explica la ciudad por lo que cualquier excavación u observación se suma a las preexistentes y a las que vendrán. Se entiende que puede existir un proyecto específico, pero eso no quita que la información recabada se agregue a lo ya existente. Imaginemos una cuadrícula gigantesca en la que no importa cuándo y quién excave, en la que todo sirve para sumar a la gran explicación necesaria. No es sólo excavar un *sitio*, ni una casa o un lugar cualquiera, es sumar a la gran construcción de conocimientos. Puede ser sólo un trabajo de investigación pero no hay que perder de vista el objetivo más grande, el proyecto global. Insistimos en la necesidad de entender el lugar como parte de un contexto, la manzana por ejemplo. Hemos propuesto un método que va de la manzana a la habitación de una casa y no a la inversa (Schávelzon 2020b). No porque se excave la manzana, sino que la comprensión de un ambiente está en función de la casa y ella está en una cuadra de una ciudad; ya no son sitios aislados, es una casa al lado de la otra, en un lote al lado de otro, que existen porque es una ciudad en que todos ellos se tocan el uno con el otro al igual que sus arquitecturas, donde más allá de lo individual de los detalles, casas y lotes son similares.

Excavar lo urbano tiene muchas intencionalidades e infinito número de hipótesis. Excavar el Caserón de Rosas sirvió para cosas tan disímiles como ubicarlo en un paisaje, conocer su estado de conservación e iniciar los estudios de su vida cotidiana que era el tema del momento. La segunda temporada permitió hacer sondeos para una primera arqueología del paisaje, para comprender el entorno (el parque de Palermo) y su transformación; pequeños sondeos posteriores dieron un panorama de los otros edificios que se instalaron en la zona. A eso se sumó el excavar otras construcciones y lugares (zoológico, botánico, café de Hansen), incluso a recolecciones y estudios superficiales y a excavaciones casuales con maquinaria, las que sirvieron en su conjunto para comprender la zona como borde urbano y los sistemas de desagüe de la ciudad. Más tarde se estudiaron los rellenos del Bajo Belgrano aledaños a Palermo, incluso los de Ciudad Universitaria. Todo eso está permitiendo hacer una historia más amplia de la zona costera norte. No importa cuántos años y personas lo hagan, lo que interesa es la información final. El hacer buenos trabajos de superficie, avances con los estudios documentales, ubicar lugares para el futuro, todo es buena información aunque no esté completa, son datos que se van sumando.

Los espacios públicos tienen multiplicidad de usos, hayan sido los programados o no para ser estudiados. El excavar los Talleres Vasena fue significativo ya que la hipótesis de estudiar un levantamiento social como el que se produjo allí, la Semana Trágica, era una verdadera oportunidad. Pero antes de comenzar en el terreno la observación de su estrato superficial mostró que un rincón de la plaza fue un lugar en donde hubo un puesto de comida, el que luego se lo usó para desarmar computadoras y tecnología seguramente robada y finalmente para prostitución. Cada una de estas acciones dejó su evidencia en la superficie. Si se hubiera limpiado de esa supuesta basura, antes de excavar, se hubiesen perdido historias que hablan de la realidad del barrio en el presente (Figura 44).

Lo que fueron espacios abiertos de diverso uso pueden estar hoy cubiertos por otras funciones. Puede ser que se excave una casa y abajo se encuentre un antiguo lugar de cultivos, un ferrocarril abandonado o cualquier otra cosa. La céntrica esquina de Paraguay y Florida en donde en 1885 estaba ubicada la Sociedad Rural, no el edificio sino que allí era donde se hacían las exposiciones agro-ganaderas mostraría en una excavación reducida que se trataba de un contexto rural. Las ciudades tienen rincones que han variado su uso no aumentando sus construcciones sino dejándolos abandonados. Hay casos de lugares de residencias o de jardines cuidados que se transformaron en baldíos o estacionamientos. Pueden ser contextos complejos de entender en una ciudad que crece y se urbaniza pero deja sus espacios olvidados o deteriorados. Y son lugares propicios para que se arroje en

ellos basura domiciliaria y escombros que luego es pisoteada. Era común que las fábricas, poseedoras de grandes terrenos, arrojaran sus desperdicios en la parte de atrás del edificio.



Figura 44. Limpieza de los pisos de los Talleres Vasena. El pasto de la plaza apenas cubría los niveles antiguos, buen ejemplo de las Tierras Altas sin sedimento.

Hemos hablado de excavar en arquitecturas y espacios urbanos, o en basurales y rellenos, en lugares construidos en los que se demolió lo existente, en baldíos, plazas y parques. Pero existen otros territorios arqueológicos significativos e importantes. Valga la arqueología subacuática que ha tenido poca respuesta, pero sí ha sido de fuerte impacto el hallazgo de elementos marinos en la antigua costa como fue el barco de Puerto Madero, el llamado *Pecio de Zencity* (Valentini *et al.* 2011), o los estudios llevados a cabo en la orilla del Riachuelo entre los restos de los antiguos muelles de la costa (Weissel 1998, 2008, 2011). Y como tema a destacar está la excavación de los centros clandestinos de detención y tortura unidos a los temas de Derechos Humanos (Doval 2011; Equipo de Arqueología Forense 1992; Fondebrider 2006; Haber 2006), los que, al margen de la potencia de su significado, han mostrado la necesidad de manejar y entender tecnologías de construcción complejas para poder dejarlos visibles. Estos trabajos siguen los principios de excavar en la ciudad y conllevan sus problemas técnicos, aunque con objetivos y connotaciones humanas y sociales que le dan significados especiales.

## Los nuevos rellenos

Una de las características del presente es que, si bien en el área de la Capital el espacio está bastante consolidado y casi no hay villas miseria -hoy llamadas Barrios Populares-, el conurbano se caracteriza por ellas. Esa gigantesca área, nominada como Área Metropolitana, llega y quizás supera según la proveniencia de los datos, a los catorce millones de habitantes. Obviamente por las condiciones existentes casi imposible conocer esa cifra con exactitud y cambia cada día. El crecimiento de los basurales al aire libre, entre 2001 y 2010 fue de más del 50% y sobre ellos está asentado medio millón de viviendas, lo que implica que ahí vive cerca de un millón de personas. El Basural Norte III superó las 500 hectáreas de extensión (D'Hers 2005, 2013). La región metropolitana tiene el primer lugar mundial en liberación de gas metano en el mundo, 28 toneladas por hora, superando tres veces a la India, la que por mucho tiempo que llevaba el nada glorioso primer puesto. Un cálculo aproximado indica que para 2022 hay al menos 1720 barrios de esas características, y unos 5000 en el país. No es un tema aislado, es universal (Davis 2006).

Esto muestra que el uso, voluntario o no, de basura y escombros para nivelación y construcción no ha dejado de existir, está presente y es habitual (Figura 45). Hasta ahora no se han excavado e implican un gran desafío al futuro de la arqueología. Son áreas de diversos tamaños en las cuales se ha descargado basura al aire libre, o se lo hace, y sobre ellos -sean tierras altas o inundables, no hay diferencia- se edifica además de manera en extremo precaria. Son, nuevamente, resultado del sistema social y de la marginación e injusticia, y obviamente de la política; pero al margen de cuáles son las causas de la existencia de estas áreas cubiertas de basura, ellas forman estratos no compactos y no del todo diferentes a los del siglo XIX. La diferencia está en que son fruto de la improvisación, por lo que no hay compactación sistemática ni loteo ulterior. Simplemente van creciendo, con plásticos en su mayor parte y luego se va construyendo encima de manera no planificada. Hay casos en que hemos visto tener que demoler lo hecho, por más precario que fuese, para poder seguir usando el espacio para nuevos descartes y volver a construir encima.

El crecimiento actual del área metropolitana, sin controles, se basa en la ocupación -legal o ilegal- de grandes tierras consideradas desde la política como sin uso -sean propiedad privada, o tierras fiscales-, lo que genera problemas sociales y policiales. Son parte de los mecanismos de la política para resolver problemas reales y a la vez satisfacer a sus votantes, sin costos económicos. Sin entrar en esta polémica que lleva decenios, lo concreto es que nuevamente se ha generado un modelo de crecimiento territorial expansivo ilimitado, sin lógica, en su mayor parte en terrenos no aptos y que por ese motivo quedaban vacantes, o rellenos con basura. Basura que es a la vez un contaminante, una fuente de trabajo (Schamber 2008), una manera de que el Estado evite los costos de tratamiento eficaz y la evidencia de la incapacidad y la existencia de enormes negocios turbios (Figura 46) (Drackner 2005; Pirez y Gamallo 1994).

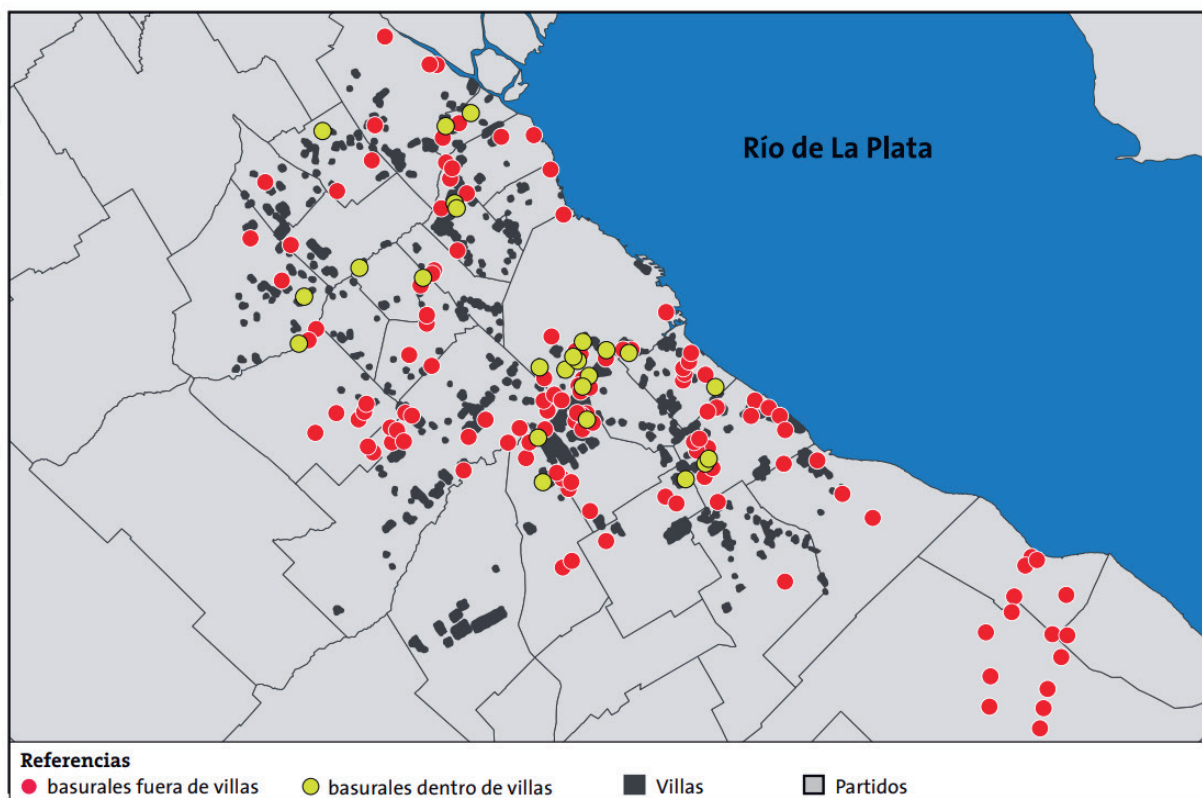


Figura 45. Ubicación de basurales y rellenos al aire libre en la ciudad y en su entorno, y su relación con la ubicación de villas miseria. No todas están sobre basurales pero su relación es determinante en la expansión de la zona urbana (de: Igarzabal 2012: 23).

Este modelo de crecimiento, resultado del crecimiento de la pobreza de manera acelerada, fue aceptado y a veces fomentado por los diferentes gobiernos desde la década de 1940/50, e intensificado desde los años de 1970, en coincidencia con el del universo del loteo sobre nivelaciones: ¿es el futuro de la megalópolis urbana? La dimensión del fenómeno no puede atribuirse al simple mal manejo urbanístico o al descontrol. Es una política, una manera de hacer la ciudad, fomentada y aceptada (Strasser 2000). Es cierto que se han intentado controles, desde los militares con desalojos compulsivos hasta las tristes urbanizaciones tratando de dar una imagen –a veces sólo con pintura–, aceptable para el resto de la sociedad, pero casi todo ha resultado inútil. Un crecimiento de dos metros cuadrados por segundo es imposible de controlar sin una estructura eficiente y un Estado presente, lo que no parece existir.

Resulta una paradoja que lo que contamina y condiciona la calidad de vida llevada a situaciones trágicas, sea a su vez una fuente de trabajo y quizás la única oportunidad de acceder a una vivienda, en donde la resignación y la costumbre disimulan la inseguridad y el riesgo (Figura 47). Un estudio determinó en esos basurales la presencia de metales pesados como cadmio, cromo, mercurio, selenio, asbesto y otros similares que generan problemas muy graves de salud, lo que se suma a la falta de servicios sanitarios adecuados o siquiera mínimos (Igarzabal 2012: 64). ¿Continuidad empeorada del modelo del siglo XIX que nunca se detuvo? ¿Es el resultado de la historia? ¿Fue el modelo de rellenos y urbanización establecido desde tanto antes? Es imposible dar una respuesta concreta al menos desde la arqueología, lo que queda abierto al futuro (Figura 48). Parecería fútil decir que estas tierras no

tienen ni tuvieron supervisión arqueológica por el Estado., lo que pudo haber habido ya se ha perdido, cuando en muchas oportunidades esas tierras eran estatales.



Figura 46. Barrio San Blas sobre el Riachuelo con un sector de la Villa 21 construida sobre rellenos de basura incluyendo un puente de ferrocarril ahora anulado (de: Igarzabal 2007: 46).



Figura 47. Etapas del proceso de asentamiento: los rellenos comienzan a presionar para que las construcciones existentes modifiquen su altura, permitiendo la entrada de mayor volumen de desechos, Barrio Miró en Lomas de Zamora (de: Igarzabal 2012: 46).



Figura 48. Construcciones sobre el Riachuelo hechas sobre un estrato de basura ubicado sobre la tierra original.

### III

## Los paradigmas de la arqueología urbana: Buenos Aires antes de ser Buenos Aires

La ciencia avanza cuando cambian los paradigmas que la regulan. Siempre hay hallazgos significativos que golpean lo instituido, pero hay que ver si son el producto o los generadores de los cambios en las formas de pensar. Para que se establezcan, que se acepten y se difundan, siempre hay algo más grande que necesita transformarse antes: un cambio en la sociedad. La arqueología urbana ha producido una nueva manera de entender la ciudad al cruzar diferentes tipos de datos, información, fuentes y formas de mirar el fenómeno urbano. En este caso la arqueología, tras intentarlo por años, no pudo encontrar sitios indígenas en contexto en la ciudad y eso era lógico: el subsuelo estaba destruido y las edificaciones cubrían cada día más terreno. Ya se había alterado el subsuelo con construcciones, rellenos y recortes una y otra vez a lo largo de siglos. Era factible encontrar algo, pero debía tenerse una suerte inmensa, lo que nunca ocurrió. Y no ayudó el peso de la negación de la historia tradicional para aceptar que pudo haber habido población indígena en donde se fundó la ciudad, porque eso era enfrentar la heroicidad de los conquistadores y su épica, tan exaltadas en las décadas de 1900 a 1940. La realidad fue que a diario de esa misma época se iban destruyendo las orillas del Riachuelo y del Río de la Plata, lugares importantes para estudiarlo. Para imaginar la posible ocupación indígena previa o contemporánea a la llegada de Europa hacía falta una mirada a todo el territorio, evaluando posibilidades no solamente en función de en dónde se pudo establecer esa población sino en dónde sería posible encontrarla por ser zonas de baja alteración. Así fue como se ha logrado hacer hallazgos nuevos como el caso de La Noria. Fue el cambio, el paso desde la arqueología histórica a la urbana la que lo hizo posible. Mientras se iba excavando cuadra por cuadra a lo largo del Riachuelo mediante cuadrículas tradicionales nada pudo encontrarse. Cuando se logró repensar la topografía original, buscar los sitios no rellenos o alterados y ubicar los posibles lugares de asentamiento que podrían haber sobrevivido, aunque estuviesen enterrados, se hizo posible encontrarlos. Los lugares que la bibliografía de hace un siglo había encontrado y no habían sido vueltos a estudiar al no entenderse su significación, al pensarse como ‘paraderos’ o sitios aislados y no como una ocupación relativamente densa a lo largo del Riachuelo, tenían que ser vistos de otra manera (Figura 49). Y para eso hizo falta una nueva generación de investigadores con un nuevo paradigma académico.

Nuestra hipótesis es que, en la zona en que se fundó Buenos Aires, existió un asentamiento precolombino -temporal o estable, muy anterior o no, no lo sabemos-, el que fue desconocido por los conquistadores al igual que se lo hizo en tantas otras ciudades del continente. Y posiblemente hubo muchos otros sitios ocupados en el entorno. En eso no sería diferente a otras ciudades fundadas sobre aldeas ya que era una lógica costumbre de los invasores el negar la realidad local; incluso es absurdo imaginar que lo reconocieran por escrito. Una aldea indígena de estas regiones, si no era por una batalla o por algo que destacar, era un no-lugar, no existía, no se perdía un segundo en hablar de ella.

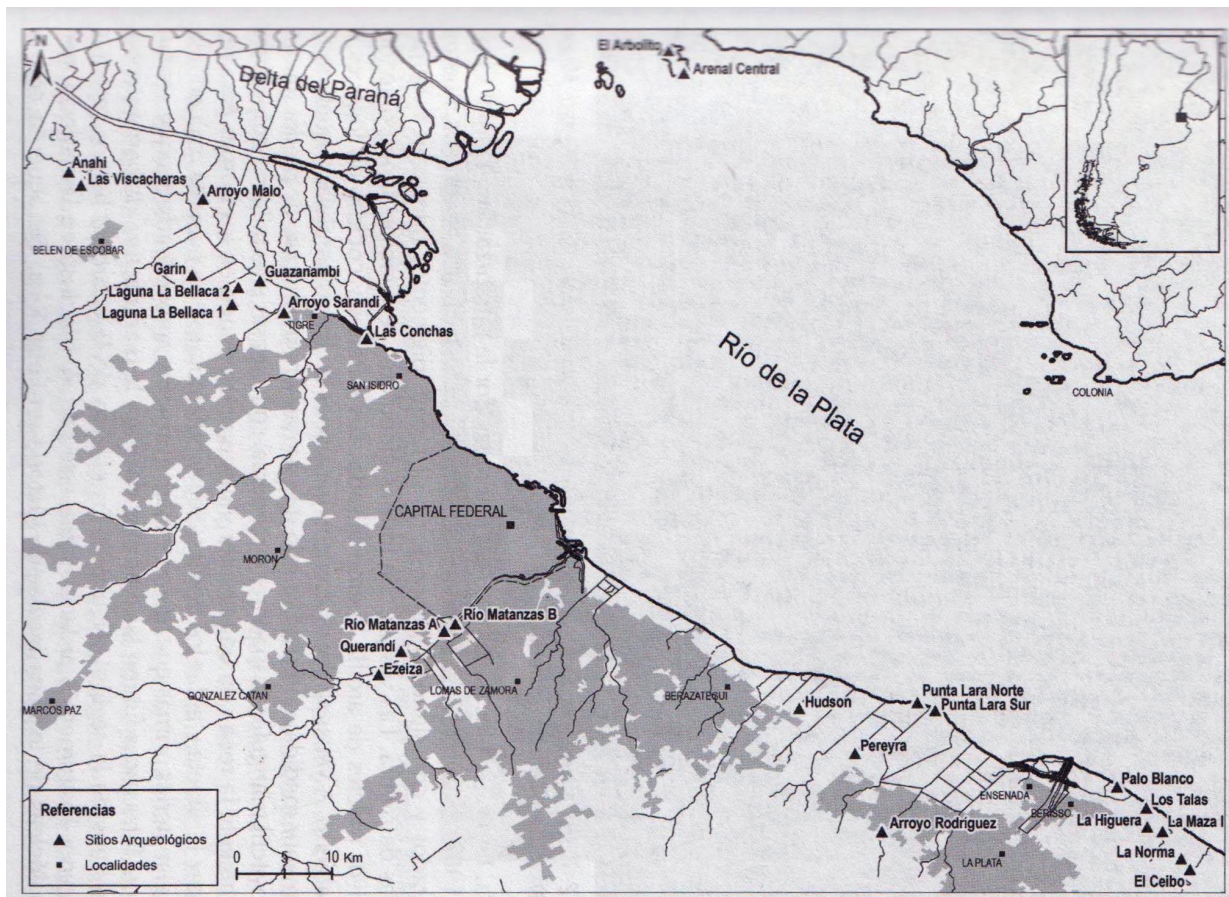


Figura 49. Plano de ubicación de los sitios prehispánicos identificados alrededor de Buenos Aires. Puede notarse que su hallazgo se da en los lugares aun no cubiertos por la edificación aunque peligran por eso mismo (de: Bonomo 2012: fig. 3; gentileza Fundación Azara).

Lejos estamos aun de probar esta hipótesis y en un contexto arrasado como es el de la ciudad las expectativas son bajas. La primera aldea hecha por Pedro de Mendoza en 1536 estuvo primero ubicada a orillas del Riachuelo -en sitio no determinado, seguramente ya bajo la entrada sur al puerto-, y sólo más tarde y ante la necesidad de guarecerse es posible que se instalaran en la meseta, pero no debió ocupar más que una manzana o dos. Si no lo hicieron antes podría ser, entre tantas posibilidades, porque estaba ocupada, tal como fue el caso de la cercana Sancti Espíritu en donde nadie dijo nada hasta que la arqueología demostró que sí hubo pobladores que fueron desplazados por los europeos (Azkárate *et al.* 2018, 2019) (Figura 50).

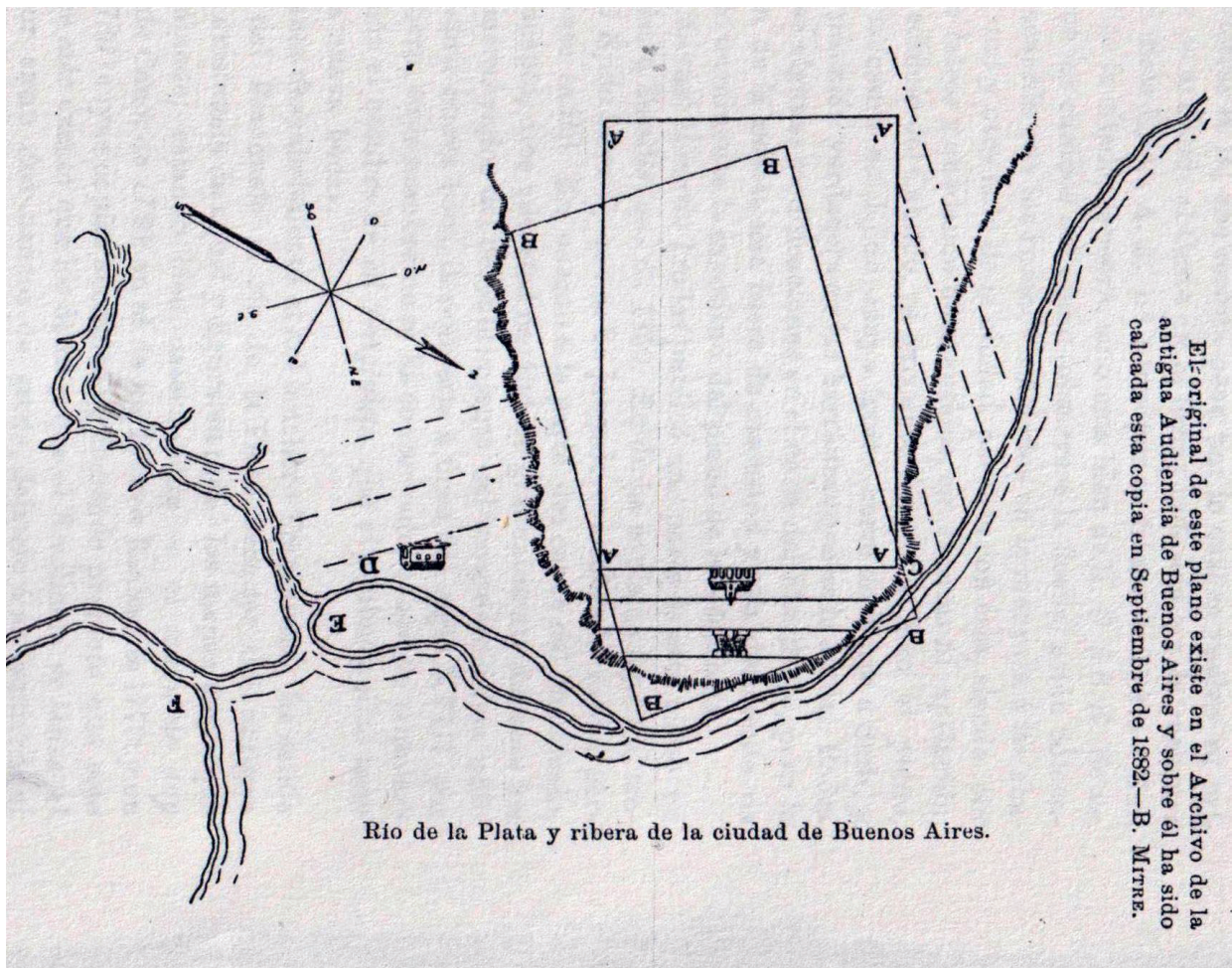


Figura 50. Plano sin fecha, redibujado en 1862 por Bartolomé Mitre, que muestra el trazado de Juan de Garay sobre la meseta en 1580 (A), el de Hernandarias en 1608 (B), el punto de inicio (C), la Guardia del Riachuelo, pequeña y aislada ubicada en la zona pantanosa (D), la entrada al Riachuelo abierta en el siglo XVIII (E), y el arroyo Maciel exagerado (F). Se observa el relicto del antiguo cauce de entrada del Riachuelo pasando frente a la ciudad (Plano en: Cardoso 1911: 317).

Cuando Juan de Garay en 1580 hizo su ciudad en la meseta frente al río, la ocupó completa y adoptó el habitual trazado cuadrangular, fundando supuestamente sobre la nada, aunque el plano original no existe (Figura 51). Lo que conocemos es una copia posterior -en realidad copia de copia-, que no sabemos si incluye modificaciones ya que muestra el trazado hecho a nuevo por Hernandarias en 1608. Por lo tanto, si hubo alguna ocupación previa difícilmente se la hubiera incluido, menos aun si era de arquitectura perecedera, porque legalmente en España no lo hubieran aceptado. Lo que permite aventurar la hipótesis son los hallazgos de cerámicas, de objetos indígenas y los agujeros de postes similares a los de La Noria, y lo que podría mostrar la concentración en un espacio físico. Pero solamente el poder estudiar contextos intactos permitirá clarificar este tema: esto es lo que hay al presente (Figura 52).

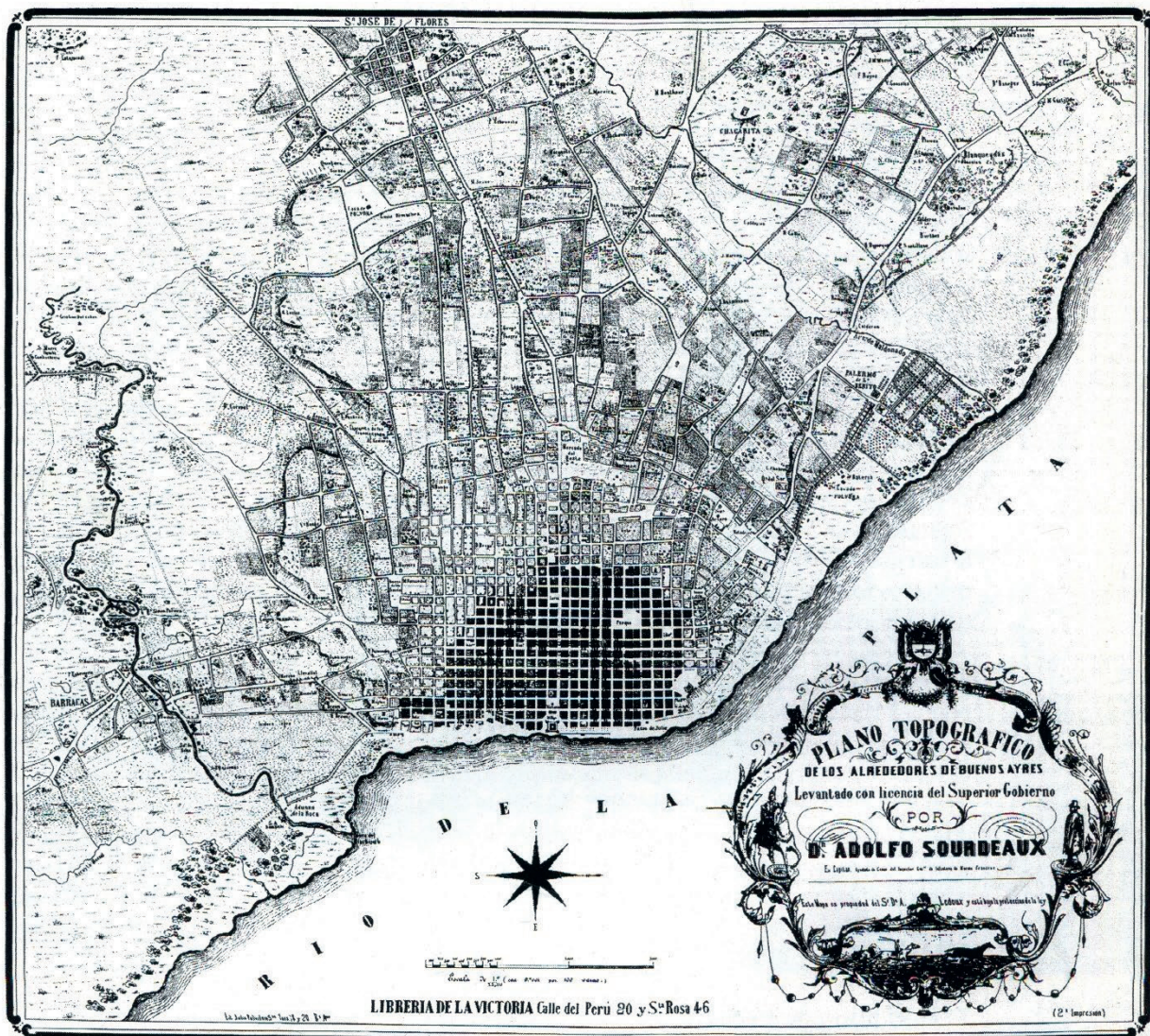


Figura 51. Plano de la ciudad de Buenos Aires hacia 1860 en que se destaca la concentración urbana sobre la meseta fundacional; al sur se encuentra el Riachuelo, la expansión está determinada aun por la topografía. En el plano, como es tradicional en la ciudad desde el siglo XVII, el norte se ubica a la izquierda y no en la parte superior, cosa realmente inédita. (Biblioteca Nacional).

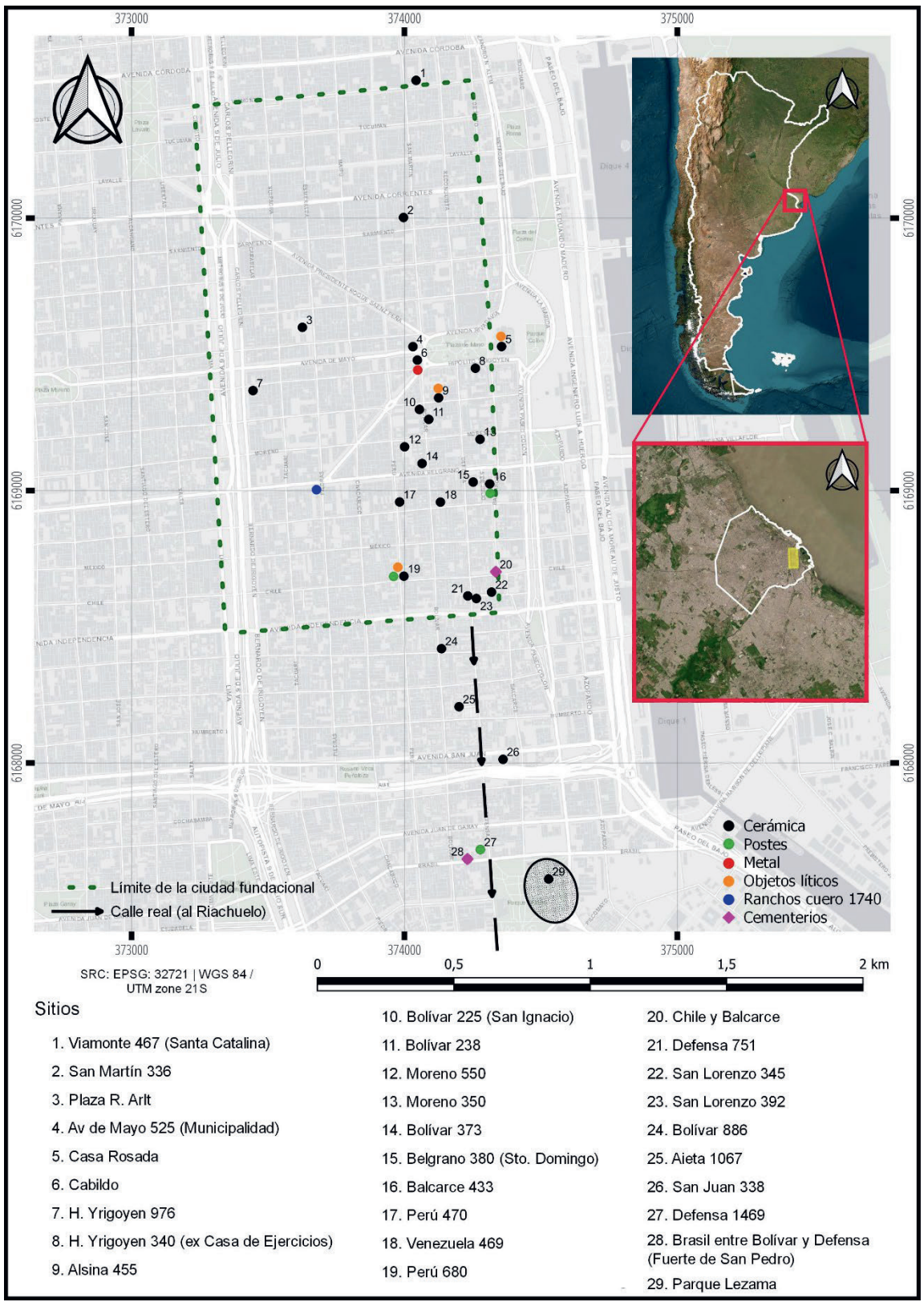


Figura 52. Plano del centro de Buenos Aires con la ubicación de los sitios que poseen evidencias indígenas; en verde el trazado de 1580 de Juan de Garay. Los puntos hacia el sur coinciden con el camino al Riachuelo (Dibujo F. Chechi, mapa elaborado con Software QGIS 3.22.6; mapas Quick Map Service ESRI Satellite y ESRI Gray light).

## La primera Buenos Aires (1536-1541)

La historia prehispánica del territorio que ahora ocupa la ciudad y su entorno tiene una temporalidad larga, aun no fechada en sus orígenes. Lo que sí es claro es que la llegada de los europeos produjo un impacto dramático entre los habitantes regionales y en el ecosistema. Es posible que se haya repetido una situación que en el pasado pudo haberse producido al llegar diferentes grupos de pobladores que formaron el mosaico étnico de la región, como los guaraníes, guerreros expansivos y violentos que debieron transformar la región, pero nunca en la medida que lo sucedido en el siglo XVI. Visto desde la actualidad, la llegada de Pedro de Mendoza y sus más de 1500 pobladores significó un impacto que, en pocos años, transformaría el territorio. En esa primera aldea y en los barcos amarrados había más pobladores que en buena parte de la región circundante. Mendoza no logró que su asentamiento prosperara, aunque en realidad, para ellos no era más que una 'escala de aquella entrada' -así la denominó Ruy Díaz de Guzmán (1914, en Groussac 1914)-, para ingresar a Sudamérica en su parte sur. En origen no había siquiera la intención de hacer una ciudad o establecer el inicio de lo que podría serlo más adelante, sólo ante la evidencia del fracaso fue que los sobrevivientes intentaron establecerse de manera más estable y hasta sembrando y pescando, pero finalmente todos se fueron a Asunción, Paraguay. Los caballos que quedaron libres de esa ocupación estaban vivos y reproducidos en 1580 cuando Juan de Garay fundó la ciudad en el sitio en que hoy está. Ya hace un siglo se había entendido que la agricultura -suponiendo que la hubieran comenzado el primer día-, la caza y los pocos animales disponibles no podían ni siquiera sostener una población de cien personas. Fue una expedición destinada al fracaso (Cardoso 1911).

No sabemos dónde estuvo ubicado el primer asentamiento de Mendoza, al menos no con exactitud y es tema de polémica ya que la arqueología no ha logrado ubicarlo, por lo que menos aun sabemos si en el sitio o en la cercanía inmediata había población originaria. Pero la destrucción ha sido enorme y las crónicas son esquivas. También lo son en otros temas, como por ejemplo el que siempre hablan de la presencia de indígenas en forma indirecta, de gente con la que se relacionaban de diferente manera según cada texto. Cada cronista opinaba diferente y de manera contradictoria, unas veces decían que eran muy pocos para minimizar la imagen de su impacto, pero cuando los atacaban a ellos se transformaban en miles. Cuando los españoles invadían sus asentamientos olvidaban contarlos pero aseveraban que eran tan pobres y poco numerosos que apenas tenían para darles de comer, pero esos mismos indígenas mataron treinta mercenarios, seis de a caballo, un general y dejaron cientos de heridos pese a sus armaduras y armas de fuego. Y según Schmidl en la Matanza eran 1000 indígenas los que combatieron, cifra que puede ser verdad o mentira pero no es menor. Cuando los indígenas atacaron la aldea y 'la quemaron hasta el suelo' según el mismo mercenario, lo que hicieron con una elaborada estrategia previa de acorralarlos desde los pantanos y hacerlos huir al asentamiento, para ese momento hablaron de 23.000 atacantes. Es decir, todo variaba según la situación de los que escribieron la historia. Pero la espada de Bracamonte, encontrada en el siglo XIX Riachuelo arriba, es buen indicio de esas grandes matanzas que les infligieron a los españoles, aunque no fue encontrada arqueológicamente. Y si el nombre del río Matanza -aguas abajo es el llamado Riachuelo- es por ese evento, lo que se discute ampliamente, sería un hito histórico a señalar el de la resistencia que hubo, que no fue pacífica (Outes 1900).

Se ha aceptado en toda la historiografía que en el territorio de lo que hoy es Buenos Aires había una población *nómada*, a veces considerada *seminómada*, la que en los escritos aparece cuando a los conquistadores le era necesaria, o cuando los atacaban saliendo de improviso desde los pajonales. La historiografía asumió que no eran sedentarios y que no había poblados ni aquí ni cerca porque lo dijeron los invasores, no por la evidencia material. La arqueología lo ha analizado desde otra

perspectiva pero coincidiendo en buena medida, pero aun no conocemos la estacionalidad de los eventos de ocupación ni los mecanismos para preservar los sitios durante todo el año. Si se probó que había construcciones, lo lógico sería que al menos alguien estuviera presente de manera estable.

Para los cronistas la población local vivía en 'algún lugar', es decir que 'estaban' en uno o más sitios que nunca fueron descriptos ni tenían nombre: eran lugares en la nada. Utz Schmidl, cuando hablaba de los poblados indígenas usaba frases como 'ocupamos su lugar', 'donde ellos estaban', 'en la sobredicha localidad' o que allí los europeos 'permanecemos tres días' (1881, 1903, 1948). Ese mercenario profesional, al igual que otros compañeros, siempre exageraban la dimensión de su propio rancherío hasta transformarlo en un poblado, una aldea o incluso en una pequeña ciudad. Pero Antón, más realista, dijo que en realidad el Adelantado vivía en unas 'fementidas cabañas', dura palabra para decir que era un engaño, algo sin valor, y que las demás 'se hacían menores' (Villalta s/f). Quizás no era una simplificación, como cuando Ruy Díaz de Guzmán dijo que 'hízose el fuerte de tapias en poco más de un solar de terreno', es decir una manzana (Guerín 1980: 32). La realidad era que los muros se derrumbaban con las lluvias y no tenían más altura que la cintura; es decir que la mirada a la población local era despectiva y desconocedora, viniendo a su vez de quienes no tenían nada destacable; pero pese a eso transformaron la región (Figura 53).

La historiografía ha sido tan parcial que las traducciones del original de Schmidl han deformado los términos y su significado. En el caso del asentamiento europeo se usó la misma palabra, 'fleken', tanto para la aldea española como para las de los indígenas y eso es algo a tomar en cuenta, pero se cuidó que se lo tradujera de manera diferente para cada uno (Wernike nota 37 en: Schmidl 1948). Asimismo, las muy usadas ilustraciones sobre Buenos Aires no las hizo ni las conoció Schmidl, ya que se las introdujeron a su libro en una edición de 1599 cuando el autor estaba muerto hacia veinte años. Estas manipulaciones se suceden con cada texto de la época, ya que, y valga el ejemplo, Ruy Díaz, quien fue el único que dio un sitio para ubicar el solar del fuerte, si bien no fue partícipe de la expedición vivió en Asunción más tarde y era de la familia de los fundadores. Pero el problema de su crónica no es sólo que es de segunda fuente, es que no existe una versión original dado que hay varias copias antiguas manuscritas, las que presentan diferencias entre sí ¿Cuál es la original? En sólo un caso se le añadió en un interlineado el dato crucial: que el poblado estaba ubicado a 'media legua' del Riachuelo (seguramente de la entrada), es decir que se asumió la ubicación del lugar en base a algo que no sabemos bien quién o cuando se lo escribió.

El tipo de construcción levantada por los europeos tampoco está claramente determinado ya que a lo largo de esos años hubo cambios, de lo provisional a lo estable. Es muy posible y resumiendo a tantos autores, que haya habido un asentamiento provisorio en las tierras bajas a un lado de los barcos, tal como lo dijo Ruy Díaz: 'entrándolos (a los barcos) en aquel riachuelo, que allí sale, de que antes he hecho mención y cerca de él hizo un fuerte'. Es el único texto que indica que el lugar estaba 'media legua arriba', lo que ha generado largas polémicas; no hay duda que el concepto de 'arriba' era siguiendo el cauce del agua y no el nivel del terreno. Más tarde se hizo 'el asiento y casa fuerte' al ver que era necesario permanecer más tiempo del pensado. Eso explicaría el porqué las iglesias se les derrumbaban cuando el agua subía, aunque sólo fuera una modesta capilla rehecha varias veces. De todas formas la mortandad, el hambre, las enfermedades y los viajes al norte fueron diezmando la población con tal velocidad que después del ataque masivo de los indígenas, Schmidl indica que sólo quedaban 500 personas. Cuando Martínez de Irala quiso rescatar a los supervivientes eran sólo 160.



Figura 53. Grabado imaginario del enfrentamiento de las tropas de Pedro de Mendoza con los indígenas Querandíes, hecho en 1599. Aunque no realista, el autor les dibujó a los indígenas una aldea fortificada con postes y destacó su superioridad numérica y organizativa (Schmidl 1948).

El lugar donde estaban no tenía importancia, ni identidad o sitio fijo, no había necesidad de referencias geográficas precisas. Estaba donde Luis de Miranda ubicó como ‘vivo en esta conquista’; era un lugar desde el cual ‘hacer entrada, penetrar la tierra, conquistar’ (en Lopreto 1996). Tan fuerte fue el fracaso que un testigo, Antonio Rodríguez, dijo que en ese sitio fallecieron 600 personas las que ‘carecieron de sepultura’. No resulta poco significativo decir que esa enormidad de cadáveres quedó al aire libre aunque fuese una exageración (Leite 1935: 153). En síntesis, no sabemos el lugar exacto, menos después de la larguísima polémica que desde finales del siglo XIX se desató acerca del sitio (Schávelzon 2012b). Las dos referencias que existen en los cronistas del siglo XIX, acerca de posibles cementerios indígenas y/o de contacto, resultan interesantes. Uno fue en las calles Chile y Defensa y ya vimos que su publicación es de boca de terceros, lo que no puede ser tomada como definitiva. La otra, sí controlada aunque mal por un historiador, a un lado del inconcluso fuerte de San Pedro en la calle Brasil entre Bolívar y Defensa citamos que incluía dientes afilados en los cráneos. Si existieron ¿de quiénes eran? No hay evidencias comprobables y todo ha sido destruido, sólo nos quedan las referencias.

Para denigrar a la población original, en el siglo XIX se difundió la imagen del indígena desaliñado, salvaje y saqueador; era necesario hacerlo para incluirlos como parte de un universo primitivo, prehistórico, necesario de *superar* y, por supuesto, de eliminar. Para construir la Nación se creía necesario tener un pasado separado del presente y para eso nació la arqueología, para construir la nacionalidad. La historia porteña fue considerada comenzando en 1536 en un lugar vacío, en la nada y sin nadie: si a Mendoza lo atacaron tres o cuatro mil indígenas, o los que fueran, esos no tenían historia ni vivieron en ninguna parte. Pasó algo similar cuando la arqueología mostró que en el sitio aceptado como el lugar de ese asentamiento español, Parque Lezama, no había rastros de que allí se estableciera Mendoza (Schávelzon, Lorandi y Fantuzzi 1989). Nadie le hizo caso al tema, nadie movería el monumento que lo institucionaliza desde 1936 aunque los que determinaron el lugar aceptaron que eligieron un sitio sin sustento histórico concreto, que lo eligieron por decisión política, porque había un parque y se necesitaba tenerlo para la fiesta. Y ahora nadie va a cambiar el relato establecido.

Con el correr de los años se fue viendo que en la ciudad y sus alrededores sí había evidencias materiales de poblaciones originarias. Lo descubrieron los naturalistas pioneros del siglo XIX, quienes vieron cerámicas y piedras trabajadas, evidencia de que gente anterior a la ocupación española estuvo aquí antes de la conquista. El hallazgo de un conjunto importante de todo tipo de objetos hecho en el interior de la Casa Rosada en 1905 y estudiado por Ambrosetti, no pasó de ser una curiosidad. El fundador de la antropología no consideró necesario hacer una publicación considerándolo un simple 'paradero' pese a la dimensión de lo que los obreros guardaron sin mucho cuidado (Girelli y Schávelzon 2014) aunque vale la pena recordar que, quizás de manera inconsciente, Ambrosetti dijo en una discusión en el Congreso de Americanistas de 1910, que era un cementerio, lo que luego corrigió. Al encontrarse huesos humanos en Balcarce y Chile, en una plazoleta, hacia 1880-90, no se lo describió y sólo tenemos referencias; se aventuró que eran los muertos de la aldea de Mendoza (Bilbao 1902: 129; Cardoso 1911: CXX; Ruiz Guiñazú 1915). Otro hallazgo que pudo ser importante fue el del fuerte de San Pedro sobre la calle Brasil. En una 'zanja' (¿foso?) habían huesos humanos y objetos indígenas y se destacó los 'dientes tallados en punta' (Romero 1928b: 633). También hay datos muy dispersos acerca de la presencia de objetos de todo tipo en las barrancas al Río de la Plata cuya búsqueda era un entretenimiento del siglo XIX tardío e incluso hasta inicios del XX. Los autores de esa época hacen referencia a colecciones privadas con piedras de proyectiles, de boleadoras y cerámicas, aunque no dan datos concretos. Incluso hay fotos y nombres de quienes las encontraron como Cáceres Freyre, Girado o Greslebin (padres de los arqueólogos), pero nada más que nos sea de utilidad en el presente. El único sitio en que sí se encontraban objetos de manera constante a inicios del siglo XX y quedó registrado, cerca de la ciudad, fue en su límite norte de la época, la estación de ferrocarril Anchorena, hoy Vicente López, que parece haber sido un asentamiento importante por el volumen de lo hallado, aunque siempre sin registro.

La segunda generación de arqueólogos estudió varios sitios, en forma más metódica, hacia la década de 1920 cuando aun la ciudad era reducida, pero resultaba teóricamente imposible tener una mirada regional o darle importancia a lo histórico o pensar en el contacto entre los grupos (Rusconi 1928, 1940, 1956). Mucho más tarde, cuando la arqueología de la ciudad comenzó a excavar bajo edificios y viviendas, los objetos indígenas aparecieron por doquier aunque sin contexto. Fueron cientos de fragmentos de cerámicas, objetos de piedra, alguna punta de proyectil y agujeros de postes, los que daban una idea de que algo hubo pero era imposible definir sus características ya que la destrucción había sido sistemática. La ciudad ha alterado su subsuelo, pero los restos materiales ahí están; la destrucción inmobiliaria, generalmente, sólo cambia las cosas de lugar.

En los alrededores y por fuera de la urbanización las cosas se han ido clarificando y se han estudiado sitios precolombinos con características a veces similares entre ellos, a veces diferentes, que corresponden a épocas variadas en sus expresiones sociales, temporales y culturales (Bonomo y Latini 2012). Esas diferencias son lógicas ya que no era una población homogénea ni todo lo hallado es contemporáneo; ni siquiera sabemos bien cómo era el mosaico regional en el siglo XVI, étnica y lingüísticamente, y menos lo conocemos antes de esa fecha. Y cuanto más lejos se ha ido a buscar mayor es la información que ha sido posible obtener porque está menos alterada. Para una historia descolonizada, el pensar que parte del sitio que ocupa la ciudad estuvo poblado desde antiguo, que la llegada de España al lugar fue imponer un nuevo trazado sobre lo que quizás era una aldea o varias de ellas, implica una mirada diferente a lo habitual. Fue quizás como lo que se descubrió en el asentamiento español de Sancti Espíritus en el sur de Santa Fe, donde había una aldea y los invasores simplemente se asentaron encima de ella sin decirlo nunca (Azkárate *et al.* 2018).

¿Puede la historia escrita ocultar las cosas a tal grado que se desconoció la existencia de esos pobladores porque se apropió de sus tierras y casas y comida, expulsándolos o matándolos? No hay duda que la justificación de las matanzas dadas por los cronistas que la población originara se rebeló porque se les exigió alimentar a la tropa -eran 1500 personas, nada menos-, parece un cuento infantil. No porque no fuese verdad, seguramente sí lo exigieron y sí no lo aceptaron, pero eso nos hace pensar que debían ser muchos ya que de otra manera era absurdo pedirlo. Y que además estaban en el lugar o muy cerca. Asimismo es evidente que era una población densa ya que cuando se rebelaron sitiaron el poblado y pusieron en serios apuros a mercenarios profesionales. Si eran 4000 como dijo Schmidl, o era otra de sus exageraciones y fueron menos, no importa, ya que por lo dicho por los demás testigos eran muchos y no resulta lógico que llegaran desde largas distancias. Y eso nos sirve para repensar la densidad poblacional de la región.

Es factible poder enfrentar una hipótesis: ¿había una aldea (estable o no), o varias de ellas, en donde se fundó la ciudad en 1536 y luego en 1580, o en su entorno inmediato? ¿Y si la hubo, fue desconocida por los invasores para justificar su ocupación? Recordemos que si algo exigía la Corona era respetar a los poblados existentes o al menos no decirlo por escrito. La realidad la mostró Fray Bartolomé de las Casas desde antes de que se fundara Buenos Aires: a la población local la desconocían y así evitaban futuros problemas.

Hubo decisiones habituales en todo el continente: los conquistadores ocupaban lugares que tenían comodidades y no sólo para sus barcos. Porque además de apropiarse de las tierras y de los hombres y mujeres, tenían que ser un sitio de fácil acceso al agua, a alimentos, fuerza de trabajo y, más que nada, tenían que dar la imagen de fuerza y poder sin la cual todo intento de dominar sería en vano. No estamos hablando de lugares con pirámides, plazas y palacios incaicos o mayas, sino modestas aldeas, pero sí que ésta no era *Tierra nullius*, base del derecho para ocupar espacios que Occidente consideraba que no eran de nadie. Sí era el hábitat de alguien y desde hacía muchos siglos; el problema para la arqueología es probarlo cuando hay una ciudad construida encima. Es pensar con más cuidado lo que dijo Schmidl a su llegada a ‘un lugar de indios los cuales se han llamado Querandís; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos (...), no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que en los países alemanes, los gitanos’. Francisco de Villata escribió en 1556 que ‘es gente que anda de noche y mesón<sup>9</sup>, y que algunos de ellos habían dado vista al pueblo y entrado en él, y como éstos son gente movida, se iban y se alojaban en los confines del pueblo’ (Villalta s/f). ¿Qué significa que se alojaban ‘en los confines del pueblo’? ¿Dónde eran esos confines de una ocupación del tamaño quizás de una manzana actual o poco más, y en qué pueblo si no era mucho más

---

<sup>9</sup> Expresión española antigua que significa no quedarse quieto. Andar ‘toda la noche de bares’ sería un símil.

que un caserío? El texto es poco claro pero algo está indicando en cuanto a que quizás había otra cosa en 'los confines del pueblo'.

Cuando se envió a Diego de Mendoza a la zona del río Luján a castigar a los indígenas por no darles más alimentos (¿cómo sabían que allí vivían?), la instrucción fue 'apoderarse de su pueblo'. Hoy sabemos que los poblados tenían comunicaciones entre sí creando una red entrelazada de intercambio de bienes y eso significa caminos; y los caminos van a lugares existentes y no de uso muy esporádico. Y aunque no fueran aldeas o ciudades debió haber una población relativamente estable ya que apoderarse de un pueblo al que supieron cómo llegar, implica conocer donde estaba, y haber desconocido que eran tantos que hasta el general español murió en el enfrentamiento. Es evidente que eran muchos los que vivían en la región, que había poblados de algún tipo y no que era un espacio vacío por el que andaban 'de noche y mesón' como gitanos.

La arqueología hecha en la ciudad siempre partió de la suposición -porque no hay pruebas en contrario-, que los objetos indígenas, a veces precolombinos y otros coloniales, hechos con o sin torno, llegaban desde sitios tanto cercanos como lejanos pero sin producción local. Es posible que, dado el alto valor de las mayólicas traídas desde España, y en general por la pobreza de los españoles, se usara vajilla de manufactura local también por los europeos. Es posible pero no está demostrado. No sabemos quién usaba qué ni qué significaba cada cosa más allá de lo obvio, pero lo que no hay duda es de la presencia de objetos indígenas de tiempos precolombinos y de su lenta transformación al gusto y necesidades de los europeos. También sabíamos que era habitual la llegada masiva de indígenas de las Misiones Jesuíticas para trabajar en la construcción de iglesias o en las obras del fuerte, alguna vez hasta 2000 personas, y que seguramente traerían sus propiedades. Es decir que el panorama es confuso y dista mucho el poder explicarlo ahora.

A lo largo de los estudios de los últimos años y con base en La Noria, podemos hipotetizar que sí hubo población donde hoy está la ciudad. Si bien Florentino Ameghino, Pedro Moreno y otros fueron los primeros que encontraron cerámicas cuya ubicación en el tiempo era imposible conocer, vieron que eran indígenas y precolombinas; más tarde la nueva generación de interesados, entre la que destacamos a Rusconi, entendieron que había lo que ellos llamaban 'paraderos', lugares que grupos reducidos usaban por cortas temporadas. La palabra que usaban, paraderos, mostraba que imaginaban eventos transitorios, otra cosa les era imposible de pensar. En ellos había cerámicas, boleadoras, adornos, piedras trabajadas, evidencia material de esa existencia. Pero no se podía avanzar más. Para la década de 1970 comenzaron a hacerse estudios más detenidos con la posibilidad de tener fechas de Carbono 14, pero la ciudad había crecido tanto que ya era una arqueología de los espacios vacantes: se hacía donde había la posibilidad de hacerla. Estaba destruida la mayor parte de la superficie, y sus alrededores crecían de manera incontrolada. Así, las evidencias que se encontraban iban formando un cordón periférico que no podía entrar en la ciudad. No fue fácil estudiar la población que vivió en el entorno urbano las que en diferentes épocas vivieron o usaron el espacio pampeano y las grandes planicies de inundación. Sitios que, tanto por destrucción como por el paradigma imperante, eran considerados como *sitios* en sí mismo, aislados uno del otro, siendo imposible pensarlos a escala territorial. Con los avances teóricos de la arqueología las cosas fueron cambiando y hoy tenemos miradas regionales, diversos lugares estudiados y cuantiosa información. Pero la mancha urbana crece, los sitios desaparecen y la mayor parte de los terrenos ni siquiera fueron caminados por un arqueólogo ni lo son en la medida en que desaparecen. La ciudad crece a un ritmo de varios metros cuadrados por segundo y nadie siquiera recorre el conurbano, pese a que hay instituciones que podrían hacerlo.

## Hallazgos en la ciudad

En la zona céntrica de la ciudad las cosas han sido diferentes a lo que nos decían los papeles escritos: si bien nunca encontramos un contexto claramente prehispánico, tampoco se ha podido excavar en áreas abiertas grandes, o si fue factible hacerlo todo estaba tan alterado que nada se obtenía, pero pese a eso la dimensión cuantitativa de lo prehispánico es importante. En la excavación hecha en la calle Perú 680 hubo sectores en que el 36.3% de las cerámicas eran indígenas. En el Cabildo el saldo total fue de más de 25% de todo lo previo a la presencia de la loza. En otros lugares céntricos sucedió algo similar, aunque no se haya separado en el cálculo las cerámicas indígenas prehispánicas de las poshispánicas, o lo que denominamos criollo o hispano-americano. Pero en la casa de Josefa Ezcurra en Alsina 455 fueron el 34.06% de toda la cerámica anterior al siglo XIX y en uno de los pozos de descarte de H. Yrigoyen 979 el promedio fue del 10.78%; en el convento de Santa Catalina, con la tierra arrojada dentro de una letrina del siglo XVIII hubo un 11.23%. En la excavación de restos del fuerte, bajo la actual Casa Rosada, en la tierra usada para las juntas de unión de los ladrillos de una estructura del siglo XVII había únicamente cerámicas indígenas. También hay al menos dos piedras de moler que ni son locales ni parecen coloniales, y una base de mortero plano en Alsina 455 en cuyo patio del fondo hay una fecha de C14 de 1590+-50 (Casos citados en: Schávelzon 2000). En la excavación de la calle Bolívar 375, donde hubo una fuerte intervención constructiva del siglo XVII que alteró los contextos previos, se hallaron cerámicas atribuibles a la población indígena -contabilizada con otras criollas de características similares- en dos conjuntos en que no había presencia posterior al período colonial, en porcentajes del 34.1 y 26.0% (Zorzi, com. personal 2022); mucho menor fue la presencia de un 2% -varias de ellas de excepcional calidad y ese porcentaje implica unos 400 objetos. En el terreno ubicado en Moreno 550 y aunque no se consideró lo encontrado en las etapas preliminares de excavación, la cantidad es algo mayor (Igareta, com. personal 2022). Por fuera de la zona de Garay hubo dos hallazgos de puntas de proyectil y piedras de onda en Flores (Moreno 1874, Camino, com. personal 2022) e incluso datos insólitos tal como 'en mi colección existe un mortero encontrado en los cimientos de una casa de Buenos Aires' sin más información (Moreno 1874: 149), ya que consideraba a todo como prehispánico sin otra posibilidad.

Si nos preguntamos qué significan estos y otros datos similares, hay infinidad de respuestas. Pero lo indiscutible es la presencia de esas cerámicas y esos objetos. Es decir, que casi no ha habido excavación céntrica en la ciudad, de contextos antiguos, que no haya puesto en evidencia la presencia de cultura material indígena. ¿El que desconozcamos esos habitantes es un error o una invisibilización? ¿Algo similar a lo que se hizo con la población afro? Valga que en el censo de 1738 aun se cuantificaba al *bulto* (como cuando dicen los censistas que en una casa habían 'varios negritos'). No parecería raro que no se tomaran en cuenta a los indígenas si lo que se buscaba era censar *vecinos* que pudieran pagar impuestos. Dicho censo (Ravignani 1920-55) dice que en las calles Tacuarí y Viamonte habían 'ranchos de cueros' con dos y cuatro habitantes. Esas construcciones, exóticas entre las categorías usadas para las casas de los vecinos, muestran que es posible hablar de viviendas indígenas aun en tiempos tardíos. Esa presencia de viviendas hechas con cueros, la infinidad de objetos cerámicos y de piedra, sumados a los hallazgos de evidencia arquitectónica en La Noria que se repica en los agujeros de postes encontrados en la ciudad (Schávelzon 2016), lleva a una revisión de la evidencia arqueológica. La presencia de esa cultura material y sus viviendas, nos dice que muy seguramente hubo quienes vivieron en el lugar, que ocuparon el territorio quizás antes de la llegada de Pedro de Mendoza en 1536 y con quienes tuvieron que luchar o convivir; nadie pelea por espacios vacíos. Si estaban allí en tiempos de Garay sucede lo mismo, y si todo es poshispánico -incluso hecho con técnicas sin torno-, lo dirá el futuro.

El haberse redescubierto y excavado La Noria, y por ende fechar y describir un asentamiento - temporal o no- que precedió a la llegada de Europa, nos abre preguntas y dudas acerca de la historia urbana y nos lleva a revisar nuestro propio trabajo. Así es como avanza la ciencia y el conocimiento: generando nuevas preguntas, tratando de darles respuesta y ayudando a que los cambios de paradigmas traigan avances consecuentes.

### **¿Dónde estuvo la primera aldea española?**

La historia da sorpresas y revisar la historiografía sobre Buenos Aires tras un siglo y medio de autores y libros, resulta una experiencia inusitada. Como dijimos, no sabemos el lugar exacto del sitio o sitios en que estuvo Mendoza y no lo consideramos preocupante para estudiar la ciudad. En cambio, para los historiadores de varias generaciones fue motivo de interminables discusiones que jamás llegaban más lejos que la idea preconcebida. Repetirlo sería absurdo, pero es interesante ver algunos elementos que hacen más a la manera en que se encaró el tema que a la ubicación en sí misma.

Sin entrar a analizar los elementos de juicio que se fueron extrayendo de la poca bibliografía del siglo XVI existente, hubo un tema constante: la forma de entender el entorno. Se suponía, aunque no para todos, que la región antiguamente debió ser similar a la que ellos veían. Y si bien eran testigos de los enormes cambios que se estaban produciendo, que mientras discutían la entrada al Riachuelo la estaban alterando y cubriendo de cemento, a la vez que el río era modificado para rectificarlo. La destrucción ecológica había sido tremenda y nada tenía que ver con el siglo XVI. Ya en el siglo XVIII el Riachuelo había cambiado su salida comenzando la desaparición de su estuario de islas cubiertas de bosques, se cegaron los pozos en que se anclaba y se desdibujó la barra arenosa. Para entender la zona había que comprender sus características de época.

En 1911 Aníbal Cardoso aseveraba que la primera aldea de Mendoza estuvo sobre la barranca al Río de la Plata y no en las tierras bajas simplemente porque 'la calidad de los conquistadores impedía pensar que pudieran cometer un error de ese tipo'. Y fue uno de los estudiosos más detallistas del río, de la naturaleza y de los documentos de época. En 1928 Antonio Romero (1928a) fue el primero que entendió que los cambios habían sido grandes. De igual manera pensaba Paul Groussac (1914) acerca del cambio sufrido en la topografía de la zona. Y se detuvo con detalle ante el paisaje tratando de reconstruir el que debió existir, su flora y fauna, no había datos pero entendió el cambio y describió la naturaleza de humedal con bastante exactitud. Resulta paradójico que quien construyó el puerto de la ciudad, que lleva su nombre, Eduardo Madero, escribió una historia del tema, halló un par de barcos hundidos -del que uno fue rescatado-, construyó sobre el sitio que indicaba como del primer asentamiento y ni siquiera tomó una foto. Una cosa era escribir y discutir historia, otra los hechos materiales que probaban o no las hipótesis.

En 1930, Félix Outes tuvo varias ideas, quizás por ser un geógrafo, entre las que se destacan que había que entender la topografía original del valle del Riachuelo porque éste había variado y que había que reconstruir el recorrido original. Lo siguió Raúl A. Molina (1956, 1957) quien aceptó que era necesario entender la transformación del territorio. Concluía que el Delta del Paraná iba avanzando hacia el sur, que el río Luján entraba directo al Río de la Plata, a la vez que existieron otros riachos que se cegaron, por lo que el río Luján, e incluso algún otro, podía haber sido el 'riachuelo' de que hablan los cronistas (nombre genérico y no propio). Fue el único en más de un siglo que dijo que la solución al tema era de índole regional y no local.

Los geólogos ya habían observado algunos de esos cambios, Florentino Ameghino (1884) siempre lo hizo presente al entender que el valle había tenido una ingresión marina; Outes lo dijo mil veces y muchos otros insistieron en que lo que ahora (el 'ahora' de cuando escribía cada historiador) eran terrenos 'focos y anegadizos', pero que quizás no lo fueron en el pasado. En realidad resultó ser a la inversa, eran tierras que estaban en proceso de desecamiento y de relleno por acarreo del río. Juan José Nágera, geólogo también, explicó la diferencia entre los tipos de tierras y sus texturas y colores en 1947, pero el peso de las hipótesis asumidas hacía imposible ver más allá. Quizás no había quedado claro que las inundaciones, los movimientos de tierra por acarreo y el derrumbe de las orillas, los relictos de meandros que se llenaban o vaciaban con las crecidas, era un proceso natural ya que se trataba de una planicie de inundación. Un estudio técnico (Carabelli 1916) observó que en los 30 años anteriores hubo crecidas que llegaron hasta los 5.69 metros en Puente Alsina. El caso era que, aunque era obvio que Mendoza se había asentado cerca de sus barcos en tierras anegadizas -aunque se hubiera mudado años después-, y que sus caballos se embarraban y no podían pelear, les resultaba imposible aceptarlo: ese lugar 'podría haberlo elegido un Pizarro, que fue porquero en sus mocedades, pero nunca un gentil hombre de cámara del Emperador Carlos V' (Cardoso 1911: 329). ¿Cómo Mendoza iba a elegir 'un hediondo bañado en lugar de la fragante meseta?' (Cardoso 1911: 369). Resulta notable leer que para ubicar el lugar se basaran en 'la capacidad intelectual de los conquistadores, guerreros y marinos de noble alcurnia' (Cardoso 1915: 369). La ubicación se resolvía por las clases sociales de sus personajes. Bartolomé Mitre fue aun más lejos al decir que los conquistadores 'traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores' y por ende tenían que elegir un sitio aireado, con buenas vistas, elevado, arbolado y magnífico. Romero publicó que el asentamiento debió ser grande ya que 'la manía de empequeñecer todo lo relativo a la conquista (...) lleva al extremo de construir en un pantano su efímera población; algo así como un criadero de ranas. ¡Mil hombres metidos en un pantano de una cuadra!' (Romero 1928b: 650). Pese a eso, él fue el primero en considerar la importancia de los 'hallazgos arqueológicos', es decir los restos de dos barcos, armas y otros elementos que Eduardo Madero había recobrado al excavar el puerto y que nunca estudió (Madero 1892). Pero si bien despertó inquietudes con los restos del fuerte de San Pedro y tomó fotos, no hizo lo mismo con los objetos y restos humanos del sitio. De lo encontrado en el puerto por Madero en 1888 sí hizo un estudio detallado aunque ya varias cosas habían desaparecido y describió el contexto geológico. Pudo haber sido el inicio de estudios de otra naturaleza pero allí quedó todo. Finalmente Manuel Trelles y Bartolomé Mitre fueron quienes mejor ubicaron el posible asentamiento en la entrada al Riachuelo, al final del canal que pasaba frente a la meseta, donde se abrió la boca en el siglo XVIII destruyendo la barra arenosa (Molina 1957). Si así fuese, en esa época desapareció lo que pudiera haber habido.

Si bien los documentos son pocos y confusos, hay datos y el ubicar el Real a media legua aguas arriba del Riachuelo no parece ser muy discutible, o al menos debió haber generado interrogantes para desentrañar con la arqueología cuando la zona no estaba poblada. Hubo quienes entendieron que el Riachuelo había tenido fuertes variantes de entrada, de cauce y de movimiento de tierras en sus laterales y Cardoso fue quizás el primero que comprendió que las islas y bancos de arena de su entrada habían formando un estuario que estaba en plena desaparición antrópica, lo que coincidía con descripciones coloniales tempranas. Pero la historia funcionaba por carriles diferentes a la arqueología (Figuras 54 y 55).

Esta desconexión entre historia y arqueología, pese a que vimos que habían quienes estudiaban la zona, llevó a que para celebrar el quinto centenario de la llegada de Pedro de Mendoza se formara en 1935 una Comisión Oficial organizada por el joven Enrique de Gandía, investigador de la nueva escuela documental. La idea original fue de Outes quien quedó afuera 'por sus ideas' al decir del propio

Intendente. La subcomisión que tuvo a su cargo la determinación del sitio estuvo formada por Mariano de Vedia y Mitre (Intendente de la ciudad), Ricardo Levene que la presidió, Torre Revello (1937), De Gandía y Emilio Ravignani (Comisión Oficial 1941-48).

La obra editada en cinco tomos y otro posterior con la obra de Schmidl, fue tan monumental que difícilmente alguien pudiera discutirlos, pese a que varios miembros de la Comisión firmaron en disenso. Tan discutido fue el tema que esa comisión hubo que rearmarla varias veces. Pero la idea de De Gandía de ubicar el lugar en el Parque Lezama o su alrededor inmediato quedó establecida (De Gandía 1931, 1935, 1936a, 1936b, 1939, 1971). Además de su obra, los miembros y amigos de esa Comisión editaron varios libros como José Torre Revello y Juan J. Nágera (1947). Más allá de que por primera vez se reunió un conjunto único de documentos inéditos y se reimprimieron escritos de los primeros cronistas, incluyendo los juicios contra la sucesión de Mendoza en España, primaba en todos ellos el rescatar la imagen de los conquistadores como héroes y campeones de la cristiandad, y olvidarse de la población local. La comisión tenía que determinar el 'sitio exacto' de ese primer asentamiento español. Con todo eso, el mito de Parque Lezama quedó establecido; fue una historia con villanos, héroes, culpables y más que nada se destacaba la gloria española en América. Quien contó los problemas internos de la Comisión y la manera de tomar decisiones fue su presidente, el abogado e historiador e intendente Mariano de Vedia y Mitre, pero no quiso que su libro se editara hasta 30 años después de su muerte (1980, 1983). Finalmente quien lo vio todo más claro fue Adolfo Garreton -en 1935-, ubicando el puerto y asentamiento de Mendoza en la entrada al Riachuelo desde el canal de acceso que existió, que luego se extendieron hacia la meseta, y que Garay lo supo y fue directo a ese sitio en base a la experiencia anterior transmitida por quienes viajaron en ambas oportunidades. Más allá del pensamiento de la época, Garreton entendió a Ruiz Díaz cuando decía que para Garay 'ese puerto fue poblado antiguamente por conquistadores', hablando del atracadero de los barcos, aunque su aseveración de que allí aun habían ruinas y que las vieron no tiene forma de ser probado porque nadie lo asevera, aunque quizás podría haber sucedido (Garreton 1936).

Con posterioridad hubo algunas ideas alternativas. Guillermo Furlong (1968, 1971) entendió que el lugar descrito podría ser el actual Parque Patricios, en el sudoeste de la ciudad, paralelo al curso del Riachuelo y que quedaría dentro del radio de la media milla dada por los textos, si la contamos desde la boca actual del Riachuelo, entendiendo que esa medida era 'aguas arriba', indicando que fue en la zona del Puente Uriburu. Ese año José María Rosa ubicó el sitio en el conjunto de islas que formaban el delta de entrada al Riachuelo, un sitio ya destruido y creemos que fue quien estuvo más acertado (1936).



Figura 54. Vista de la isla Maciel hacia 1880 en la entrada al Riachuelo, cuando aun tenía vegetación y era lugar de esparcimiento. Posible imagen de la ecología encontrada por los conquistadores en el delta ya desaparecido (Foto de colección privada, Buenos Aires).

En síntesis, tras más de un siglo de manejo de documentos históricos y hallazgos sin contextos controlados, se estableció la ubicación en Parque Lezama sin base científica, generando dos mitos entrecruzados: la epopeya española a la vez que se minimizaba la población autóctona. La arqueología, hasta ahora, no pudo dar con el lugar, entendiendo que primero, o únicamente, se establecieron a orillas del Riachuelo. Y quizás eso es, o por déficit en las técnicas de observación y excavación, o porque realmente la transformación de la zona destruyó cualquier atisbo de su existencia.

En todo esto no podemos dejar de observar la fuerza que el imaginario tuvo entre los historiadores, no sólo por querer destacar lo que España hizo en América sino también la importancia que tenía destacar la significación simbólica de la conquista y dominación del territorio (Sánchez Pinto 2022). La aldea primigenia *debía* ser importante, lo haya sido o no, importaba su significado por sobre todas las cosas.



Figura 55. Inicio del proceso de regulación de las orillas del Riachuelo en 1880 construyendo bordes artificiales de madera que iniciaron la rectificación. La vegetación desapareció al igual que la topografía y con ello, probablemente, el sitio del primer asentamiento de Pedro de Mendoza (Foto Biblioteca Manuel Gálvez).

### **La Noria como asentamiento indígena**

Nadie imaginó que dentro del territorio de la Capital Federal, en el único rincón poco alterado que quedaba, se podrían encontrar evidencias contextualizadas de una posible aldea prehispánica o al menos de una ocupación extensa en el tiempo y con restos de arquitectura. El sitio se ha llamado La Noria por la resiliente manera de denominar la zona desde hace siglos. Si eso, un sitio prehispánico, podía existir ¿no pudo haber otros en lugares cercanos, contemporáneos o no a aquel? Es una pregunta sin respuesta pero válida, porque una vez roto el paradigma todo puede ser encontrado. Esto, más allá de su importancia, sirvió para destacar la absoluta falta de control y estudio por el Estado sobre su territorio cuando el crecimiento es cada vez más acelerado.

Cuando llegaron los europeos en el siglo XVI es probable que de La Noria ya nada existiera, sus modestas cabañas o refugios hechos de troncos habrían desaparecido. O quizás llegaron más tarde otros habitantes, con otras lenguas y otras tradiciones, y usaron la zona. Otros pasaron más tarde por encima con el trazado colonial del camino y luego con el puente donde cruzaron cientos de carros, personas y ganado pasando el Riachuelo por una zona baja que allí existía. Hubo personas que paraban en la zona a cocinar o tomar mate, y ya sabemos que algunos esclavos africanos o afrodescendientes hicieron ceremonias a uno de sus dioses fumando y luego destruyendo sus pipas grabadas (Schávelzon 2015). Y todos ellos caminaron por encima del antiguo sitio indígena, una y otra vez, rompiendo, dispersando lo que ahora es difícil saber su extensión. Mucho más tarde allí se construyeron casas, se cultivó la tierra, en el siglo XX se hizo un autódromo, se movieron grandes sectores de tierra con maquinaria, se rectificó el Riachuelo en la década de 1930-40, pero las evidencias materiales de estos

primeros pobladores quedaron debajo del suelo. Es un trabajo de arqueología que, en una historia de larga duración, le dio a Buenos Aires varios siglos más de pasado (Camino y Alí 2014). Los fechados de C14 y termoluminiscencia han determinado una ocupación durante los siglos XI y XIII (Camino *et al.* 2018).

El sitio se ubica dentro de un sector dominado por los bajos fluviales del que fuera el gran valle de inundación del río Matanzas-Riachuelo, en el extremo suroeste de la ciudad en donde está actualmente el Autódromo municipal. Los terrenos bajos de la margen del río tienen una amplitud promedio de cuatro kilómetros, mientras que en la margen derecha poseen aún mayor extensión. El ambiente dentro de un radio de diez kilómetros a partir del sitio está dominado por un paisaje fluvio-lacustre característico de una planicie estuárica. El lugar excavado está sobre una loma de unos diez metros dominando los bañados de la zona, con lo cual se convertía en un sitio estratégico para un grupo cazador-recolector. El paisaje está aun constituido por terrenos bajos vinculados con ambientes de acumulación litoral. Las secciones inferiores de estos valles fueron cubiertas por la ingresión marina del Holoceno medio formando estuarios cortos y anchos típicos del nordeste bonaerense (Figura 56). La erosión marina sobre este frente de la Pampa Ondulada generó acantilados con desniveles de cerca de siete o pocos más metros definiendo la barranca actual (Cavallotto, Violante y Colombo 2005; Nabel y Becerra Serial 2007; Pereyra 2004).

Las lomas como ésta se desarrollan en los distintos valles de inundación de la región cercanos al Río de la Plata. Para momentos previos al contacto con Europa estaban cubiertas por bosques de tala, chañar y algarrobo, todos con frutos comestibles. Fuera de ese bosque, hacia el oeste, comenzaba la llanura de la Pampa Ondulada, un ambiente elevado comparado con la costa del Río de la Plata, con tierras bien drenadas y que antes del siglo XVI presentaban muy pocos árboles y concentrados en los cursos de agua. Por el contrario, para el este del bosque se desarrolla el amplio estuario del río Matanzas, con un ambiente inundable fragmentado por pequeños arroyos, bañados laterales y lagunas temporarias, y que se articulaba con el estuario del Río de la Plata. Los bosques de talas fueron cortados para abastecer con leña a la ciudad. La introducción de nuevos carnívoros que se expandieron de manera incontrolada por la llanura pampeana, junto con la temprana y explosiva expansión del ganado cimarrón y los caballos primero, y de las estancias durante el período colonial, produjeron un cambio en las relaciones ecológicas que repercutió en la vegetación, e hicieron desaparecer casi toda la fauna autóctona incluyendo guanacos, ñandúes y venados.

La invasión biológica que se sucedió a partir del siglo XVI cambió en menos de un siglo el panorama ecológico y zoogeográfico de esa llanura, empujando la frontera agropecuaria de manera radial desde Buenos Aires. En este sentido, Darwin alcanzó a ver unos pocos venados de las pampas y un guanaco a unos 250 km de Buenos Aires, durante la primera mitad del siglo XIX, señalando que la retracción de ese camélido se relacionaba con la expansión de los nuevos grandes herbívoros. Pudo ver tan solo la parte final del proceso que ocurrió durante los siglos previos. El ambiente que mostraba el sitio en el momento que fue ocupado aún se conserva en pequeños puntos cerca de la ciudad de Buenos Aires, como en el área del Parque Nacional Ciervo de los Pantanos. Allí aún se puede observar como el bosque de tala representa una faja continua que separa la llanura de la Pampa Ondulada (hoy transformada en campos de cultivo), de los bañados hacia el estuario del Río de la Plata que conservan algunas de sus características originales (Figura 57).



Figura 56. Ubicación del sitio La Noria a orillas del antiguo cauce del Riachuelo Cortesía U. Camino).

La zona, compuesta de humedales tenía pajonales, juncales y totorales, adaptados a los suelos encharcados y a las inundaciones frecuentes. Esos bajos fluviales, a su vez, están separados de la

llanura abierta de la Pampa Ondulada por un denso cordón de un bosque con especies xeromórficas que se desarrollan sobre los faldeos del paleocantilado y que constituían barreras para el tránsito humano y para la dispersión de la fauna entre la llanura y esos humedales (Rusconi 1940). Estas diferencias ambientales influyeron en la distribución de los recursos de una economía cazadora-recolectora. En la llanura abierta de la Pampa Ondulada abundaban los dasipódidos, ñandúes (*Rhea americana*), venados de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*) y guanacos (*Lama guanicoe*).

En términos del potencial para la caza, la mayor parte del territorio corresponde a bajos fluviales. De esta manera los recursos animales más abundantes eran la nutria (*Myocastor coypus*), carpincho (*Hydrochoerus hydrochaeris*), ciervo de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*), cuis (*Cavia aperea*) y las especies de peces del sistema fluvial Paraná-Plata. En las praderas inundables y en los talaes podían encontrarse venados de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus*), y más alejados, en plena llanura pampeana, el guanaco (*Lama guanicoe*), el ñandú (*Rhea americana*) y mulitas (*Dasypus hybridus*) y peludos (*Chaetopractus villosus*). A pesar de la existencia de esta oferta de recursos faunísticos los habitantes del sitio tenían preferencia por el venado de las pampas, ya que casi la mitad de los cerca de 500 restos óseos que se recuperaron pertenecen a ese pequeño cérvido. Es notable la baja frecuencia de los recursos típicos de la Pampa Ondulada que sabemos que fueron habitualmente consumidos por los grupos aborígenes en los sitios del interior de la llanura pampeana. Otras especies típicas del interior, como zorros y algunos carnívoros, están ausentes. La falta de estos recursos puede relacionarse con rangos de caza circunscriptos al área adyacente al campamento. Dentro de todas las ausencias probablemente la de los peces sea la más indicativa respecto al estilo de explotación faunística de estos grupos, ya que son recursos muy abundantes, relativamente fáciles de obtener y con costos de captura bajos (Musali 2010). Es posible que esta caza selectiva del venado de las pampas se relacione con grupos en el interior de la llanura pampeana, cuyas estrategias de cacería y sistema tecnológico estuvieran adaptados a esas áreas abiertas, y que en ocasión de movimientos hacia el estuario del Río de la Plata la única presa ubicua era el venado, el que aprovechaba los bosques de tala, los bajos fluviales y las costas del estuario del Río de la Plata.

La presencia de las llamadas *ovejas salvajes* por los primeros europeos (guanacos, en contraposición a las *ovejas domésticas* que son las llamas del área andina), de *avestruces* (ñandú) y la caza de *venados* por los aborígenes locales, fue descrita por los primeros cronistas que arribaron con las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Gaboto y Diego García de Moguer, como así también durante el primer asentamiento de Buenos Aires (Politis 2002, 2014). Las menciones acerca de la caza de venados están descritas para varios grupos aborígenes locales, entre ellos los Querandíes.

### Los estudios en las orillas del Riachuelo

El Riachuelo, como único río en torno a la ciudad -ya que el Río de la Plata siempre fue pensado como un mar abierto-, fue un sitio que atrajo a los naturalistas desde mitad del siglo XIX. La arqueología como ciencia no existía pero lo que sí había era un conjunto de personalidades que, con su mirada amplia a todas las ciencias naturales, se interesaron en los restos culturales. En esos años, quizás hasta 1904 en que Ambrosetti fundó el Museo Etnográfico separando cultura de naturaleza, el Riachuelo era visto en todas sus variantes: históricas, paleontológicas, geológicas y botánicas entre otras, ya que no había mucha separación entre un campo del conocimiento y otro. Y la mayor era la unión entre geología, paleontología y restos materiales, entremezclados en la polémica de su tiempo: cuál era la cronología de esos objetos, si convivieron o no con la *fauna fósil* en que se debatían Germán Burmeister, Florentino Ameghino y luego Pedro F. Moreno, y si había o no superposición de etapas

culturales, cualquiera haya sido la distancia cronológica entre ellas, esos eran los temas de su momento. Estos estudios eran facilitados porque el Riachuelo, con sus habituales crecidas, iba recortando sus bordes, al igual que los ríos y lagunas de la región, dejando a la vista restos de todo tipo. Obviamente era campo libre posible de caminar.

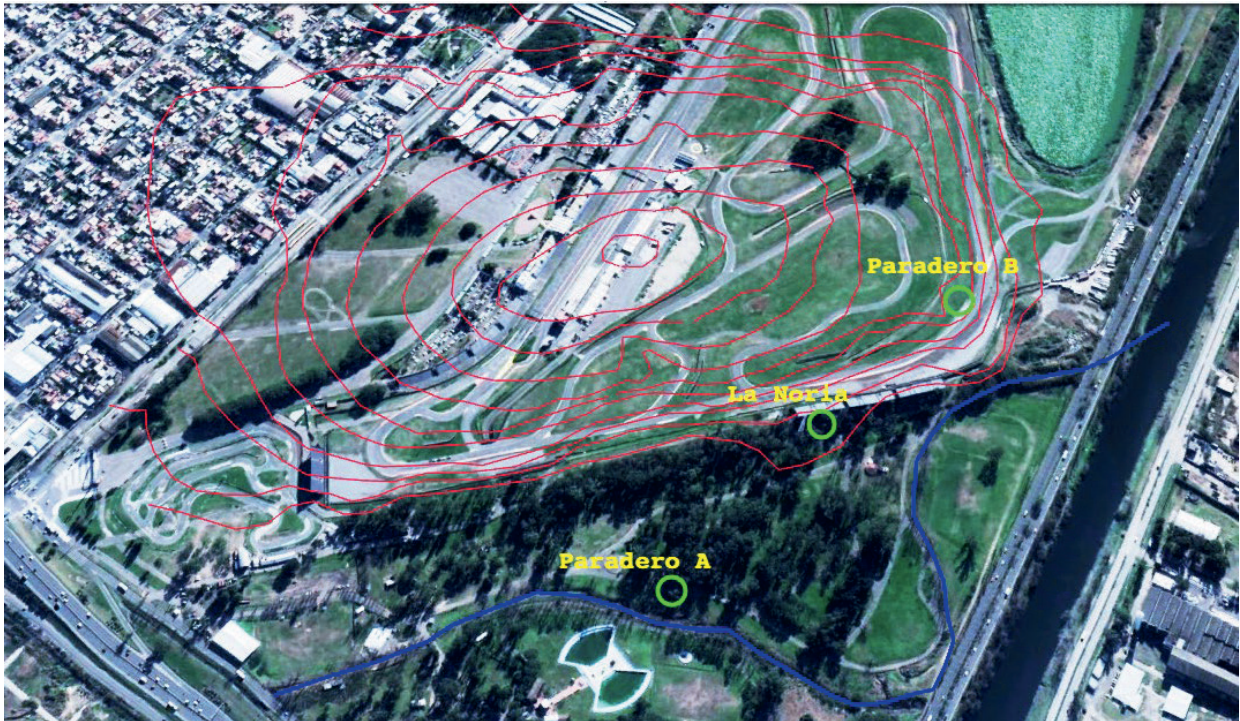


Figura 57. Vista aérea y curvas de nivel mostrando la topografía existente en La Noria. Se ubican los lugares en que Carlos Rusconi encontró restos de ocupación en la década de 1920; en azul el relicto actual del antiguo Riachuelo. No pudo probarse que haya sido todo el mismo asentamiento, lo que es probable (de Google Earth Pro; cortesía U. Camino).

Quizás el primero que estuvo en el sitio, que encontró objetos y los describió con detalle, a la vez que trató de correlacionarlos con otros en la región incluso con Europa y el resto del continente, fue el joven Francisco Moreno (1874). El problema es que indicó diversas localidades de las que no hay un plano -eran lugares por todos conocidos-, y tampoco ilustraciones. Moreno, en alguna oportunidad, habló de un sitio a 'dos millas al sur del Riachuelo de Barracas' a partir del Puente Chico que hasta 1909 cruzaba desde la Isla Maciel hacia el sur, lo que no queda claro es si era por tierra hacia Quilmes o remontando el río, lo que en ese caso sería cerca del puente La Noria. Todavía en aquel entonces las islas del estuario del Riachuelo existían y en ellas había evidencias arqueológicas. Moreno debió hacer esos recorridos a los 21 años. A la vez citó otros hallazgos en diversos lugares de la ciudad, incluso bajo casas demolidas desde el centro hasta en Flores. Las descripciones parecen coincidir muchas veces con las cerámicas u objetos de piedra de La Noria, pero no es claro y nada podemos obtener como precedente del interés en la zona.

Dos años más tarde, Moreno acompañado por Walter Reid y Estanislao Zevallos hicieron un recorrido orillando el río de la Matanza (Reid, Moreno y Zevallos 1876). Informaron acerca de los bancos de

conchillas que afloraban en sus orillas, su ubicación geológica y su proceso de formación. Aportaron datos sobre la presencia sistemática de cerámica arqueológica en la tierra negra que se formaba en los fondos de las antiguas lagunas lo que les daba una larga antigüedad. Dado que parte del estudio se hizo a unas 'cuatro o cinco leguas de su desembocadura', pareciera que estaban en la zona de La Noria o un poco más allá. Esto nos lleva a pensar en una ocupación, si bien no necesariamente contemporánea entre sí, de un número importante de habitantes y de su extensión.

Florentino Ameghino en 1884 hizo referencias en relación a la formación del ambiente en la zona. Usó de ejemplo el bajo Flores detrás del cementerio. Avanzó en la idea que esas lagunas y anegadizos eran el resultado del lavado de la tierra negra por la lluvia y las crecidas, que dejaban la tierra arenosa a la vista. Este fenómeno, la tierra demudada con montículos de tierra negra existieron hasta inicios del siglo XX y definían el poblamiento de los terrenos a lo largo del río. En esos parajes donde quedaba tierra negra se hicieron las primeras construcciones y sobre ellos se trazaron los caminos. Hay descripciones y fotografías de ese proceso que el viajero atribuye a la destrucción de los pajonales por el ganado. Es decir, que al proceso natural se le sumó la acción antrópica previa a la urbanización. Notaba que las inundaciones no sólo eran producto del desborde natural del río sino que también actuaba el hombre con el cambio de usos. Y éste se veía afectado por ese proceso ya que le definía los límites posibles de crecimiento de la ciudad; por eso también se tomó la decisión del Municipio de rellenar los terrenos bajos con la basura urbana y elevar la zona hasta poder lotearla, única alternativa simple y barata para terminar lo que consideraban un problema en lugar de un hecho natural, y de paso generar un enorme negocio inmobiliario que acabó todo resto natural previo.

El sitio La Noria, para el año 1900, era conocido, pero era otro lugar más con restos arqueológicos, de los muchos que se encontraban en la provincia de Buenos Aires, a la vez que la región se iba poblando. En 1918 llegó al lugar Carlos Rusconi, que empezaba a hacer viajes a lugares cercanos. Tenía 20 años y no había superado el tercer grado del colegio primario, por lo que se formó como autodidacta llegando a ser un famoso paleontólogo. Viajó al lugar acompañado de otro joven que llegaría a ser un gran profesional, Enrique Palavecino, quien no participó de las publicaciones. Eran parte de una nueva generación: hicieron un estudio técnico detallado con un plano de ubicación, lo que a la generación anterior no le parecía importante. Separó los objetos de cada lugar, los numeró, los publicó, los analizó y años más tarde volvió sobre el material para describirlo con más detenimiento, aunque descartó una buena parte por ser colonial o histórica, demasiado reciente (Rusconi 1928, 1940, 1956). Fue el primero que estudió lo que hoy llamamos La Noria entendiendo su importancia; hubo confusiones razonables con la cerámica burda española o con la de la población Afro (Schávelzon 2015), pero eran cosas impensables en 1920.

Después de Rusconi estuvo en el lugar otro autodidacta aun más joven, Florencio Villegas Basavilbaso, un estudiante de 19 años que fue un conocido político, abogado e historiador. Observó dos 'fogones' aprovechando la apertura de una nueva avenida hacia el puente la que dejó al descubierto sus perfiles, uno midiendo cinco metros y el otro menor. Si eran los mismos de antes sus dimensiones eran mayores de lo pensado, y por eso ahora fue posible pensar que no eran sólo restos de fogones sino un asentamiento. En ellos encontró fragmentos cerámicos, manos de mortero, raspadores, puntas de proyectil y artefactos realizados en hueso. Es decir que ambos rasgos arqueológicos continuaban bajo tierra en extensión. Pero fue más lejos de la ciudad y sobre la misma orilla del río encontró otro sitio similar que se conoce como Ezeiza, aunque ahora sabemos que son tres lugares diferentes pero cercanos entre sí (Villegas Basavilbaso 1933, 1937a, 1937b), allí recolectó tuestos similares a los de La Noria. Milcíades Vignati en 1931 había excavado en Punta Piedras encontrando otro contexto similar. También sobre la zona escribió Félix Outes, con mirada geográfica, y fue importante su aporte en

cuanto al nombre del río Matanzas y el desvincularlo de la matanza de Juan de Garay al igual que ubicar bien el río De los Querandíes mucho más al norte (1917, 1930).

En 1963, Eduardo Cigliano (1963) publicó unas notas sobre su excavación en Punta Indio abarcando la zona del noreste de la provincia de Buenos Aires, incluyendo Palo Blanco, Hudson y Pereyra obteniendo los primeros fechados radiocarbónicos para el sector del estuario del Río de la Plata, tratando de construir un panorama a partir de similitudes estratigráficas y de materiales culturales, con independencia de adscribirlos a entidades etnográficas. Entre los sitios analizados estaba La Noria, a la que llama con ese nombre. Más tarde estableció una secuencia de casi 4500 años antes del presente (Cigliano, Schmitz y Caggiano 1971). Esa región tuvo alguna actividad de investigación durante las dos décadas siguientes aunque no con la intensidad necesaria ante el fuerte crecimiento urbano. Poco más tarde se estudió un sitio que tenía ocupación indígena con la presencia de objetos europeos en Ezeiza (Conlazo 1982 y 1999; Conlazo, Lucero y Authié 2006; Ponsard y Conlazo 1984).

El estado de situación de la región ha cambiado en gran medida desde aquellos trabajos iniciales que trataban de hacer coincidir la cultura material con los pueblos que habían sido nombrados por los conquistadores. Actualmente es posible asumir que la mayoría de los hallazgos están ubicados sobre las márgenes de río Matanzas-Riachuelo, Punta Lara, Berisso, Quilmes, Escobar y Tigre, que todos tienen cerámica y los fechamientos se ubican entre 200 aC y la llegada de los españoles, y que algunos fueron cubiertos por construcciones posteriores hasta la actualidad.

### **La Noria y las evidencias de construcciones**

El sitio, además del conjunto de artefactos hallados, mostró la presencia en sus estratos inferiores de un conjunto de agujeros de postes los que son la evidencia de la existencia de estructuras construidas en madera ubicadas cerca del Riachuelo y al pie del antiguo cerrillo. Lo hallado han sido 21 agujeros abiertos en las arcillas naturales y distribuidos de forma desigual entre los diferentes sondeos. Dadas las características de la excavación no se ha logrado aun determinar las formas a las que corresponden, salvo una posible cabaña ovalada, aunque no todos los agujeros son contemporáneos. La mayoría de ellos tienen forma circular u ovalada con un diámetro que puede variar entre 15 y 55cm, mientras que su profundidad apenas supera los 10cm, lo cual nos indica que es muy probable que hayan sido arrasados en su parte superior. Todos los agujeros tienen un característico relleno, un sedimento de coloración negruzca compuesto por material orgánico y arena, similar al nivel que colmata todas las evidencias de la fase (Figura 58). Al menos hasta ahora hay pocos pozos que pueden ser considerados como de una misma construcción por lo que se necesitan muchos más trabajos para completar el estudio. Pero la evidencia material acerca de instalaciones madereras es insoslayable.

En cuanto a las características de los agujeros se pueden destacar algunas diferencias entre ellos. Se aprecia la presencia tanto de los de mayor tamaño (más de a 40cm de diámetro) como de aquellos de menor tamaño (20-25cm de diámetro). Los de mayor tamaño se caracterizan por presentar la huella de la impronta del poste en su interior lo que podemos interpretar como elementos portantes de una estructura importante, de vivienda o similar. Los de menor tamaño, si bien muchos de ellos se encuentran alineados con los que poseen impronta, pudieran responder a elementos de sustentación intermedia. Este conjunto de agujeros podemos entenderlo como parte de una ocupación indígena si bien seguimos ignorando las características del mismo. Cabe suponer que se trate de un asentamiento estacional pero eso está por ser probado ya que resulta curiosa la ausencia de otros elementos característicos en los poblados como pueden ser los fogones u hogares (Camino y Alí 2014; Camino *et al.* 2018).

Las vinculaciones con el interior de la región pampeana son evidentes cuando se estudia la cerámica (Aldazabal, Eugenio y Macchi 2015; González y Frere 2010; González, Frere y Frontini 2012; Pérez y Cañardo 2004). También cuando se observan los diseños de los artefactos líticos como así las materias primas empleadas y que las dos rocas más utilizadas vienen de las sierras de Tandil, aunque hay otras llegadas desde Entre Ríos o del Uruguay, seguramente a través de redes de intercambio con otros grupos. Es de destacar la casi total ausencia de núcleos y lascas de descortezamiento y del uso de la talla bipolar.

La explotación faunística presenta particularidades. Entre ellas, la ausencia o muy baja frecuencia de recursos vinculados con el ambiente fluvio-lacustre del valle de inundación del Matanzas, como el copio, el carpincho y los moluscos de agua dulce, muy abundantes en el río hasta bien entrado el siglo XX. También están ausentes, o en baja frecuencia, los recursos típicos del cercano estuario del Río de la Plata, tales como el ciervo de los pantanos y los peces estenohalinos, los que ingresaban regularmente por el valle y curso del río Matanzas. A ello se debe sumar la no detección de artefactos destinados a la captura de peces como son los arpones de punta separable y la casi total ausencia de evidencias de un sistema de producción de artefactos óseos o de armas tan comunes en los sitios de las cuencas adyacentes. Por otro lado, hay una baja frecuencia o ausencia de taxones vinculados con áreas abiertas, lo que es común con otros sitios de la región. Por ejemplo, no se han podido identificar dasipódidos que son abundantes en la Pampa Ondulada próxima a La Noria. Tampoco se detectaron cáscaras de huevo de ñandú. La falta de la representación anatómica de esta ave, centrada en las falanges, ha sido observada en las cuencas de los ríos Reconquista y Luján y lo mismo sucede con el guanaco. La identificación de falanges y sectores distales de los metapodios es frecuente en los sitios adyacentes al estuario del Río de la Plata (Buc 2012; Buc y Loponte 2016; Loponte 2008; Paleo y Pérez Meroni 2007; Silvestre *et al.* 2013). Rusconi identificó restos de *Lama sp.* (cf. *L. guanicoe*), la presencia de ñandú y de guanaco, ambas especies típicas de la llanura abierta. Existe en decenas de sitios con este tipo de registro, el cual ha sido interpretado como el producto final de una estrategia de caza o intercambio para obtener recursos inexistentes en el litoral fluvial. De esta manera, la caza centrada en el venado de las pampas podría haber sido una opción diseñada por cazadores habituados a la captura de mamíferos en la llanura pampeana, pero dentro un marco ecológico distinto. El área inmediata de captación de recursos está dominada por los bajos y estepas inundables propias de la planicie estuárica, con escasa proporción de tierras altas. El único recurso típico de la llanura que se adentra en estos bajos es el venado. Este mamífero se adapta a los ambientes fluviales y lacustres del nordeste bonaerense donde era cazado por grupos locales como ha demostrado la bibliografía.

Si bien el contexto del La Noria posee similitudes con el resto del registro regional, presenta diferencias que seguramente sugieren algo. Dado que las investigaciones de campo y laboratorio se ampliarán en el futuro, la interpretación del sitio podrá determinarse con más detalle en base a nuevos hallazgos.



Figura 58. Evidencia de postes en el estrato inferior de uno de los sectores excavados (Cortesía U. Camino).

## Repensando el pasado indígena de Buenos Aires

La Noria puede representar un campamento-base de grupos de cazadores-recolectores pampeanos que explotaron el ambiente de los bajos fluviales de la llanura estuárica y de un sector de la Pampa Ondulada. Pero no sabemos qué estacionalidad tenía, ni la cantidad de tiempo que era usado, o si tenía población estable. Lo había dicho también Antonio de Herrera: ‘Los querandíes, hombres que viven en casas y lugares movedizos, como árabes’.

En el lugar se elaboró y utilizó alfarería; se efectuó la manufactura, el mantenimiento y uso de artefactos líticos, y se trozaron y consumieron diferentes presas alimenticias, particularmente el venado de las pampas. El conjunto cerámico presenta características comunes a la alfarería de los grupos cazadores-recolectores pampeanos del nordeste bonaerense, tanto en su tipología como en las pastas (Aldazabal 2002; Frere 2014; Frere *et al.* 2012; González 2005; Loponte 2008; Pérez *et al.* 2009; Pérez Meroni y Blasi 1997; Pérez y Montenegro 2008), y en su estilo tecnológico. Los diseños geométricos son los más representados y alcanzan su máxima frecuencia en las cuencas de los ríos Reconquista y Luján (Loponte 2008; Pérez, Vigliocco y Alí 2013; Vigliocco y Alí 2013). El conjunto cerámico presenta un componente estilístico con grafismos que muestran una variabilidad no registrada en las cercanías. Estas diferencias pueden representar grupos distintos, los que podrían tener una mayor relación con el interior de la llanura pampeana y/o la pampa deprimida y por lo tanto estaríamos en la transición entre dos maneras de vivir.

Para una historia descolonizada, el pensar que el sitio que ocupa la ciudad de Buenos Aires que cubre 203km<sup>2</sup> estuvo poblado antes que la llegada de España por campamentos estacionales o semi-permanentes o del carácter que pueda probarse, incluyendo arquitecturas madereras, permite ver el territorio con una mirada de larga duración. Es muy posible que Mendoza o Garay hayan construido sus fuertes y viviendas sobre o al lado de lo que quizás era o había sido una aldea, o varias de ellas cercanas, abandonadas o en uso, parecidas o no a la de La Noria. Fue quizás como lo que se ha descubierto en el asentamiento español de Sancti Espíritus en el sur de Santa Fe, donde había una aldea y los invasores del siglo XVI simplemente se asentaron encima de ella sin decirlo hasta que la arqueología lo puso en evidencia.

Sabemos que en todo el continente los conquistadores ocupaban lugares que tenían comodidades y no sólo para sus barcos. Porque además de apropiarse de esas tierras, necesitaban tener acceso al agua dulce, a alimentos, a mano de obra y más que nada dar la imagen de fuerza y poder sin la cual todo intento de dominar sería en vano (Figura 59). Imaginamos un conjunto de 1500 personas que arribaban de improviso, después de meses hacinados y sedientos de riqueza, que necesitaban al menos comer ese mismo día y la violencia que eso debía desatar.

En estas tierras los europeos no encontraron lugares con pirámides, plazas y palacios, sino modestas aldeas, pero igualmente ésta no era *Terra nullius*, base del derecho colonial para ocupar espacios del mundo. La Noria y otros sitios cercanos, quizás incluso donde Garay fundó la actual ciudad, serían prueba que este era el hábitat de alguien no tan nómada como se supuso, y desde hacía muchos siglos. Y abre la hipótesis, quizás imposible de comprobar por la destrucción casi total, que en la planicie en que se instaló la ciudad definitiva hubo una ocupación indígena que fue desconocida por sus nuevos ocupantes. Esto no sería raro, por el contrario, fue lo habitual en toda América: si no hay nadie no hay discusiones, sólo era cuestión de guardar silencio.



Figura 59. Diversos conjuntos cerámicos precolombinos provenientes del área central de la ciudad de Buenos Aires, coincidente con la zona de ocupación por Juan de Garay sobre la meseta frente al Río de la Plata en 1580 (Foto: F. Zorzi).

## IV

### Arqueología de las *Tierras altas*

Si observamos la ciudad en los planos existentes desde el siglo XVIII y en especial en la que se ve en las imágenes hechas por los viajeros que llegaban por agua, en el lugar existía una topografía natural no muy destacada, pero la había. El terreno estaba formado por una meseta en donde estaba el centro antiguo, fundacional, la que estaba cortada por tres pequeños arroyos, dos de los cuales la limitaban. Por ello se llamaban *Terceros*, del Sur, Centro y Norte, denominación no muy original pero eran barreras físicas concretas con las lluvias. La meseta tenía al frente y sobre el río una barranca de unos diez metros de altura y en el terreno circundante existían desniveles que pocas veces pasaban los 20 metros, pero se estaba lejos de ser una superficie plana. Hacia el sur, un kilómetro, el Riachuelo había formado en su desembocadura una gran zona deltaica con islas en su entrada que formaba un cono de terrenos inundables, ya que el territorio era de humedales y lagunas estacionales que alcanzaban grandes dimensiones. Fue el puerto por naturaleza de la ciudad por siglos. Las hondonadas en la zona no eran bruscas y para una ciudad de montaña todo esto sería de una dimensión irrisoria, pero de todas formas para el proyecto de una ciudad ideal plana, como se concretó en el siglo XIX tras sus inicios en el siglo anterior, y que llegó al presente, eran una molestia. Más aun lo fue para la ingeniería necesaria para instalar agua, desagües, trenes y tranvías, es decir para la modernidad que necesitaba desniveles controlados, diseñados en su justa medida. Así, a partir de definir un ‘nivel cero’ artificial, unos espacios se rellenaron y los otros fueron rebajados. Es decir, a medida en que se rellenaba lo negativo se rebajaba lo positivo hasta lograr un nivel artificial regular.

Más allá del hecho concreto de que se produjeran estos cambios para favorecer la infraestructura de servicios, podemos preguntarnos si valía la pena ese enorme esfuerzo colectivo, de mover miles y miles de metros cúbicos, de alterar una topografía natural y un orden de distribución espacial que hubiera podía servir para los desagües si no se hubieran ocupado las tierras bajas inundables, además de preservar su belleza y usar la naturaleza para tener una ciudad diferente (Figura 60). Una ciudad construida en una zona de humedales, lagunas y de inundaciones periódicas podía ser pensada como cualquier ciudad europea de canales, islas y hasta palafitos. Gran parte de los primeros ingenieros y arquitectos que llegaron al país desde inicios del siglo XIX, quienes hicieron estas intervenciones, venían desde Europa, donde Estocolmo, Ámsterdam o Venecia no eran malos ejemplos urbanos de la relación tierra-agua.

Hemos publicado los estudios arqueológicos hechos en la zona céntrica y en el barrio de San Telmo, hoy considerado el centro histórico -aunque nació en el siglo XVIII, es decir de la parte elevada, las tierras de la meseta que eligió Juan de Garay para fundar la ciudad en 1580 (Schávelzon 1999, 2000). Por un par de siglos el crecimiento urbano siguió ese recorrido alto evitando los terrenos inundables y esos eran los caminos que entraban a la ciudad y hoy son sus principales avenidas. El objetivo central de la arqueología de la ciudad antes del año 2000 fue, entre otras cosas, estudiar la forma de esa desaparecida -o muy alterada- zona central y la barranca hacia el Río de la Plata. Ese pequeño acantilado, el que había caracterizado la ciudad, se fue excavando en lugares ubicados básicamente en el centro y en la zona Sur. Eso fue lo que nos enfrentó a la situación de encontrar zonas de rellenos y otras de rebajes para compensar el desnivel hacia el Río de la Plata manteniendo un nivel horizontal regular. A veces se llegaba a la tierra estéril simplemente al levantar el piso moderno y aunque hubieran pasado cinco siglos de posible acumulación sedimentaria y estratigráfica, a lo sumo lo que

quedaban eran sólo centímetros. Era un proceso estratigráfico difícil de comprender y muy poco visible.

Al excavar y ya que se trataba de la gran terraza fundacional, al menos en su mayor parte, era de suponer que estaríamos siempre encima de estratos más antiguos, aunque más no fuera por la habitual superposición de construcciones. Pero esa expectativa no fue siempre cierta, tal es así que al excavar dentro de la Casa de Gobierno se encontraron los cimientos del Fuerte fundacional y de la Casa del Gobernador -hoy los restos más antiguos de la ciudad-, cubiertos solamente por los rellenos de las obras del año 1900, pero su nivel de piso era el de la actual Plaza de Mayo que la enfrenta (Schávelzon, Girelli y Martínez 2019). Es decir, no hubo sedimentos ni naturales y ni artificiales salvo el edificio existente, mostrando la actitud de mantener los niveles primigenios. En la zona sur aun quedan unas pocas puertas antiguas que han sido rebajadas para adaptarse a cambios, siempre a rebajes del terreno, lo que se hace patente en la diferencia entre el vano de la entrada y la puerta en sí misma, marcando los dos modelos de ciudad antagónicos, la del Antiguo Régimen de la época colonial, y la Positivista, moderna (Figura 61). Pero esos cambios no superan el metro de altura. La topografía original era la de la meseta casi sin cambios.

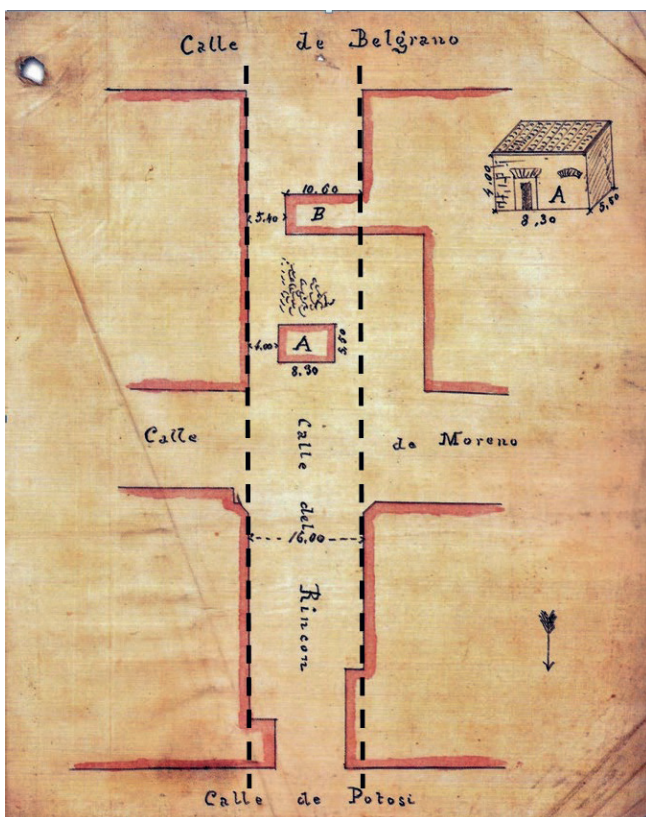


Figura 60. La calle Rincón antes de ser rectificada a mitad del siglo XIX, con casas en el recorrido, por lo que se recortaron y completaron los lotes para lograr una calle recta, perfecta en su trazado. Nótese la modesta casa colonial señalada para ser derruida (Archivo DGPat).

En Buenos Aires hubo varias formas de accionar con el espacio urbano para construir después de haberse ocupado el área central: expandirse hacia el norte buscando los niveles elevados, hacia el oeste por otro tanto, y lo que hoy llamamos San Telmo que está unido al centro antiguo aunque cruzando un arroyo estacional ya desaparecido. Todas esas expansiones se hicieron sobre las

superficies elevadas del terreno desde el siglo XVI al XVIII. La tendencia de crecimiento más fuerte fue hacia el oeste, a lo largo de lo que es ahora la avenida Rivadavia, yendo hacia el naciente pueblo de Flores. Otra alternativa era a través de Palermo hacia el Norte para llegar a Belgrano fundado a mitad del siglo XIX. Todas las formas de crecimiento tenían una lógica: la de no construir en tierras inundables.



Figura 61. Casa en la calle San Lorenzo 345: la fachada y la puerta fueron bajadas para adaptarse al nivel de la calle en 1884, modificada para los tranvías y desagües. Lo que se ve debajo de la línea blanca son los cimientos que quedaron expuestos.

Desde la mitad del siglo XIX las operaciones urbanas cambiaron y la política fue el recortar para dar niveles suaves de descenso para las instalaciones sanitarias y los tranvías a caballo de poco energía, mucho más tarde para los automóviles. Fue ilógico porque no se partió desde el punto más elevado y no desde un cero artificial intermedio -el primero fue el piso del pórtico de la Catedral construido hacia 1822, muy cerca de la cota inferior-, lo que implicó recortar para que el nivel descendiera hacia el río y rellenar para que el oeste pudiera drenar. En lugar de partir del punto más alto y aprovechar la naturaleza para que escurriera el agua, se subió y bajó artificialmente. Es cierto que la ingeniería todo lo puede, como dijimos '*Mens agit molem*', pero el costo ha sido impagable hasta la actualidad.



Figura 62. Parque San Martín de Tours en Recoleta: el árbol y la lluvia dejaron a la vista un camino empedrado hecho hacia 1860, ejemplo de la falta de sedimentos y rellenos de los sectores de topografía elevada.

En la zona de San Telmo aun se ve que los edificios antiguos tienen escalinatas para acceder, que suben o bajan, no siempre por proyecto de arquitectura sino porque tuvieron un nivel original y luego se modificó el de la calle. Sólo quedan las excepciones de las casas que estaban sobre el borde de la barranca al río, que en ese caso quedaron elevadas, mientras que las que estaban debajo del nivel quedaron enterradas. Esa monumental operación de generar una ciudad horizontal, plana, como imaginaban las pampas o los desiertos en la literatura, que implicaba toda una ciudad que aun no existía pero que estaba en plena construcción fue producto de la obsesión planiforme y la satisfacción psicológica de la extensión infinita: Positivismo al fin de cuentas. El que nuestra literatura romántica de aquella época asemejara la pampa y al gaucho al desierto y los árabes -racismo aparte-, no es casual como imaginario.

Lo mismo sucedió con la obsesión de cuadricular de manera regular hacia un supuesto damero gigante e ilimitado; ya no era seguir la tradición española fundacional ya que los trazados originarios sí tenían un límite preciso, la llamada 'traza' que quedaba rodeada del ejido comunitario. Esto era controlar y dominar a la vez que expandirse, no tener límites, era darwinismo urbano si eso existe. Era el concretar el gran proyecto Positivista de una soñada París en América, pero a diferencia de aquella ésta sería absolutamente regular, controlada y simétrica, por lo tanto, mejor, porque se suponía que el orden superaba a lo que se entendía como caos. Esa situación hizo que las excavaciones en las zonas altas o del nivel original habitualmente ya tuvieran destruidos hasta los pisos de las viviendas, porque

luego de demoler se construía en un nivel más bajo y no más alto que era la suposición original. Y eso lleva a que solo con remover los pisos actuales aparezcan los cimientos precedentes. A veces bajo unos pocos centímetros de cemento están los restos antiguos, casi sin necesidad de profundizar, como si la erosión natural los deslavara.

Ha sido habitual que el desgaste erosivo producto de la lluvia y el uso frecuente en plazas y parques, o por el crecimiento de las raíces, dejen a la vista cimientos de estructuras que fueron demolidas y recubiertas sólo por la tierra usada para el pasto. Un detalle anecdótico ha sido que de algunas grandes residencias cuyas tierras pasaron a ser espacios públicos, los sótanos e instalaciones provocaron hundimientos, los que aun continúan, o que los árboles al crecer dejen a la vista estructuras que estaban en el nivel de tierra original (Figura 62). Es un ejemplo de la casi inexistencia estratigráfica en esta zona.



Figura 63. Restos expuestos de los cimientos del antiguo Cabildo de Buenos Aires, que habiéndose construido en el nivel original de la terraza fundacional, hoy en lugar de estar bajo sedimentos han desaparecido hasta los pisos de las diferentes épocas poniendo en evidencia el rebaje las zonas elevadas, aunque sea en pocos centímetros.

El Cabildo de Buenos Aires, construido en el siglo XVIII, fue reconstruido en 1939 modificando el nivel de los pisos para bajarlos apenas unos centímetros ¿Qué sentido tuvo? Quien lo visite puede observar que pese a ese esfuerzo aun tiene un desnivel frente a la Plaza de Mayo -antigua Plaza Mayor-, que hace que la entrada por el patio, al Sur esté a nivel de la calle, mientras que en la del Norte sea necesario subir unos escalones (Figura 63). Para quienes hicieron la restauración era difícil entender que hace dos o tres siglos no importaba una diferencia de medio metro en un edificio de esa envergadura. Al restaurarlo sí se lo tomó en cuenta, y sin motivo más que la obsesiva regularidad se rebajó el terreno tratando de evitarla. Si esto se decidió con una construcción excepcional en la

historia urbana, es posible imaginar las decisiones con la arquitectura de contexto, las viviendas que conformaban la ciudad.

Hay áreas de San Telmo en que la secuencia de los pisos arqueológicos es de pocos centímetros y al excavar y al ser todos, al igual que los cimientos, del mismo material, es decir de ladrillos, lleva a fuertes confusiones. Es probable encontrar dos o tres siglos en 10 o 15 centímetros lo que indica la manera de operar en el interior de la ciudad, superponiendo una etapa de construcción directamente sobre la otra de tal manera que los cimientos, muchas veces sin siquiera piso, están prácticamente al nivel de la superficie (Figuras 64 y 65).



Figura 64. Inicio de la excavación de la casa Ezcurra en la calle Moreno 550. Un simple cepillo comienza a dejar expuestos los pisos, restos de paredes, cimientos y pozos, buen ejemplo de la falta de sedimentos en la zona central de la ciudad en que los terrenos eran rebajados borrando la estratigrafía de la superposición constructiva (foto: A. Igareta).



Figura 65. Habitaciones del personal de servicio y cocinas del Palacio Miró-Dorrego, demolido en 1937, encontrados por hundimiento. Como mantenía el nivel deseado no habían sido rellenadas, su terreno es la actual plaza Lavalle (foto Ricardo Orsini y Biblioteca Gálvez).

Una excavación en la zona del ejido, es decir afuera de la traza original, donde existía una casa de finales del siglo XVIII, importante porque había sufrido pocas transformaciones hasta su reciente demolición (Schávelzon 2012), mostró una notable secuencia: arriba estaba el piso colocado a fines del siglo XX, debajo de él había, intacto, un piso de baldosas francesas puestas a su vez sobre un nivel de ladrillos -que pudo ser usado como contrapiso-, y por debajo y sin dejar espacio entre ellos había otro nivel de ladrillos. Luego se halló un grueso y bien apisonado nivel de tierra que, por las marcas, debió ser el contrapiso de los ladrillos de la segunda capa. Sobre el nivel de tierra original existía un fogón abierto hecho de barro, de extraña forma triangular, el que había sido hecho directamente sobre el piso de tierra del primer rancho o casa modesta que hubo allí. Y todo eso se hizo en poco menos de dos siglos y en pocos centímetros de estratos. Lo interesante de esa larga secuencia fue que a su vez ese conjunto de estructuras superpuestas estaba hecho sobre un nivel artificialmente aplanado para construir sobre el terreno natural, el que existió cuando no había nada construido pero que en él quedaron huesos y fragmentos cerámicos por medio metro hasta llegar al terreno estéril (Figura 66). El proceso de uso en la tierra natural fue más profundo y dejó huellas más marcadas estratigráficamente que los dos siglos de construcciones de ladrillos una encima de la otra.



Figura 66. Casa de los últimos años del período colonial (calle San Juan 338) reconstruida a inicios del XIX. A la izquierda su fachada y el piso de ladrillos, a la derecha un ejemplo de un rancho de techo de paja y piso de barro, como debió ser esta, de lo que quedó el fogón en su centro.

Para las excavaciones en los terrenos de nivel cero, o que en origen fueron más altos y se los rebajaron, a quienes excaven se recomienda comenzar, si no hay piso o una vez levantado éste, limpiar con cuidado el terreno y eso va dejando a la vista los cimientos de las estructuras preexistentes. Tan simple es en los terrenos de demoliciones o parques públicos. Ha habido casos en que, tras varios sondeos, se retiró con maquinaria los pisos modernos hechos con cemento, con extremo cuidado pero con enorme ahorro de tiempo. Si en los pozos preliminares de sondeo se observa que hubo un relleno por cambios de uso, es posible excavar hasta ver la parte superior de las estructuras y ahí definir la estrategia a usar en función del objetivo que se tenga (Figura 67). Tan marcada es esta situación que en la zona de Puente La Noria, en donde no hubo transformaciones de nivel, se pudo encontrar el ya citado sitio indígena de igual nombre fechado para los siglos XI a XIII y precedente en el tiempo a la ciudad (Camino *et al.* 2018; Schávelzon 2020a). ¿Cuántos otros sitios indígenas habrá habido y que quedaron bajo los enormes rellenos desde la entrada de Riachuelo hasta La Noria? Resulta insólito que los niveles históricos estén a centímetros del piso actual o incluso por encima, lo que lleva a hallazgos repentinos de manera diaria haciendo que la arqueología de rescate sea cada día más importante y necesaria.

Un buen ejemplo de la manera de actuar en la zona céntrica fue la desaparición de la barranca al río. Definitiva y marca urbana desde la fundación misma, y uno de los motivos de haber elegido esa meseta protegida del río y los posibles ataques piratas al ser un sitio mejor defendido, fue borrándose desde el siglo XVIII hasta ser ya casi inexistente. Durante años se excavó sobre ella (Schávelzon 2000) para entender este proceso, enraizado en la memoria urbana como “el alto” y “el bajo” que ya no son físicamente visibles. Y lo que se observó fue que en terrenos que no llegaban a medir 50 metros de largo, sobrepuestos sobre la barranca, un lado estaba rebajado pese a que las calles habían sido asfaltadas una y otra vez por superposición, y por el otro extremo había rellenos de diez o más metros. Incluso casas que aun en 1850 tenían los Terceros sobre su límite, que no hubiera afectado si no fuese porque se arrojaba basura sin control o incluso por decisión del Estado, luego de esa época comenzaron procesos intensos de renivelación que generaron nuevos problemas. El proyecto de entubar el Tercero del Sur, gran basural durante dos siglos, fue finalmente encargado hacia 1860 a un ingeniero formado en Francia, Carlos Pellegrini, que en lugar de hacer desagües directos al río hizo un largo recorrido abovedando casi un kilómetro bajo tierra lo que obligó a fuertes cambios en la topografía. Es cierto que finalmente logró controlar las inundaciones que generaba en esas cuadras, pero duró menos de treinta años ya que quedó fuera de uso al hacerse los desagües generales de toda la ciudad. Para la nivelación se usaron grandes volúmenes de huesos de animales, polvo de ladrillos molidos, hierro y descartes que se iban seleccionando y colocando en estratos. Si se lo hubiera canalizado bien –lo que nunca se proyectó siquiera–, se hubieran evitado todas esas obras públicas que para su momento eran de envergadura. Y hoy habría una canal de agua que si bien no era un río daría un poco de naturalidad a la zona, mantendría su topografía y sería ecológicamente natural y sin costos de mantenimiento. Pero ya era imposible no pensar en la ciudad moderna, horizontal, controlada por la ingeniería y el Positivismo. Lo otro sería Romanticismo, reñido con la higiene, la ciencia y el avance de la civilización, en última instancia, también considerada masculina.



Figura 67. Prostíbulo de las calles San Lorenzo esquina Defensa: se observa el primer nivel de mosaicos que fue levantado para ver el piso de ladrillos, hay otro nivel por debajo y la tierra original surge en un sondeo. Los gruesos muros interiores de la casa preexistente habían sido desarmados para hacer este gran salón de baile.

Los primeros edificios construidos en la ciudad, desde 1580 hasta 1608 cuando fue trazada a nuevo por Hernandarias, tuvieron una orientación algo diferente a la actual. Es común oír la repetición del mito de que el trazado es el mismo, pero con ver los planos se hace evidente el cambio de orientación en 16.5 grados al oeste desde el norte. Lo que sucede y confunde es que nada queda en pie de esa época. Esta reorientación se debió al hecho que para trazar la ciudad en el siglo XVI se tomó el polo norte verdadero y no el de la brújula, posiblemente porque quisieron ser exactos. Pero la brújula marca el norte magnético que está unos grados desfasado del otro, entre 10 y 15 grados según la deriva del polo. Tras el asesinato del fundador, Hernandarias, que era hombre de la tierra, un mestizo que vino desde Asunción por tierra y no un marinero, decidió modificar el trazado de la ciudad la que debió ser bastante desordenada como cualquier otro poblado inicial. Para varios documentos el cambio fue hecho para mejorar la circulación de los vientos. Es más, hasta nos preguntamos si el trazado original no fue un simple plano de repartimiento para justificarse ante la Corona en España y las cabañas estaban dispersas aleatoriamente como sería lógico de suponer. Quizás Hernandarias no retrató más que en el plano, lo que hizo fue comenzar a ordenar la ubicación de cada uno en un sitio; y eso explicaría la falta de testimonios concretos de los primeros años.

En arqueología y en descripciones escritas se han encontrado algunos restos, o sus referencias, con la orientación antigua, la primera hecha por Garay, que permiten establecer su cronología. El único caso que se ha encontrado excavando, hasta ahora, es el del Fuerte con la Casa de los Gobernadores que

existía en su interior (Schávelzon, Girelli y Martínez 2019), aunque hay datos sobre restos del primer Cabildo cuando fue excavado en 1891 y algunos otros edificios tempranos hasta ser demolidos.

El déficit patrimonial que caracteriza la ciudad en su imparable proceso de modernización, la negación del pasado y la especulación inmobiliaria, sumado a la ocupación de grandes terrenos –en especial en el conurbano- sin control arqueológico aunque con beneplácito de los gobiernos de turno, no han dado tiempo para estudiar físicamente su historia urbana y/o nadie ha querido hacerlo porque les era suficiente lo que había, se conformaban con lo que se creía que era antiguo sin pensar que se salteaban dos siglos.

En 1940 el historiador de la arquitectura Mario Buschiazzo demostró que para ese año quedaba una sola casa colonial auténtica en toda la ciudad (del siglo XVIII, anterior ya no había nada), la que fue demolida un año después (Buschiazzo 1940). Es sólo cuestión de mirar los países vecinos para ver historias diferentes. La arqueología tiene mucho que decir porque trabajamos con lo destruido y descartado y no con las historias recreadas. Y por eso es importante hacer arqueología aunque sea con pocos recursos y en situaciones complejas, y que luego se exhiban o no, o que no permanezcan mucho tiempo a vista, no importa, al menos se recupera la información (Figura 68).

La destrucción ha sido tan sistemática que ya en 1902 se publicaba:

‘Nuestros gobernantes demolieron todo lo que representaba un símbolo o un recuerdo de la época en que vimos la luz de la nacionalidad (conste que habla de 1810-16, ya no del siglo XVI). Todo ha desaparecido. La piqueta demoledora nada ha personado. Solo nos queda un pedazo del histórico Cabildo (siglo XVIII) y la Pirámide reformada (1811, destruida en 1912). ¿Qué diría el mundo civilizado si el gobierno de Italia ordenase la demolición de las ruinas del Coliseo, de la Columna Trajana, del Foro, del Arco Triunfal de Druso, etc? ¿Si las ruinas de Pompeya que con tanto celo se conservan en la península itálica fuesen demolidas?’ (Bilbao 1902: 104).

Respecto a la cultura material de la zona céntrica, es decir la zona densamente ocupada hasta 1710 en que se inició la ocupación de las tierras por fuera de la llamada *traza*, incluyendo los terrenos ejidales que rodeaban la ciudad, hay mucho que decir. Creemos que sus características son consecuentes con el proceso urbano y del uso de la tierra. Si es posible hacer un resumen de tantos años de excavación, hay elementos significativos indicadores de maneras de comportarse de la sociedad en sus diferentes épocas y ver tendencias que se mantuvieron hasta la actualidad. En primer lugar se ve que hay una marcada concentración de objetos indígenas, pre y pos hispánicos, en la zona sureste. ¿Hubo un pequeño asentamiento estacional previo a la llegada de los españoles en el siglo XVI, el que continuó existiendo adaptado al cambio? ¿Fue una zona marginal en donde se permitió instalarse a esa población por las autoridades? ¿Era zona de conflicto, de intercambio, o era donde vivían los pobres de todo tipo? ¿Es posible suponer que esa concentración en la zona sur –hoy considera central en la ciudad-, fue el inicio de una tradición de la aun existente división urbana entre norte y sur, riqueza y pobreza? ¿Expresa una mayor concentración de servidumbre indígena en la zona de la Calle Real? La destrucción de los contextos impide seguir más adelante. Pero hay otro detalle asociado: en toda la ciudad no se ha encontrado más que unos pocos ejemplos de cerámicas españolas del siglo XVI, al menos claramente identificados. Esos años de 1580 al siglo XVII, con la baja presencia de cerámica Talavera española y otras de la misma época, quizás indiquen la pobreza material de quienes llegaron a fundar desde Asunción y no desde España. Diferencia sustantiva con lo que seguramente trajeron los conquistadores de Pedro de Mendoza en 1536, cosas que debieron quedar en la aldea nunca encontrada.



Figura 68. Cimientos de la casa de la calle San Juan 338 en exhibición dentro del Museo de Arte Moderno. Corresponden a la construcción de la Figura 61, demolida por el mismo gobierno que conservó los cimientos.

Una segunda apreciación es la velocidad en que se produjo el incremento del uso de productos de importación. El siglo XVII muestra un incremento que, según el nivel económico de las familias, va del 25 al 80 % de sus cerámicas, destacando que en la ciudad nunca hubo producción de esos objetos, al menos hasta el siglo XIX –hubo intentos pero la arcilla local no era adecuada-. Para 1800 se observa que toda la ciudad ingresó en el consumo masivo de lozas traídas por la importación, primero de contrabando y luego legalmente. Era resultado de un doble proceso, el impulso que se daba para colocar el surplus de la producción europea y el significado que tenía localmente lo llegado desde allí, a diferencia de lo indígena, la que si bien ya estaba adecuada en sus formas a las nuevas necesidades, era considerada inferior y socialmente descalificante. Esto creó una sociedad que consumía sin producir manufacturas, un mundo de productos importados que llegó casi al 100% en el siglo XIX. Un proceso de europeización intenso que se expandió a todo el país, que caracterizó también a la arquitectura, las modas y las costumbres cotidianas de todas las clases sociales, las que lo fueron permeando según sus posibilidades y aspiraciones.

Si esa sociedad dependiente se hizo a sí misma o fue producto de una imposición externa es una vieja discusión de la historia local, teñida de ideología (Schávelzon 2000), al transformarla la investigación en la búsqueda de un culpable; pero ese es otro tema. Lo que importa es observar que los muy pocos casos en que hemos podido ver intentos de producción cerámica local, fracasaron. Vidrios no se produjeron hasta la década de 1880 ni siquiera ante la enorme producción de vinos que había en el país. Esto, para la arqueología, resulta interesante ya que el nivel social en Buenos Aires, por su acceso al puerto, no está indicado por la simple accesibilidad de productos importados como sucede en el resto del país. Incluso la excavación de un sitio de comida de obreros de una construcción del año 1848, mostró porcentajes del 99.41% para lo no local contra un 0.59% que sí era de aquí. Lo que sucedió en ese caso es que si bien la vajilla era importada, salvo la cerámica El Morro de origen aun polémico, no formaban conjuntos sino que eran todas diferentes, como si hubieran sido levantadas de la basura para un uso secundario.

Finalmente debemos entrar en un tema diferente en la ciudad: esta no tuvo *ghettos* establecidos pero generó un sistema propio de segregar-unir. Si bien hay claras concentraciones por grupos sociales, también hay dispersión. Así como vimos lo sucedido con la población indígena de los siglos XVI y XVII, en el XVIII y XIX la zona de la iglesia de Montserrat fue el área de concentración de la población afroargentina. Tanto para la vida residencial como para sus actividades sociales, a través de las primeras organizaciones surgidas a finales del siglo XVIII, crearon un ambiente adaptado a la estructura de manzanas y lotes obligatoria en la ciudad. Esto se logró acudiendo al sistema de adquirirlos de tal forma que pudieran unirse por sus lados o sus fondos, creando así amplias superficies para bailes y ceremonias religiosas en espacios privados donde la policía no podía reprimirlos. Pero debido al proceso de blanquización intenso y la enorme inmigración europea del siglo XIX, entre otros temas, la población afro y afrodescendiente pasó de ser un 35% de los habitantes de la ciudad a un 2% en un lapso de dos generaciones después de la abolición de la esclavitud. Esto, primero con los habitantes originarios y luego lo mismo sucedió con los afroargentinos y su cultura. En una ciudad que se había caracterizado por ser pluricultural y multiétnica, a la cultura afro casi se la desapareció antes de 1880. Y no casualmente eso llevó a la demolición sistemática de la arquitectura anterior y su reemplazo, considerada símbolo de la dominación hispánica, por el nuevo modelo europeizante que caracteriza aun a Buenos Aires.

## V

### Arqueología de las *Tierras bajas*

Lo que hoy es el barrio de Belgrano y que antes fuera un pueblo, fue fundado en 1855. Tiene dos peculiaridades casi únicas para el país: una historia mítica por la cual el normal de la gente supone que ese barrio nació y creció con palacetes y residencias de carácter social alto y exclusivo, y que se lo imagina físicamente como un barrio que comenzaba (no que terminaba) en lo que hoy son las Barrancas, un parque que lo separa del llamado Bajo Belgrano. Y se podría incluir una tercera: que esas barrancas fueron desde su origen un logro popular para que fueran un parque público. Raramente alguien, e incluimos a los expertos y sus libros, acepta que las cosas pudieran no haber sido así, ni siquiera se lo discute aunque los documentos publicados por ellos mismos lo contradicen, tal es la fuerza del imaginario. Lo selectiva que ha sido la historia local lo muestra con su primer historiador profesional, el que sistematizó la documentación antigua y lo hizo diciendo que todo pueblo: ‘es como una obra de arte que se va haciendo poco a poco y en la cual intervienen todas las pasiones humanas, desde el lucro vehemente y desmedido hasta el desinteresado servicio de los mejores. Nosotros hemos elegido (para historiar) las obras de estos últimos’ (Córdoba 1968).

Debemos asumir que hubo otro Belgrano, con dos mitades y que una de ellas fue la que albergó a los que quedaron afuera de la historia y por eso es negado. Implica aceptar que el llamado Bajo Belgrano fue pensado como la parte pobre y oculta, por lo que no podía formar parte del trazado original, aunque sí lo fue (Figura 69). Resulta interesante enfrentar mitos y para ello vamos a avanzar en entender que las dos partes que aun forman Belgrano nacieron y crecieron juntas, el Alto y el Bajo, que fueron producto del mismo diseño urbano, que no hubieran existido el uno sin el otro, que así fue imaginado, planificado y creado. Y es aun el conflicto nunca resuelto para construir una identidad, y por ende la historiografía de la zona. Belgrano fue la propuesta urbana más fuerte de la Confederación, el lugar para la nueva clase media, esa que aparecía en una hasta entonces sociedad escindida en dos y no tres. Y ese modelo fue el que finalmente se aplicó para todo Buenos Aires, fue el modelo de que el sistema funcionaba.

La historia del barrio de Belgrano no puede separarse del derrumbe del gobierno de Juan Manuel de Rosas y de la construcción del Estado Nacional, con una Buenos Aires auto-marginada del resto del país desde 1852 hasta 1861 (Figura 70). Y su estudio nos ayudará con la hipótesis de que Buenos Aires también tendrá dos partes: una para vivir y otra para arrojar basuras. Creando con esa decisión los lugares en donde se instalaban los llamados indeseables, los marginales que hicieron el trabajo de reciclaje que el mercado necesitaba.

Se insiste en la historia escrita que Belgrano es un barrio antiguo y de prosapia venerable, en su viejo ‘caserón de tejas’<sup>10</sup>, sus tranquilas calles arboladas, en un imaginario que nunca existió o que fue un mundo del que disfrutaron muy pocos. Por eso resulta obvio saber quiénes estuvieron destinados a quedar afuera del pasado. Negando la existencia de los pobladores del Bajo, los historiadores y memoriosos hicieron realidad lo que dijo el citado poeta: ‘Todo fue tan simple, / claro como el cielo, / bueno como el cuento/ que en las dulces siestas/ nos contó el abuelo’. Para el imaginario colectivo lo único que existió fue el sector elegante y de grandes residencias, porque sus vecinos fueron los que escribieron su historia. Enrique García Velloso en 1904 dijo que:

---

<sup>10</sup> *Caserón de tejas*, vals de Sebastián Piana y Cátulo Castillo, 1941.

‘La gran urbe de los salones y de los teatros, de los clubes y los hipódromos, de los parques luminosos, las calles asfaltadas, de las escuelas y de las cárceles, sabe de estas escorias por la crónica del delito que nos gusta leer y comentar; pero cuyos males no sabemos evitar (...), todos somos culpables de estas vidas atormentadas por la pasión bastarda’ (García Velloso 1938).

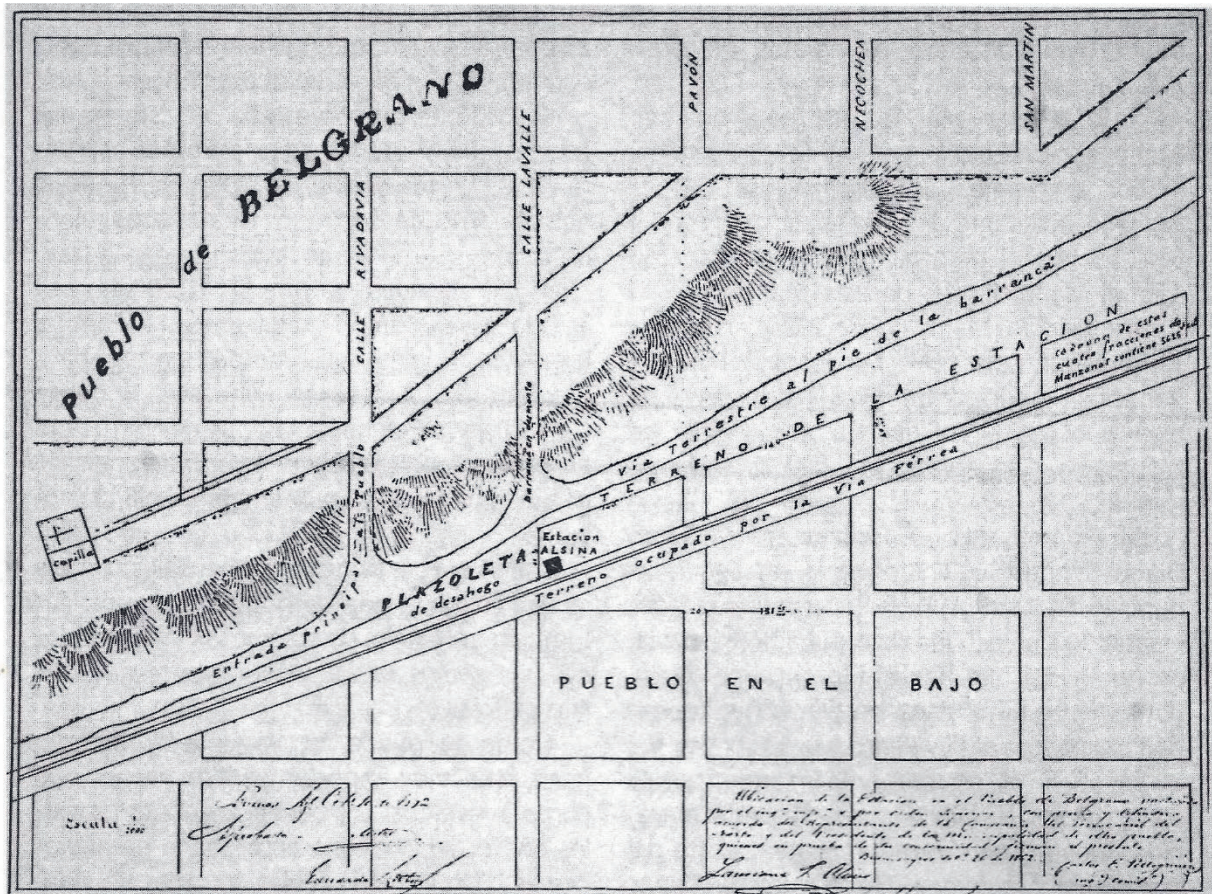


Figura 69. Plano dibujado por Armando Saint-Yves en 1887 del barrio de Belgrano como idealización cuadrangular de crecimiento infinito. La zona del Bajo frente al río está casi deshabitada. Las manzanas se delimitaban en el plano aunque sin existir en la realidad, de tal forma que se definía el futuro de lo que sería rellenado y construido (Archivo Centro de Arqueología Urbana).

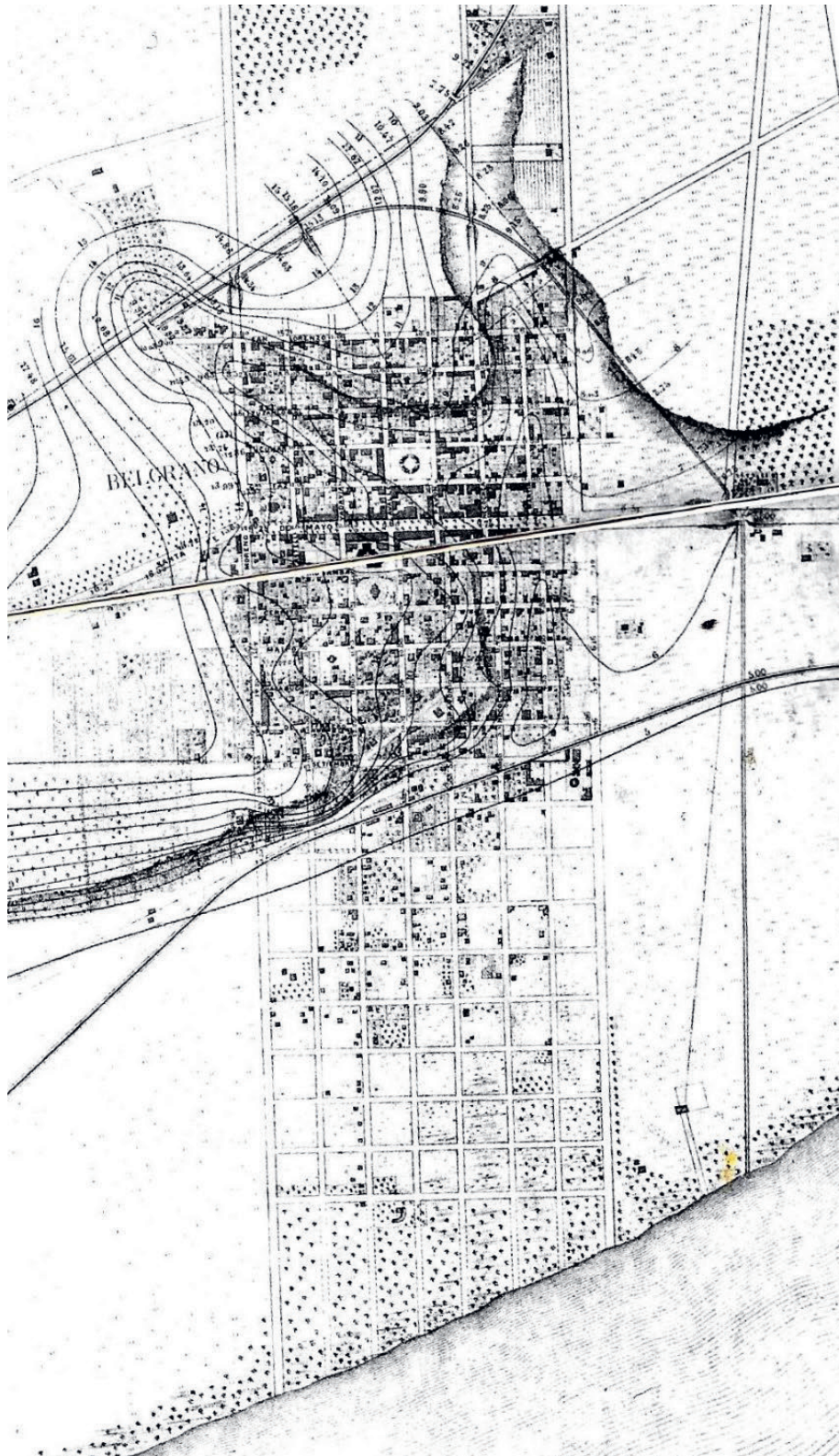


Figura 70. Plano topográfico del pueblo Belgrano hecho por C. Pellegrini de 1862, con el ferrocarril como división entre una y otra parte, el Bajo y el Alto, coincidente con la barranca al río. Todo era imaginación ya que como pueblo estaba en sus inicios, pero en él se determinaba lo que sucedería en los años siguientes (Gentileza DGPat).

Michel Foucault habló siempre de los *artefactos* como conjuntos heterogéneos que implican urbanismo, arquitectura, discursos, historias, acciones, leyes y reglamentos, pero que pese a la heterogeneidad deben verse como unidades homogéneas. El barrio de Belgrano puede entenderse de esa manera: es y fue dos partes, las que pese a que son imaginadas como separadas era imposible la existencia de una sin la otra. El Bajo Belgrano sería la opción de vida para los trabajadores de la construcción, el servicio doméstico, las lavadoras a domicilio, los pescadores, ferrocarrileros, empleados de Obras Sanitarias y muchos otros que no podían acceder a una vivienda digna cerca de sus fuentes de trabajo.

Todo origen verdadero es confuso, complejo, con dificultades para investigarlo o descubrirlo; el origen mítico siempre es simple, claro, decidido por los dioses. Todo lugar tiene su centro, su núcleo fundacional sea o no verdad, y ahí es donde está quien lo describe, lo demás es periférico. Siempre hay un lugar inicial que marca la identidad necesaria para crearse y recrearse, el espacio del génesis, el Paraíso perdido: San Telmo lo es para Buenos Aires pese a que nació en el siglo XVIII, Nueva York construyó su identidad en la Modernidad y no en los pioneros holandeses, Los Ángeles es la tardía Hollywood y sus galpones de cine ahora vacíos, Acapulco fue el turismo internacional, Miami es su barrio Art Decó. Belgrano fue su plaza, sus barrancas y la iglesia, pese a que nacieron al final de su primera historia.

Una clase social en rápido desarrollo como fue la clase media, para quienes fue creado Belgrano, fue un grupo que tomaba decisiones fuertes para perpetuarse, entre ellas edificar una historia épica con la cual justificar su existencia. Construyeron su identidad para ser únicos y a la vez para descargar sus culpas por serlo. Y habitualmente esas decisiones se paran sobre la discriminación urbana. Cada uno decide qué recuerda y qué olvida, o si acepta o no los relatos que le hacen desde el poder. No parece que haya que olvidar que un activo socialista como fue Roberto Giusti (1965), escribió sobre el Bajo: 'Hasta ayer, a sus espaldas había una zona despoblada y salvaje (...) donde encontraba refugio el vagabundo y escondite el criminal. Allí el hombre primitivo, el de la selva, el de la caza y de la pesca, huraño, solitario, se tocaba con el civilizado, urbano, sociable, que trabaja'. Llama la atención que pasando la mitad del siglo XX y desde ese sector vanguardista del pensamiento y la política a la que pertenecía Giusti creyera en conceptos como el 'redimir' un barrio, o que ahí fuese el 'escondite del animal' y la existencia del 'salvaje'.

Queda por recordar el gran proyecto del Peronismo para el Bajo Belgrano, llamado 'Urbanización'. Durante 1949 se planeó hacer un barrio a nuevo para 50.000 habitantes. El municipio contrató a arquitectos de vanguardia que hicieron sus estudios, grandes planos, completados en 1953. Pero fracasó y la solución fue la de elevar un muro de dos metros para esconder la Villa Miseria de la realidad, poner pocas puertas para controlar entradas y salidas y así se mantuvo por años. Mucha publicidad oficial y millones gastados para encerrar a los habitantes.

### **La pampa artificial y el Bajo Belgrano**

Hemos visto como gran parte de Buenos Aires está construida sobre rellenos hechos con el descarte que hizo la sociedad en su vida cotidiana. Entender Buenos Aires es comprender ese proceso de manejo del descomunal conjunto de excedentes que niveló y logró concretar el imaginario de Sarmiento de una ciudad *plana*. Fue la materialización de un viejo sueño porteño, el de tener una ciudad absolutamente horizontal, la que fue construida a lo largo de un siglo y medio de nivelación artificial, decisión compleja que surgió en los años de la fundación del pueblo; es más, Belgrano fue el primer caso concretado. Rellenar para crear una *pampa artificial* interminable, la que fracasó una y otra

vez como geografía imposible, en la que la mitad de la ciudad se sostiene sobre lo que descartaron las generaciones pasadas. Eso es reconocer que vivimos sobre la producción social y cultural de nuestra historia, que la ciudad demolida, lo olvidado, destruido, perdido, desechado, está debajo de nosotros.

Es la historia de la basura urbana y sus procesos de generación, traslado, separación, quema y depositación final (y no definitiva, ya que completado el círculo, gran parte de eso se lo excava para construir y lo que se extrae termina en otro lugar). Es lo que generó: los temas sociales y de hábitat de quienes vivieron encima, los que especularon y ganaron con ella, quienes vivieron entre la basura e incluso la hicieron su alimento cotidiano. Este es el recorrido de un pueblo-barrio escindido de la gran ciudad, mitades de un todo por un mismo gesto político y de diseño urbano. Una parte para residencia de recursos altos y el otro para los más bajos, uno desecado y plano, el otro pantanoso y a nivelarse. Uno era un espacio real mientras que el otro era potencial, era algo que sería el día que estuviera rellenado. La basura de uno sirvió para nivelar el espacio del otro, además ser el borde hacia el río, continuando zonas ya rellenadas de la costa. Los dos Belgrano fueron un modelo urbano que no prosperó, no por ineficaz sino porque la ciudad se haría de otra forma y a otra escala, finalmente no diferente pero sin un proyecto de ingeniería.

El Bajo Belgrano sirvió como perímetro urbano, urbanizado sin viviendas y entre parques (Palermo) y establecimientos públicos como el Hipódromo antiguo, las Obras Sanitarias y luego el club de fútbol River Plate, el Tiro Federal hacia el norte y el ferrocarril. Fue un caso único porque el resto de la costa norte no se urbanizó para viviendas hasta años recientes. Fue la construcción de un límite, el final del suburbio creado y borrado por la misma mano. Fue el resultado de una arquitectura que ya no tenía que alojar esclavos como era las casonas del centro de la ciudad, pero tenía que inventar nuevas opciones para la clase media y su necesidad de un proletariado cercano pero no mezclado.

Como todo inicio no existió o es imposible saber cuándo comenzó. Lo que hoy llamamos Belgrano no tuvo muchos pobladores hasta tres siglos después de fundarse Buenos Aires. Desde lo administrativo el pueblo fue creado en 1855 como forma de darle un hábitat urbano de cierto nivel económico a la nueva burguesía. Fue trazado por el Departamento Topográfico a cargo de Saturnino Salas en tierras que habían sido propiedad de Juan Manuel de Rosas, tras varios cambios de propietarios (Córdoba 1968; Iñigo Carrera 1962; Mayochi 1992). El ingeniero Aurelio López de Bertodano parece ser quien trazó los planos, y sobre el terreno actuó el ingeniero Pedro Pico.

En el lugar existía desde el siglo XVIII una calera que explotaban los franciscanos, quienes habían construido una capilla y un cementerio en un contexto rural. Era tierra con pocas casas, algún pescador en la costa, pastos altos para el ganado, la capilla y la explotación de cal a pequeña escala. Para el nuevo pueblo se modificaría la capilla en 1856 diseñada por Enrique Pellegrini acorde a la moda.

Cuando se trazó el pueblo se tomó una decisión que no resulta fácil de explicar, o quizás es que no nos gusta la explicación. La tradición y la ley era que los pueblos, al estar frente al Río de la Plata, tenían que ubicarse sobre la barranca. Vista, aire, olores, enfermedades y más que nada porque la tierra debajo de la barranca era propiedad del Estado, heredada del Rey, y no podía ser vendida. Los pueblos creados durante la colonia en la zona más al norte, o con la Independencia, sean Las Conchas (Tigre), San Isidro, San Fernando y Los Olivos, todos estaban ubicados en la parte superior de la barranca. Incluso en el centro de Buenos Aires la costa tardó en amanzanarse y la calle 25 de Mayo, la barranca en sí misma, se definió en la segunda mitad del siglo XIX. Belgrano no fue así: fue el primer pueblo creado mitad en la parte alta del terreno y la otra mitad abajo, dejando la barranca en el medio. Una situación inédita cuya única explicación era que se destinarían los terrenos de calidad a un grupo

social y los otros al más bajo. Desde el nombre de cada zona, bajo y alto, estaba signado el destino. Y luego, mucho después, se hizo el parque en la barranca para desdibujar -o remarcar-, la diferencia. Enfrente del parque estaba el ferrocarril con la estación -instalada en 1862-, ambos dividieron las tierras: una de residencias y la otra de pantanos, una limpia y la otra recibía la basura y el agua servida, porque de eso se vivía allí y porque a su vez rellenaba el terreno (Figura 71).



Figura 71. Plano de 1916 del Bajo Belgrano y sus manzanas delineadas pero casi no ocupadas. Aun funcionaban las quemadas de basura a cielo abierto (Gentileza DGPat).

Se puede ver en los planos, desde el de Salas en adelante, como fue creciendo y definiéndose en abstracto la zona del Bajo. No importaba si ya había algo construido, era la apropiación del espacio, la fundación, el control de los límites, el dominio del territorio de una nueva ciudad en la Confederación. Buenos Aires, aun escindida del resto del país, tuvo efímera competencia. Ambas, a partir de esos mismos años, tuvieron su *otro lado* para la basura, ambas pasaron a ser ciudades escindidas.

Los contratos que se firmaban al entregarse las tierras aclaraban como obligaciones para que los adjudicatarios pudieran ser propietarios, que 'En el preciso término de cinco meses, que se deberán contar desde el día en que se haga la concesión, deberán haber cercado el frente del solar, y dado principio a la construcción'. En el segundo se decía que si no se cumplía la concesión era nula: 'Que las casas y las cercas de los frentes de los solares comprendidos (...) (el Alto), deberán ser de material cocido', pero en el punto cuatro se aclara que 'en las manzanas que quedan fuera de dicha parte, demarcado en el plano (...) (el Bajo), podrán ser en parte de otro material menos costoso' (Córdoba 1968: 17). Desde antes de entregar los terrenos se determinaba quienes vivirían en una y otra parte.

El Bajo Belgrano fue una obra artificial definida en un modelo de asentamiento que generaba el espacio para los grupos sociales bajos y a su vez abarataba el manejo de los desperdicios urbanos. Era parte de un pueblo que se imaginaba a sí mismo como de progreso infinito, que crecía, que necesitaba más tierras y en donde la naturaleza era entendida como algo que podía ser controlado, manejado, adaptado a los requerimientos de los habitantes. Hoy puede causar risa el proyecto ante la evidencia

de los costos sociales y de los problemas que trajo su historia, en especial los túneles de desagüe que hay que agrandar cada día en lugar de haber dejado los arroyos abiertos, los que además de mejorar el paisaje serían más simples de controlar. Entre la salida del arroyo Maldonado y del Vega, que recorrían la zona, todo fue un problema desde el inicio del pueblo. Porque imaginar que el territorio pudiera llegar a ser plano, rellenándolo mediante lo que se descartaba, era una utopía sólo posible a la imaginación del siglo XIX. Era perfecta para los nacientes ingenieros que creían que funcionaban en un mundo ideal, uno en el que no corría agua por la superficie, donde no había desagües, ni ríos, ni gente, ni pobreza. Y que la basura era limpia y sin olores. No se tardaría mucho en entender que no era así, pero igualmente el proceso fue imparable.

La historia fue simple: como dijimos Saturnino Salas determinó un pueblo con una zona arriba de la barranca y otra abajo. El porqué de esta inédita actitud resulta complejo de establecer ya que todo pudo estar en el alto, y para que el pueblo tuviera forma rectangular hubo que expropiar terrenos en lugar de usar los que habían sido expropiados, lo que era plasmar otro imaginario. Un plano es una abstracción, una representación, habitualmente es el querer ser, es el futuro que se está moldeando. La realidad fue que el ferrocarril se trazó separando físicamente el pueblo en dos partes y consolidando el plano fundacional. En los años subsiguientes vemos que el trazado se fue prolongando hacia el río aunque nada había, demarcando en los planos futuras manzanas sobre pantanos. Los planos muestran proyectos, era lo que debía ser y no lo que era.

Para 1880 el crecimiento de la zona alta era continuo. En la parte baja era de transición entre un nuevo pueblo pobre y una naturaleza alterada pero aun vivible. Lentamente se transformaba en el final de lo natural: diez años más tarde sería un gigantesco basural al aire libre. Y no sabemos si casualidad o no en ese año el gobierno nacional debió dejar Buenos Aires por luchas de poder e instalarse en Belgrano por poco tiempo. A partir de eso se decidió federalizar la ciudad y extenderla en 1887, creando una capital del país que englobó los pueblos de Flores y Belgrano, y luego la mitad del pueblo de San Martín, estableciendo a Buenos Aires como capital del país, y para la provincia la nueva capital fue La Plata, la que se fundaría a nuevo. Así el pueblo pasó a ser barrio y se perdieron sus expectativas de ser la nueva capital. Mientras tanto el Bajo seguía siendo tierra marginal, inundable, pero aun con pescadores entre la pobreza, muchos ranchos de paja y pocas casas de madera y lata, más bien chozas.

La marginalidad de una zona con la otra la marcaron las obras urbanas; en 1895 sólo estaban adoquinadas las calles paralelas a la vía del tren y La Pampa, por donde iban los carros de la basura. Los primeros informes de Aguas Corrientes de Belgrano del año 1882 aclaran que el sistema para suministro era solamente para las 600 casas del Alto. El Bajo tenía la cañería y el canal por el que entraba el agua pero no podían adquirir el servicio. Los terrenos entre la avenida Libertador y el bajo de las barrancas, el arroyo Maldonado y el arroyo Vega quedaron así enmarcados como tierra inundable, empantanada e insalubre, sin servicios públicos.

La antropización de la zona destruyó casi de inmediato la flora tipo bosque subtropical que, en sus expresiones más sureñas, llegaba hasta el Riachuelo. Tan fuerte fue este proceso que para 1900 sólo había un ombú, algún tala y algo de los viejos pajonales (las llamadas *cañitas*). Los rellenos alargaron la salida de los arroyos que tenían poco desnivel, comenzando el problema de las inundaciones incluso en la parte alta. Los ríos de llanura resuelven la falta de desnivel creando meandros que alargan su recorrido y nuevas maneras de salir del cauce, es un proceso natural, si no rebalsan e inundan. El terraplén del ferrocarril muestra en los planos que sólo había un puente de salida para el agua para todo el sector, líquido que descendía por la calle Pampa: diez hectáreas que debían escurrir por un agujero. El tema del límite norte, el arroyo Vega, era un hito porque con las lluvias crecía muy rápido, y era unos de los desagües naturales de la zona hasta ser entubado en la década de 1930. Es decir,

desde el inicio se decidió alterar un proceso natural en que el agua subía y bajaba de nivel, la que se unía a una lagunilla en donde está ahora el estadio del club River Plate que actuaba como compensador. El relleno de la zona aun es fruto de problemas y produce costos millonarios para ensanchar el entubamiento subterráneo a medida que se edifica más y más en altura.



Figura 72. La cancha de fútbol de River Plate en 1936 durante su construcción sobre terrenos que fueron una laguna natural, rellena. Los alrededores en la fotografía aún no habían sido compactados (Archivo General de la Nación).

La zona del arroyo Vega fue de miseria y abandono, inundado de manera constante, simplemente porque no eran terrenos aptos para construir (Figura 72). Una descripción nos dice que eran:

‘...misérrimos caseríos. En Blanco Encalada entre Miñones y Artilleros se encontraba el almacén y despacho de bebidas *La Miseria*, en obvia alusión a su imagen. Cerca de allí, en la misma calle, sobre una de las márgenes del puente *El Aburrido*, se levantaba *El Palacio de Cristal*, sarcasmo con el cual se conocía un conventillo de latón, en cuyos dos pisos y en treinta habitaciones vivía un conglomerado de familias rusas e italianas’ (Ostuni 1999: 24).

Lo que estaba mal no eran los arroyos que inundaban sino que se alteraba la naturaleza. La simpleza del pensamiento de la planificación llevó a considerar que al entubarlos se resolverían los problemas; era dominar en el espíritu Positivista. Pero mientras se lo hacía –las obras llevaban años–, la única posibilidad era hacer zanjas de desagüe las que comenzaron en 1890, pero eran operaciones que había que repetir y agrandar una y otra vez. Una gran inundación en 1912 y sus tragedias obligó a acelerar los trabajos, pero poco se concretó hasta la canalización bajo tierra en la década de 1930. A la larga el fracaso del modelo del entubamiento se hizo evidente y le ha costado a la ciudad fortunas y desgracias. Ya son tres canales paralelos en su recorrido y recientemente hubo que hacer un cuarto en la zona de desagote en el río, y aun siguen las obras.

El progreso mal entendido generaba problemas con proyectos de alto costo y sin evaluar sus efectos potenciales, a los que el Estado debía resolver más tarde. Por ejemplo: era correcto hacer un ferrocarril aunque con su terraplén se cerraba la salida de agua al río; el problema fue no hacerle los desagües que correspondían. Ese era el error: la falta de planificación en virtud de generar más y más tierra inmobiliaria. Un circuito que si se hacía bien hubiera sido parte del crecimiento urbano, mal hecho aun se lo sigue pagando. Si las cosas se hicieran planificando, esa es la solución por la que optaron grandes ciudades: Nueva York, Washington o Tokio están sobre rellenos. El problema fue que el nuestro tardó un siglo en concretarse y le dio pésimas condiciones de vida a mucha gente. Pero quizás también es cierto que aunque lo físico se hubiera resuelto bien, lo social hubiera sucedido igual, ahí o en otra parte, porque los problemas sociales no se resuelven planificando la ciudad (Brailovsky 2012).

En la medida en que Belgrano se fue densificando se iba generando más descarte y a la vez impulsando la ocupación con viviendas en la zona baja. La necesidad de tener personal de servicio y/o de trabajo manual hacía que más gente migrara hacia allí por la posibilidad de tener tierra donde construir. Al Bajo iban los cada vez mayores escombros de demolición, basura orgánica e inorgánica, todo el descarte de la zona y lo que los pobladores que allí vivían dejaban como restos de su vida doméstica y de su trabajo.

Cuando Belgrano todavía no funcionaba como un barrio de la urbe (aunque lo era desde 1887), lo descartado por persona estaba cerca del kilogramo diario, lo que era poco, pero pese a eso el conjunto era importante. En 1908 se impusieron los incineradores en las fábricas que generasen más de un metro cúbico de basura diaria o 100 kilos (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires 1909: 287), lo que nos da una idea del volumen de cenizas y escoria que producía la quema de la basura de la ciudad, que finalmente iba a algún lado.

El Bajo Belgrano se transformó en borde urbano, en una isla urbanizada entre parques y establecimientos públicos, como el Hipódromo antiguo, las Obras Sanitarias, luego el club River Plate, el Tiro Federal y el ferrocarril. Fue un caso único porque la ciudad entendió que eso no podía repetirse, las condiciones ya no se dieron más para actuar de esa forma y el resto de la costa no se

urbanizó para vivienda, al menos hasta años muy recientes con Puerto Madero y el bajo de Vicente López (Figuras 73 y 74).

Fue la historia de un pueblo que nació dividido, de la marginación de la gente de trabajo que no tuvo lugar en el Belgrano Alto, fue el apéndice necesario para alojar al otro grupo social, el necesario para las residencias a las que daban servicio, fue un serio tema durante un siglo generado por la propia existencia del nuevo pueblo y su planeamiento: nació con él y siguió así y se explican mutuamente. Fue la construcción de un límite, el final del suburbio creado y borrado por la misma mano.

La quema organizada de basura allí y en toda la ciudad es confusa en su información ya que se sumaron varios factores, más que nada porque había quemas a cielo abierto, ilegales aunque no perseguidas porque eran necesarias, a la vez que había ensayos permanentes de sistemas de incineración promovidos por el Municipio que se cerraron en pocos años. Y porque los políticos en sus informes tienden a mentir, exagerar o anunciar cosas que no son totalmente ciertas. Además, la poca bibliografía ha sido parca en el tema. A eso hay que sumarle el que fueron años de cambios acelerados de intendentes y de sus equipos técnicos por lo que incluso en las *Memorias* anuales hay redundancias, se indica que algo ha sido hecho o que se va a hacer o que se iría a inaugurar, cuando la verdad es que no se hizo y era sólo un proyecto y por eso después no hay fecha de clausura, u obras que quedaron en la licitación o a la mitad del trabajo. Se hace evidente al leer los documentos que primaba el favoritismo, los amigos contratados, los problemas legales con las empresas y la poca organización de la administración pública. Pese a todo eso fue bastante lo concretado en las quemas pero hay que tener cuidado con las fechas y corroborar su existencia real.

Se hicieron varios experimentos pero se terminó decidiendo que todo iría, al menos legalmente, a la gran zona del oeste porteño y sus múltiples quemas y vaciaderos bajo el eufemismo generalizado de *La Quema*. Como si destruir un territorio fuese mejor que otro cualquiera. Al menos hasta que se instalaron hornos como el de Chacarita, que igualmente fracasó a la larga. La quema de la calle Pampa en el Bajo Belgrano casi no tiene referencias en los papeles por lo que suponemos que era un sitio donde se quemaba basura al aire libre, seguramente no autorizado pero en un lote abierto. Finalmente había quienes resolvían los problemas a los que el Estado no podía encontrarle salida.

En 1888 se comenzó a sistematizar la recolección domiciliaria. Y obviamente el Bajo Belgrano fue uno de los lugares destinados a recibirla, en realidad el único de la zona norte. En 1899 se iniciaron las experiencias para incinerar desechos y de a poco se comenzaron a usar hornos, pero todos habían quedado fuera de uso en 1904.



Figura 73. El arroyo Vega, tierra desnuda y estéril de lo que fue la costa antigua, para 1900, ocupada por la miseria del Bajo Belgrano (Archivo General de la Nación).

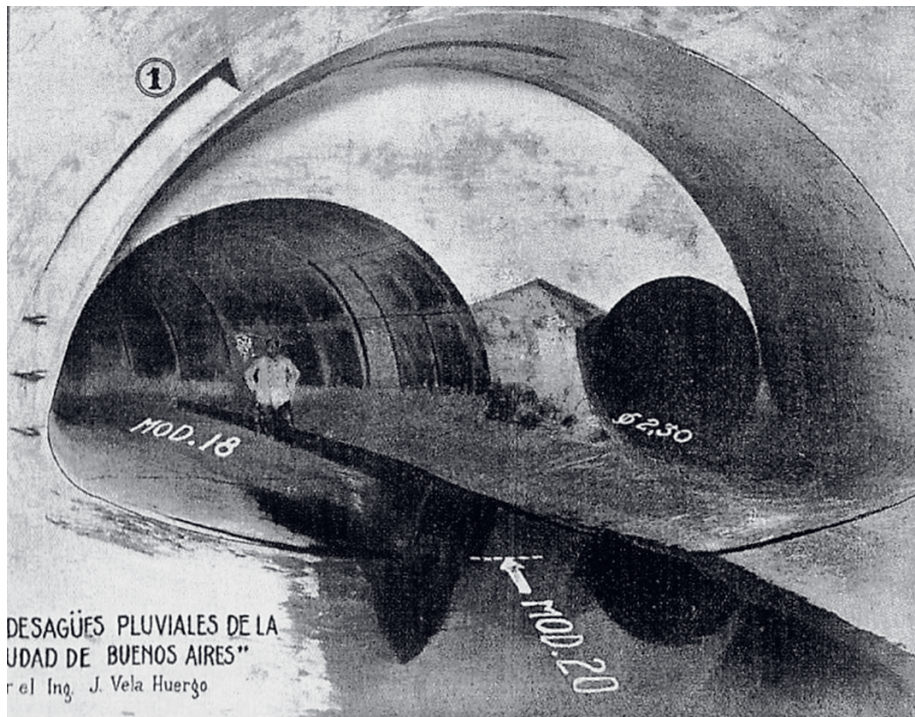


Figura 74. El arroyo Vega en 1937 al terminarse el doble conducto de desagüe que se suponía que evitaría las inundaciones al reemplazar al arroyo natural (Biblioteca del Centro Argentino de Ingenieros).

## La arqueología del Bajo Belgrano

El sitio en que trabajamos ya ha sido estudiado en unas primeras acciones. Un primer rescate por aficionados fue hecho al construirse el puente sobre la calle Echeverría en 1990. Luego hubo un estudio didáctico de una escuela cercana. La tercera operación arqueológica fue hecha por el Centro de Arqueología Urbana en 2016 en un sector abierto frente a la calle Echeverría. Allí, una empresa de agua corriente hizo una zanja de cinco metros de largo por uno de ancho con algunas ampliaciones laterales para encontrar un caño de desagüe. Eso nos permitió tener un extenso perfil expuesto y obtener materiales para su estudio. En febrero de 2017 se hizo un mejoramiento del parque, eso implicó hacer caminos y para eso se levantó un estrato de 20cm de profundidad de 1200 metros lineales. Aprovechando la presencia de máquinas se hizo una trinchera controlada de dos metros de largo por uno de ancho de forma tal que se dejara el sedimento sobre uno y otro lado en el orden en que era extraído. Esta acción de rescate y observación, aunque no implicó excavación sistemática, permitió obtener casi seis metros lineales expuestos hasta dos metros de profundidad, en que la napa freática inundó la zanja. Esto nos permitió ver el potencial que tiene el sistema de trabajo a gran escala, que no niega lo micro pero abre posibilidades para entender espacios amplios. Otro rescate fue hecho durante la Pandemia de COVID durante el 2020 En ese caso nos interesaba porque se estaba haciendo una excavación mecánica en un área en donde hubo una pequeña laguna entre la basura hasta la década de 1930. Las diferencias sustantivas con las otras excavaciones fue que hubo una mayor concentración de sedimentos naturales en los estratos bajos, pero el tipo de objetos y su cronología fue la misma que en el resto de la columna estratigráfica. Todo, en todas las operaciones, fue fechado entre 1880 y 1940, con algunos pocos objetos más modernos.

La superficie del terreno, suponemos, debería contener objetos pre-fundacionales o de sus primeros años, ya que sabemos que hubo pobladores, pero por el problema de la napa de agua se hace imposible llegar allí. Se han hallado unos objetos dispersos de cronología antigua posiblemente producto de la revoltura constante. En síntesis, salvo un par de excepciones todo lo observado es posterior a la mitad del siglo XIX y entre miles sólo hubo uno cuya fabricación pudiera ser del período colonial. No hay un solo fragmento de loza Creamware y sólo un par de Pearlware, incluso sólo hay tres fragmentos de la loza Floreal pintada a mano (*Gaudy Dutch Earthenware*) ubicado hacia 1860/70, lo que se usaba al fundarse el pueblo. La baja presencia de lozas por transferencia, de bordes festoneados, de azules oscuros profundos, de Mocha y de Floreal, la mala calidad, los bordes barrocos, las calcomanías retocadas a mano, los dorados insistentes, los bordes pintados mecánicamente, la pintura puesta sobre el impreso, las flores como ramos y no como motivos, es la mayoría de lo presente. Es la fuerza del *mal gusto de la clase media*, el llamado kitsch por la tradición aristocratizante, la estética de los consumidores masivos. El mercado ya no impondría el gusto del exterior sino que se ocuparía de satisfacer el interno; un enorme cambio en el consumo.

En el sitio la información histórica nos habla de la fundación del pueblo en 1855, lo que nos da una fecha de inicio del barrio y por ende del inicio del basural, pero eso no implica que no haya habido nada antes. La historia nos indica que por debajo de ese vaciadero hubo ocupación de baja intensidad y usos diferentes de la tierra. La única manera de ver el nivel de piso verdadero del Bajo Belgrano es en los perfiles que dejan expuestos las obras de construcción, las que con sus cañerías y bombas de agua desagotan el lugar. Si bien la excavación se hace con maquinaria con una velocidad que a veces resulta imposible de seguir, tenemos lo que queda en las paredes.

El basural, en cuanto a los procesos que lo conformaron, mostró que la masa de lo obtenido, una vez pasado por una zaranda de 5mm y luego por una de 2mm, lo que quedó fue el 5.7% del total, lo que ni siquiera es totalmente arcilla sino pequeños fragmentos diversos. Los estudios resultaron insólitos

para nuestra tradicional forma de ver lo que no se consideraban materiales u objetos, es una masa desintegrada de objetos casi sin sedimento natural. Eso es extraño ya que el subsuelo de Buenos Aires tiene gran porcentaje de arcilla la que al estar húmeda es una imposible de ser cribada, sólo con mucha agua se disuelve o con extrema sequedad se hace polvo. Analizamos el conjunto en base al peso y lo transformamos en porcentajes, aunque los pesos específicos de cada uno de estos materiales son diferentes: óxido de hierro 22.1%, hueso y espinas de pescado 12.2%, carbón 11.4%, cuero 10.7%, vidrio 10.2%, semillas 9.1%, uni o bivalvos 6.4 %, tierra 5.7%, cáscara de huevo 5.1%, carozos de durazno 3.4%, aluminio 1.3%, papel 1.3% y nácar de botón 1.1%.

Una muestra de las diferentes situaciones entre un basural y un pozo de descarte del tipo hogareño lo tenemos comparando con lo que fue la cocina del convento de Santo Domingo. De allí extrajimos cuatro kilos que habían pasado la malla de un centímetro. Al pasarla por la de dos milímetros quedó el 37.5 %, es decir siete veces más que en el basural. Eso muestra que los procesos y contenidos fueron muy diferentes y que, a la inversa de la lógica de la calle, el basural abierto tuvo siete veces menos tierra que un pozo dentro de un convento. Estos análisis, que varían entre un lugar y otro, son también diferentes en los largos metros de estratigrafía expuesta en el caso de Belgrano. El problema es la variación intrasitio ya que si tomamos la muestra donde hay acumulación de óxido el metal ese será la mayoría del contenido, pero no cambia la visión del problema ya que, en una escala mayor, la tierra parece casi no existir como tal y el sedimento son objetos desintegrados. El caso del sitio Visillac citado por la bibliografía, con su alta presencia de granito proveniente del adoquinado, es ejemplo de esta variedad, ya que estos objetos llegaron a ser el 34% del volumen, lo que vuelve al tema de dónde se toma la muestra en estos enormes depósitos de descarte (Coloca 2014). La diferencia entre el Bajo Belgrano, los pozos del centro y los basurales del Oeste es clara en cuanto a los aportes de tierra que recibía cada uno. Volvemos hacia atrás: los basurales no tienen casi tierra, son descarte apisonado que se iba desintegrando con el tiempo, la presión, el agua, el vidrio fundido, el óxido y el cirujeo. Y cuando llovía se compactaba liberando gases y malos olores. Pero a mediano plazo el sitio se urbanizó, la mayor parte se cubrió con cemento y los cimientos de las nuevas obras dispersaron los restos hacia otros lugares. Con esas acciones nunca sabremos con certeza si la basura que excavamos en un sitio no proviene de otro.

Respecto a la cronología, más allá de lo ya dicho, en este conjunto hay objetos que fueron fabricados antes de la fundación del pueblo el que es menos del 0.1% de lo encontrado. Si queremos establecer el extremo temporal opuesto, lo más moderno, hay objetos relacionados con el servicio eléctrico de las viviendas, caucho y ruedas de automóvil tanto inflables como sólidas, medicinas en frascos de farmacias o productos fechables por sus inscripciones, restos de relojes, artefactos eléctricos hogareños, de cocinas a gas, azulejos de fábricas identificables, y más que nada una enorme gama de lozas con marcas e inscripciones del siglo XX avanzado. Hay gaseosas con pico corona inventado hacia 1900, mucho vidrio color marrón de cerveza que se difundió desde la década de 1910, y en general el colorido de los vidrios que surge con el paulatino abaratamiento de la industria con los productos químicos, la medicina de marca, sifones y hasta partes de una bicicleta.

Todas las marcas recobradas, sean en loza o porcelana, reafirman la cronología del sitio pero también muestran otras cosas sobre la vida cotidiana. Una de ellas son los arreglos para que los objetos continuaran en uso: las lozas eran imposibles de reparar pero con los de metal esmaltado, que ya eran comunes, sí era posible hacerlo. Por eso se impusieron: baratura, colorido y posibilidad de emparchar. Y es por eso que se encuentra más porcelana y loza que metal esmaltado, porque no tenían arreglo y duraban menos; es posible aunque difícil de probar que el volumen de presencia esté determinado no por su consumo sino por su duración extendida. Fue un tipo de objeto que hizo variar

el consumo muy rápido ya que simplificaba mucho la vida doméstica, aunque si dañaba el estatus. Pese a esa facilidad que daba el metal, la ciudad se inundó con lozas cuyos costos bajaron, y eran importadas de lugares que medio siglo antes hubieran sido impensados como Checoslovaquia, Francia, Bélgica, Alemania, China y Japón, por sus precios accesibles y competitivos. Había cambiado el mercado internacional. La loza con mayor cantidad y variedad de marcas fue Boch Freres (la que incluye a Villeroy et Boch), una empresa de expansión mundial antes de la Primera Guerra Mundial. Hay cerámicas de todas las épocas incluso las modernas variantes como la BFK (1910-1925) e incluso posteriores (Keramis), para cuando ya nacía la industria nacional. Esa fue la mayor parte de la loza que reemplazó, desde 1880, a los fabricantes de Gran Bretaña.

Existen otras marcas que podemos fechar: hay botellas de productos medicinales para la tuberculosis y las afecciones pulmonares del *Instituto Biológico Argentino* que fuera fundado en 1908, el vidrio azul de *Gouttes Lavoniennes*, y de *Papaína*, un remedio para la gota hecho por Troutte-Perret, *Senefrina expectorante antiflogístico del Dr. Barano Paris*, los laxantes familiares de *Carlo Erba Milano* y *Carlo Erba Calcinata Magnesia*, empresa que fue fundada para difundir el aceite de ricino en 1853 pero que usó el nombre completo desde 1926. Hay otros productos que nos reafirman cronología como el *Tónico Oriental Lanman* y *Kemp New York* del que se hicieron frascos impresos en español entre 1900 y 1926. Sería posible continuar citando hasta el infinito objetos similares usados en esas fechas pero nos da un buen panorama de un grupo social determinado: una nueva burguesía ansiosa de artículos de consumo.

Los materiales de construcción encontrados son múltiples pero poco variados y eso es un posible indicador de que Belgrano creció rápido, de forma estandarizada y estilísticamente de manera poco variada. Por ejemplo: hay azulejos de todas las épocas desde la fundación del pueblo, es decir desde los Pas-de-Calais hasta los blancos delgados simples. Pero hay pocos ladrillos y casi nunca enteros sino fragmentos. Es válido suponer que faltan porque fueron retirados por ser un material útil para quien construía su casa en la zona. Pero como una docena de ladrillos pesa lo que decenas de botellas rotas o cientos de huesos, llevarlos lejos no debía ser buen negocio, por eso pensamos que fueron reusados localmente. Un azulejo roto, incluso alguno entero, no sirve para nada, por lo que se espera que haya mayor variedad.

La transformación tecnológica que vivió el final del siglo XIX y los inicios del XX se ve en el lugar. Si bien es obvio que hubo selección previa de lo descartado el cambio de la época con el medio siglo precedente se lo nota en todo: en la vajilla se lo observa en los motivos ornamentales, la importada -ya que en el surgimiento de la industria nacional es tardío-, muestra el final del monopolio de Gran Bretaña para pasar a consumir los provenientes de una multiplicidad de países. Y se lo ve en la moda y en los conceptos de belleza, en el consumo de medicinas, los objetos de hospital, el plástico y la primera baquelita, los relojes de bolsillo y hasta el teléfono, la bicicleta y el automóvil, y la evidencia de las instalaciones sanitarias y eléctricas.

El teléfono ha sido uno de los grandes constructores de la sociedad burguesa moderna y abrió la posibilidad de la intercomunicación doméstica y comercial de bajo costo. Pese a su difusión y el recambio de los modelos de aparatos y tecnologías, son objetos infrecuentes en el contexto arqueológico pero no en los anticuarios y museos. Eran objetos que se conservaban en uso hasta que los desarrollos recientes hicieron incompatible todo tipo de aparato, cable o conector anticuado. Hasta la década de 1990 era habitual ver diferentes tecnologías y estéticas compartiendo la misma casa. Quedan de ellos los soportes de porcelana de los cables en fachadas y muros antiguos, algún fragmento de baquelita negra y más que nada las baterías, alargadas y de color negro. Estas tenían que ser cambiadas de forma regular y eso generaba su descarte ya que era un fuerte contaminante que se veía

al sulfatarse. En los basurales hay miles, literalmente, de cilindros de carbono de diferentes medidas hasta reducirse a las pequeñas pilas portátiles. Resulta interesante que casi nunca se encuentra el recipiente de cerámica blanca que en los primeros tiempos era su contenedor y suponemos que era usado con otros propósitos.

Se ha podido observar la alta presencia de un tipo de cerámica de pasta roja cubierta de vidriado que consideramos hecha en la ciudad de Buenos Aires o sus alrededores por los fabricantes llegados con la inmigración. Se la llamó *Cerámica de vidriado utilitario*, término no muy feliz al mezclar función con designación pero que la describía bien: son objetos simples, sin ornamentos, que debieron tener un costo mínimo. Los fechamos para los años que cubren el cambio entre los siglos XIX y XX y así aparecen en los descartes de la ciudad, reemplazando las para ese momento ya desaparecidas cerámicas indígenas y criollas. Hacía falta un producto barato, simple, aunque fuese frágil, de rápido reemplazo, que no cumpliera más función que la de cocinar o guardar. Aun son necesarios estudios estadísticos para ubicarla bien en relación con la loza y la porcelana, muestra haber sido importante su presencia. Si en excavaciones de pozos hogareños, como la casa de la familia Alfaro en San Isidro se encontraron dos sartenes entre centenares de platos (Frazzi 2019), aquí los porcentajes suben bastante, cerca del 5% del total. Lo que lleva a generar una hipótesis es su alta presencia, la que creemos que se debe a que son muy frágiles y una vez rotas no tienen un uso alternativo. Y que es posible que haya sido de los primeros casos de producción local de lo que se llama *caducidad programada*: es decir, que por sus formas se rompen rápido como estrategia para incrementar el consumo, por lo que lo que se encuentra debe representar todo lo descartado.

El uso de estos productos no estaba escindido por clases en forma terminante, ni su uso estaba restringido a la cocina; valga la tradición del puchero para el que se necesita un tipo de olla alta, la que no había en el mercado de la loza -sí en las de metal-, o para los guisos o estofados tan comunes para la cocina española e italiana. Nuevamente es un cruce de situaciones típicas de una sociedad inmersa en un mercado de productos importados que se fue adaptando a la realidad.

El reemplazo de las importaciones en el país fue un largo proceso que en la cerámica implicó sufrir el golpe de la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Eso fue lo que puso en evidencia que los productos de la vida cotidiana eran en su mayoría importados e irremplazables. Pero pese al desarrollo de la llamada cerámica del tipo Vidriado Utilitario y del metal esmaltado, no todo pudo sustituirse. Sólo a medida que se hizo presente la crisis producida por la Segunda Guerra (1939-1945), se logró que la industria cerámica creciera. No la de ladrillos o materiales de construcción o las cerámicas rojas que se iniciaron siglos antes, hablamos de la loza y la porcelana que comenzaron a producirse en la década de 1940. Antes hubo marcas que citaban lugares o negocios locales pero eran sellos estampados en la base por el importador y que se hacían en el exterior.

Los primeros fabricantes locales hicieron objetos de buena calidad, incluso algunos eran inmigrantes europeos o japoneses que instalaron sucursales bajo nombres locales hasta que ponían sus fábricas locales. Lo que se ve en las marcas son irregularidades producto de esa primera etapa de producción cercana a 1900 hechas para exportar al país y otros de América Latina, como palabras en español que jamás hubiesen sido escritas de esa manera, por ejemplo 'Alemania' en lugar de Germany que se usaba para lo hecho en Deutchland, o 'Francia' por France, o 'Bélgica' en lugar de Belgique. Eran intenciones de mercado para engañar ilusos. Hay marcas de Leroy & Cie. que tienen una torre que dice Bonn y abajo el motivo se denomina 'Alemania', en español.

Es complejo conocer lo sucedido en esa etapa pre 1940, habrá que esperar a tener objetos en contextos mejor ajustados en cronología para comparar marcas impresas y sellos estampados, y por cierto la

documentación es confusa ya que no eran experimentos industriales sino individuales. La loza *El Terranova*, por su alta presencia la supusimos nacional y terminó siendo de la marca Arabia de Finlandia, producidas para exportar a España. En cambio la porcelana local *Tsuji* iniciada en la década de 1950 intentaba mostrarse como oriental, japonesa, y sus compradores la consideraban importada y de calidad, aunque su hechura era local. Algo similar sucedió cuando se instaló la marca Rosenthal. A la fecha se ha logrado avanzar sólo en generalidades del conocimiento de la loza local, o en algunos aspectos específicos, y de las marcas más conocidas tenemos la fábrica Tanagra que se inició en 1933 y fue quizás la primera industria local. Hizo esculturas pequeñas, figuras, cajas y objetos ornamentales. En 1939 comenzó a producir Mavetro (de May y Vetromile), pero eran adornos y decoración en loza y porcelana de calidad. Verbanos se instaló en 1953. En 1955 llegó al país desde España, Isaac Díaz Pardo, quien creó en Magdalena, una fábrica llamada Fábrica de Porcelanas La Magdalena.

Las porcelanas *Tsuji* fueron creadas por Saijiro Tsuji llegado al país en 1921 como representante de las fábricas japonesas para fomentar la importación. En 1952 instaló su empresa en la localidad de Ministro Rivadavia y es la que produjo la mayor variedad de vajillas. Hartford se estableció en 1944 como 'Porcelanas Americanas', e incluyeron lozas con motivos gauchescos pintados por el artista Juan Lamela. CYPA produjo vajilla y ornamentos desde los inicios de 1940 con gran influencia y experiencia traída de Europa, sus motivos decorativos eran sobrios con flores delicadas en ramilletes sobre fondos blancos. Otras empresas encontradas, varias sin siquiera poder ubicar aun la fecha de inicio, son la 'Cerámica industrial Haedo', 'Boulogne' en Rosario para después de 1940, 'Faenza' y 'Cerámica Sevilla', desde 1936. La fábrica 'Riviera' (hacía copias de motivos ingleses) también en la década de 1940, al igual que 'La Riojana'; una década después aparecerían Lozalito, Cerámicas Mendoza y Carstens.

Lo que llegaba al basural no era todo lo que la sociedad descartaba, eso es claro. Pero al menos es una buena muestra. La arqueología nunca puede trabajar con el total de lo descartado, ni de una persona ni de una sociedad, pero puede aproximarse. Este conjunto lo consideramos representativo de un universo social que en su mayor parte -difícil está el cuantificarlo- descartaba objetos de consumo de rango medio. Lo recuperado y lo observado, como conjunto, no es de bajos recursos pero tampoco lo es de muy elevados: la mayor parte de las lozas y los vidrios son importados, de marcas conocidas pero no de las consideradas finas en Europa. Se trata de objetos que eran elegidos por su decoración y brillo, incluso por su origen, pero de bajo costo: el tema de las apariencias. Las medicinas, los perfumes, a veces eran de cierta calidad pero siempre son los habituales ya que el lujo verdadero no se lo ve. Hay cerámicas de pasta roja vidriada de bajo costo y muy rompibles que hablan de recursos más bajo, pero también hay algunos vidrios de Murano aunque sean cuatro fragmentos y de un mismo objeto. Son del tipo de objetos que se heredan y se usan poco y es lo que termina en el anticuario, raramente en la basura. Hay relojes, electricidad, artefactos hogareños para el confort, cremas faciales, pequeñas figuras de porcelana, pero ninguno de marca famosa. La porcelana China es rara pero existe un fragmento de Imari, quizás mostrando que la basura de las grandes residencias no estaba toda allí, porque al haber sido las primeras construcciones ubicadas en el centro del pueblo, se usaron pozos hasta bien entrado el siglo XX. Valga la casa de la familia Chas que luego fue la mansión de los Larreta, en Juramento y Obligado, donde los pozos fueron tapados al demolerse la primera mansión hacia 1912-16, es decir tardíamente.

Hay cerámicas de pasta roja de cubierta vidriada negra, incluso con gruesa pintura exterior. El tema no ha sido estudiado y se las ha clasificado como *Cerámicas rojas-negras inglesas* (1750-1920), de tal manera de incluir desde las Jackfield del siglo XVIII hasta las Meashan (1860-1914). Por lo general fueron un símbolo de prestigio porque eran casi exclusivas para tomar el té. Esto habla de una

tradición que se difundió entre las clases medias en el siglo XIX, marcada diferencia con el mate criollo o el chocolate colonial o el café masculino y rápido.

No toda la sociedad que componía Belgrano pareciera haber estado en ascenso social como parece indicarlo la historiografía local. Es cierto que una parte sí y sus niveles de vida y consumo muestran eso, pero no los que ocupaban el Bajo. Las marcas son de gran utilidad porque pueden cruzarse con dos vetas: los precios de mercado y la estética de la decoración, cosa que sólo se ha hecho una vez y no con piezas arqueológicas sino de colección (Tonni 2014). Pero para quien está acostumbrado a excavar pozos residenciales, el observar los motivos de flores estampadas sin arte alguno resulta una estética de un gusto deplorable. Los tiempos de los artistas de la cerámica se habían acabado.

Parecería que se reafirma la celeridad en recibir objetos nuevos del mercado internacional (es decir: estar a la moda), la selección en base al bajo precio, a su supuesta significación social (ornamentación exuberante, variedad decorativa), a la falta de educación estética que impedía a las mayorías consumidoras distinguir un modelo de otro, el incremento de objetos similares a los suntuarios, la superioridad numérica de la porcelana en detrimento de la loza y la presencia de objetos destinados a los niños, al trabajo, escolares, enfermos y ancianos, es decir al mercado especializado que estaba creando la nueva sociedad de consumo. Así, hay evidencias de la presencia de lo que podemos denominar como clases bajas, medias y altas. Este no es un mecanismo probatorio, cualquiera podía preferir lozas con imágenes de vacas, los caballos siguieron en el gusto por mucho tiempo y eran importantes tanto para tirar carros de basura como para correr carreras en el hipódromo, y la educación gratuita permitía que accedieran casi todos los niños lo que generó el uso de los tinteros que en cantidad encontramos en el lugar. Por supuesto que mucha gente de dinero debía usar tazas de pésima decoración en lo que se llama el mal gusto burgués, pero no era por falta de pertenencia o dinero si no de cultura y conocimientos de arte y modas. El basural muestra el interjuego social y estudios más sistemáticos podrán ir arrojando evidencias para analizar el mosaico de los grupos sociales de la zona y en la construcción de nuestra sociedad moderna.

Esos tiempos de Sigmund Freud no fueron sólo del nacimiento de las formas de estudiar el Yo, fue también el de la formación de una sociedad de consumo uno de cuyos objetivos de marketing fue consolidarlo: variedad en el vestirse, obras de arte, mobiliario, relojes y todo lo que la civilización jamás conoció. Cada casa era diferente, no sólo por ser mayor o menor, tampoco eran iguales por dentro sin entender que en esas diferencias estaba la similitud: todos tenían lo mismo, lo que variaba era el diseño, color, tamaño, lo que proveía el nuevo mercado de consumo. Eran distintos pero iguales. Para recalcar eso era necesario poseer objetos identificatorios de pertenencia a cada grupo social, mujeres, hombres, niños, ricos o pobres, muñecas, juguetes, zapatos, cremas para el rostro. La variedad parece ser casi infinita y cuando el mercado nacional se achicaba se agrandaba el internacional o viceversa según las guerras. Así en el basural hay objetos exóticos como cremas para el rostro y las manos en botellas de opalina blanca que aun era cara y en eso valga la *Crema Simón* que desde 1860 fue asociada a las estrellas del teatro y del cine. Hay botellas de glicerinas, hidratantes, pastas para dientes y navajas para afeitarse al surgir la depilación entre hombres y mujeres. La construcción de la individualidad no vino separada del establecimiento de un Estado nacional sólido y del gran festejo de la Nación en 1910 (Pessi 2010).

Resulta interesante el paso de lo importado a lo nacional: manejándonos con algo simple como son las marcas se dibuja un cuadro, más teniendo en cuenta que Belgrano creció desde la apertura de las importaciones y el acceso al mercado internacional en tiempos de Urquiza, lo que fue aumentando hasta la primera sustitución de importaciones producto de la Primera Guerra Mundial entre 1914 y 1918. Y continuó hasta que lo importado se transformó en algo asociado al lujo. Para esos cambios

tenemos muchas botellas de *Glostora* (fijadores y colonias), aguas colonias nacionales con nombre de empresas extranjeras, al igual que pastas de dientes, perfumes y todo tipo de cosmética. La enorme publicidad de los productos de José Brancato y su gran difusión que se ve en los envases, muestran el grupo social en ascenso que había hacia 1910 el que estaba ávido de productos de belleza para ambos sexos y a bajo costo.

Podríamos incluir los cepillos de dientes en este análisis. Resulta interesante que en Belgrano no haya habido, quizás porque al ser de hueso serían reciclados (tampoco hubo cepillos de pelo de ese mismo material), a diferencia de los contextos domésticos en donde abundan. A la inversa, los potes de dentífrico raramente podrían ser usados con otra función dada su peculiar forma aplanada, poco práctica y por eso son habituales. Es una de las diferencias entre los basurales y los pozos domésticos.

Una tradición que se modificó en su forma aunque no en su significado de vicio personal a la vez que como marca de estatus, fue la de fumar. En los contextos coloniales y del siglo XIX son comunes las pipas de caolín, un material blanco y frágil. La arqueología las ha mostrado de a cientos porque se rompían al menor golpe. Fabricadas en Europa occidental para ser usadas en contextos de ocio y reposo, eran a su vez símbolo de la nueva burguesía, elegante y distendida. Los demás grupos sociales, en especial indígenas y esclavizados afro-argentinos, tuvieron pipas diferentes y que son más raras de encontrar en la ciudad, ya que eran objetos preciados para sus propietarios que nada podía descartar, y como era de esperar no las hay en este basural. Los inmigrantes europeos trajeron pipas de terracota, madera y metal, simples y baratas pero variadas. Y luego triunfó la pipa corta, de tubo de baquelita o nácar, luego de plástico negro. La pipa corta marcaba el dinamismo del siglo XX ya que permitía trabajar y fumar a la vez (como las de los esclavizados), siendo un símbolo de estatus y pertenencia a la clase media, los intelectuales y ejecutivos. A su vez, el inicio de esta costumbre por la mujer llevó a crear las boquillas negras, largas, cuanto más larga más sensual, que caracterizaron a las vampiras del cine y las revistas hasta mitad de siglo; y de esas sí hay en el lugar.

La medicina vio el cambio del convento al hospital en el siglo XIX, con la creación de la profesión médica unida al desarrollo de la química y luego a los laboratorios. Eso generó una cultura material masiva de carácter especial. La estética corporal y la salud como mecanismo de reproducción capitalista funcionó, y dejó su evidencia. No sólo los frascos contenedores, de productos específicos o genéricos, sino también tubos de ensayo, jeringas, goteros, picos vertedores, ampollas, probetas, frascos de alcohol y un sinnúmero de objetos cuyos diseños variaban si eran para laboratorios, de uso médico o para generar su consumo con formas, colores y etiquetas. La existencia de un hospital generaba el descarte de cantidad de desechos incluso orgánicos los que no tuvieron ningún tratamiento especial hasta casi la actualidad. Recordemos que todo lo asociado a la enfermedad, frascos de medicinas incluidas, era descartado y jamás reusado. Esto permite suponer que la mayoría de lo consumido sí está efectivamente en los basurales y es buena fuente de investigación.

Lo más significativo es la presencia ya no de medicinas de tipo genérico -es decir, de las que supuestamente curaban todo-, sino de los específicos: el mundo estaba cambiando y lo expresan los medicamentos generados por instituciones con nombre ('laboratorios'), que eran resultado de investigación, en especial por la tuberculosis que fue el gran problema de la salud de su tiempo: expectorantes, balsámicos, antitusivos y productos derivados de diversas drogas para reducir dolores de pecho y espalda. Y el otro omnipresente en la basura ha sido el purgante, de todo tipo, eficaz para los problemas estomacales cuando no había otra solución. Hasta la década de 1960 siempre había varios purgantes a mano en toda casa, sea aceite de ricino como Phillips o Carlo Erba (Sivulka 2001).

La historia temporal de Belgrano es paralela también a la del crecimiento de la educación pública. Si para 1855 el tema estaba en plena polémica y aun se discutía si debería estar en manos religiosas o laicas, privadas o del Estado, más tarde se transformaría en popular, gratuita y laica aunque con la opción de cualquier otro tipo. Es una historia conocida y que supera estas páginas. La escuela más antigua del barrio se encuentra simbólicamente frente a la plaza central, a un lado de la que fuera sede de Municipalidad, mostrando su importancia. Fue un pueblo y luego un barrio que vivió la educación pública en todo su proceso de desarrollo y eso lo vemos en la basura. Lo interesante es ver qué vemos. Hay muchas cosas que están relacionadas con la educación ya que los niños iban al colegio con zapatos y perdían los botones del delantal, por lo tanto hay muchas formas de ingresar al tema. Pero hay dos tipos de objetos hallados en cantidad que son significativos: los tinteros de vidrio de bajo costo y las pizarras individuales para escribir. Los tinteros son encontrados por doquier en esta excavación y en cualquier otra, saliendo en todos los niveles y profundidades ya que no eran reciclables, y en menor escala encontramos las tablillas para escribir en un mundo en que el papel era caro y fueron usadas hasta ir desapareciendo hacia 1930.

El motivo del descarte masivo de tinteros y su no recuperación no es de difícil explicación. Es simple entender que su coeficiente de rotura era muy bajo ya que por su propia forma y tamaño son poco rompibles, pero hemos explicado su frecuencia en base a que la tinta manchaba mucho y era muy compleja de lavar. Hemos propuesto que se los tiraba a la basura cuando se volcaban y luego nadie quería tocarlos; era más simple comprar uno nuevo dado su bajísimo costo. En el caso del Bajo los encontrados son de industria nacional, es decir posteriores a la década de 1880-90 y eso explica también la baja presencia de los de gres importados. El que haya muchos tinteros puede quizás sólo ser muestra la cantidad de niños que volcaron sus tinteros, pero nos da un indicador sobre la presencia local de la educación pública, de los nuevos mecanismos de homogenización social y de la construcción de una sociedad letrada, que se intensificó precisamente durante el gobierno de Sarmiento en la década de 1860.

Los zapatos de todo tipo han sido omnipresentes en el sitio mostrando que el calzado descartado no era reusado, aunque gran parte de lo que se halló había sido reparado hasta varias veces. Quizás nadie los recogía porque llegaban en tal estado de deterioro que era imposible darle otro uso y obviamente nunca arribaban en pares. El 96% de los 278 zapatos revisados tenía deterioros previos al descarte con problemas terminales, al grado que lo que quedaba no podía ser arreglado. Para patrones actuales resulta llamativa la cantidad de reposiciones y desgastes que presentan, es decir lo intenso del uso a que se vieron sometidos, por ejemplo el seguir caminando con un agujero en la suela. La literatura cuenta el valor que se le daba al calzado y que el *zapatero remendón* fue parte de la vida urbana. Comprar zapatos para un niño o joven era una ceremonia familiar incluso para la clase media. Por eso lo que vemos en el basural es lo que ya no tuvo solución. No entraremos en el análisis del tipo de calzado o modas, pero sí destacamos que no hay zapatos femeninos de taco alto, es decir posteriores a 1940, ni mocasines de hombre, ni botas altas de ningún tipo, sólo zapatos cerrados de ambos géneros y algunas pocas alpargatas, o un aislado zapato deportivo masculino de tela blanca engomada, la conocida *gutapercha*.

La manufactura de lo encontrado es de una marcada variedad debido a dos factores: la mitad del siglo XIX significó en el mundo el gran cambio en la tecnología de la producción de calzado, el abaratamiento de los costos y la velocidad de producción: efecto de la Revolución Industrial y su rebote en el mercado nacional. Pero el que se haya sistematizado el uso de la máquina de coser no significó que se acabara el cosido a mano, y ambos sistemas coexistieron. Hay ejemplos de cosido manual, a máquina, con alambre y aun con los viejos tarugos de metal y madera (Stevens y Ordóñez

2004; Veres 2005). Y largos estudios sobre el sistema de explotación del trabajo a destajo en especial el femenino gracias al abaratamiento de las máquinas de coser que permitían el trabajo doméstico.

La producción de zapatos fue una industria que estuvo sostenida por la mano de obra inmigrante que lo hacía a destajo en su domicilio; hay bibliografía sobre lo que se ha considerado una forma de explotación de la mujer. Lo barato de los zapatos cosidos a máquina hizo que tardara mucho en modernizarse la producción. Una clasificación divide las costuras en manuales y a máquina de coser, lo que se distingue por la regularidad de los puntos. Las máquinas de mayor tecnología cosían con pequeños clavos de cobre, o con alambre, o ponían tarugos de madera, bronce o hierro.

Las técnicas usadas para remiendos son diferentes, se cosían a mano, media suela o recambio completo, o colocándole otra encima, o el reemplazo de partes, o de todo el taco. Esos arreglos le daban al zapato nueva rigidez pero incomodidad y poca duración extra, la media suela se descocía o se gastaba. Un detalle observado es que muchos tacos, que para 1900 fueron bastante altos, tanto para hombres como mujeres, se hacían o se arreglaban cortando cuero proveniente de zapatos inútiles. Esto se puede ver en los que al desarmarse muestran capas con diferente grosor y forma. Es decir, debió haber habido en el basural alguna selección de zapatos inútiles para aprovechar el cuero. Seguramente con el cuero de la caña de una bota se podían arreglar una docena o más de tacos. Los deterioros son variados: tacos desgastados por posturas desparejas del cuerpo, desprendidos, agregados que se soltaban, agujeros en la suela por desgaste -ya reparada u original-, y básicamente roturas en los puntos sensibles de la movilidad del pie. En síntesis, lo que se observa son ejemplares con deterioro por desgaste a lo largo del tiempo, el reemplazo de partes, arreglos, parches de todo tipo, al grado que debió ser en extremo molesto andar con esos zapatos con tantos clavos y costuras gruesas. ¿Pobreza, desgaste habitual en todos los niveles? Temas abiertos a la investigación.

### **Comparando con otros basurales**

Para iniciar comparaciones entre sitios de este tipo de la ciudad tenemos ya los resultados de excavaciones y estudios similares en La quema (sitio llamado *Zavaleta*) y en un lugar cercano a aquel, conocido como el Corralón de Floresta (Camino 2011; Traba 2014, 2018; Traba y Coloca 2011). El primero era parte de la zona de quemado y depositación de basura del que hemos incluido fotografías ubicado en el Oeste de la ciudad, el otro sufrió procesos de rellenado con ceniza y escoria provenientes seguramente del primero.

Resulta interesante que los resultados arqueológicos sean diferentes. En primer lugar allí la mayor parte de los objetos 'se encuentran con signos de haber sido expuestos a las llamas', lo que en Belgrano no sucede; es decir que había hornos cercanos. En segundo lugar, en Flores se encontró gran cantidad de huesos no vacunos (el 49 %) mientras que en Belgrano apenas vimos algún hueso pequeño (¿presencia de animales, o el uso muy sistemático de huesos en los molinos, o si excaváramos a unos metros sí los habría?). Otro detalle nada menor es que en esos sitios del Oeste los objetos pertenecían en su mayoría a vajillas cotidianas, no destacándose casi nada que tuviera alto valor económico. Si bien habría que definir qué es el lujo, no tenemos duda que un florero de Murano lo es, o lo son las esculturas de porcelana o los platos y tazas de té decorados con la calidad de las que había en Belgrano en donde, a la inversa, lo puramente blanco no es mayoritario.

En otro aspecto, el 41% del vidrio termoalterado ('muy fundido') se contrapone con un porcentaje menor al 2% en Belgrano. Y con la cantidad de botellas y frascos enteros. A la inversa, la falta de objetos metálicos no conexos con la construcción es la mayoría (el 98% en los casos de La quema eran

para esa función). Incluso objetos de larga duración como son las botellas de gres, cuya dureza la hacen muy difícil de romper, eran comunes allí y fueron inexistentes en este sitio, quizás por un posible desfasaje cronológico.

Esto lleva a pensar que las diferencias en los basurales no están solamente en la variedad de los objetos descartados, ya que la ciudad vista como una totalidad es un continuo más allá de las diferencias locales (la basura en *La quema* llegaba desde todos los barrios), sino en los procesos posteriores al descarte. Las fotografías de época tienden a confundir un sitio con otro como si todos fuesen lo mismo, como si las condiciones de quienes allí trabajaran también lo fueran -uno tenía viviendas provisorias hechas en el lugar mientras que el otro era un sitio planeado a futuro como residencial-, o sus ocupantes actuaran de la misma forma.

Un hallazgo casual hecho en la avenida Amancio Alcorta permitió observar otro conjunto de objetos de *La quema*, los que si bien no fueron resultado de una excavación sistemática sí fue representativo por su volumen y por llegar de una excavación reducida. Lo observado fue: en todos los niveles habían objetos de diferentes cronologías incluso de los primeros momentos de la formación del sitio hacia 1870; la cantidad de material posterior a 1930/40 era raro, la vajilla blanca prevalecía lo que interpretamos como un rasgo de bajos ingresos y cuando había decoración tendía a ser la más simple: anular y raramente motivos floreales. No habían botellas sino en fragmentos, los frascos tendían a ser simples, había mucho hueso vacuno, botellas de cerveza, de agua mineral y ginebra en botellas de gres, y las marcas de lozas son indefectiblemente inglesas o *Villeroy et Boch*. Y faltan las lozas y porcelanas de motivos abarrocados, floreales entusiastas y abigarrados, margaritas silvestres perdidas sobre el blanco o los aburridos temas de la estética tardía Victoriana de colgantes y arabescos sobre los bordes típicas de 1900. La veta de las diferencias, más que la de las similitudes, es lo que nos abre mil interrogantes.

## Repensando Belgrano desde el Bajo Belgrano

Es muy difícil saber si al terminar un estudio, grande o chico, uno arriba a conclusiones o sólo a nuevas preguntas. Este parece ser el segundo caso. Hemos avanzando en entender la historia de Belgrano como una unidad entre sus dos sectores, el Bajo y Alto, desde un diseño original y cómo esa división topográfica justificó la división social, estética y de uso del suelo. Nació para dos grupos y siguió así hasta la década de 1970 en que comenzó a homogeneizarse y las viviendas modestas tuvieron que irse a otro lado. Los terrenos largamente colmatados y aplanados pasaron a ser excavados para nuevas torres y la basura antigua fue a rellenar otros lugares. Una historia interesante para la arqueología urbana de movimiento de basurales de grandes dimensiones.

Belgrano fue un proyecto y una concreción inusitada en la historia urbana porteña, ningún otro barrio fue planificado de esa manera desde su origen, ni tuvo una historia tan consecuente por tanto tiempo. Pero como con la geomorfología de la tierra no se juega, los rellenos del Bajo dificultaron el escurrimiento del agua generando inundaciones en el Alto, lo que seguramente nadie esperaba que pasara. Y así siguió y hasta hace poco tiempo en que sólo con inversiones millonarias en desagües lograron resolver lo que pudieron haber sido decisiones menores en su momento.

El basural que a su vez fue relleno, es por esa misma historia, diferente a los demás en la ciudad; ni se actuó de la misma manera ni en lo arrojado ni en lo separado fue igual. Porque no hay dos memorias iguales, porque no hay dos historias iguales. La cruda realidad de Belgrano, el Bajo y el Alto, terminó dándole la razón a la añoranza de Cátulo Castillo que en 1941 sobre un pasado que, si bien era reciente ya estaba perdido: '¡Barrio de Belgrano!/ ¡Caserón de tejas!/ ¿Dónde está el aljibe,/ dónde están tus patios,/ dónde están tus rejas?' Era cierto: para 1941 no quedaba casi nada de los tiempos fundacionales aunque no hubieran pasado 100 años, imaginario o real la enorme mayoría de su entorno construido había sido demolido o lo sería en los años siguientes. Quizás el estudio del basural permita recuperar algo, no sólo información, de esa parte de la ciudad. Creemos que es un camino posible para entender con más precisión -y fuera del mito fundacional-, algo más de su historia y de su vida doméstica.

## VI

### Excavación de rellenos de estructuras

En 1938 un ingeniero ocurrente llamado Ricardo Gutiérrez rescató, excavando, la primera caldera a vapor de Buenos Aires, la que había sido instalada en 1846. Suponía acertadamente que estaba enterrada debajo de la avenida Paseo Colón, aunque sólo lo suponía en base a una investigación histórica. Es decir, en base a la falta de documentación referente a su destrucción o traslado, consideraba que allí había quedado abandonada, fuera de uso, debido a su gran tamaño. Rescatarla era un riesgo asumido a partir de una posibilidad razonable, y resultado de una inquietud académica de estudiarla y conservarla para un valor patrimonial potencial que él le asignaba. Metros de escombros, rellenos, empedrado y varias capas de asfalto cubrían los restos de lo que fuera en el siglo XIX el Molino Harinero de San Francisco, empresa británica pionera en la industria en la Argentina (Figura 75). Planteó que ese objeto aun existía (hipótesis), ubicó el sitio con planos y documentos (método), excavó (técnica), la encontró y la entregó (gestión patrimonial) al Museo de la Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (Gutiérrez 1938), en donde nunca pude encontrarla (realidad local) pese a que ese museo no ha cambiado de lugar y la caldera era enorme. Con esto surge una pregunta: si eso se podía hacer en aquella época y contó con el beneplácito de las autoridades, de la academia y de la comunidad ¿por qué hoy hay tantos inconvenientes con una arqueología de la ciudad? Los principios teóricos y los métodos son diferentes a 1938, eso sin dudar, y el sentido de la arqueología cambió, pero hoy sería imposible romper una avenida para averiguar algo, fuese lo que sea. Ni hacer arqueología durante el trazado de las obras públicas: el reciente Paseo del Bajo que pasó precisamente por encima de los restos del Molino, lo hizo sin que las autoridades en arqueología hicieran nada.

Durante las décadas de 1960, cuando el Río de la Plata no estaba tan contaminado existió una playa en la Costanera Norte llamada, con ironía, *Saint Tropez*. Fue la delicia de las/los jóvenes de esos tiempos (como antes lo fueron la playa de La Salada en el Riachuelo y aún antes la de la Costanera Sur). Cuando se prohibió su uso, por decisión dictatorial, y se mandó rellenar la zona, se arrojaron al lugar entre el escombros, la basura y la tierra, varios automóviles y un autobús que rápidamente fueron enterrados (Figura 76). Pero el autobús era más alto que el nivel al que se quería llegar por lo que quedó por varios años cubierto hasta la mitad. No dejaba de ser curioso ver las ventanas asomando desde ese relleno, donde jugaban los niños y había quien dormía en su interior; hasta que un día desapareció de la vista aplastado por una máquina. Es interesante pensar lo que imaginará quién lo encuentre al excavar.

Esto nos lleva a observar que desde esa época los rellenos para el crecimiento de la ciudad han crecido y a la vez han variado: al menos en el área urbana ya no se arroja basura de manera indiscriminada sino que lo orgánico va por un lado –al área metropolitana–, el escombros y la tierra a los rellenos sobre el río, sólo lo patológico se incinera y los cloacales se descargan en el río a la altura de Berazategui, hoy zona urbanizada, dado que antes eso quedaba lejos es hoy parte del entorno urbano.



Figura 75. El Molino de San Francisco en 1876 en una foto de Christiano Junior. Estaba ubicado sobre la costa de la ciudad. Por detrás asoma el Mercado de Esclavos y su gran portada barroca. Todo fue rellenado incluyendo el Molino, bajo la nueva costa de finales del siglo XIX (Archivo General de la Nación).

Un *relleno* no es ni era un *basural*. Pueden parecer similares pero no lo son y su proceso de formación y objeto de existir son diferentes. Es cierto que la arqueología ha considerado todo lo que cubre una estructura, o un lugar cualquiera, como *sedimento*, término que por ser tan general pierde su sentido ya que los diccionarios dicen que sólo explica 'que está asentado sobre algo'. Es evidente que hay muchas formas de haberse generado esa cobertura: desde tierra que vuela desde lugares más altos, o arenas sueltas, a usos primarios como la reocupación de un lugar previa nivelación, o la construcción de algo encima de otra demolida o no, o la descarga de basura en forma metódica; incluso los rellenos intencionales generalmente asociados a los procesos de construcción y demolición. Por eso analizaremos los rellenos, diferenciándolos de los basurales y las depositaciones naturales, éstos últimos no existen en la ciudad.

En un contexto urbanizado un relleno es un conjunto grande o muy grande de objetos, en su mayoría tierra y escombros de obra de demolición o construcción –sin putrefactibles–, los que se arrojan en tiempos cortos y en un mismo lugar para variar un nivel o ganar espacio sobre el río. No son necesariamente objetos de los que se desea desprenderse, se lo hace con una función específica y asociada a la construcción; incluso muchas veces se paga por ellos. A diferencia de un basural ésta es una operación generalmente mecanizada (aunque fuera en carro de caballos o en carretilla), en que decenas de metros cúbicos son arrojados en un espacio delimitado para colmatarlo. No es el producto del descarte a lo largo del tiempo como es el arrojar basura doméstica –aunque todo lleva tiempo,

obviamente-, sino que son acciones rápidas, de un día, incluso menos como es el caso de rellenar un pozo ciego, y aunque a veces pudiera llevar semanas por su dimensión (la Costanera, o la Reserva Ecológica lleva años). Resultan de decisiones específicas tomadas para espacios definidos con un objeto de alteración de nivel. Se hacen con un objetivo que no es el del descarte en sí mismo: se rellena para construir encima, para evitar inundaciones, para hacer una plaza, para un acceso o un desnivel, siempre con un objetivo.



Figura 76. La playa *Saint Tropez* en 1974, enterrada bajo los rellenos de la ampliación de la Costanera Norte, la línea indica el nivel actual de la zona (Fotografía Centro de Arqueología Urbana).

Hasta que comenzaron a hacerse edificios con cierta altura en la década de 1930 los cimientos se hacían excavando zanjas, quedando el resto del suelo sin tocar. Para construir hoy en día, después de demoler con maquinaria pesada, se excava removiendo todo el subsuelo del terreno, tierra que se lleva en camiones a otros sitios. Una vez hechos los cimientos y dejando los lugares para sótanos, instalaciones o cocheras de automóviles, se procede a rellenar el resto con tierra sucia traída desde algún otro lugar o con escombros de la misma obra. Para hacer rellenos los camiones de traslado hacen fila y arrojan su contenido (al menos seis metros cúbicos cada uno), generando una superposición que puede verse como estratigrafía, pero cuyo análisis lo único que nos dice es que fue hecho un estrato después del otro -provenientes de sitios diferentes y con contenidos distintos-, y entre cada uno hubo menos de media hora. La diferencia con el sedimento formado de manera natural o por la actividad humana cotidiana se hace patente en la dimensión, en el tiempo transcurrido para su formación y en el no ser resultado de actividades domésticas.

Por supuesto y como en todas las cosas hay que ser flexible, veremos un ejemplo que encontramos en el Hospital Borda en donde se actuó de manera inusitada: para darle altura a un pabellón en donde se alojaban enfermos se hicieron los cimientos sobre el piso (es decir encima y no dentro de la tierra), rellenando luego los laterales con tierra para darle prestancia palaciega. Pero abajo del piso y entre los cimientos quedaron espacios vacíos (¿pensarían rellenarlos con el escombros y no fue suficiente, o que los espacios tuvieran algún uso?), y sólo han servido para juntar basura. Fue nada más que una manera de construir poco común pero que no cambia la situación.

Un caso excavado fue un aljibe en la casa de Josefa Ezcurra del siglo XVIII aunque éste fue construido en el siglo XIX tardío, donde la cronología de los objetos nos terminó mostrando que pese al enorme volumen que tenía todo debió haber sido arrojado en muy poco tiempo, quizás días. Las diferencias en los estratos se debían a que se arrojaron desperdicios y objetos provenientes de diferentes lugares o habitaciones de la misma casa, en donde se alquilaban los cuartos a distintos inquilinos, los que generaban cosas diferentes: imprenta, taller, oficinas y vivienda. La mayor parte del contenido fue papel de la Imprenta San Martín concentrado en el estrato inferior, negocio que funcionaba en la entrada de la casa. Otro pozo excavado que había sido rellenado y ubicado en el terreno lateral del Cabildo, mostró haber sido excavado hacia la mitad del siglo XIX pero en su interior se encontraron objetos de los siglos XVI al XVIII en todos los niveles: era un relleno hecho a finales del siglo XIX con tierra proveniente de sitios más antiguos, seguramente cercanos. Estos rellenos tienen en común la complejidad de excavarlos con el rigor necesario (siguiendo estratos naturales) siendo escombros en su mayor parte, y el problema es el coeficiente entre recursos y resultados. Y que normalmente no tienen una estratigrafía clara debido a la forma en que se lo rellena arrojando todo desde lo alto y agregando agua. Es decir, en esos casos habrá pocos resultados para grandes esfuerzos y costos. Por supuesto, vale la pena hacerlo siempre que se pueda, de otra forma hay que buscar alternativas. Recordemos que los métodos de excavación fueron establecidos por europeos en Asia, en trabajos sin límites presupuestales o que disponían de montos de dinero diferentes a los nuestros. ¿Alguna vez sabremos, a cifras actuales, cuánto costó sacar la arena que cubría Babilonia, Nínive o Assur? ¿Y cuánto se le pagaba a esos cientos de *felahs* por su esfuerzo diario? ¿Tendrían que pagar al sindicato, dar coimas a los inspectores o mantener los seguros?

La ortodoxia arqueológica fue pensada para sitios no urbanos o en las ciudades en donde se trabaja sobre tierra arrasada, y se partía de asumir que toda depositación secundaria debía ser descartada porque estaba *alterada*. ¿Acaso la arqueología no se dedica a estudiar los procesos antrópicos de alteración? Era lógico actuar así en 1920 para establecer métodos rigurosos y de esa forma se ha construido la arqueología en el mundo, pero en el tema urbano la realidad nos lleva a una postura diferente: los rellenos secundarios son los habituales, ocupan la mayor parte de su subsuelo y sí es posible obtener una importante cantidad de datos de ellos. No pueden ni deben ser descartados ya que encontrar contextos primarios es un milagro en ciudades de rápida transformación. La otra opción, que ha sido sostenida por profesionales locales, es no hacer nada para no enfrentar la ortodoxia, por lo que se pierde toda posibilidad de trabajo por menor que sea. Por suerte la bibliografía internacional ha avanzado mostrando que la tradicional arqueología y su rigurosidad, al querer ser aplicada en ciudades de América Latina, resulta imposible por los tiempos de la realidad: un permiso de demolición (con lo que los estudios deberían estar hechos), aquí demora una semana o menos; en otros países puede demorar años hasta que se hagan las investigaciones previas (Figura 77).



Figura 77. Convento de San Francisco, celda construida en el siglo XVIII sobre restos del XVII. Las obras del XIX tardío modificaron su nivel para adaptarlo a la topografía urbana. La excavación del relleno se hizo como trabajo de rescate de un fin de semana; otra opción no existía.

El problema que surge en estas excavaciones, y en lo que es similar a los basurales, es que estamos ante dimensiones que llegan a varios miles de metros cúbicos. Es cierto que hay menores, pero habitualmente la magnitud hace complejo el sistema de proporcionalidad que es base del método arqueológico: ¿cuánto hay que excavar para contestar preguntas en la Reserva Ecológica de Buenos Aires? Hoy en día ocupa 350 hectáreas, es decir que si calculamos un promedio de tres metros de

altura tenemos más de diez millones de metros cúbicos hechos en menos de 20 años. Sabemos que un porcentaje de un total puede ser extrapolado al todo, aunque con un margen de error. Una cuadrícula nos habla sobre el conjunto al que representa, pero como vimos en los basurales a veces no nos dice más que lo que sucede en esa mínima excavación. A veces nos habla más acerca de lo que no se llevaron los que separaron lo reusable que de lo descartado por la ciudad. ¿Cuánto sería el mínimo representativo de la Reserva Ecológica? El uno por ciento son 100.000 metros cúbicos.

Los rellenos tienden a ser homogéneos por la velocidad con que fueron hechos y contienen muy poco material cultural doméstico, están básicamente compuestos de escombros de demolición o arena de río, a diferencia de los basurales o las depositaciones de la vida cotidiana. En estos casos no es factible cuantificar los hallazgos de manera obsesiva, incluso llegaría a ser absurdo dilapidar recursos porque hay rellenos con más de 1000 objetos por metro cúbico, dependiendo del diámetro de zaranda que se use. Valga un ejemplo: los rellenos de la Aduana de Taylor tras la Casa Rosada, Plaza Colón y la Costanera, se hicieron desde el final del siglo XIX con arenas del Río de la Plata que generaban las dragas que mantenían los canales para ingresar a Puerto Madero. Eso explica el porqué hay enormes superficies de la antigua costa que aunque rellenas, al ser excavadas no tienen nada más que lo que fue agregado por los operarios en su comida, o el carbón de la grúa a vapor, como nos sucedió al excavar en Dársena Norte. La estratigrafía es notable, pero casi no hay objetos culturales. Un caso opuesto: la excavación del jardín de la residencia Las Brisas en San Isidro, construida hacia 1895. Su nivel de piso era un relleno de nivelación hecho para subir la mansión en un metro de altura con casi 1500 metros cúbicos, lo que dejó enterrados incluso los restos inferiores de la casa precedente. La primera cuadrícula, pasada por zaranda de 5mm, arrojó 662 artefactos, 1460 fragmentos óseos, 1100 materiales de construcción y 70 de carbón; es decir que ya sólo en la escala macroscópica era de por sí enorme la cantidad de objetos. En cambio, la Cuadrícula 2 de ese mismo sitio tenía la mitad de material óseo en el doble de profundidad (lo que lo reduce porcentualmente), a la vez que mostró una muy baja presencia de objetos culturales a la vez que habían centenares de ladrillos y tejas. Y eran sólo unos metros de diferencia. Lo que creíamos que era un basural por la alta presencia de huesos resultó ser tierra removida desde otro sitio, el que seguramente sí fue un basural en su origen, al que se le agregaron los sobrantes de la obra nueva (Schávelzon y Silveira 2001). El sitio del que se obtuvo lo arrojado habría sido un lugar en el que sí se descartó de todo y básicamente huesos, lentamente y durante un siglo (un basural). Pero vino a terminar en este lugar el que se relleno en una única operación con el objeto de levantar el nivel en que se construiría la casa. Dos historias diferentes que se cruzaron en el tiempo y el espacio.

En ese caso entendimos que era un relleno no sólo por el contenido sino también porque era un volumen definido por las medianeras y la vereda, de altura estable, y no había fragmentos del mismo objeto salvo que se hubieran roto en el lugar. Ese detalle es significativo, es decir la falta del tradicional remontaje, ya que al igual que en los grandes basurales si se descartaba un plato los fragmentos raramente quedaran juntos, como sucede en un pozo de basura hogareño o si se lo arrojaba al terreno del fondo de una casa. En lo doméstico la fragmentación es menor y hay una fuerte posibilidad de tener incluso el objeto entero.

Un cálculo de la dimensión de los fragmentos podría ser un índice que ayudara a entender los procesos que vive un conjunto de esta naturaleza, ya que cuanto más se mueven las cosas más tienden a romperse y a dispersarse, a rodar o desplazarse, aunque no hay posibilidad de tener un cálculo estadístico fijo. De todas formas la observación de una alta presencia de fragmentos chicos -cerca del centímetro-, suele ser indicativa de rellenos, en los basurales suelen ser mayores. Obvio que en

algunos casos puede no ser así, pero es un rasgo indicador de actividades intensas anteriores al descarte final en el que se encuentran.

Todos los rellenos, al hacerse rápido y tratando de ocupar la mayor cantidad de espacio en el menor tiempo posible, se hacen aprovechando las grandes cantidades de escombros que generan las demoliciones o la construcción; es lo más barato, inútil y que más espacio ocupa. La tierra es cara y tiene otros usos mientras que el escombros es algo de lo que es necesario deshacerse aunque haya que pagar para que lo retiren y trasladen. Quien hoy mire construir verá salir volquetes llenos de escombros y madera, por centenares. Absurdamente, para la lógica actual, para hacer una ventana o puerta es más fácil levantar la pared y luego hacerle el agujero. Es más barato descartar y comprar nuevo. Para Santa Fe la Vieja las tejas de las casas que quedaban inutilizadas tenían un valor que no era menor, al grado que hubo tejas de la ciudad vieja que se llevaron al nuevo asentamiento en 1650 para reusarlas, lo que para una sociedad industrial sería económicamente absurdo (Calvo 2003).

El caso más interesante de rellenos que se ha excavado ha sido el del Zanjón de Granados en el tramo que pasa debajo de la vivienda ubicada ahora en la calle Bolívar 886. Sabemos con precisión que este gran desagüe de la ciudad fue hecho por el ingeniero Carlos Pellegrini en la década de 1860 para nivelar la zona sur de la ciudad y sacar el agua de lluvia que generaba inundaciones. Antes citamos que lo mismo intentó hacer Mosquera en el siglo XVIII pero no pudo completarlo. Y a la vez que Pellegrini hacía la nivelación, se trataba de poder vender los terrenos, y como efecto del saneamiento se podía modificar la composición social de la zona, y terminar con basural que era ese arroyo o zanjón. Para lograr el nivel adecuado primero se alisó el piso natural, luego se fueron arrojando grandes cantidades de metal, hueso, algo de material de construcción y más que nada ladrillo molido en estratos no regulares. Fue la primera vez que se observó una técnica de relleno específicamente diseñada para ese propósito, evitando los objetos domésticos, incluso el vidrio salvo que estuviera molido, aunque con una capa de material óseo en la parte superior actuando como un colchón absorbente del agua que pudiera filtrarse por las juntas del piso de piedras, y compactarse para dar la curva de desagüe necesaria. Finalmente todo fue aplanado hasta lograr un nivel con curvatura para mejorar el escurrimiento del agua (Schávelzon y Girelli 2020).

Este proceso, hecho a lo largo de quizás un kilómetro, y calculando un promedio de medio metro de altura por unos cinco metros de ancho (medidas aproximadas), implica una operación de 25.000 metros cúbicos. Moler ladrillos y tejas (relleno compactable sin hundimientos ulteriores), obtener hueso (flexibilidad) y hierro (que servía de aglomerante al oxidarse) fue notable para esa década, ya que significó mover unos 10.000 carros tirados por mulas. Y mostró que sí era factible hacer esos emprendimientos: nuevamente *Mens agitat molen*; la ciudad podía modificar su topografía gracias a la ingeniería. Obviamente la opción de canalizar a cielo abierto ni siquiera se discutió, era impensable para el Positivismo en pleno. Era como si el tiempo no hubiera transcurrido y había que remediar un siglo más tarde lo que había dicho Mosquera que había sucedido en la calle Defensa en donde dejaban 'mulas y caballos muertos muchas veces, he visto arrojar las basuras de cualquiera casa y aún algo más: he visto en la fiesta de los toros dejar éstos muertos en las calles' (Quesada 1865: 625). Y la opción de hacer canales hacia el cercano río, como hizo Rosas en Palermo y ya citamos, era una experiencia que tenía apenas 20 años y que había sido eficiente, pero la mirada política del Liberalismo lo había descartado sin siquiera estudiarla.

Gran parte de los rellenos en Buenos Aires se hicieron desde el siglo XVI para levantar el nivel del piso de las casas, cosa que lo vemos en las *Actas del Cabildo*, pero nunca tenía gran escala. Se lo hacía para descargar el agua de lluvia hacia los linderos, por lo que se tendía a dejar parte de la demolición de lo que allí hubiera existido para construir encima. Al demoler, se vendían los tirantes de madera,

ladrillos enteros y tejas, pero el escombros había y hay que pagar para sacarlo, lo que antes no tenía sentido y a la vez que podía ser de utilidad simplemente apisonándolo. Pero eso terminó en el siglo XIX.

La disposición de los fragmentos grandes de mampostería indica el proceso del relleno y la velocidad con que fue hecho. Cuanto más grandes son los fragmentos, cuánto más completos sean los muros caídos, menos pisoteo habrán tenido y fue más rápida la acción vivida, incluso muestran que tuvieron menor exposición a la lluvia. La fragmentación y su dimensión cuentan la historia de la demolición. Y estudiar la destrucción es también arqueología.

El problema habitual es que en estos casos, al excavar, hay miles (o decenas de miles) de ladrillos (o baldosas, tejas o vidrios de ventanas) y resulta casi imposible tomarlos en cuenta en su verdadera dimensión. Es una decisión: sabemos que finalmente se los va a descartar (nadie guarda millares de fragmentos de ladrillo en un laboratorio), pero lo que hay que hacer es mirar con detalle, tomar notas, fotografiar, medir y sólo guardar lo que se considere importante por las razones que sean. Obviamente se trabaja con un proyecto y eso define qué se guarda, pero una casa demolida es mucho escombros. Y no todo lo que estudiamos es patrimonio, aunque la Ley Nacional de Patrimonio diga lo contrario. Para eso están las colecciones de referencia, Internet y los catálogos de esos materiales nacionales e internacionales, lo que ya existe. Algo tan simple como los vidrios de ventanas, que los hay de a miles en cualquier relleno, nos dan información, pero su forma de trabajarlo y estudio resultó ser poco conocida (Schávelzon, Frazzi y Girelli 2015). Era, hasta hace poco, un material que se descartaba por la complejidad de su manipulación, la enormidad de su presencia y el no saber qué hacer con ellos, cómo transformarlos en información útil.

Los ladrillos, que en Argentina siguen siendo manuales, parecen tener una historia similar en esta situación: de ser considerados todos iguales hubo una época en que se creyó que era posible hacer una evolución de su tamaño. Obviamente los más viejos son más grandes que los recientes por lo que se imaginó que podía ser fácil fecharlos por tamaño, pero no fue así al entenderse que en cada lugar y época tuvieron tamaños diferentes -ni hablar de la pasta-, que se reusaban mezclándolos, que cada horno los hacía distintos y que es imposible fecharlos más allá de una simple generalidad. Es decir, hay que ver la unidad y el conjunto, en comparación con lo que sabemos de otros lugares cercanos. Y mirar la pasta, si contiene vidrio, loza molida, mayólicas; ver cómo se trabajó el molde, la parte inferior (arenosa) y la superior marcada con los dedos o una paleta resultado de sacarle el agua sobrante, el reborde que se produce al quitar la pasta que rebasa el molde y los diversos detalles a observar. Y con la mezcla de unión sucede lo mismo. Pero es cierto, se repiten y nadie se lleva al laboratorio una casa desarmada, es el gran problema de los rellenos.

Cuando se excava puede verse la diferencia entre lo que fue cegado intencionalmente en forma rápida de lo que fue resultado de arrojar descartes lentamente: en el primer caso todo está apisonado y con pocos espacios vacíos entre sus componentes (salvo que se hayan derruido muros casi enteros), mientras que los hechos a las apuradas dejan aire entre los fragmentos de ladrillos o cualquier otro objeto de cierta dimensión. Por supuesto todo relleno se hace durante un transcurrir del tiempo, nada es instantáneo y por ende hay, o puede/debe haber estratigrafías más o menos marcadas, sea por pisoteo, por aplastamiento de operarios o de carros o de maquinaria, o por diferencias de los objetos. Lo que hay que evaluar es su significación para usar los recursos disponibles antes de comenzar a excavarlos por estratos de depositación.

La demolición se hace ahora con maquinaria pesada, por lo que una *casa chorizo* tradicional lleva, en ser desarmarla y retirado todo lo que puede venderse, unos tres a cuatro días; y la demolición de los

muros se hace en un fin de semana. Es decir que incluyendo el retiro del escombro todo lleva menos de 15 días, dejando el terreno limpio y apisonado por los camiones que se llevan el llamado *cascote*. El uso de esos carros, camiones, grúas o volquetes para apisonar lo relleno ha sido y es una tradición muy eficiente, antigua y barata. Y los camiones que lo retiran lo arrojan, obviamente, en otro lugar previamente establecido generando un nuevo relleno.

Por supuesto hay excepciones que no caben en ninguna clasificación. Valgan de ejemplo las letrinas del convento jesuítico de Alta Gracia, Córdoba: cuando se dio la orden de fusilar al ex virrey Santiago de Liniers en 1811, parte de las cosas que se le requisaron fueron a parar al pozo del baño de su residencia, el que tenía más de un siglo. Decenas de platos, armas y todo tipo de objetos domésticos que debieron estar en buen estado y que en parte coinciden con el inventario conocido, se arrojaron en los pozos ciegos que habían sido hechos por los jesuitas en su convento de Alta Gracia (Schávelzon 2005). La operación de cancelar los baños con ese relleno fue de enorme velocidad al grado que los platos de cada vajilla fueron arrojados apilados. Cuando se lo encontró resultaba inexplicable, sólo al confrontarlo con la documentación y analizar el proceso histórico se pudo encontrar una explicación de los sucesos.

En la experiencia urbana hay una situación que ha generado confusiones. Si se excava una habitación sabemos que por sus cuatro lados hay cimientos y que son lo que define el perímetro de esa estructura. Pero ¿qué sucede cuando se excava un patio? Si hay planos, fotos o aun están las paredes sabemos lo que fue, pero ¿cuándo no hay nada por modificaciones o demolición o falta de documentación? Lo normal es que también encontremos cuatro cimientos de muros y podemos pensarlo como un espacio que haya estado techado. Esto ha llevado al desgaste de recursos ya que si no hay una cisterna de aljibe o un pozo de basura, no hay nada más que tierra estéril bajo esos pisos y es difícil identificarlo. Es fundamental pensar en la existencia de patios y su ubicación en la antigua vivienda para comprender qué tipo de espacio estamos excavando. En esos casos, mal entendidos, a veces se los restaura y se los techa, con lo que se crean confusiones hacia el futuro creyendo que eran ambientes cerrados.

Hay un tipo de relleno que es común en la ciudad desde el siglo XIX y que antes hubiera sido inimaginable: enterrar casas enteras o demolidas parcialmente es una de ellas, la otra es demoler rápido hasta el piso y tapar todo con tierra para que se suponga que allí nunca hubo nada y hacer más fácil la venta. Sabemos que el puerto es un gran relleno sobre el cual se hicieron obras desde el siglo XIX; muchas de ellas fueron demolidas en la década de 1980 para vender las tierras al pasar a ser un barrio de categoría, cayendo silos de granos y galpones para hacer torres. Esos rellenos modernos hechos sin dejar evidencias de lo demolido, y a veces destruyendo los documentos intencionalmente, son problemáticos además de inesperados y cada vez son más comunes ya que es un negocio de grandes dimensiones. Valga un ejemplo más reducido en su escala: hacia 1910 se construyeron unos invernaderos en el Jardín Botánico, simples si los comparamos con los grandes de hierro y cristal de la época y que aún existen; poco más tarde fueron demolidos. En 1985 se hizo una excavación buscando un polvorín colonial que existió en el sitio y se encontraron restos de un muro asociado a arcos de ladrillo, que aunque la interpretación histórico-documental (planos en este caso) no fuera exacta, allí estaba. Eso generó interés en los medios de comunicación y la hipótesis se transformó en evidencia indiscutible del viejo depósito de pólvora. En el año 1990 se quiso privatizar el Jardín Botánico que era un espacio público y la comunidad usó ese hallazgo para impedirlo, creando más expectativas sobre algo no probado. Resultado: el gobierno de la ciudad mandó demoler un invernadero cercano creyendo que desapareciendo todo lo antiguo se terminarían las molestias. En el lugar no quedó nada y crecieron nuevos árboles. En 2005 se decidió hacer una nueva excavación para tratar de explicar

aquellos muros encontrados años antes y saber si eran o no del Polvorín de Cueli. Esa inquietud surgió por haber hallado documentación que lo ubicaba metros más al norte. Tras hacer trincheras cortando el terreno fue posible entender que realmente el polvorín no estaba en ese sitio, y que había sido destruido por un antiguo edificio cercano, frustrando lo que el imaginario asumía.

En los rellenos, uno de los problemas al excavar es la necesaria velocidad del trabajo y eso va en contra de la ortodoxia arqueológica y de la ciencia en general. Con lo que caemos en decidir si hacer poco o no hacer nada. Perder algo o todo. Pero no es ni debe ser así: lo que hay que hacer es encontrar soluciones y una de ellas es el uso de tecnología, la que como en el caso del restaurant ubicado en la esquina de Costa Rica y Medrano, que obligó a desarrollar un sistema mecánico que permitiera bajar y subir a quienes excavaban hasta el fondo de pozos de casi 15 metros. Otra necesidad es el uso de una pala mecánica para retirar la tierra excavada y/o zarandeada desde adentro de una excavación, o el abrir trincheras/sondeos de muchos metros de largo para observar perfiles antes de decidir una estrategia, o incluso extraer el sedimento por secciones, y así hay casos, experiencias y alternativas. Cada técnica se desarrolla según la situación, el tiempo, el dinero, el personal entrenado y la seguridad de la gente, sin temor a la mecanización.

Hay un método que ha resultado ser el más usado para rellenos en sitios concentrados, como ser cisternas: consiste en dividir el conjunto en áreas, dos, tres o cuatro, y actuar de manera diferente en cada una de las partes. Hay riesgos de derrumbe en los límites entre secciones y la pérdida posible es grande aunque no total.

Recomendamos otra alternativa: el uso de técnicas diferentes en un mismo o en distintos lugares. Sirva de ejemplo el convento de Santa Catalina de Siena que permitió (o nos obligó) a establecer dos maneras de trabajar dentro de él: una fue la tradicional, excavando dentro de una gran letrina (Schávelzon y Silveira 2005). Todo fue muy bien hasta que se terminó el tiempo por lo que el pozo - muy grande por cierto-, quedó a la mitad de su probable profundidad. Es responsabilidad del profesional decidir sobre estos riesgos. El resto del edificio, en la medida en que había sólo dos responsables para un conjunto monumental -el imperativo de la realidad económica-, se optó por seguir las zanjas que los obreros hacían para pasar caños, deteniendo el trabajo cuando había un hallazgo, o pedir que se saltaran algún lugar. Eso permitió hallazgos puntuales que fueron desde cerámicas muy antiguas hasta los restos de un exorcismo (Schávelzon 2011). Sabíamos también, por los documentos, que había un aljibe con cisterna y un pozo excavado hasta la napa freática, para agua, los que hubiera sido muy interesante de estudiar, pero no era posible excavarlos porque había solo dos profesionales y 100 obreros trabajando con maquinaria, lo que no daba tiempo y los recursos eran cero. Quedará para el futuro, es el costo de lo que sí se pudo hacer. En ese trabajo se planteó claramente la duda ¿era mejor obtener mucho de una parte, o un poco de todos los lugares? Nuevamente son decisiones que habrá que tomar en cada caso, es el problema de la arqueología urbana en países sin recursos: obliga de definir situaciones en función de las posibilidades reales y pagar el precio, y hacerlo rápido.

Imaginemos una zona hoy construida y que fue rellenada en varios metros hace más de un siglo, como Puerto Madero o Las Catalinas, igual que en la zona oeste o el Bajo Belgrano. Años más tarde esos terrenos pasaron a ser apetecibles para el desarrollo urbano, se vendieron y se hicieron obras, algunas grandes. Eso implicó excavar y sacar masivamente ese material cultural arrojado antes, el que se envió a otros rellenos donde formarán nuevos contextos. ¿Qué sucede cuando se los envía muy lejos, a zonas del conurbano a muchos kilómetros, o a un lugar que ya haya sido campo o incluso a otro basural? Cada vez, con la mejoría del transporte y la falta de lugares libres en los alrededores, se envía a rellenos más y más lejos, o al Río de la Plata que necesita toneladas en forma imparable para seguir

modificando la costa. Valga un caso: hemos visto excavaciones para grandes edificios hechos en el Bajo Belgrano que fueron a parar a la ampliación de las costas de Vicente López. Una excavación futura de esos rellenos mostrará una densidad de población local que nunca existió, y peor aún, son evidencias de la vida de otros.

¿Qué puede decirnos una excavación de cuadrículas habituales en esos rellenos? Seguramente poco y estaríamos lejos de que tuvieran gran valor las respuestas en cuanto a generalizarlas. La salida está en tomar toda la ciudad como un único y enorme sitio -la arqueología urbana-, de forma tal que todos esos lugares sigan estando dentro de nuestra área de estudio; si no, no hay salida sencilla. Desde los inicios de la arqueología en Buenos Aires se han hecho preguntas acerca de los grandes movimientos de tierra que hubo en la historia de la ciudad, los interrogantes sólo pueden resolverse ampliando el espacio de estudio y terminando con el sistema de sitio aislado.

Al contrario de estos procesos, a veces en la ciudad se encuentran grandes espacios vacíos que debieron haber sido rellenos pero que por algún motivo -presupuesto, tiempo, estafa- no se lo hizo. Y quedaron lugares que con los años se hundían o se encuentran por casualidad y generan interrogantes de tanto valor como los rellenos. Serían algo así como los no-rellenos. Porque éstos generan preguntas sin haber nada material, sólo su falta. La única salida es el usar la lógica, analizar el contexto y hacer la búsqueda documental, si no caemos en el eterno mito: los túneles misteriosos. La experiencia indica que muchas ordenanzas municipales nunca se cumplieron, como el relleno de los pozos de agua, de las letrinas y aljibes, o los sótanos vacíos. Siempre hubo mala fe, engaño o apuro de parte de algunos, suponiendo que nadie se daría cuenta de algo que hacían mal.

Está el caso de la que fue la fastuosa entrada principal del edificio de la Municipalidad de Buenos Aires, en la esquina de Avenida de Mayo y Bolívar, construida en 1893. Tiempo después se decidió que se entrara por el lado opuesto, por lo cual se clausuró el acceso y su lujosa rotonda y el lugar pasó a ser usado como oficina. Allí hubo una escalera monumental de mármoles y mosaicos importados, con paredes pintadas y una imponente reja de entrada: todo fue destruido. Pero para nivelar la diferencia de altura que producía la escalinata antigua no se relleno lo faltante, ni siquiera se completó la demolición: después de llevarse lo de valor se hicieron delgados pilares de ladrillo de inestables dos metros de alto y se puso encima un piso de madera. Medio siglo después el piso se hundió y apareció ese gran hueco, que es nada más que la evidencia del maltrato a las grandes obras de arquitectura. Es decir, se hace una arqueología del vacío, del no-relleno. Aunque en estos casos siempre quedan cosas adentro y es habitual que por las juntas y agujeros de los pisos caigan objetos de tamaño reducido: es la arqueología de lo perdido, de interés para el conocimiento del comportamiento de los usuarios del sitio durante un siglo.

Así como se encuentran lugares vacíos cuando no debió haberlos, hay sorpresas anecdóticas. Un hundimiento del piso del edificio del actual Rectorado de la Universidad de Buenos Aires (Viamonte 433), produjo el urgente pedido de una explicación a lo que sucedía antes de continuar las obras. Una limpieza mostró la presencia de dos pozos, uno cilíndrico excavado en la tierra con una cúpula de ladrillos y a su lado otro pozo menor de cinco metros de profundidad, rectangular, unido por uno de sus lados al otro. Su uso resultaba indescifrable por lo que sabemos de la ciudad; no era muy extraño, solo dos pozos unidos, pero diferentes como funcionalidad en una época que parecía no corresponder.

El estudio de los planos de la década de 1920 (cuando el edificio se transformó en la Facultad de Filosofía Letras) dio una explicación, pero nada coincidía con lo encontrado. Lo que figuraba en los planos era un pozo de absorción para líquidos -hacía 30 años que habían sido prohibidos-, asociado a una bomba eléctrica, dibujado en forma engañosa como si fuese una cisterna de aljibe de alta

tecnología. Y lo que había en la realidad eran dos simples agujeros en la tierra. Los planos, por más oficiales que fueran, mentían. Finalmente, al juntar la evidencia material y la documental se entendió que al pasar parte de la Universidad a un edificio que había sido una casa familiar se decidió usar los sótanos en donde había quedado un pozo de agua de 1877. Y allí fue donde funcionó entre otras cosas el primer Museo Etnográfico. Los pozos estaban porque, para prevenir que una lluvia inundara el lugar, la solución posible en ese momento fue permitir esa obra irregular, la que además no se hizo de la manera indicada sino como simples excavaciones a donde enviar el agua. Era un truco ya que lo único que se veía era una gran rejilla y así el pecado constructivo quedó escondido (Schávelzon 2020a). Lo inaudito no fue ese engaño menor, de los que hay muchos y confunden al excavar y sirven para mostrar la no concordancia con los documentos y planos, sino que al excavar en el pozo se encontraron decenas de fragmentos de cerámicas precolombinas del noroeste argentino: 1500 años de objetos a 2000 kilómetros de su sitio original. Habían sido arrojados por quienes trabajaron en el museo. Estaban mezclados con objetos de los inicios del siglo XX, mostrando una incongruencia absoluta en primera instancia. En síntesis, los rellenos pueden arrojar objetos y contextos insólitos en una ciudad y hay que estar preparados para encontrar explicaciones, las que las dará el contexto y los documentos.

Es habitual en las ciudades de América Latina el enfrentarnos a situaciones de destrucción casi terminales, a enormes obras públicas o privadas que ocupan varias manzanas de superficie, y en las que no se ha contemplado a la arqueología, ni hay recursos del mundo académico o estatal para hacer trabajos serios. Y cuando logramos entrar a las obras éstas ya están avanzadas. En esos casos no hay que dar todo por perdido ya que aún hay mucho por aprender. Una mirada seria no debería soslayar la situación porque no se ha cumplido con el obligatorio control arqueológico, eso es problema de los abogados. El tema, para nosotros, es enfrentar la situación y elaborar soluciones alternativas inmediatas. La realidad de éste y tantos otros países, es, lamentablemente, el incumplimiento de las leyes. Ojalá algún día ya no fuera así, pero mientras llega ese futuro solo queda optar por hacer o no hacer. Y para no hacer nada hay varias opciones: la más simple es el no hacer nada, justificando la decisión en que no se respetan las leyes y en la falta de recursos. La otra opción es que no se cumple con la ortodoxia científica. Ambas sirven para la inacción y para desaprovechar oportunidades. El camino es hacer todo lo posible con un trabajo que no va a ser completo ni perfecto, pero estará hecho. Tengamos en mente el ejemplo del hospital de guerra en que el médico, ante la falta de instrumental y medicinas, hace lo que puede con lo que tiene, incluso sabiendo que no es lo adecuado; pero hay que hacerlo (Figura 78).



Figura 78. Los problemas de la arqueología en las obras comenzadas: las habituales cisternas en los cimientos medianeros cortadas al medio en Buenos Aires. Con bajas posibilidades de estudio por el evidente riesgo de derrumbe o los altos costos para estabilizarlas. Un final de destrucción es imposible de evitar. Es buen ejemplo del desafío a la arqueología que se produce en las ciudades de destrucción sin control.

## VII

# Mirando el futuro desde el pasado

Buenos Aires fue fundada en 1580 por pobladores en su mayoría criollos llegados desde la ciudad de Asunción, Paraguay, varios de ellos hijos de quienes a su vez habían intentado poblar este lugar entre 1536 y 1541. Incluso es posible que al menos tres ya hubieran estado en el lugar. Se suponía, al menos hasta hace pocos años, que lo que hoy es la región que en parte ocupa la ciudad sólo había habido una reducida población originaria, la que ocupaba el espacio de manera intermitente sin asentamientos estables. La arqueología ha demostrado que, a la inversa, sí hubo sitios dentro de la ciudad fechados desde el siglo XI dC (Camino *et al.* 2018), y evidencias de población indígena -con sus propias construcciones- dentro de la ciudad hasta el siglo XVIII (Figura 79). Pero al leer las crónicas vemos que esa casi inexistente población no era tan poca, ya que en unos días llegaron a juntar más de 3000 hombres de armas -otros hablan de 1000 o 4000, tan contradictorias son las críticas-, para atacar la primera aldea española. Si esos números se acercaran a la realidad estamos hablando de una población, incluyendo mujeres, ancianos y niños que no guerreaban, de unas veinte mil personas en la región, las que aunque fuesen la mitad o un cuarto, son muchos.

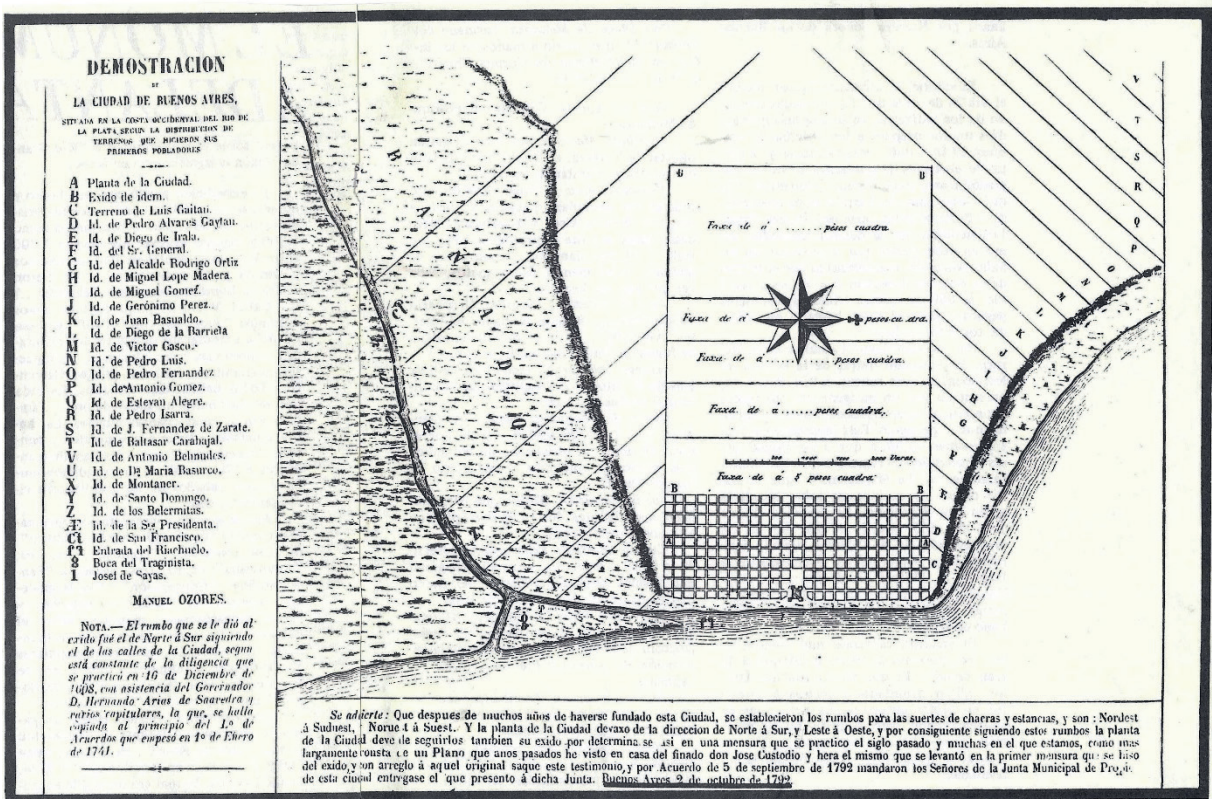


Figura 79. Plano hecho por Manuel Ozores en 1792 con el segundo trazado de la ciudad (1608), sobre la terraza original frente al Río de la Plata. El Riachuelo se ubica a la derecha y se notan las zonas bajas inundables de su entorno (de: Molina 1957: 23).

Sus asentamientos -quizás temporales- debieron ser múltiples, cercanos y conocidos, aunque fueron negados por las crónicas de la época y la historiografía posterior. Veremos que de otra forma hubiera sido imposible que encontrarán fácilmente sus poblados, que aunque fuese para atacarlos llegaran por caminos que debían estar marcados de alguna manera, y que los atacaran siendo rechazados. Quizás eran modestos, seguramente pobres para las expectativas de los europeos que querían oro y plata, pero existían y no debieron ser poblados demasiado pequeños.

En casi todas las excavaciones de la ciudad se han encontrado cerámicas y evidencias culturales indígenas, pre y pos coloniales. Para una población tan menor según los documentos, llama la atención que los haya en algunos casos en grandes cantidades y que sean de excelente calidad, aunque con sus contextos destruidos (Schávelzon 2016, 2020a); y además de cerámica hay objetos de bronce y de piedra, incluso probables cementerios no bien descritos en el siglo XIX al ubicarlos. Incluso hay agujeros de postes en la zona céntrica que pertenecieron a probables construcciones de madera y cueros de caballo, las que llegaron hasta el siglo XVIII (Figura 80).



Figura 80. Excavación de un agujero de poste de posible origen indígena debajo de restos de una vivienda del siglo XVIII, a su vez cubierta por obras recientes.

Juan de Garay, el fundador, estableció en 1580 la futura ciudad sobre una meseta elevada en relación al Río de la Plata, con buenos desagües hacia todos sus lados, con el patrón reticular tradicional usado en

casi toda América. Dos arroyos estacionales la limitaban al norte y al sur, un camino permitía llegar al puerto ubicado en el Riachuelo, el río que hoy limita la ciudad por el sur y por donde arribaron a la zona. Ese Riachuelo era el lugar en cuya entrada había estado el poblado inicial de 1536, puerto seguro aunque no de gran calado; el gran río que enfrentaba la ciudad no podía usarse para desembarcar por su lecho barroso y su escasa profundidad. La zona que rodeaba esa meseta era una gran planicie de inundación cubierta por lagunas, arroyos y el Riachuelo, que por el poco declive por el que circulaba el agua formaba meandros que cambiaban su curso de manera constante, con la fauna característica de ese entorno y una flora casi sin árboles fuera de las orillas o algún sector elevado. Para una población reducida era un lugar estratégico si aprovechaban las escasas alturas de la topografía, y cómodo, con grandes extensiones con tierra a su alrededor apta para la agricultura, agua en abundancia, y muy útil para una ganadería que se reproducía a gran velocidad. Era un sitio fácilmente defendible, con un buen puerto en el Riachuelo -lo que luego cambiaría por cuestiones geomorfológicas-, e incluso con posibilidades de extensión urbana si se seguían las tierras altas hacia el oeste.



Figura 81. Cimientos de la Casa del Gobernador excavados en el interior del antiguo Fuerte, ahora bajo la Casa de Gobierno. Es el único fragmento de arquitectura orientado con la traza anterior a 1608.

La ciudad fue rodeada por un ejido amplio, tierra del Rey que podía ser usada libremente por los habitantes hasta que fue loteado hacia 1710 y luego seguían las grandes extensiones de las tierras agrícolas. Lo importante era que al poco tiempo casi no quedaba población indígena que pudiera generarles conflictos, al haberlos esclavizado o hecho huir hacia otras zonas. Si bien eso reducía la mano de obra disponible evitaba problemas, lo que se resolvería con la llegada de esclavizados africanos, hasta llegar a ser un gran puerto negrero. El primer trazado fue eficiente, una tradicional retícula española como la usada en todo el continente, pero en 1608 el gobernador se encontró con que no se había sido muy estricto en controlar lo edificado ni con el trazado de las calles, y volvió a

delinear la ciudad y su ejido con la cuadrícula que aun hoy existe, cambiando 16 grados la orientación (Figura 81). Las tierras circundantes se dividieron en chacras y estancias de importantes dimensiones para cualquier europeo.

Parecería que los primeros tiempos fueron duros, como todo nuevo asentamiento en tierras desconocidas y casi sin mano de obra indígena, pero para el siglo XVII la ciudad iba creciendo y mejorando las obras públicas. Lo que cambió el futuro fue que, aunque no tenía permiso de comerciar por mar ni un puerto en donde llegaran y atracaran los barcos -solo un amarradero en el Riachuelo o dejar los barcos a kilómetro y medio lejos de la orilla-, su ubicación era la verdadera entrada sur al continente, y salida de la plata del Potosí de contrabando. Los grandes ríos que llegaban al Río de la Plata permitían navegar hasta y desde los actuales Paraguay, Uruguay, Brasil, se especulaba con llegar a la actual Bolivia y quizás más al norte cuando se lo explorara. Era el lugar perfecto para un puerto comercial, sitio que fue mal usado por las anticuadas leyes del comercio monopolístico español. Los barcos que iban y venían entre continentes pasaban por delante de la ciudad sin poder tocarla, para dar la vuelta por el extremo sur a través del Estrecho de Magallanes, con peligros enormes, y luego viajar hacia el norte a lo largo del océano Pacífico hasta llegar a Lima. De allí las mercancías deberían regresar hacia el sur, con meses de viaje por tierra con caminos intransitables, hacia Buenos Aires o incluso a las grandes minas de plata de Potosí. Es cierto, el Capitalismo no existía, nadie se preocupaba demasiado por los tiempos y los recursos y por lograr reducirlos, eso sería más tarde. Pero fue lo que llevó a que la ciudad se transformara en un puerto de contrabando, de esclavizados principalmente, y de salida de la plata por los mineros que evitaban darle su parte al rey. Eran excelentes negocios que hicieron prosperar a muchas familias con lo que rápidamente se establecieron rutas hacia el norte (Potosí y Lima) y al oeste (Chile), las que en su camino proveían de todas las necesidades a los comerciantes, en especial de burros y mantas. Fue una ciudad y un territorio que vivía de la ilegalidad negrera y comercial, y funcionarios públicos que aprovechaban o eran parte integral de un sistema corrupto. Para el siglo XVIII la región ya era un virreinato escindido de Perú, con su propio virrey, creciendo de manera acelerada, habiendo centrado en Buenos Aires todo el poder en lugar de en las ciudades del norte, cercanas al Perú. En realidad el comercio del contrabando había alterado el territorio, trasladando el crecimiento de los Andes hacia el Atlántico: se había establecido el nuevo Capitalismo mercantil.

Fue una ciudad portuaria sin puerto, sin autorización para comerciar, con un fuerte con militares pagados por España que garantizaba el ingreso de dinero estatal, en donde la corrupción era la norma y eso fue lo que hizo que la ciudad pudiera subsistir. Puede ser una visión simplista, pero para el siglo XVIII tardío los edificios públicos eran de gran tamaño, las viviendas se densificaban, la población crecía y la ciudad necesitaba extenderse. El ejido ya había sido loteado, vendido e incluso regalado por las autoridades a la iglesia, a amigos y militares, pero pese a eso era necesario seguir creciendo. En esa época se hizo el primer relleno de tierra sobre el Río de la Plata para un gran paseo como hemos visto. Así, con la expansión hacia las tierras del oeste, nació el pueblo de Flores al que se llegaba por un camino trazado sobre tierra elevada -hoy la avenida Rivadavia-. A nadie se le ocurría ocupar para vivienda las tierras bajas, aunque sólo fueran unos metros de desnivel, los que se inundarían a la primera lluvia (Camino 2012). Hubo quienes usaron esos pajonales pero nunca prosperaron como en otros sitios.

Durante el gobierno conservador de las décadas de 1820 a 1850 hubo una experiencia importante: Juan Manuel de Rosas, el gobernador, eligió para su residencia una enorme zona baja, inundable, cercana al río, en las afueras de la ciudad. En un dechado de modernidad la desecó con una red de canales, con plantaciones, llevando tierra fértil para nivelar y creando embalses para el agua que podían usarse

para circular en un paisaje romántico, en un primer ejemplo de que hasta los amplios espacios vacantes podían ser transformados (Schávelzon y Ramos 2009). Implicaba enormes gastos que sólo un gobernante poderoso podía enfrentar, y existía la inteligencia para diseñarlo, pero fue la primera experiencia en modificar la naturaleza del territorio. Con su derrumbe político en 1852 se logró en el país establecer un gobierno liberal, democrático y abierto al comercio internacional con una nueva Constitución. Pero Buenos Aires, la ciudad y toda la provincia, se separaron del resto del país y hasta 1861 funcionaron de manera independiente, acumulando una riqueza inusitada porque era el lugar por el que entraba y salía todo el comercio del país. Si bien seguía sin tener un buen puerto fue en ese momento cuando se hicieron los primeros muelles frente a la ciudad y una aduana eficiente y moderna, a la vez faro y símbolo del nuevo progreso. Esos años fueron los del ingreso tardío de la modernidad, de la nueva tecnología de la Revolución Industrial. Eso llevó a que en el centro urbano se comenzara a entubar los arroyos para desaparecerlos de la vista y construir encima, mostrando que la naturaleza podía manejarse e incluso hacer desaparecer los problemas de salubridad con las primeras instalaciones de agua potable (Figura 82). Comenzaron a cambiar los hábitos cotidianos y las casas importantes pudieron tener sus nuevos sistemas de provisión de agua mediante aljibes de gran tamaño, lo que antes era exclusivo de la gran riqueza (Figura 83). Con los años y las pestes recurrentes, en menos de una generación, llegaría el agua por cañerías y los desagües cloacales, obligando a nivelar casas y edificios para adaptarse a las necesidades de la ingeniería.

Uno de esos cambios fue la decisión de fundar, en 1855, un nuevo pueblo producto del diseño de ingenieros reconocidos: Belgrano. Ubicado cerca de la ciudad pero a la vez separado, fue pensado con la cuadrícula tradicional pero con una diferencia sustantiva: se hizo sobre la barranca al río, mitad abajo y mitad arriba. La parte importante quedaría en lo alto, lo bajo sería de tierra gratuita y a donde se enviaría la basura que se generaba a diario. Los trabajadores vivirían abajo e irían rellenando el terreno hasta que pudieran construir encima. ¿Eso tenía alguna lógica en medio de la inmensidad casi desértica? No, pero se trataba de un experimento urbano de una escala nueva para un problema que antes no había sido bien entendido, inimaginable hasta ese momento: el manejo de la basura urbana. Había otros motivos políticos y sociales para la fundación, desde crear un lugar para una nueva generación burguesa despegada de las grandes residencias de la época colonial hasta una posible nueva capital del país, tema pendiente y que Buenos Aires, de no ser beneficiada con ese título, quería tener una alternativa cercana.



Figura 82. El Zanjón de Granados (Defensa 755) transformado en lugar turístico después de las excavaciones. El puente de hierro negro permite pasar sobre la bóveda de un túnel de 1865 con que se entubó el arroyo estacional de la zona para nivelar ese sector de la ciudad (Cortesía J. Eckstein).



Figura 83. Cisterna de la familia Estrada (calle Bolívar 673), ejemplo del sistema para acumular agua en las residencias de la ciudad durante el siglo XIX.

El tema de la basura, que ya hemos visto, empezaba a hacerse sentir como un problema. Ya no era una molestia que se arreglaba con que las autoridades se pusieran estrictas indicando en dónde debía ser arrojada por los habitantes; se empezaba a entender que era su responsabilidad y no de los ciudadanos. Tras algunas experiencias, desde 1861 se comenzó, quizás en base a lo experimentado con Belgrano, a usarla en la ciudad para rellenar la zona sur y luego la sur-oeste, los grandes espacios bajos que lindaban entre la antigua meseta y el Riachuelo. No sabemos cómo nació la idea de aprovechar esos descartes para rellenar, aplanar y luego construir encima, pero 20 años después era una norma establecida. Creemos, aun sin poder probarlo, que fue imaginado por el ingeniero Carlos Pellegrini, entrenado en Europa y cuyo gran experimento fue nivelar los terrenos para construir el entubamiento del arroyo Tercero del Sur, que como vimos no había podido completar Mosquera un siglo antes, con la tecnología y los recursos de su época (Pellegrini 1861: 102). La reciente excavación arqueológica en el interior del túnel nos mostró que se usaron toneladas de descarte para lograr los niveles necesarios para el desagüe.

Para inicios del siglo XX los planos de la poderosa capital de la nación -lo era desde 1880-, eran una retícula de escala monumental en la que ni siquiera quedaba claro qué era proyecto y qué era construido (Gorelik 1998). La idea no sólo estaba establecida, funcionó como una norma reconocida a tal grado que ni siquiera fue necesario legislarla ya que generaba fortunas a los propietarios de las tierras bajas, antes de muy bajo costo, a la vez que permitía sacar a las clases bajas del centro de la ciudad ofreciéndoles terrenos en la periferia para construir su vivienda. Hubo que establecer sistemas de transporte colectivo que, desde esa década, unieron los diferentes sectores de la ciudad que se extendían. Y así se conformó el subsuelo de la ciudad siguiendo un no-proyecto, una idea, un ideal que ni siquiera tiene una génesis bien establecida. La literatura muestra que en esos años se produjeron novelas como *Facundo*, de Domingo Sarmiento de 1845, que ideologizaban la imagen de la Pampa plana e infinita, esas inmensas tierras que envolvían Buenos Aires y desarrollaban una economía agroganadera que producían grandes ganancias. Es más, la pampa y su ganado eran la imagen que el país vendía al exterior. La historia documental del uso del suelo urbano es un tema vacante, pero la arqueología ya nos permite rearmar esa historia. Tan fuerte es este imaginario establecido hace más de un siglo, que en 2010 cuando Buenos Aires fue fracasadamente propuesta como Patrimonio de la Humanidad ante la UNESCO, la idea rectora fue su horizontalidad y la supuesta infinita continuidad entre la tierra horizontal y el agua, dejando enterrado el antiguo puerto y parte de la costa del río con sus embarcaciones (Figura 84).

La historia es una construcción del pasado que se hace desde el presente, eso es axiomático; ninguna interpretación es definitiva y a medida que la sociedad se transforme las miradas hacia el pasado irán cambiando. Hemos aprendido que la arqueología de las ciudades implica tratar de entenderlas en su totalidad, aunque eso implique un crecimiento dimensional gigantesco frente a la escala tradicional de la cuadrícula. En cierta medida es volver a los viejos tiempos de Medio Oriente, de la Mesopotamia, en que los pioneros asumían el desafío de excavar una ciudad entera sin saber lo que había debajo de las dunas de arena, a veces ni de cuándo era. Y excavaban cientos de metros cuadrados, a veces miles, en temporadas interminables. Hoy eso no tiene sentido salvo que lo veamos como una serie de estudios hechos en una misma ciudad por diferentes personas y en distintos momentos, cuyos resultados se van cruzando, sumando y dando explicaciones que pueden demorar años en hacerse visibles. Quizás Buenos Aires sea un caso válido: tras 30 años de excavaciones parecería que hemos logrado interpretar el proceso de formación de su suelo urbano. A la arqueología aun le queda mucho trabajo por realizar, en realidad recién se comienza a comprender una ciudad que ha sido demolida o modificada de sus primeros 400 años de pasado en aras de esa ansiada modernidad idealizada (Figura 85).



Figura 84. Barco naufragado en el Río de la Plata, encontrado bajo casi seis metros de rellenos en la zona del antiguo puerto, fechado para finales del siglo XVIII, durante su excavación en 2008; y el estado en 2022 del lugar en que fue vuelto a enterrar, ejemplo de la incapacidad del Estado en cualquiera de sus estamentos para manejar el patrimonio (Cortesía CIAP-GCBA).



Figura 85. Los grandes rellenos en la ciudad implican el necesario uso de tecnología y maquinaria a escalas que la arqueología tradicional no está acostumbrada (Moreno 550, Cortesía A. Igareta).

La arqueología de la ciudad, por sus propias características, ha experimentado cambios por sobre la tradicional arqueología prehispánica para ser explicativa a la vez que socialmente útil para transmitir conocimientos a través de los medios de comunicación y la educación. Lo excavado son objetos o arquitecturas que están lejos y que se trasladaban al centro del país para solaz de los interesados -los propios arqueólogos-, éstos son los productos culturales generados por la propia sociedad del pasado y del presente. Hoy se está aprendiendo a trabajar en escalas cada vez más grandes usando maquinaria y tecnología, emprendiendo proyectos de grandes superficies y a velocidades antes poco imaginadas como posibles; y lo más importante ha sido que ante la ausencia del Estado el universo privado ha tomado en gran medida su reemplazo, bien o mal, pero lo ha concretado (Figura 86). Nuevamente no es un tema de deseos, sino de realidades.

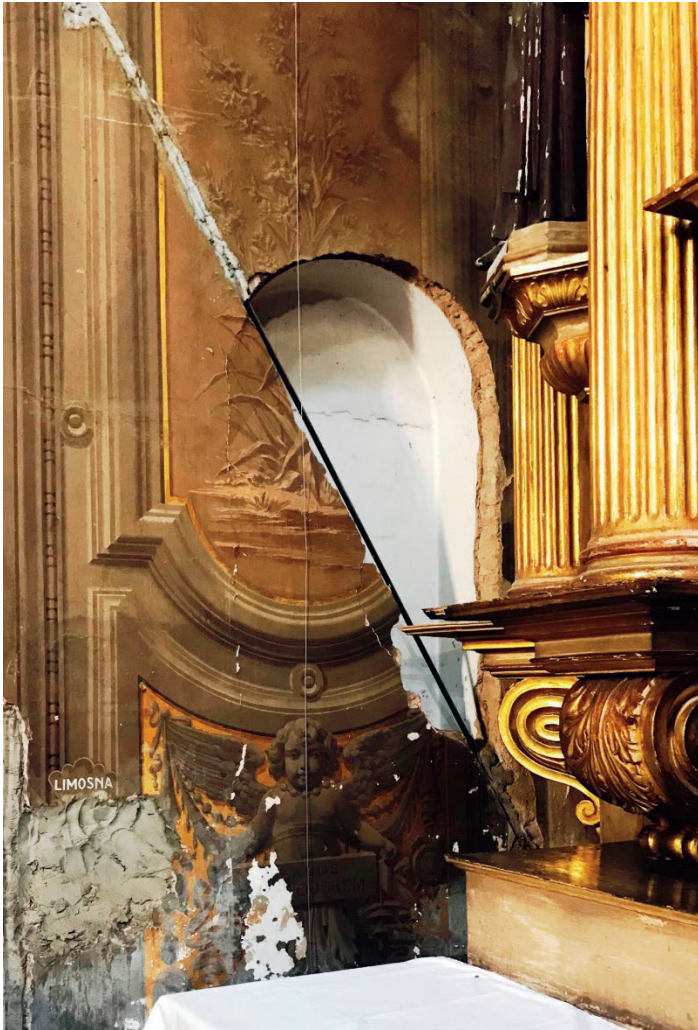


Figura 86. Nicho en la iglesia de Montserrat, construcción hecha para la población Afro en el siglo XVIII, remodelada en el siglo XIX borrando toda evidencia de su pasado como iglesia de la comunidad afroargentina (Cortesía M. Magadán).

Se está avanzando rápidamente en la arqueología contractual, al parecer la única alternativa viable en gobiernos en eternas crisis, ideologizados, inviables económicamente y con fuerte manipulación de la cultura. Es un tipo de arqueología que ha tenido críticas pero que se explican por la falta de respuesta de las universidades y centros de investigación a la demanda, porque les cuesta adaptarse a los modelos económicos actuales. No se termina de vislumbrar la mejor convivencia de diferentes maneras de concretar las excavaciones, desde el estado, las instituciones, las organizaciones públicas, las semipúblicas y el mundo privado. Superado ese escollo, que no es más que el resultado de la falta de experiencia, la búsqueda de modernización y de encarar nuevos desafíos en las escalas de trabajo, se podrá incursionar en aventuras teóricas interdisciplinarias sin temor a rupturas epistemológicas o pruritos metodológicos que sólo soportan estructuras de poder académico, para asomarse a una nueva manera de hacer ciencia e investigación.

Finalmente, hoy en día el gran desafío para la arqueología de la ciudad es que después de siglos están cambiando nuevamente las maneras de ocupar el suelo, de edificar y de tratar el subsuelo. El modelo colonial de las tierras altas ya ha colapsado, el proyecto ordenador del siglo XIX está dejando de ser eficiente por la política y no por la economía, y solo continúa en zonas de altos recursos o porque el gobierno genera rellenos sobre el río por especulación económica o porque no se quiere pagar por

depositar los materiales áridos en el conurbano. Es increíble que no se haya logrado establecer, por política pura, arreglos entre quienes generan material de posible uso como relleno salubre y las zonas que lo necesitan.

En la periferia urbana se actúa ahora de dos maneras diferentes y contradictorias: para construir barrios de gran valor se hacen movimientos de tierra modificando la naturaleza del territorio y cegando los humedales. Para los grupos de bajos recursos se ocupan tierras inundables, generalmente de manera ilegal aunque con apoyo estatal, incluso entre basurales a cielo abierto. El sistema de los rellenos y compactación para loteo ya es un modelo imposible de aplicar por los cambios en la apropiación de la tierra: los gobiernos populistas, en sus entregas de tierras de manera indiscriminada con el objeto de ganar votos, están permitiendo construir en terrenos inundables, sin infraestructura, simplemente por ocupación luego legalizada. Estas enormes ocupaciones fomentadas o avaladas desde el Estado, irrumpen de manera violenta y construyen en días sobre grandes superficies sin acceso al agua o cloacas o electricidad, lo que luego será exigido a las autoridades (Figura 87). Es cierto que hay déficit de viviendas, gente sin acceso a una casa digna, pero eso no se soluciona dándoles tierras privadas, sino generando el bienestar necesario. La basura, en lugar de elemento de relleno pasó a ser parte del contexto entre las viviendas, donde ya no se vive sobre lo descartado sino que se vive entre ello. Un proceso violento e interminable que va creando un nuevo cinturón en torno a la ciudad cuyo estudio futuro necesitará nuevas miradas a la formación del suelo en esas áreas. Ahora sí, definitivamente, el manejo razonable de la tierra que se pudo haber concretado en el siglo XIX quedó en los sueños del pasado (Figura 88).



Figura 87. Uso y control de la topografía de la zona sur de la ciudad en la década de 1870 (Archivo General de la Nación).



Figura 88. Nueva formación de niveles de suelo: un asentamiento ilegal en terrenos en la zona oeste del entorno de la ciudad, que no tenía rellenos de basura previo, en que cada ocupante marca su espacio y comienza a nivelarlo según sus posibilidades (Foto cortesía Archivo Clarín).

La destrucción patrimonial es intensa –más allá de lo que se considere patrimonio-, imparable en todas las escalas, incluso en las obras públicas sobre las que casi no hay control, lo que se une a la irregularidad de la ocupación de la tierra incluyendo zonas inundables o cubiertas por basura y los cambios en el uso del territorio (Figura 89). Son problemas que afectan la lectura del suelo urbano y generarán problemas graves a mediano plazo. En especial es grave la ausencia del Estado en todos sus niveles, y los lugares donde se ha logrado excavar y mostrar la arqueología al público son –salvo contada excepción- de propiedad e iniciativa privada (Figura 90). En la ciudad y salvando un sitio excavado y exhibido por Derechos Humanos, sólo hay uno en manos del nacional el que está cerrado al público desde hace años (los túneles de la Manzana de las Luces), y el que está en el Gobierno de la Ciudad (dentro del Museo de Arte Moderno) que está intacto, pero también hace diez años sigue cerrado por motivos inexplicables. Un caso traspasado de lo privado a lo público (Moreno 550) acaba de inaugurarse tras cinco años de indefiniciones.



Figura 89. El *Fortín del Riachuelo*, único fuerte del período colonial que llegó al siglo XXI para ser destruido: plano de 1910 cuando estaba intacto incluyendo el foso y el canal al Riachuelo; en 1940 fue cortado al rectificar el arroyo Cildañez. Su final fue en 2016, ejemplo de los sitios significativos destruidos sin control arqueológico por el Estado (Fotos: Google Earth y Centro de Arqueología Urbana).

El futuro de la arqueología urbana en Buenos Aires y el área metropolitana es complejo de prever, así como lo es en toda América Latina, porque el impulso inicial de las décadas de 1980 a 2000 ha mermado. La antropología en general y la arqueología han entrado en crisis existenciales poniendo en duda hasta su práctica misma. Los países que pasan o han pasado por políticas populistas han quedado envueltos en una tela de araña muy difícil de romper y que paraliza o al menos reduce la producción en todo sentido. Los que han adoptado la actitud del enfrentamiento con las políticas neoliberales, directamente se han paralizado. Los países que han resuelto mejor esta crisis han sido los que lo que se han atado al turismo masivo (México, Guatemala o Perú como ejemplos). En esos casos su costo económico no ha sido menor por la dimensión de los recursos invertidos en restauración, reconstrucción e infraestructura para satisfacer la hotelería y nuevos accesos, además de afrontar los problemas sociales que el turismo acarrea. La situación y el futuro son complejos en un continente con constantes sacudidas económicas, políticas y sociales en una realidad mundial también cambiante.

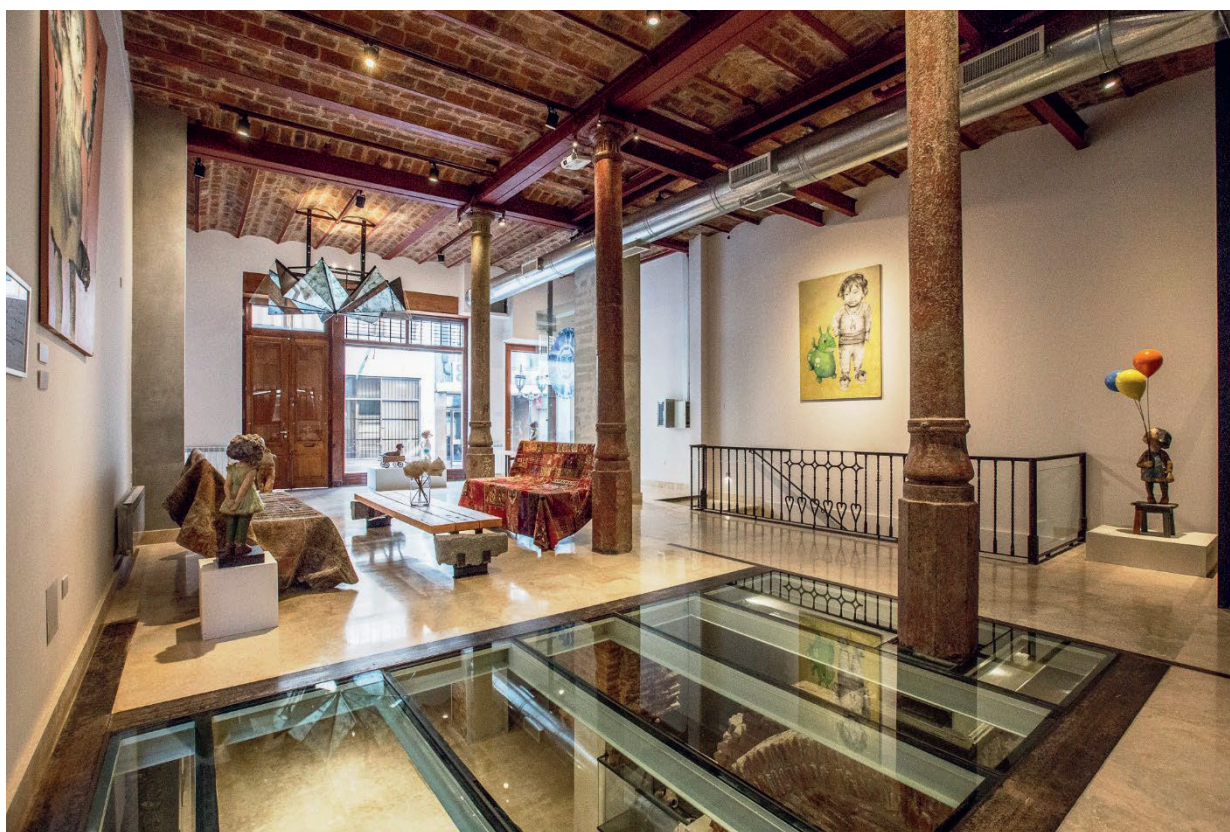


Figura 90. Hotel Casa Lepage, emprendimiento de arqueología, conservación patrimonial y diseño moderno, ejemplo de las nuevas experiencias de exhibición de la arqueología en la ciudad (Cortesía Ana M. Carrio).

## VIII

# Referencias

- Abramson, D. 2016. *Obsolescence y Architectural History*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Albuquerque, M. 1993. Perspectiva da Arqueologia Histórica no Brasil, en A. Mendonça de Souza, M.D. Gaspaer y P. Seda (eds) *Anais da VI Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira*, vol. 2: 508-515. Río de Janeiro: CNPq-FINEP.
- Aldazabal, V. 2002. *La ocupación humana en el sector centro-oriental de la Pampa Deprimida*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Aldazabal, V., E. Eugenio y D. Macchi 2015. Circulación de motivos decorativos en la cerámica de los cazadores-recolectores de la Pampa Deprimida, provincia de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XL, 1: 183-207.
- Allen S., M.C. Lopes y C. Etchebere (eds.) 2013. *Arqueología a serviço da cidade, III fórum brasileiro de arqueologia urbana*. Pernambuco: Editora Universitaria.
- Ameghino, F. 1884. Excursiones geológicas y paleontológicas en la provincia de Buenos Aires. *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, tomo 6: 162-257.
- Anderson, S., A. Toner y K. Hamilton 2017. Death of Buildings in Consumer Culture: Natural Death, Architectural Murder y Cultural Rape. *Consumption Markets y Culture*, vol. 20: 387-402.
- Andrade Lima, T. 1993. Arqueología Histórica no Brasil: Balanço Bibliográfico. *Anais do Museu Paulista: Historia e Cultura Material*, vol. I: 225-262.
- Andrews, A. 1981. Historical Archaeology in Yucatán: a Preliminary Framework. *Historical Archaeology*, vol. 15, 1: 1-18.
- Antzack, K. 2018. Historical Archaeology in Venezuela. *Post-Medieval Archaeology*, vol. 52, 3: 416-418.
- Azkárate, A. 2002. Intereses cognoscitivos y praxis social en Arqueología de la Arquitectura. *Arqueología de la Arquitectura*, vol. 1: 55-71.
- Azkárate, A., I. Sánchez Pinto, S. Escribano Ruiz y V. Bénédet 2018. Sancti Spiritus, 1527-1529. El primer intento colonizador del Cono Sur (Argentina). *Anejos de Nailos: Estudios interdisciplinarios de arqueología* 4: 71-88.
- Azkárate, A., I. Sánchez Pinto, S. Escribano Ruiz y V. Bénédet 2019. Recuperación y gestión integrales del Fuerte Sancti Spiritus y su entorno (Puerto Gaboto, Santa Fe, Argentina): El asentamiento originario. *Informes y Trabajos*, vol. 1: 124-137.
- Bernárdez, M. 1899. La quema de basuras. *Caras y caretas* 16 (21 de enero).
- Bilbao, M. 1902. *Buenos Aires desde su fundación hasta nuestros días*. Buenos Aires: Imprenta Alsina.
- Binford, L. 1962. Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 28: 425-441.

- Binford, L. 1968. Archaeological Perspectives, en R. Sally y L. Binford (eds) *New Perspectives in Archaeology*: 5-32. Chicago: Aldine.
- Binford, L. 1981. Behavioral Archaeology y the Pompeii Premise. *Journal of Anthropological Research*, vol. 37, 3: 195-208.
- Binford, L. 1983. Historical Archaeology: Is Historical or Archaeological?, en *Working at Archaeology*: 169-179. New York: Academic Press.
- Binford, L. 1988. *En busca del pasado, descifrando el pasado arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- Bonomo, M. y S. Latini 2012. Arqueología y etnohistoria de la región metropolitana: las sociedades indígenas de Buenos Aires, en J. Athor (ed.) *La Historia de su paisaje natural*: 70-98. Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
- Brailovsky, A. 2012. *Historia ecológica de la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Kaicrón.
- Brailovsky, A. y D. Foguelman 1991. *Memoria verde: historia ecológica de la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Bryson, B. 2010. *Em casa: uma breve historia da vida doméstica*. San Pablo: Companhia das Letras.
- bSchávelzon, D. y J. Ramos 2009. *El Caserón de Rosas, historia y arqueología del paisaje de Palermo*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor.
- Buc, N. 2012. Tecnología ósea de cazadores-recolectores del humedal del Paraná inferior. In D. Loponte y A. Acosta (eds) *Bajíos Ribereños meridionales. Arqueología de la Cuenca del Plata*, Series Monográfica III: 79-92. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- Buc, N. y D. Loponte 2016. Bone tools reflecting animal exploitation. The case of Lama guanicoe in the lower Paraná basin. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, vol. 3, 2: 23-53.
- Buschiazzo, M. 1940. Exposición fotográfica. *Revista de arquitectura: Vto. Congreso Panamericano de arquitectos*. Buenos Aires.
- Caballero Zoraida, L. 1987. El método arqueológico para la comprensión del edificio. Dualidad sustrato arqueológico-estructura, en *Curso de mecánica y tecnología de los edificios antiguos*: 13-58. Madrid: Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.
- Calvo, L.M. 2003. *La construcción de una ciudad hispanoamericana. Santa Fe la Vieja entre 1573-1660*. Santa Fe: Universidad de Santa Fe.
- Camino, U. 2007. Excavaciones en La Quema: prolegómenos de un rescate arqueológicos en el basural de una gran metrópoli. *Pacarina no. especial*: 153-158.
- Camino, U. 2009. Rellenos Porteños. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 3: 101-123.
- Camino, U. 2011. Antes de los rellenos sanitarios, en M.S. Ramos (comp.) *Temas y problemas de la arqueología histórica*: 111-121. Luján: Programa de Estudios Interdisciplinarios, Universidad Nacional de Luján.

- Camino, U. 2012. *Arqueología urbana: Flores, de pueblo a barrio a megaciudad*. Madrid: Editorial Académica Española.
- Camino, U. y S. Ali 2014. Redescubriendo el pasado de Villa Riachuelo. Ubicación actual de los sitios hispano-indígenas hallados por Rusconi a principios del siglo XX. *La zaranda de ideas*, vol. 9: 9-20.
- Camino, U.A., D. Schávelzon Chavín, A. Azkárate, D. Loponte, J.L. Solaun, A. Martínez, I. Sánchez y J.L. Cavallotto 2018. El sitio prehispánico La Noria, ciudad de Buenos Aires. *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos*, vol. 4, 2: 84-110.
- Carabelli, J.J. 1916. Contribución al estudio del curso del Riachuelo. *Boletín de Obras Públicas*, vol. XVI, 1: 191-215.
- Carbonelli, J. 2010. La fuente escrita, espacio de confrontación. *La zaranda de ideas*, vol. 6: 9-23.
- Cardoso, A. 1911. Buenos Aires en 1536, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, serie III, tomo XIV: 309-372.
- Cardoso, A. 1915. Buenos Aires en 1526, en E. Ruis Guiñazú (ed.) *Juan de Garay: XC-CXX*. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- Caride, H. 1998. *Visiones de suburbio: utopía y realidad en los alrededores de Buenos Aires durante el siglo XIX y principios del siglo XX*. San Miguel: Documentos de Trabajo, Universidad de General Sarmiento.
- Cárpena, E. 1961. El tacho, La amistad de algunos barrios, en *Cuadernos de Buenos Aires*: 26-56. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Carrasco Vargas, E. 1990. *Arqueología y arquitectura en el ex convento de San Jerónimo*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Cassasas, J. 1976. La arqueología histórica en el Norte Grande Chileno, en H. Niemeyer (ed.) *Homenaje al R. P. Gustavo Le Paige*: 219-244. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Cavallotto, J., R. Violante y F. Colombo 2005. Evolución y cambios ambientales de la llanura costera de la cabecera del río de la Plata. *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, vol. 60: 353-367.
- Cazzetta, M. 1991. Arqueología e planeamiento urbano, en *Anais do 1er. Congresso Latino-Americano sobre a Cultura Arquitectónica e Urbanística*: 190-196. Porto Alegre.
- Cazzetta, M. 1993. Arqueología urbana no Brasil. *Anais do Vio. Simposio Sul-Riograndense de arqueología*.
- Chiavazza, H. 2002. La arqueología urbana en Mendoza: excavaciones 1995 a 2002, en *El Área Fundacional de Mendoza*, vol. 1: 106-159. Buenos Aires: Centro de Arqueología Urbana y Centro de Investigaciones Ruinas de San Francisco.
- Cigliano, E. 1963. Arqueología del noreste de la provincia de Buenos Aires, en *Anales CIC*, vol. IV: 473-510. La Plata: Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires
- Cigliano, E., P. Schmitz y M.A. Caggiano 1971. Sitios cerámicos prehispánicos en la costa septentrional de la provincia de Buenos Aires y Salto Grande, Entre Ríos. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*: 191-192.
- Coloca, F. 2014. El adoquinado y su evidencia arqueológica, estudio sobre artefactos líticos de granito procedentes de San José de Flores. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. 2, 39: 411-434.

- Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires 1941-48. *Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense*. Buenos Aires: Peuser.
- Conlazo, D. 1982. Resultados de una prospección en el curso inferior del río Matanzas. *Asociación de Estudios Histórico-Arqueológicos de la Región Pampeana*, vol. I: 4-42.
- Conlazo, D. 1999. Sitios de contacto hispano-indígena de los alrededores de Buenos Aires. *Anti*, vol. 2: 77-93.
- Conlazo, D., M. Lucero y T. Authié 2006. *Los Querandíes*. Buenos Aires: Galerna.
- Cooke, R. y B. Rovira 1983. Historical archaeology in Panama city. *Archaeology*, vol. 36, 2: 51-57.
- Córdoba, A. 1968. El barrio de Belgrano, en *Cuadernos de la Ciudad XXVII*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Corona, E. 1998. Arqueohistoria novohispana, la arqueología colonial, en E. Fernández Dávila y S. Gómez Serafín (eds) *Memoria del Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica*: 85-92. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Corradi, H. 1969. Guía del antiguo oeste porteño, en *Cuadernos de Buenos Aires XXX*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Cressey, P. y J. Stephens 1982. The City-Site Approach to Urban Archaeology, en J. Dickens (ed.) *Archaeology of Urban América*: 41-59. New York: Academic Press.
- D'Hers, V. 2005. Basurales a cielo abierto. Dinámica de ocupación y sentidos de la vivienda, en E. Achilli (ed.) *Vivir en la ciudad: espacios urbanos en disputa*. Rosario: Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos, Laborde Editor.
- D'Hers, V. 2013. Asentamientos sobre basurales a cielo abierto. Explotación, segregación y expulsión en el manejo de los residuos. *Delos*: 6-16.
- Davies, P. y G. Parker 2016. Cities in the Modern World. *Post-Medieval Archaeology* 50-1: 53-72.
- Davis, M. 2006. *Planet of Slums*. London: Verso.
- De Gandía, E. 1931. *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay; los gobiernos de don Pedro de Mendoza, Alvar Núñez y Domingo de Irala, 1535-1556*. Buenos Aires: García Santos.
- De Gandía, E. 1935. *Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Caboto y Don Pedro de Mendoza*. Buenos Aires: Cabaut y Cía.
- De Gandía, E. 1936a. *Historia de Alonso Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541*. Buenos Aires: Librería Cervantes.
- De Gandía, E. 1936b. Sobre el lugar en que se realizó la primera fundación de la ciudad. *Parque Lezama. La Nación* (11 de enero).
- De Gandía, E. 1939. Primera fundación de Buenos Aires, en *Historia de la Nación Argentina*, vol. 3: 135-175. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- De Gandía, E. 1971. El lugar en que se levantó la primera Buenos Aires. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XLIV: 339-351.

- De Vedia y Mitre, M. 1980. *Don Pedro de Mendoza fundador de Buenos Aires*. Buenos Aires: edición del autor.
- De Vedia y Mitre, M. 1983. *Don Pedro de Mendoza Founder of Buenos Aires*. Buenos Aires: Banco de Italia y Río de la Plata.
- Deagan, K. 1987-2002. *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida y the Caribbean 1500-1800*. Washington: Smithsonian Institution.
- Deagan, K. 1996. Avenues of inquiry in historical archaeology, en C. Orser (ed.) *Images of the Recent Past: Readings in Historical Archaeology*: 16-41. Walnut Creek: AltaMira Press.
- Del Pino, D. 1974. El barrio de Villa Urquiza, en *Cuadernos de Buenos Aires XLV*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Díaz de Guzmán, R. 1914. La Argentina, con notas de Paul Groussac, en *Anales de la Biblioteca Nacional*, vol. IX. Buenos Aires
- Dickens, R. y T. Crimmins 1982. Environmental-Impact Archaeology in the Urban Setting: A View from Atlanta, en *Archaeology of Urban America: The Search for Pattern y Process*: 105-116. New York: Academic Press.
- Dickens, R.S. 1982. *Archaeology of urban America: the search for pattern y process*. New York: Academic Press.
- Dimarco, S. 2011. Entre riesgo social y beneficio ambiental: transformaciones socio- históricas en la construcción social del riesgo de la clasificación de residuos. *Quid*, vol. 16, 2: 161-180.
- Doglioni, F. 1997. *Stratigrafía e restauro. Tra conoscenza e conservazione dell' architettura*. Trieste: Edizioni Lint.
- Domínguez, L. 1984. *Arqueología colonial cubana: dos estudios*. La Habana: Editorial de Ciencias sociales.
- Domínguez, L. 2003. La Habana Vieja, un proyecto de arqueología histórica en el Caribe. *Revista de Arqueología Americana*, vol. 22: 185-200.
- Doval, J. 2011. *Cultura material, fotografías y memoria oral en la construcción del espacio social. El caso Mansión Seré*. Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Drackner, M. 2005. What is waste? To whom? An anthropological perspective on garbage. *Waste Management Research*, vol. 23, 3: 175-181.
- Equipo de Arqueología Forense 1992. Excavando la violencia: arqueología y derechos humanos en el Cono Sur, en G. Politis (ed.) *Arqueología en América Latina*. Buenos Aires: Biblioteca del Banco Popular.
- Favelukes, G. 2011. Figuras y paradigmas: las formas de Buenos Aires. *Anales del Instituto de Arte Americano*, vol. 41: 11-26.
- Fernández Dávila, E. y S. Gómez Serafín (eds) 1998. *Memoria del Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Folan, W. 1970. *The Open Chapel of Dzibilchaltun, Yucatan*. New Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University.

- Fondebrider, L. 2006. Arqueología y Antropología forense: un breve balance, en P. Funari y A. Zarankin (comp.) *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina: 1960-1980*: 129-138. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Fournier, P. 1999. La arqueología social latinoamericana: caracterización de una posición teórica marxista, en *Sed non satiata: teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*: 17-32. Buenos Aires.
- Fournier, P. y F. Miranda Flores 1992. Historic sites archaeology in Mexico. *Historical Archaeology*, vol. 26: 75-83.
- Frazzi, P. 2019. *Vida cotidiana en un comedor del siglo XIX*. Buenos Aires: Centro de Arqueología Urbana.
- Frere M.M. 2014. *Tecnología cerámica de los cazadores-recolectores-pescadores de la microrregión de Río Salado, Buenos Aires*. Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires.
- Frere, M.M., M.I. González, D. Chan y M. Flores 2012. Petrografía de la alfarería del Río Salado bonaerense. *Comechingonia Revista de Arqueología*, vol. 16, 2: 115-137.
- Funari, P. 1996a. Historical archaeology in Brazil, Uruguay y Argentina. *World Archaeological Bulletin*, vol. 7: 51-62.
- Funari, P. 1996b. Arqueología e historia. Arqueología histórica mundial y América del Sur. *Anales de Arqueología y Etnología*, vol. 51: 109-132.
- Funari, P. 1997. Archaeology, History y Historical Archaeology in South America. *International Journal of Historical Archaeology*, vol. 1: 189-206.
- Funari, P. 2008. La arqueología histórica mundial y latinoamericana en las últimas dos décadas. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 2: 11-15.
- Funari, P., M. Hall y S. Jones (eds) 1999. *Historical Archaeology, Back from the Edge*. New York: Routledge.
- Furlong, G. 1968. ¿Donde estuvo situada la Buenos Aires de Pedro de Mendoza?. *Estudios* 569: 241-250.
- Furlong, G. 1971. Algo más sobre la primera fundación de Buenos Aires. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XLIV: 353-361.
- Fusco, N. 1995. La arqueología urbana en la Colonia del Sacramento. *Revista do Museu de Arqueología e Etnología*, vol. 5: 39-49.
- Fusco, N. 1997. La arqueología histórica en el Uruguay: historia, análisis y perspectivas, en J. Gasco, G. Smith y P. Fournier (eds) *Approaches to the Historical Archaeology of México, Central, y South América*: 139-145. Los Ángeles: Institute of Archaeology.
- Gamondés, M. R. y M. Magadán 1997. Materialización de un proceso de expansión: la ocupación efectiva del ejido a través de los padrones de 1738 y 1744. *Seminario de Crítica* 84. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano.
- García Targa, J. 1995. Arqueología colonial en el área maya, aspectos generales y modelos de estudio. *Revista española de antropología americana*, vol. 25: 41-69.
- García Targa, J. 2000. Arqueología histórica: planteamientos teóricos y líneas de trabajo. *Boletín americanista*, vol. 50: 83-99.

- García Velloso, E. 1938. En el barrio de las ranas (1910), en R. Castagnino y E. García Velloso (eds) *En el barrio de Las Ranas*: 62-91 Buenos Aires: Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas.
- Garreton, A. 1936. *El primer asiento de Buenos Aires*. Buenos Aires: Academia de Buenos Aires.
- Girelli, F. y D. Schávelzon 2014. Chinaware in the Skies: Overlapping Identities in the Ornamental use of Plates in Uruguay (South America). *Post-Medieval Archaeology*, vol. 49, 1: 57-71.
- Giusti, R. 1965. *Visto y vivido*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Gnecco, C. y A. Schmidt (eds) 2017. *Crítica de la razón arqueológica: arqueología de contrato y capitalismo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires 1909. *Memorias de la Honorable Intendencia*. Buenos Aires.
- Godden, G. 1986. *Encyclopedia of British Pottery and Porcelain Marks*. London: Barrie & Jenkins.
- Goggin, J. 1968. *Spanish maiolica in the New World*. New Haven: University of Yale Press.
- Gómez Romero, F. 2005. A Brief Overview of the Evolution of Historical Archaeology in Argentina. *International Journal of Historical Archaeology*, vol. 9, 3: 135-141.
- González Fasani, A.M. 2015. La higiene en Buenos Aires del siglo XVIII. *Librosdelacorte.es* 11: 8-26.
- González M., M. Frere y R. Frontini 2012. Formas de ollas de cerámica pampeana y consumo de alimentos, en M.P. Babot, M. Marschoff y F. Pazzarelli (eds) *Las manos en la masa. Arqueologías, antropologías e historias de la alimentación en Suramérica*: 405-424. Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- González Ruibal, A. 2008. Time to Destroy: An Archaeology of Supermodernity. *Current Anthropology*, vol. 49, 2: 247-279.
- González Tuñón, R. 1933. La ciudad que los dioses olvidaron, *Crítica* (25 de octubre): 9.
- González, M. 2005. *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- González, M. y M. Frere. 2010. *Diseños prehispánicos de la alfarería pampeana*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.
- González, R. 1995. El nacimiento de la ciudad simbólica: la polémica en torno a la Alameda de Bucareli. *Seminario de Crítica* 62. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano.
- Goñi, R. 2012. Todo resto arqueológico es patrimonial, en *Patrimonio argentino*, vol. 13: 8-15. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino, Clarín.
- Goñi, R. y P. Madrid 1998. Arqueología sin hornear: sitios arqueológicos históricos y el Fuerte Blanca Grande. *Intersecciones en antropología*, vol. 2: 69-83.
- Gorelik, A. 1998. *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires 1887-1936*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Gressey, P. y J. Stephens 1982. The City-Site Approach to Urban Archaeology, en R. Dickens (ed.) *Archaeology of Urban America: The Search for Pattern y Process*: 41-59. New York: Academic Press.

- Groussac, P. 1914. La Argentina. Noticia sobre Ruy Díaz de Guzmán y su obra, en *Anales de la Biblioteca*, tomo IX. Buenos Aires.
- Guerín, M. 1980. Ediciones y manuscritos de la Historia de Ruy Díaz de Guzmán, en *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*: 29-48. Asunción: Ediciones Comuneros.
- Guillermo, S. 2004. El proceso de descarte de basura y los contextos de depositación presentes en la ciudad de Buenos Aires. *Intersecciones en antropología* 5: 19-28.
- Gutiérrez, L. 1981. Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires 1880-1914. *Revista de Indias*, vol. 41, 163-64: 167-202.
- Gutiérrez, R. 1938. La introducción de la máquina de vapor en Buenos Aires. *La Ingeniería* 769: 807-811.
- Gutiérrez, R. y A. Morresi 1983. *Presencia hispánica en la arqueología argentina*. Resistencia: Museo Regional Juan Martinet.
- Haber, A. 2006. Tortura, verdad, represión, arqueología, en P. Funari y A. Zarankin (comp.) *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina: 1960-1980*: 139-147. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Hardoy, J. y D. Satterthwaite 1987. *La ciudad legal y la ciudad ilegal*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Harrington, J.C. 1952. Historic Site Archaeology in the United States, en J.B. Griffin (ed.) *Archaeology of Eastern United States*: 335-344. Chicago: Society of American Archaeology.
- Harvey, D. 2008. *París, capital de la modernidad*. Madrid: Akal.
- Hayden, B. y A. Cannon 1984. *The Structure of Materials Systems: Ethnoarchaeology in the Maya Highlands*. Washington: Society for American Archaeology Papers 3.
- Hernández Pons, E. 2000. La arqueología histórica en México: su situación actual. *Arqueología*, vol. 23: 103-126.
- Holland, L. 1975. *Expedición al Río de la Plata*. Buenos Aires: Eudeba.
- Hudson, W. H. 1918. *Far Away and Long Ago. A History of My Early Life*. Londres: Eland Publishing Ltd.
- Huret, J. 1911. *Argentina: de Buenos Aires au Gran Chaco*. París: Biblioteque Charpentier.
- Igarzabal, M. 2012. *Atlas de la basura: Área Metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: Wolkowicz Editor.
- Iglesia, R. 1990. *Sarmiento: primeras imágenes urbanas en el Facundo, Buenos Aires*. Manuscrito inédito.
- Iñigo Carrera, H. 1962. *Belgrano, pueblo, ciudad y barrio*. Buenos Aires: Centro de Estudios Históricos del Pueblo de Belgrano.
- Johnson, M. 1996. *An Archaeology of Capitalism*. Oxford: Blackwell.
- Juárez Cossío, D. 1989. *El convento de San Jerónimo, un ejemplo de arqueología histórica*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Kern, A. (ed.) 1998. *Arqueología Histórica Misionera*. Porto Alegre: EDIPUCRS.
- La Ingeniería 1901. Las basuras del Municipio: el valor que tienen, *La Ingeniería* 81: 1 (20 de septiembre).

- Landa, C. y N. Ciarlo 2016. Arqueología histórica: especificidades del campo y problemáticas de estudio en Argentina. *QueHaceres* 3: 96-120.
- Lanza, M. 2009. Análisis y caracterización de restos óseos utilizados como combustible. *Arqueometría Latinoamericana*, vol. 2: 299-307.
- Laperriere de Coni, G. 1902. El Barrio de las Ranas y La quema de basuras. *La Prensa* (7 y 8 de febrero).
- Lavalle, F. 1907. La distribución de basuras. *La Nación* (23 de enero).
- Lee, T. 1984. La arqueología histórica de Chiapas, un inicio, en *XVII Mesa Redonda*, vol. 2: 195-205. México: Sociedad Mexicana de Antropología.
- Leite, S. 1935. Un cronista desconocido de la conquista del Río de la Plata Antonio Rodríguez (1535-1553). *Actas del XXVI Congreso Internacional de Americanistas, Reseñas y Trabajos*. Sevilla.
- Leone, M. 1995. A Historical Archaeology of Capitalism. *American Anthropologist*, vol. 97: 251-268.
- Lezama, A. 2002. Arqueología histórica en el Uruguay: prácticas y reflexiones, en D. Schávelzon (ed.) *Arqueología histórica en Argentina. Actas del primer congreso nacional de arqueología histórica*: 931-938. Buenos Aires: Corregidor.
- Liernur, F. 1987. La estrategia de la casa autoconstruida. *Cuadernos de historia* 3: 99-111.
- Liernur, F. 2009. De las nuevas tolderías a la ciudad sin hombres: la emergencia de la villa miseria en la opinión pública (1952- 1962). *Registros*, vol. VI: 7- 24.
- Lister, F.C. y R.H. Lister 1982. *Sixteenth century maiolica pottery in the Valley of Mexico*. Tucson: University of Arizona Press.
- López Cenvantes, G. 1976. *Cerámica colonial en la ciudad de México*. México: INAH.
- Loponte, D. 2008. Arqueología del humedal del Paraná inferior (Bajíos Ribereños meridionales), en A. Acosta y D. Loponte (eds) *Arqueología de la Cuenca del Plata. Serie Monográfica*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- Lopreto, G. 1996. *Que vivo en esta conquista, textos del Río de la Plata, siglo XVI*. La Plata: Ediciones de la Universidad Nacional de La Plata.
- Lorenzo, J.L., L. Lumbreras, E. Matos, J. Montané y M. Sanoja 1979. Hacia una arqueología social. *Nueva antropología*, vol. 3, 12: 65-92.
- Losada, L. 2008. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque: sociabilidad, estilos de vida e identidades*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lumbreras, L. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Lima: Histar.
- Lumbreras, L. 2004. Arqueología social latinoamericana, en *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (conferencia). Córdoba.
- Luqui Lagleyze, J. 1994. Las basuras de los porteños. *Gerencia Ambiental* 8.
- Madero, E. 1892. *Historia del puerto de Buenos Aires*. Buenos Aires: edición del autor.
- Majewsky, T. y M. Schiffer 2005. Beyond Consumption: Toward an Archaeology of Consumerism, en V. Buchli y G. Lucas (eds) *Archaeologies of the Contemporary Past*: 26- 50. Nueva York: Routledge.

- Mari, L.A. 2007. *El caso de los mataderos de la ciudad de Buenos Aires, desde Una visión para la arqueología histórica*. Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Marmier, X. 1948. *Buenos Aires y Montevideo en 1850*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Martín, L. 1973. *El Pueblo de las ranas y el barrio*. Buenos Aires: Ateneo de Estudios Históricos.
- Massone, M. 1978. Presencia hispánica del siglo XVI en los yacimientos arqueológicos de Punta Dungenes. *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 9: 77-90.
- Matos Moctezuma, E. 1993. Programa de arqueología urbana. *Antropológicas*, vol. 8: 34-44.
- Mayne, A. y T. Murray (eds) 2002. *The Archaeology of Urban Landscapes: Explorations in Slumland*. Cambridge University Press.
- Mayochi, E. 1992. Belgrano: 1855 - del pueblo al barrio - 1992, en *Cuadernos del Águila* 18. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston.
- Miller, G. 1988. Classification y Economic Scaling of 19th-Century Ceramics. *Historical Archaeology*, vol. 14: 1-40.
- Miller, G. 1991. A Revised Set of CC Index Values for Classification y Ceramics from 1787 to 1880 Economic Scaling. *Historical Archaeology*, vol. 25: 1- 25.
- Miller, G., A.S. Martin y N. Dickinson 1989. Changing Consumption Patterns: English Ceramics y the American Market from 1770 to 1840, en C.E. Hutchins (ed.) *Everyday Life in the Early Republic 1789-1828*, Delaware.
- Mitidieri, G. 2018. Entre modistas de París y costureras del país. Espacios de labor, consumo y vida cotidiana de trabadoras de la aguja 1852-1862. *Trashumante, revista americana de historia social*, vol. 12: 8-29.
- Mogrovejo Rosales, J.D. 1996. *Arqueología urbana de evidencias coloniales en la ciudad de Lima*. Lima: Instituto Riva Agüero.
- Molina, L. 1989. Exploraciones arqueológicas. En: *Estudio preliminar para el proyecto de restauración de la hacienda La Floresta* (J. A. Romero coord.), pp. 68-97. Caracas: FUNRECO.
- Molina, R. 1956. El curso de los ríos Paraná y Luján en la cartografía primitiva. *Historia* 4: 83-111.
- Molina, R. 1957. El antiguo Puerto de internada de Buenos Aires y el asiento de Pedro de Mendoza. *Historia* 9: 8-27.
- Moraña, A. 2008. La propaganda, la moda y el consumo en la revista Caras y Caretas. *Estudios*, vol. 16, 32: 249-273.
- Moreno, F. 1874. Noticias sobre antigüedades de los indios del tiempo anterior a la conquista. *Boletín de la Academia de Ciencias de Córdoba*, vol. I: 130-149.
- Muller, F. 1981. *Estudio de cerámica histórica y moderna en Tlaxcala-Puebla*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires 1889. *Memorias de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires*, tomo II. Buenos Aires.

- Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires 1901. *Memorias de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires (correspondiente a 1898-1901)*. Buenos Aires.
- Muñiz López, I. 2011. Arqueología de la arquitectura y urbanismo de la ciudad de Oviedo (Asturias, España) entre la Edad Media y el siglo XVIII: el arrabal del Carpio. *Arqueología de la arquitectura* 8: 179-217.
- Murray, T. (Ed.). 2019. *Exploring the Modern City: Recent approaches to Urban History and Archaeology*. Melbourne: Latrobe University.
- Musali, J. 2010. *El rol de la pesca entre los grupos humanos de la baja cuenca del Plata. Ictioarqueología de conjuntos prehispánicos del Holoceno tardío en el humedal del río Paraná inferior*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Nabel, P. y R.M. Becerra Serial 2007. Uso de técnicas geomáticas para el mapeo y caracterización de unidades geomórficas de la Ciudad de Buenos Aires (Argentina) mediante interpretación visual de parámetros morfométricos. *Boletín de la Sociedad Geológica Mexicana*, vol. 60, 2: 173-185.
- Nágera, J.J. 1947. Puntas de Santa María del Buen Aire, en *Cuadernos de Buenos Aires* 4. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Navarrete, R. 2007. *La arqueología social latinoamericana: una meta múltiples perspectivas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Orser, C.Jr. 1996. *A Historical Archaeology of the Modern World*. New York: Plenum Press.
- Orser, C.Jr. 2000. *Introducción a la Arqueología Histórica*. Buenos Aires: Editorial del Tridente.
- Orser, C.Jr. y B. Fagan 1995. What is Historical Archaeology?, en *Historical Archaeology*: 1-22. Nueva York: Harper Collins College Publisher.
- Ortega, E. y Fondeur, C. 1978. *Arqueología de los monumentos históricos de Santo Domingo*. Santo Domingo: Universidad Central del Este.
- Ortiz, R. 1967. El Barrio de las Ranas, en H. Achával (comp.) *Buenos Aires de la fundación a la angustia*: 89-102. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Ostuni, R. 1999. Andanzas del arroyo Vega. *Historias de la ciudad* 1: 21-27.
- Outes, 1930. *Cartas y planos inéditos de los siglos XVII y XVIII, y el primer decenio del XIX*. Buenos Aires: edición del autor.
- Outes, F. 1900. *Confirmación de un dato histórico*. Buenos Aires: edición de Revista Nacional.
- Outes, F. 1917. *Notas para el estudio de la geografía histórica rioplatense, la Matanza y el Río de Querandíes*. Buenos Aires: Publicación de la Sección de Geografía, Universidad de Buenos Aires
- Paiva, V. 1998. *Higienismo y ciudad: Buenos Aires 1870-1910*. Beca UBACyT de Iniciación. Dir. Arq. Alicia Novick.
- Paiva, V. 2005. Modos formales e informales de recolección y tratamiento de los residuos, ciudad de Buenos Aires, siglo XVI al XX. *Seminario de Crítica* 150. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano.
- Paiva, V. 2008a. El manejo formal e informal de los residuos sólidos urbanos de la ciudad de Buenos Aires entre los siglos XIX y XX, *Área, Agenda de reflexión en Arquitectura* 14: 91-101.

- Paiva, V. 2008b. Aproximación a la historia del cirujeo en la ciudad de Buenos Aires. *Seminario de Crítica* 161. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano.
- Paleo, B. y M. Pérez Meroni 2007. Primeros Resultados del Sitio 'Las Marías', Partido de Magdalena, Provincia de Buenos Aires, en F. Oliva, N. de Grandis y J. Rodríguez (eds) *Arqueología Argentina en los inicios de un nuevo siglo*, vol. I: 275-286. Rosario: Laborde Libros.
- Parenti, R. 1990. Il metodo stratigrafico e l'edilizia storica. *Il modo di costruire, Atti del convegno 'Il modo di costruire'*: 297-309.
- Parenti, R. 2000. Archaeologia dell'architettura, en R. Francovich (ed.) *Dizionario di archaeologia*. Roma.
- Paynter, R. 1988. Steps to an Archaeology of Capitalism: Material Change y Class Analysis, en M.P. Leone y P.B. Potter (eds) *The Recovery of Meaning. Historical Archaeology in the Eastern of United States*: 407-433. Washington: Smithsonian Institution.
- Pedrotta, V. y F. Gómez Romero 1998. Historical Archaeology: An Outlook from the Argentinean Pampas. *International Journal of Historical Archaeology*, vol. 2, 2: 113-121.
- Pellegrini, C. 1861. Avance de la propiedad con motivo de la rectificación, ensanche y abertura de calles. *Revista del Plata* vol. 2, 5: 102-103.
- Pereyra, F. 2004. Geología urbana del área metropolitana bonaerense y su influencia en la problemática ambiental. *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, vol. 59, 3: 394-410.
- Pérez Meroni, M. y A. Blasi 1997. Sitio arqueológico El Ancla, Provincia de Buenos Aires. Ensayo y Experimentación de sedimentos pelíticos locales para la manufactura de cerámica, en M. Berón y G. Politis (eds) *Arqueología Pampeana en la década de los '90*: 175-185. San Rafael: Museo de Historia Natural de San Rafael.
- Pérez, M. y L. Cañardo 2004. Producción y uso de la cerámica en el Norte de la Provincia de Buenos Aires. Aproximaciones contemporáneas a la arqueología pampeana, en G. Martínez, M.A. Gutiérrez, R. Curtoni, M. Berón y P. Madrid (eds) *Perspectivas teóricas, metodológicas, analíticas y casos de estudio*: 335-347. Olavarría: Facultad de Ciencias Sociales.
- Pérez, M. y T. Montenegro 2008. Análisis petrográfico en alfarería del nortede la provincia de Buenos Aires, en A. Austral y M. Tamagnini (eds) *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea*, tomo III: 565-573. Córdoba: Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Pérez, M., D. Vigliocco y S. Alí 2013. Sitios Garín, La Bellaca 2 y Médanos de Escobar, en D. Loponte y M. Pérez (eds) *Cerámica prehispánica de tierras bajas de Argentina*, vol. I: 86-101. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
- Pérez, M., I. Capparelli, D. Loponte, T. Montenegro y N. Russo 2009. Estudo petrográfico da tecnologia cerâmica guarani no extremo sul de sua distribuição: rio Paraná inferior e estuário do rio da Prata. Argentina. *Revista da Sociedade de Arqueologia Brasileira*, vol. 22, 1: 65-82.
- Pessi, M. 2010. Publicidades Patrióticas: una fusión entre el fomento al consumo y los festejos del Centenario en la Argentina, en V. Castel y L. Cubo (eds) *La renovación de la palabra en el bicentenario de la Argentina; los colores de la mirada lingüística*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.

- Pineau, V. 2006. Una discusión sobre el concepto de arqueología histórica desde el Sur del Conosur, en A. Tapia, M. Ramos y C. Baldassarre (eds) *Estudios de Arqueología Histórica. Investigaciones argentinas pluridisciplinarias*: 37-42. Río Grande: Museo de la Ciudad.
- Pineiro, A., C. Echague, F. Lavallo y C. Morales 1900-1906. Eliminación y tratamiento de la basura, informe de la Comisión Especial nombrada por el Sr. Intendente Municipal. *Anales de la Sociedad Científica*, 49: 5-18, 1900; 59: 145-161 y 60: 122-139, 1905; 61: 49-73, 1906.
- Pirez, P y G. Gamallo. 1994. *Basura privada, servicio público*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Politis, G. 2002. Acerca de la etnoarqueología en América del Sur. *Horizontes antropológicos*, vol. 8, 18: 61-91.
- Politis, G. 2003. The Theoretical Landscape y the Methodological Development of Archaeology in Latin America. *American Antiquity*, vol. 68, 2: 245-272.
- Politis, G. 2004. Tendencias de la etnoarqueología en América Latina, en *Teoría arqueológica en América del Sur*: 85-117. Olavarría: Incuapa-Universidad del Centro.
- Politis, G. 2014. Las implicancias arqueológicas del Diario de Pero Lopes de Sousa (1531) durante su viaje al Río de la Plata y al Delta Inferior del río Paraná. *Revista del Museo de Antropología*, vol. 7, 2: 317-326.
- Politis, G. y J. Pérez Gollán 2004. Latin American Archaeology: From Colonization to Globalization, en R. Preucel y L. Meskel (eds) *A Companion to Social Archaeology*: 353-373. Oxford: Blackwell Publishing.
- Ponsard, R. y D. Conlazo 1984. Breve contribución a la arqueología histórica de la Provincia de Buenos Aires: Un real de plata del Potosí del yacimiento Ezeiza. *Asociación de Estudios Histórico-Arqueológicos de la Región Pampeana*, vol. VII: 73-75.
- Porro, N., J. Astiz y M. Rospide 1982. *Aspectos de la vida cotidiana en el Buenos Aires virreinal*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Prignano, A. 1998. *Crónica de la basura porteña: del fogón indígena al cinturón ecológico*. Buenos Aires: Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.
- Prignano, A. 2009. *El bajo Flores: un barrio de Buenos Aires*. Buenos Aires: Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.
- Prignano, A. 2010. *Buenos Aires higiénica: agua y cloacas entre la realidad y la ficción*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Puccia, E. 1980. *Corrales Viejos: sus hechos y tradiciones*. Buenos Aires: Museo y biblioteca Los Corrales Viejos.
- Quesada, V. 1869. La ciudad de Buenos Aires. *Revista de Buenos Aires*, vol. 14.
- Raffino, R. y A. Igareta 2004. Arqueología Histórica en la Argentina. Antecedentes y Perspectivas de su desarrollo. *Investigaciones y ensayos* 54: 57-77.
- Ramos, M. 2000. Algo más que la arqueología de sitios históricos. Una opinión, en *Anuario de la Universidad Internacional SEK*, vol. 5: 61-75. Santiago de Chile: Universidad Internacional SEK.

- Ramos, M. 2002. El proceso de investigación en la denominada Arqueología Histórica, en *Actas del Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica*: 645-658. Buenos Aires: Corregidor.
- Ramos, M. 2006. Cuestiones antropológicas y la denominada Arqueología histórica. Reproducción de las ideologías dominantes, en A. Tapia, M. Ramos and C. Baldassarre (eds) *Estudios de Arqueología Histórica. Investigaciones Argentinas pluridisciplinarias*: 21-36. Río Grande: Museo de la Ciudad.
- Ramos, M. 2019. Marco epistemológico y teórico: el proceso de investigación en la denominada arqueología histórica, en M. Ramos y F. Bognani (eds) *La Siempre Verde*: 51-83. Luján: Editorial Universitaria.
- Rathje, W.L. y M. Cullen 1974. The Garbage Project: A new Way of Looking to the Problem of Archaeology. *Archaeology*, vol. 27, 4: 236-241.
- Rathje, W.L. y M. Cullen 2001 *Rubbish! The Archaeology of Garbage*. Tucson: University of Arizona Press.
- Ravignani, E. 1920-55. Padrón de vesinidad de esta ciudad y su juriz.on hecho por los diputados nombrados para eso..., en *Documentos para la historia argentina*, vol. X. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Históricas.
- Ravignani, E. 1960. Evolución urbana de la ciudad de Buenos Aires, breve síntesis histórica hasta 1910, en *Cuadernos de Buenos Aires XII*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Reid, W., F. Moreno y E. Zevallos 1876. Una excursión orillando el Río de la Matanza. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. II, I: 89-92.
- Rocchi, F. 1998. Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado. *Desarrollo Económico*, vol. 37, 148: 533-558.
- Rocchi, F. 1999. Inventando la soberanía del consumidor: publicidad, privacidad y revolución del mercado en la Argentina, 1860-1940, en F. Devoto y M. Madero (dir.) *Historia de la vida privada en la Argentina*, vol. 2. Buenos Aires: Taurus,
- Rocchietti, A., N. de Grandis y M. Valentini 2012. Basurales antiguos de la ciudad de Rosario: La Lagunita, en A. Tapia, M. Ramos y C. Baldassarre (eds) *Estudios de arqueología histórica: investigaciones argentinas pluridisciplinarias*. Buenos Aires: Caracol.
- Romero, A. 1928a. Fundación de la ciudad de Buenos Aires. *Actas del Congreso Internacional de Americanistas*, vol. I: 637-663.
- Romero, A. 1928b. Un fuerte desconocido por los historiadores de Buenos Aires. *Actas del Congreso Internacional de Americanistas*, vol. I: 633-636.
- Romero, J.L. 1965. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, J.L. 1986. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rosa, J.M. 1936. *La Primera Buenos Aires. Historia del revisionismo y otros ensayos*. Buenos Aires: Merlín.
- Rosas, J.M. de 1942. *Instrucciones a los mayordomos de estancias*. Buenos Aires: Claridad.
- Rossi, A., R. Sarafián, A. Cittadino y D. Castiglione 2002. *Diagnóstico de la situación de los residuos sólidos en la Argentina*, Buenos Aires: GTZ-AIDIS.

- Rovira, B. 2002. El Proyecto Arqueológico Panamá La Vieja. Balance de un quinquenio. *Arqueología de Panamá La Vieja*: 1-18.
- Rovira, B. 2008. Arqueología histórica de Panamá la experiencia en las ruinas de Panamá viejo. *Vestigios: revista Latino-Americana de Arqueología Histórica*, vol. 2, 1:8-33.
- Ruis Guiñazú, E. (ed.) 1915. *Juan de Garay*. Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- Rusconi, C. 1928. Investigaciones arqueológicas en el sur de Villa Lugano. *Anales de la Sociedad Argentina de Geografía GAEA*, vol. III, 1: 75-118.
- Rusconi, C. 1940. Alfarería querandí de la Capital Federal y alrededores. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. 129: 254-271.
- Rusconi, C. 1956. Acerca de los paraderos indígenas de Villa Riachuelo. *Revista del Museo de Historia Natural*, vol. IX, 3-4: 99-113.
- Sáenz, J.P. 1961. Los corrales viejos y el Belgrano de antes, en *Cuadernos de Buenos Aires*: 86-101. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Saitta, S. 2005. La narración de la pobreza en la literatura argentina del siglo XX. *Nuestra América* 2: 89-102.
- Sánchez Pinto, I. 2022. Historic Mapping vs. Archaeology: Rethinking Fort Sancti Spiritus (1527-1529), *Historical Archaeology* <https://doi.org/10.1007/s41636-022-00382-z>
- Sanhueza T., J., M. Henríquez U., C. Prado B., V. Reyes A. y P. Núñez H. 2000. Estado actual de la arqueología histórica en Chile: teoría y métodos, en *XV Congreso nacional de arqueología Chilena*: 25-33. Arica: Sociedad Chilena de Arqueología, Universidad de Tarapacá.
- Sanoja, M. y I. Vargas Arenas 1993. Perspectivas de la antropología en Venezuela, el caso particular de la arqueología, en L. Arizpe y C. Serrano (eds) *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe*: 31-77. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Saucedo Segami, D. D. y P. Chirinos Ogata 2020. Historical Archaeology in Peru. *Encyclopedia of Global Archaeology*: 1-10, Springer.
- Schamber, P. 2008. *De los desechos a las mercancías. Una etnografía de los cartoneros*. Buenos Aires: SB.
- Schávelzon D. y F. Girelli 2020. *Arqueología e historia del Hotel Bolívar*. Informe inédito, Centro de Arqueología Urbana, Universidad de Buenos Aires.
- Schávelzon, D. 1992. *La arqueología urbana en la Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Schávelzon, D. 1999. *Arqueología de Buenos Aires*. Buenos Aires: Editorial Emecé.
- Schávelzon, D. 2000. *The Historical Archaeology of Buenos Aires: a City at the End of the World*. New York: Kluwer Academic Publishers.
- Schávelzon, D. 2003. *Buenos Aires Negra, arqueología histórica de una ciudad silenciada*. Buenos Aires: Emecé.
- Schávelzon, D. 2005. When the Revolution Reached the Countryside: Use y Destruction of Imported Wares in Alta Gracia, Córdoba, 1810. *International Journal of Historical Archaeology* vol. 9, 3: 195-207.

- Schávelzon, D. 2007. El cambio como tradición: Buenos Aires y su historia de la vivienda desde una lectura arqueológica, en R. Loreto López (coord.) *Perfiles habitacionales y condiciones ambientales; historia urbana de Latinoamérica*: 69- 90. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Schávelzon, D. 2010. Arqueología en lo de Hansen, en *Café de Hansen: historia y hallazgos en Palermo*: 43-66. Buenos Aires: Dirección General de Patrimonio e Instituto Histórico.
- Schávelzon, D. 2011. Un exorcismo en el convento de Santa Catalina durante el siglo XIX (Buenos Aires). *Sociedades de paisajes áridos y semiáridos*, vol. 3: 81-93.
- Schávelzon, D. 2012. *La Casa del Naranja: arqueología de la arquitectura en el contexto municipal de Buenos Aires*. Buenos Aires: Aspha Editor e Instituto de Arte Americano.
- Schávelzon, D. 2015. Una pipa afro excavada en 1928 en Buenos Aires: su dispersión por el área del Río de la Plata. *Contribuciones GAEA 27*: 151-160.
- Schávelzon, D. 2016. Evidencias de arquitectura de materiales perecederos en Buenos Aires, Argentina (siglos XVI-XVIII). *Arqueología de la arquitectura 13*: 1-16.
- Schávelzon, D. 2017. El Bajo Belgrano como borde urbano: una historia de rellenos y basurales. *Anales del Instituto de Arte Americano*, vol. 47: 83-97.
- Schávelzon, D. 2020a. La Noria y los paradigmas de la arqueología urbana. *Urbania. Revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades*, vol. 9: 15-21.
- Schávelzon, D. 2020b. *Manual de arqueología urbana*. Buenos Aires: Fundación Cassará.
- Schávelzon, D. y M. Silveira 2001. *Excavaciones arqueológicas en San Isidro*. San Isidro: Editorial Dunker.
- Schávelzon, D. y M. Silveira 2005. La vida cotidiana en un convento colonial: Santa Catalina de Sena a través de la arqueología. *Mundo de Antes*, vol. 4: 105-126.
- Schávelzon, D., 2012b, *Arqueología de la primera Buenos Aires (1536-1541): entre la historia y el mito*, viewed 4 march 2022, <<https://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=3174>>
- Schávelzon, D., A.M. Lorandi y S. Fantuzzi 1989. Excavaciones arqueológicas en Parque Lezama, Buenos Aires: informe preliminar, en *Arqueología Urbana 12*. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzi, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires.
- Schávelzon, D., F. Girelli y M. Martínez 2019. *Arqueología de rescate en Casa Rosada*. Buenos Aires: Centro de Arqueología Urbana.
- Schávelzon, D., P. Frazzi y F. Girelli 2015. Aportes al estudio del vidrio plano en la arqueología (observaciones en la Casa Alfaro, San Isidro). *Urbania 4*: 90-110.
- Schiffner, M.B. 1972. Archaeological Context y Systemic Context. *American Antiquity*, vol. 37, 2: 156-165.
- Schmidl, U. 1881. *Historia y descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay*. Con una introducción y observación crítica por Mariano Pelliza. Buenos Aires.
- Schmidl, U. 1903. *Viaje al Río de la Plata 1534-1541*. Notas bibliográficas por Bartolomé Mitre. Prólogo, traducción y anotaciones de Samuel Lafone Quevedo. Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana.

- Schmidl, U. 1948. *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*. Reproducción y versión paleográfica del manuscrito de Stuttgart traducido por Edmundo Wernicke, Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires 1536-1936. Buenos Aires: Peuser.
- Schmidt, P. y I. Pikirayi 2018. Will Historical Archaeology Escape its Western Prejudices to Become Relevant to Africa? *Archaeologies: Journal of the World Archaeological Congress*, vol. 14, 3: 443-471.
- Schnapp, A. 1997. *The Discovery of the Past: The Origins of Archaeology*. London: British Museum.
- Schuyler, R. (ed.) 1978. *Historical Archaeology: A Guide to Substantive y Theoretical Contributions*. Farmingdale: Baywood Publications.
- Scobie, J. 1977. *Buenos Aires del centro a los barrios (1870-1910)*. Buenos Aires: Solar-Hachette.
- Seguí, S., U. Camino y M. González 2010. Arqueofaunas porteñas: una primera mirada sobre la incineración de residuos de la ciudad de Buenos Aires a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en M.A. Gutiérrez, M. De Nigris, P.M. Fernández, M. Giardina, A. Gil, A. Izeta, G. Neme y H. Yacobaccio (eds) *Zoarqueología a principios del Siglo XXI*: 511-519. Buenos Aires: Ediciones del Espinillo.
- Silvestre, R., N. Buc, A. Acosta y D. Loponte 2013. Estrategias de captura de presas y sistemas de armas de los cazadores-recolectores que habitaron el humedal del Paraná inferior: una aproximación experimental y arqueológica. *Comechingonia*, vol. 17: 27-57.
- Sivulka, J. 2001. Soap, Sex y Cigarettes, en *Stronger Than Dirt: A Cultural History of Advertising Personal Hygiene in America 1875 to 1940*. New York: Humanity Books.
- Snitcofsky, V. 2015. Las villas de Buenos Aires durante el siglo XX, imágenes literarias en perspectiva histórica. *Revista electrónica do Centro Interdisciplinar de Estudos sobre a Cidades*, vol. 7, 1: 282-311.
- South, S. 1977. *Method y Theory in Historical Archaeology*. Nueva York: Academic Press.
- Spencer-Wood, S. 1987. *Consumer Choice in Historical Archaeology*. Nueva York: Plenum Press.
- Stanton, T. y A. Magnoni (eds.) 2008. *Ruins of the Past: The use y perception of abandoned structures on the Maya lowlands*. Boulder: University Press of Colorado.
- Staski, E. (ed.) 1987. *Living in cities: current research in urban archaeology*. Pleasant Hill (CA): Society for Historical Archaeology, Special publication series no. 5.
- Staski, E. 1982. Advances in Urban Archaeology, en M. Schiffer (ed.) *Advances in Archaeological Method y Theory*: 97-98. Nueva York: Academic Press.
- Steinberg, T. 2014. *Gotham Unbound: the Ecological History of Great New York*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Stevens, S. y M. Ordóñez 2004. Fashionable y Work Shoes from a Nineteenth-Century Boston Privy. *Historical Archaeology*, vol. 39, 4: 9-25.
- Strasser, S. 2000. *Waste and want. A social history of trash*. First Holt Paperbacks.
- Tantaleán, H. 2004. L'arqueología social peruana: ¿mite o realidad? *Cota zero*, vol. 19: 90-200.
- Tartarini, J. (coord.) 2007. *Obras Sanitarias: origen y apogeo de la primera empresa estatal de saneamiento*. Buenos Aires: Agua y Saneamientos Argentinos.

**LA ARQUEOLOGÍA URBANA DE BUENOS AIRES**

**Excavando una ciudad imaginada**

Daniel Schávelzon

